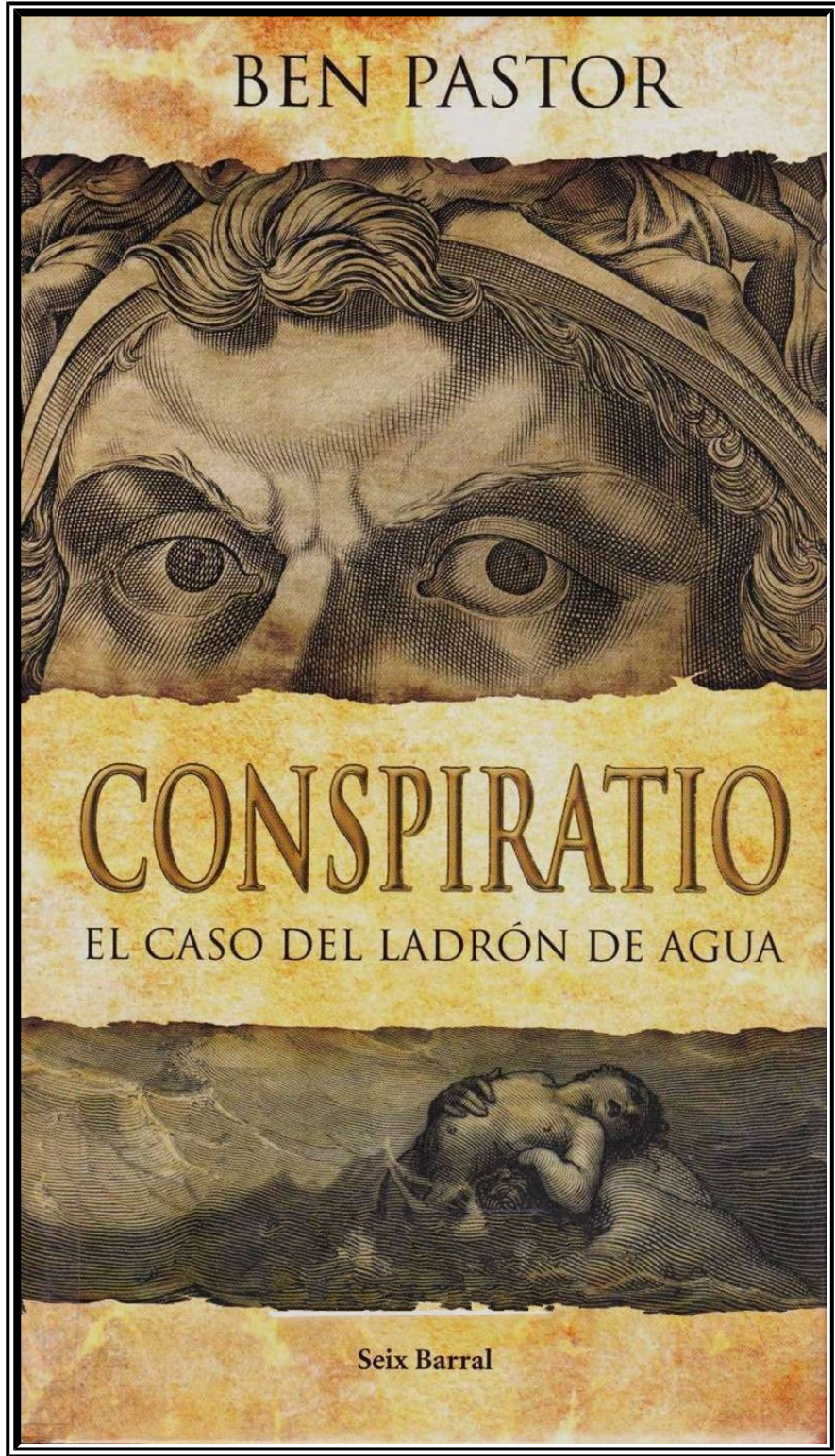




Ben Pastor
Conspiratio





Ben Pastor
Conspiratio

BEN PASTOR

CONSPIRATIO

EL CASO DEL LADRÓN DE AGUA



ARGUMENTO

En el año 304 a.C., el soldado e historiador Elio Espartano recibe el encargo de escribir la biografía del emperador Adriano, fallecido casi 175 años antes. Para ello deberá esclarecer los sucesos que rodearon la muerte de Antinoo, favorito del emperador, ahogado en extrañas circunstancias. Pronto se verá envuelto en una red de asesinatos relacionados con una carta escondida junto al cuerpo de Antinoo.

En un Egipto convulsionado por la corrupción de la burocracia y la justicia romanas y por las plagas que asolan a la población, Elio pondrá en peligro su propia vida y se enfrentará a dos misterios: la localización de la tumba de Antinoo y la conspiración de aquellos dispuestos a matar por el enigmático documento que ésta alberga.

Conspiratio no es uno más de los abundantes thrillers históricos que adornan las estanterías de nuestras librerías. La novela de Pastor, por el contrario, es una perfecta disección del Egipto corrupto y decadente del siglo IV, cuando la burocracia y el ejército romanos habían impuesto sus leyes e imperaba el poder de la fuerza, menudeaban las intrigas y se intentaba evitar lo inevitable: la caída definitiva del Imperio Romano. Ese documentado y veraz transfondo histórico unido a la agilidad narrativa, el dominio de la técnica del suspense y un lenguaje claro pero depurado, han sido méritos suficientes para que Conspiratio se erigiera en la novela ganadora del IV Premio Internacional de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza.



Ben Pastor
Conspiratio

A las innumerables criaturas,
domésticas y salvajes, asesinadas por deporte
a lo largo de la historia hasta el día de hoy



NOTA DEL AUTOR

«A Augusto, saludos de su Elio Espartiano.» En su introducción a *The Lives of the Later Caesars*, Anthony Birley cita a sí a uno de los autores de la *Historia Augusta*. Este compendio de biografías imperiales del siglo IV d. C, traducido y profusamente anotado por Birley deriva de obras históricas anteriores. De Elio Espartiano no sabemos casi nada. Con sir Ronald Syme, me gusta pensar que fue soldado, erudito y coleccionista de antigüedades. La historia de esta investigación es una ficción, pero los personajes históricos y los detalles de sus vidas que se cuentan se basan en los datos que tenemos de sus biografías.



Ben Pastor Conspiratio

Antinoos era de Bitinia, una ciudad de Bitinia también conocida como Claudiópolis. Había sido el favorito del emperador y murió en Egipto, al caer accidentalmente al Nilo, como escribe Adriano, u ofrecido en sacrificio, como ocurrió en realidad.

*(Dión Casio,
Historia romana, libro LXIX)*

Todas estas cosas, en realidad, nunca sucedieron.
Pero vivirán para siempre

Salustio



Ben Pastor

Conspiratio

PREÁMBULO

Puedes llamarme Espartiano. Nací durante el reinado de Aureliano, *restitutor exerciti*, en Castra Martis, en Moesia Prima, más tarde llamada Moesia Superior o Dada Malvensis. Me crié en Ulcisia Castra, en Valeria, posteriormente conocida como la Panonia Inferior, donde mi padre servía con la II Adiutrix, en la que ingresó como soldado raso y fue ascendiendo hasta alcanzar el grado de tribuno, o coronel, de la Schola Gentilium Seniorum, Regimiento de élite de los confederados veteranos. Mi tía Mansueta, viuda a causa de la guerra, casó en segundas nupcias con el hermano de su difunto marido, y así, en virtud de esa nueva unión, se convirtió en mi tía y mi madre a un tiempo, y, en cierto modo, me convirtió a mí en primo hermano de mis hermanastras y de mí mismo. Somos originarios de la Panonia, pero —como mi nombre, Elio, sugiere— los miembros de mi familia han estado vinculados a Roma desde el reinado del divino Adriano, primero como esclavos, luego como libertos y finalmente como hombres libres. Mi bisabuelo paterno, Elio Sparto, obtuvo la ciudadanía durante el mandato del divino Caracalla, que la extendió a todos los habitantes libres del Imperio.

Como era de esperar en razón de mi nacimiento, recibí instrucción como soldado de caballería. Gracias al buen nombre y al historial de mi padre, obtuve directamente el grado de *protector domesticus* a la edad de diecinueve años e hice mis primeras armas contra los árabes, durante la campaña de Siria. Dados mi inclinación natural hacia el estudio y un gusto heredado por la *res militaris*, antes de cumplir los veintidós años había alcanzado el rango de *praepositus vexillationis primae pannonicae*, con el que serví a las órdenes de mi señor Diocleciano en Egipto, cuando obtuvo la victoria sobre los rebeldes Domicio Domiciano y Aquileo. Hace de eso casi ocho años, durante los que también serví como *praefectus alae ursicianae* a las órdenes de mi señor Galerio Maximiano durante la segunda y victoriosa campaña persa (que iniciamos atravesando Armenia).

Mi último empleo fue el de tribuno de un ala de caballería de mil efectivos destinada en Nicomedia, cuartel general y capital de mi señor Diocleciano Augusto. En la actualidad, habiendo proseguido mis estudios a lo largo de los



Ben Pastor Conspiratio

años, se me ha concedido dejar la espada por el cálamo durante un tiempo, para que pueda llevar a término el relato de las vidas de aquellos que recibieron los nombres de «césar», «príncipe» o «augusto». Como *tribunus vacans* y enviado especial del emperador, me dispongo a iniciar esta nueva etapa de mi vida lleno de gratitud hacia mi señor Diocleciano.



Ben Pastor
Conspiratio

PRIMERA PARTE

EL EMPERADOR Y EL EFEBO



Ben Pastor

Conspiratio

CAPÍTULO 1

Espalato, Dalmacia, idus de mayo
(lunes día 15) de 304 D.C.

Los golpes de los azadones y las mazas siguieron a Elio Espartiano hasta el interior del recinto, tan parecido a un campamento militar que no pudo evitar preguntarse si todo el mundo, desde el emperador hasta el último recluta, estaba tan condicionado por su función que era incapaz de pensar en otros términos. El sólido y fortificado recinto cuadrangular, al que sin duda pondrían remate unas cuantas torretas, le produjo la vieja sensación de estar en un lugar seguro, que protege sin anonadar, pese a que debía de aproximarse a los dos kilómetros de perímetro. Ahora el impoluto cielo costero aparecía enmarcado en un rectángulo de radiante luminosidad, atravesado por las golondrinas y las escandalosas gaviotas.

—Sus credenciales.

El suboficial extendió la mano y, cuando Elio cogió el documento, saludó y se hizo a un lado.

A lo largo de los gruesos muros del complejo, se alzaban ya algunos edificios de la residencia imperial, y todo parecía indicar que la planta del recinto no tardaría en quedar dividida por una serie de patios con arcos. Cornisas, pedestales y escalones de piedra caliza recién tallados yacían en el suelo agrupados por separado, numerados y listos para ser colocados.

—¿Puedo ver sus credenciales?

El mismo uniforme, distinta cara, distinta mano extendida.

—Toma. —Elio advirtió que hasta el último trozo de tierra donde no había obreros o herramientas estaba cuidadosamente cavado y regado, y, pese a sus escasos



Ben Pastor

Conspiratio

conocimientos de horticultura, supo que aquellos brotes verde pálido que crecían en rectas hileras eran coles—. ¿De quién ha sido idea eso, soldado?

—De su Divinidad.

—Me refería a las coles.

—Las ha plantado su Divinidad.

Tras presentar las credenciales al tercer guardia, Elio dejó atrás los bancales de hortalizas y siguió avanzando entre montones de piedra pómez molida, cal y arena, envuelto en olor a mortero recién mezclado. Enfrente se veían columnas alineadas en el suelo y más montones de piedras. En las últimas veinte millas —es decir, desde el desvío de la calzada principal que llevaba a la cantera—, no había parado de adelantar carros tirados por bueyes y cargados de bloques labrados y canteados, toba de la región y una piedra de color crema, destinada probablemente a adornar las fachadas que darían al patio central. También llegaban miles de ladrillos en reatas de caballerías escoltadas por soldados, a los que Elio había preguntado de dónde venían. De Aquileia, había sido su respuesta, aunque por supuesto ellos debían de haber recogido la carga en el puerto de Salona, a unas cinco millas al norte.

En lo que posiblemente sería el segundo patio, un enérgico secretario prematuramente calvo le paró los pies. Su Divinidad estaba dentro, le explicó, supervisando la instalación de las tuberías de los baños, de modo que tendría que esperar allí.

—Póngase a la cola —le dijo dándole un disco de arcilla con un número—. Cuando diga su número, sígame dentro.

Elio miró el disco, que ostentaba un descorazonador «XXXVI».

—Está bien. ¿Hay algún sitio en el que pueda pasar la noche? —le preguntó al secretario.

—Hable con los barberos de la entrada. También alquilan catres.

Todo el mundo sabía que Diocleciano detestaba los rizos y los flequillos, de modo que los barberos de los alrededores de la residencia imperial de turno hacían su agosto trasquilando a los que llegaban con el pelo a la última moda, pues se veían obligados a cortárselo de un modo más tradicional antes de penetrar en el recinto. Y también allí, bastaba ver la blancura de algunas nucas para comprender que aquellos bátavos o suevos tan rubios, miembros sin duda del estado mayor de algún general, no habían tenido más remedio que someterse a las tijeras. Como Elio, estaban allí en misión oficial y esperaban su turno, a solas o en pequeños grupos, cuchicheando en su lengua materna o en el latín del ejército, que todos dominaban. El gorro militar rojo oscuro, idéntico para todos los grados salvo por la calidad del fieltro, estaba



Ben Pastor Conspiratio

plantado como un corcho en algunas cabezas, echado hacia atrás en otras y ladeado en la mayoría, tal como decía la canción:

Nos conocerás por el gorro
ladeado con desenvoltura
y por la acerada espada
que llevamos a la cintura.

Los perros dálmatas del Emperador, criados por él mismo en Nicomedia, vagaban a sus anchas por el recinto, husmeando y trotando, retozones y sociables. Se contaba que Diocleciano los había entrenado para detectar a los visitantes que usaban perfume (otra cosa que no soportaba), y, aunque Elio sabía que se trataba de una invención, había oficiales que antes de presentarse en la residencia imperial buscaban algún sitio para lavarse la cara y el cuello, y eliminar los restos de esencias y aceites de baño.

Elio se disponía a regresar a la entrada en busca de alojamiento, cuando vio que todo el mundo se volvía y se ponía firme, y comprendió que había aparecido el séquito del Emperador. De hecho, se trataba del propio Diocleciano, que estaba en el vano de una puerta a medio acabar, casi enfrente de Elio.

—¡Ah! —exclamó Su Divinidad—. Mi historiador... ¡Entra, entra! Dejadlo pasar, muchachos, es mi historiador, que acaba de llegar de Nicomedia. ¿Cómo llevas lo del ahogamiento del chico, Elio?

La pregunta, formulada a voz en cuello, causó no poco efecto. Elio sabía perfectamente a qué se refería Diocleciano, aunque le sorprendía que recordara el tema de su último intercambio epistolar. La muerte de un favorito imperial hacía casi dos siglos parecía carente de interés salvo para un investigador.

—Es el episodio menos claro de la vida del divino Adriano, Vuestra Divinidad —respondió Elio avanzando entre los grupos de funcionarios, que le ponían mala cara, porque ahora tendrían que esperar aún más.

—Bien, pero algo tendrás que decir. Si fue un accidente, tendrás que afirmarlo. Y, si fue un asesinato, ídem de ídem.

—Las fuentes son ambiguas, Vuestra Divinidad.

Elio se detuvo a unos pasos del Emperador y lo saludó mostrándole las palmas de las manos ligeramente ahuecadas y apoyando los dedos en la frente.



Ben Pastor

Conspiratio

—Las fuentes pueden ser ambiguas, pero el Nilo, no. —Diocleciano se rió de su propia broma y le hizo señas de que se acercara—. Pasó allí, así que no sería mala idea que viajaras a Egipto, sobre todo porque hay cosas que quiero que soluciones inmediatamente.

Menuda novedad.

Momentos después, los dos hombres caminaban hacia el otro extremo del recinto, alejándose de la cola de las visitas. Diocleciano tenía buen aspecto: sesenta robustos y bronceados años bien llevados sobre un par de recias piernas.

—En fin, pensé que ya iba siendo hora de tener una casa —estaba diciendo en esos instantes—. Porque, bien mirado, nunca he tenido una de verdad. Un palacio no es una casa y, en cuanto a Roma... ¡Toda la maldita ciudad es un palacio! Créeme, por mucho que me llamen *domine*, «el señor de la casa», hasta ahora nunca lo había sido. Y, como puedes ver, las malas costumbres no se pierden de un día para otro. El campamento militar no me deja ni en mi propia casa; tenía que diseñarla de tal modo que me sintiera a gusto en ella. —Costaba creer que aquel hombre fuera el mismo en cuya presencia se «adoraba la Sagrada Púrpura». Diocleciano vestía una vieja túnica desgastada en los codos y salpicada de manchas. Como en sus viejos tiempos en el ejército, llevaba el pelo muy corto y tieso, igual que un soldado raso. Hasta las botas eran militares, rozadas y desgastadas, con la pernera derecha remetida y la izquierda colgando por fuera—. Los palacios no son prácticos. En el ejército, todo son ángulos rectos; no hay que volverse loco buscando, ni preguntándose dónde estará tal cosa. Si no está aquí, estará allí. Así que, como el emperador jubilado que aspiro a ser, debo tener mi propia guarida de una vez por todas. Dicen que los diplomáticos y gente por el estilo arrugarán la nariz al ver las coles; pero si me da la gana cultivar hortalizas en el alféizar de la ventana, ¡por Júpiter que lo haré!

—Tener un huerto propio me parece una idea excelente —se apresuró a opinar Elio.

—Es lo que yo digo. ¿Has visto la puerta norte? Pues tienes que verla. Se la enseño a todos los que vienen. Todas las puertas serán bonitas, pero la norte será especial, una hermosura de puerta. Encima haré poner cuatro estatuas (la mía y la de los otros tres), además de cornisas, ménsulas, plintos, hornacinas y demás. Parece excesivo, pero en realidad no lo es. Podrías hacerla hasta seis veces más grande y aún cabría en un buen campamento de legionarios.

La visita guiada siguió su curso. Escuchando al emperador, Elio Espartiano descubrió que aquel lugar no sólo inspiraba ideas melancólicas a su propietario. Llevaba tanto tiempo yendo de aquí para allá con el ejército, que también a él le habría gustado tener un sitio al que poder llamar su «hogar», aunque no sabía muy bien qué significaba esa palabra, porque todo lo que había conocido hasta el



Ben Pastor Conspiratio

momento eran campamentos militares y residencias de oficiales. En ese sentido, el hecho de que le hubieran pedido que empezara su libro con la biografía del divino Adriano resultaba curioso, porque durante años dicho emperador no había hecho otra cosa que viajar sin descanso. Y, al llegar al único sitio al que —a juzgar por lo que Elio había leído hasta la fecha— podía llamar «hogar», había bautizado sus numerosos edificios con los nombres de los muchos lugares que había visitado. Como si necesitara sentir que estaba de viaje incluso en casa. Lo que por supuesto también podía significar que, viajara a donde viajase, Adriano pensaba en su hogar del Tiburtino. Esa inquietud y esa nostalgia eran lo que había permitido a Elio vislumbrar el carácter de Adriano, que por lo demás —su crueldad, su volubilidad, su obsesivo amor por el efebo que se había ahogado durante una excursión de recreo por el Nilo— no se parecía en nada a él.

Antinoe/Antinópolis, provincia de Heptanomia,
Egipto (Aegyptus Herculia),
6 de Payni (jueves 1 de junio) de 304

En los ocho años que llevaba ausente, Egipto había cambiado tanto como una montaña a la que se le quita un grano de arena. Tras desembarcar en Canope, en el Delta, Elio se dirigió hacia la ciudad construida unas ocho generaciones antes en honor del efebo ahogado en el Nilo, pasando por Leontópolis, Cocodrilópolis, Oxirrinco y Cinópolis, todas ellas poblaciones con nombre de animal, templos desmesurados y abundantes turistas. Según le dijeron, la crecida del río ya había alcanzado la primera catarata, y se esperaba que llegara a Antinópolis en un par de semanas, donde el agua subiría al nada despreciable nivel de dieciocho codos. De modo que, para no ofender las supersticiones locales, durante las últimas cuarenta millas, Elio renunció a la vía fluvial y abandonó la bien aparejada barcaza del ejército, que luchaba contra la corriente como una lanzadera contra una urdimbre rebelde.

A lo largo del río todo era viejo a más no poder. El mundo parecía haber empezado allí.

Lo que más recordaba Elio de aquella tierra era, precisamente, el peso de los siglos. Lo dominaba todo hasta tal punto que, pese a ser Egipto un país tan seco y castigado por el sol, el pasado arrojaba sobre él una sombra de incomprensible o mal comprendida antigüedad. Sus días de campaña en Egipto habían sido como cualesquiera otros: un objetivo que alcanzar, los medios para hacerlo y la puesta en



Ben Pastor Conspiratio

práctica del entrenamiento y el temple. Elio había estado demasiado ocupado para retenerlos en la memoria; pero, entonces como ahora, los nombres de los sitios ejercían una extraña fascinación sobre él, mientras asistía a la lenta procesión de poblados ribereños inmensamente antiguos, cercados por la arena, construidos junto a míseros oasis en los que la sombra era tan valiosa como el agua. Los cocodrilos seguían tomando el sol con las fauces abiertas y —hoy como hacía ocho años— el agua turbia del río era más traicionera e inquietante que los mares que había que cruzar para llegar hasta ella. Así que la acuática agilidad de los reptiles, que tenían nombres de dioses y se deslizaban por el líquido elemento como horripilantes trozos de madera animada, su pesado avance por la tierra firme, donde perdían los medios que les proporcionaban velocidad en el agua y los hacían temibles, y su forma de sestar al sol, los asemejaban a los ojos del mundo a aquel país vetusto y correoso, infinitamente poderoso a poco que uno bajara la guardia, artero, fascinante y divino.

Los reclutas del puesto de mando no lo conocían, pero le dispensaron las atenciones debidas a su rango y uniforme. El jefe de la unidad estaba ausente, así que Elio entregó las credenciales a su ayudante y se dispuso a volver a su alojamiento, que había elegido previamente al otro lado del zoco: una enorme planta baja con todas las comodidades, incluidos unos baños privados. Pero dio la casualidad de que, cuando iba a abandonar el puesto, topó con el oficial de guardia en la entrada.

—¿Elio Espartiano? —le preguntó casi a voz en grito mirándolo con sorpresa—. ¡Soy Gavio, muchacho! ¡Qué alegría verte! Pero ¿se puede saber qué haces tú aquí? ¿Y qué le ha pasado a tu pelo, por todos los manes? ¿Cómo que tienes canas, si eras más joven que yo?

Los dos hombres se abrazaron como pudieron en la concurrida calle.

—Pues, sí, son canas —admitió Elio con una sonrisa—. Al principio pensé que era el sol, que me había desteñido el pelo, pero acabé desengañándome.

Gavio Tralles lo cogió del brazo y volvió a entrar con él al pasillo del puesto de guardia. Además de compañero de armas durante la campaña de Egipto, Gavio era, como él, hijo de militar y originario de la Panonia. Rubio, de ojos claros y constitución de luchador, parecía el Gavio de costumbre, afable, tan mal afeitado como siempre y, como siempre, con la risa a flor de labio.

—Bienvenido a la tierra de Tau —dijo volviendo la cabeza y utilizando el argot militar, que designaba Egipto por la letra que dibujaba el Nilo y su delta—. Supongo que has venido en misión oficial...

—En parte, sí.

—¡Ajá! Los cristianos, ¿no? —Ante el silencio de su amigo, Gavio comprendió la inoportunidad de la pregunta y rectificó—: Claro, no ibas a venir de turista.



Ben Pastor Conspiratio

—Eso también.

Elio miraba hacia la luz de la ventana del final del pasillo, que hacía que el puesto de mando pareciera oscuro incluso a esa hora del día. Educadamente, mencionó el proyecto del libro de historia, y la conversación tomó un derrotero menos comprometido.

—¿De veras? ¿Y empiezas la lista de emperadores con un mariquita como la copa de un pino? —rezongó Gavio—. Aunque en realidad todas esas viejas cabezas coronadas tenían gustos parecidos. Así que cuando decías que querías ser historiador no bromeabas...

Los dos hombres salieron al patio interior y lo cruzaron en dirección a la capilla del regimiento, para celebrar una breve ceremonia de sacrificio a los dioses y los estandartes de la unidad.

—Lo que dije no fue exactamente eso. —Elio se acercó al altar, cogió una pizca de incienso y lo arrojó al brasero—. Dije que pensaba escribir sobre historia. ¿Que cuál es la diferencia? Para empezar, la falta de pretensiones.

Pese al carácter rutinario de aquella visita a la capilla, ambos eran hombres religiosos, por lo que permanecieron unos momentos rezando con devoción. Luego propuso Gavio:

—Vamos a tomar una cerveza.

Dicho y hecho. Dado lo temprano de la hora, la cantina de los oficiales estaba prácticamente vacía, por lo que Gavio no tardó en conseguir que les sirvieran bebida y algo para acompañarla en la mesa. Tras ponerse mutuamente al día sobre su vida y las de sus conocidos, la conversación pasó a los chismorreos.

—¿Te acuerdas de Sereno Dío?

—No.

—Sí, hombre. Llevaba el abastecimiento del puesto. Uno de Zeugma.

—No caigo.

—Uno alto, chupado de cara, un poco cargado de espaldas... También vendía libros para sacarse un sobresueldo.

—¡Ah, sí, sí! ¿Qué ha sido de él?

—Ha muerto. —Gavio comía frutos secos mientras esperaba el segundo zumo de cebada—. Volvía por el río de una propiedad que tenía en el barrio de Tolemais. Hace dos días que no se habla de otra cosa en la ciudad. La tripulación empezó a extrañarse al ver que no salía de su tienda por la mañana. Miraron dentro y vieron que no estaba. Nadie lo había visto después de que se fuera a dormir, y pasaron otras



Ben Pastor Conspiratio

doce horas antes de que lo encontraran en la orilla, río abajo, junto a la cabaña de un alfarero. Los cocodrilos no debían de tener mucha hambre, porque estaba casi intacto.

—Comprendo. —Elio partió dos nueces apretándolas en el puño—. Puede que se cayera por la borda.

—¡Quia! Lo mataron.

—¿Qué te hace pensar eso?

Gavio le dio un sorbo a la jarra y se pasó la cerveza por la boca.

—Me parece que no lo recuerdas muy bien... Le aterraba la idea de ahogarse en uno de esos viajes, porque no sabía nadar. Su barca privada tenía unas bordas muy altas, por si perdía el equilibrio accidentalmente.

Al oír aquel detalle, Elio recordó al avinagrado comerciante, un individuo que había movido montañas de víveres, forraje y suministros de toda clase durante la campaña contra los rebeldes. Como también comerciaba con libros raros, Elio le había encargado tanto copias como originales, en los que se había gastado la mitad de sus primas anuales. En dos ocasiones, Sereno le había traído libros de la devastada Alejandría, pues conocía todos los talleres de copia que trabajaban con la biblioteca, a los que podían encargarse oscuros tratados históricos fuera de circulación. La barca de Sereno —que no la utilizaba a menudo, pese a que el río seguía siendo el medio más rápido de viajar por el país— tenía las bordas tan altas que parecía un cajón con remos y velas.

—Entonces —pensó Elio que debía preguntar—, ¿quién saldría ganando con su asesinato?

—Eso es lo más extraño de todo. Según todas las apariencias, nadie. Sus negocios estaban en orden, pero he oído decir que una cláusula de su testamento (porque no tiene herederos) establece que, en caso de morir en circunstancias sospechosas, todos los bienes queden bloqueados indefinidamente. La gente que le tiene miedo al agua no debería embarcarse, me dirás. Pero ¿no te parece que lo que realmente temía era que se lo cargaran?

Elio seguía cavilando sobre los aspectos legales de la herencia.

—El dinero y las propiedades no reclamados acabarían en manos del fisco romano...

—Pero se tardaría años en localizar todas sus inversiones, y seguro que no declaraba muchos de sus ingresos. Por supuesto, su amante, sus amigos y sus socios se han apresurado a señalar que ellos no ganaban nada matándolo. Ahora mismo



Ben Pastor Conspiratio

aún deben de estar lloriqueando y tirándose de los pelos, y no sólo porque han perdido a su querido amigo.

—El dinero no es lo único que uno puede ganar eliminando a alguien.

Gavio se acabó la cerveza y estiró el cuello para mirar al interior de la jarra de su amigo.

—Totalmente de acuerdo. Pero dejémoslo en manos de las autoridades. ¿Vas a acabarte eso?

La cerveza egipcia no era precisamente la favorita de Elio, que empujó la jarra hacia Gavio.

—Adelante.

—Gracias. Oye, ¿y Anubina? ¿Has ido a verla?

Al oír el nombre de la que había sido su gran pasión no hacía tantos años, Elio sintió una pequeña punzada en el corazón.

—No —se apresuró a responder—. Pero me he informado. Casada. Con hijos. ¿Qué me dices de Cosma y tú?

—¡Bah, eso es cosa del pasado! Le gusta la vida de viuda, así que era poco probable que aceptara casarse conmigo. Me llevaba estupendamente con su hijo, de modo que no veo por qué no nos iba a ir bien. Así que, como tenía ganas de sentar la cabeza, me casé con otra. ¿Y tú?

—Estuve a punto, un par de veces, pero al final nada.

—La última vez que te vi, estabas liado con una antigua concubina de Constancio...

—¿Helena? Eso es agua pasada.

—Mejor. Las amiguitas de los subemperadores no traen más que problemas.

—Sí, especialmente cuando tienen hijos ambiciosos y repelentes.

Al salir de la cantina de oficiales, Gavio insistió en acompañarlo a su alojamiento. Por encima de los tejados, hacia mediodía, el cielo, brillante como un espejo, había enrojecido ligeramente, y el viento soplaba con suficiente fuerza para hacer vibrar los toldos y restallar las cortinas de las puertas.

—Tormenta de arena a la vista —murmuró Gavio—. Se ve que te estaba esperando.

Por la calle, mientras iban dejando atrás tenderetes y puertas, Elio oyó retazos de conversaciones en griego en las que se mencionaba el nombre de Sereno Dío: «... había ido a juicio no hace mucho, por alguna disputa. Lo oí decir en los baños, pero



Ben Pastor

Conspiratio

la verdad es que no presté mucha atención». O: «Cené con Sereno la semana pasada... ¿Quién iba a pensar...?»—Ya te he dicho que era la comidilla de la ciudad —le recordó Gavio—. Si te interesa como historiador, te puedo poner en contacto con los mayores chismosos de la ciudad.

El viento hacía ondear y revolar las vaporosas faldas verdes y azules en torno a los tobillos de las mujeres, y Elio se distraía viendo pasar aquellos fugaces destellos de color.

—No, gracias. No me interesa en absoluto. Tengo cosas mejores que hacer. En cualquier caso, parece cuestión de sacar la verdad a la tripulación. Es evidente que el asesino de Sereno está entre ellos.

—Eso mismo pienso yo. Gracias a las leyes del divino Adriano, los marineros, que eran todos esclavos de Sereno, no han acabado automáticamente en la horca, como probablemente se merecen. Ayer todavía estaban respondiendo unos de otros. Un poco de candela en la cárcel debería surtir efecto a no mucho tardar.

Paseando no tan tranquilamente —pues ambos seguían teniendo costumbre de andar a buen paso y, encima, de marcarlo—, llegaron al final del zoco, cruzaron la calle y se dirigieron hacia la puerta del alojamiento de Elio. Los toldos que bajaban de la cornisa de la fachada arrojaban sobre la acera una franja de fresca noche, aunque casi era mediodía. El viento empezaba a calmarse cuando los dos hombres llegaron a la sombra y se detuvieron ante el umbral para despedirse.

—A ver si se te ve el pelo mientras estés aquí —bromeó Gavio—. Ya sabes dónde encontrarme.

En la vivienda, algún siervo previsor había preparado una de las pequeñas piscinas de los baños. Elio decidió ponerse un rato a remojo en el agua tibia y relajarse mientras revisaba la documentación relativa a su misión oficial.

La anunciada campaña contra los cristianos se extendería a toda la provincia e iba a empezar en serio. Gavio no se había equivocado respecto a su papel. Además de la carta de Diocleciano, que explicaba pormenorizadamente sus órdenes, la base de la información sobre la que debía actuar Elio, como enviado imperial, consistía en las copias de dos largas notas del emperador escritas al pie de sendas peticiones de clarificación e instrucciones cursadas por autoridades locales. Leyéndolas sentado al borde de la piscina con los pies en el agua, Elio consiguió abrirse entre la hojarasca de fórmulas burocráticas y descifrar lo que los solicitantes (el oficial al mando de la guarnición y el alcalde de la ciudad) decían realmente. Los signos visibles de agitación, aunque violentos, seguían siendo escasos; de vez en cuando aparecían pintadas políticas, y cada vez era más necesario patrullar toda la ciudad. En el campo ya se habían efectuado algunas detenciones de religiosos y simpatizantes contumaces, a las que podrían seguir otras, pues, aunque parecía haber menos



Ben Pastor

Conspiratio

confidentes que durante la campaña anterior, aún era demasiado pronto para asegurarlo.

¿Qué debían hacer las autoridades locales? Las respuestas del emperador, redactadas en la inconfundible jerga oficial de los secretarios de palacio, reconocían la compleja naturaleza de las ideologías religiosas, pero subrayaban la necesidad de optar por la clemencia en cuanto a las medidas, permitiendo incluso que sacerdotes y obispos «sacrifiquen a los dioses y sean puestos en libertad, a discreción de mi enviado, como se acordó con ocasión del vigésimo aniversario imperial de noviembre».

Elio acabó de leer y luego guardó las cartas y se metió en la piscina. Así que tendría que asistir a unos cuantos juicios e informar por escrito... Se sumergió completamente en el agua tibia para aislarse del mundo aunque sólo fuera por unos instantes. La clemencia estaba muy bien, y totalmente en consonancia con unos tiempos que el propio Diocleciano había llamado *tranquillitas nostra*. Pero, a no ser que la facción armada de los fundamentalistas de la Iglesia de Egipto hubiera cambiado de métodos en los últimos siete años, el riesgo para su persona en Antinópolis volvería a ser un factor insoslayable en cuestión de horas.

Una vez más, Egipto quería hacerle pagar un precio. Estaba claro que entre ellos las cuentas no estaban saldadas, aunque siendo un joven oficial hubiera leído todo lo que había caído en sus manos sobre el país, antes y después de llegar a él. Había devorado un texto tras otro, empezando por las notas de viaje de Herodoto, siguiendo con los relatos de la estancia de César y acabando con las encomiásticas, aunque quizá poco fiables, narraciones de la visita de Adriano en el año setecientos ochenta y nueve de la fundación de Roma, entre otras muchas cosas. Y en todo momento se había sentido como si estuviera poniendo el pie de un niño sobre la huella de un gigante, midiéndose —midiendo sus limitados conocimientos y sus exiguos méritos— con los enormes pasos dados cientos y miles de años antes.

Al final de la Rebelión, unos guías le habían mostrado los retratos en relieve de Cleopatra, que parecía una de tantas reinas egipcias representadas en los muros de los templos, así como su hijo se asemejaba a cualquier otro joven príncipe del país, pese a ser medio romano. Sentado en la piscina, Elio se restregaba la espalda recordando que se había sentido atraído y confundido a un tiempo por el modo en que aquel país hacía que un poderoso se pareciera a todos los demás, como si a la postre el rostro humano del poder —alisado, esculpido en el implacable pórfido o basalto— fuera siempre el mismo, inmutable en la medida en que poseía idénticos rasgos de grandeza innata o adquirida. Por extraño que pudiera parecer en un oficial de caballería recién salido de una guerra civil, y por añadidura bárbaro, entonces pensó que Roma era infinitamente superior en cuanto a sus retratos, cuya piedra, bronce o arcilla se convertían en una contrafigura de la persona a la que



Ben Pastor Conspiratio

representaban. Incluso la imperfecta efigie de su padre en la estela de arenisca se parecía más al hombre de carne y hueso que aquellas imágenes de diez codos de altura de los gobernantes y escribas egipcios, tan parecidas como un gato a otro. Gatos egipcios, claro: momificados como recién nacidos en envoltorios aromáticos, una práctica que Elio atribuía a la piedad y el amor a los animales hasta que vio a un sacerdote partirle el cuello a un minino para sacrificarlo.

Y ahora había vuelto al cruel Egipto, en cuya larga existencia su ausencia no significaba nada. Elio salió del agua y empezó a secarse metódicamente. Él sí que había cambiado. Un desasosiego cuyo significado ignoraba lo había seguido hasta allí: un afán de averiguar cosas, de levantar piedras para ver qué ocultaban, de separar rastros para escudriñar la espesura, o cualquier otra metáfora que expresara su necesidad de encontrar respuestas. Por supuesto, estaba allí en misión oficial y como investigador de la Historia; la muerte de Sereno Dío no era asunto suyo. Pero aquel viaje también tenía una dimensión personal. En cierta ocasión había oído que, en el fondo, el viajero siempre va en busca de sí mismo y, si tiene suerte, descubre aspectos de su naturaleza dondequiera que va; es lo que le ocurrió a Ulises, que se enfrentó a sus vicios, sus virtudes y sus deseos, y los dejó atrás para volver a casa. De lo contrario, sus viajes habrían sido en vano.

Elio oía a los siervos yendo de un lado para otro en la confortable vivienda, empezando a cerrar puertas y ventanas. Aunque Gavio lo había señalado en broma, puede que el hecho de que hubiera llegado a Antinópolis un día de tormenta de arena tuviera algún significado.

8 de payni (sábado 3 de junio) de 304

La tormenta de arena empezó por la tarde y duró toda la noche y todo el día siguiente. Al otro, el cielo estaba despejado y la crecida del Nilo, dos días más cerca. Las escobas barrían los umbrales de todas las casas de la ciudad cuando Elio se presentó ante el oficial superior al mando, recién llegado de unas vacaciones en el Delta, con las credenciales imperiales.

Gavio Tralles, con quien se cruzó en el patio, tenía noticias frescas. Dos de los marineros de Sereno se habían ahorcado en la cárcel, porque tenían algo que ocultar o porque el «interrogatorio» había sido superior a sus fuerzas.

—Estaba en los tribunales, para presenciar el comienzo de los juicios a los cristianos —explicó Gavio, pero Elio no lo alentó a extenderse sobre el asunto—. Bueno, en cualquier caso, allí es donde me he enterado de lo de los marineros, y he



Ben Pastor

Conspiratio

conocido a su amigo, su amiguito, en el vestíbulo. Me ha dicho que Sereno tenía algo para ti. No puedo decirte qué, porque no lo ha mencionado. Si lo deseas, puedes hacerle venir, o ir tú y preguntárselo directamente. Se hace llamar Harpocracio, aunque su nombre egipcio es Petesuchos. Siguen viviendo en la cuarta milla de la Vía Adriana, junto a la hilandería, en una «preciosa villa».

Era típico de Tralles soltar nombres de sitios y gentes que los demás debían supuestamente conocer y recordar. Elio ni siquiera sabía que Sereno tuviera un amante varón.

—¿Por qué iba a tener Sereno algo para mí? —le preguntó a Gavio—. Hacía años que no me veía...

—A mí que me registren. Puede que sea un libro.

Era una interesante posibilidad. Tras rechazar una cerveza, Elio dejó a Tralles en su despacho y se dirigió al barrio de los libreros y los anticuarios, en busca —vana— de material raro o no divulgado sobre el divino Adriano. Luego hizo una visita a la casa de los sacerdotes, en el anexo del templo del divino Antinoo. Allí concertó citas para las visitas de investigación que preveía hacer a diversos santuarios, sus bibliotecas y colecciones.

Era cerca de mediodía cuando decidió seguir la pista que le había proporcionado Tralles. Salió de la ciudad por la monumental puerta este y, tras pasar junto al hipódromo y trepar por las terrazas de la ladera hasta la meseta de Antinoo, continuó cabalgando sin prisa por la solitaria y hermosa vía construida por Adriano para unir Antinópolis con el Golfo Árabe. Tumbas de soldados romanos, dos de ellas en forma de pequeñas pirámides sobre altos pedestales, flanqueaban el camino, junto al que también se alzaba un diminuto santuario del Efebo sufragado, según la inscripción, «por la piedad de los oficiales de la flota de Alejandría».

Poco antes, y a la izquierda del mojón de las cuatro millas, un exuberante y amurallado paraíso de árboles frutales, y el taller de hilado que se alzaba detrás, le permitieron identificar la quinta de Sereno al final de un sombreado sendero de grava. De entre todo lo que había intentado olvidar selectivamente de aquel lugar y aquellos tiempos, Elio se sorprendió recordando insignificantes detalles de esquinas, tapias o puertas, como si en su memoria las cosas pequeñas fueran más importantes y reveladoras que las grandes.

De hecho, había visitado a Sereno Dío en aquella propiedad en un par de ocasiones, cuando los libros que le había conseguido eran demasiados o demasiado valiosos para llevárselos al cuartel, o bien deseaba echarles un vistazo en privado. Reconoció la entrada, con su umbral de baldosas azules, cubiertas por el polvo del camino —el polvo del desierto—, y guijarros que crujían bajo los pies.



Ben Pastor

Conspiratio

El «amiguito» de Sereno, como lo había llamado Tralles (tan poco tolerante con los homosexuales como con todo lo que se salía de los parámetros de su mundo, que eran el ejército, los cuarteles, la carne de caballo y las mujeres), lo recibió en el jardín, bajo un elegante emparrado cuajado de racimos. Era un individuo de mediana edad, con los ojos verdes, el pelo teñido y la tripa caída, que le dio la bienvenida poniéndose en pie en una actitud de dolor educadamente contenido. Intercambiadas las consabidas cortesías y expresiones de condolencia, habló de una carta de Sereno Dío dirigida a Elio Espartiano a su destino más reciente, que era Nicomedia, y depositada en la oficina de correos del cuartel de Hermópolis, al otro lado del río.

—Saldría la semana que viene con el correo del ejército, pero, puesto que está usted aquí (no lo esperábamos, legado, pero es un placer ver a un conocido de Sereno, especialmente en estas circunstancias), tal vez prefiera recogerla de inmediato. No, no me dijo qué contenía, pero probablemente sea algo relacionado con libros. Sereno se dedicaba cada vez más a los libros y menos al aprovisionamiento del ejército, negocio del que esperábamos retirarnos completamente el próximo año. Ahora todo ha quedado en el aire, y le aseguro que estoy aquí aguantando como puedo, como una loca. Es duro, muy duro.

Elio había aprendido a no hablar demasiado cuanto la gente empezaba a revelar cosas. Era muy reservado respecto a sus propios asuntos y sumamente sensible a la posibilidad de que husmearan en ellos. Así que guardó silencio por cortesía, pero también porque a veces el silencio tenía la ventaja añadida de proporcionar más información que la batería de preguntas más exhaustiva. El sol que se filtraba por el emparrado salpicaba la sombra de infinitas formas —gotas, cuadrados y redondeles— entre las que las blancas manos del «amiguito» de Sereno se movían como peces bajo la superficie del agua, como solía verse en las albercas de los huertos. En esos momentos, meneando apenas la cabeza, imposiblemente dorada, Harpocracio estaba hablando de lo duro que había sido perder a Sereno y de la terrible muerte que había encontrado, dado el pánico que le tenía al agua.

—Lo evitaba siempre que podía, ¿sabe? Viajar por el río... Pero esa vez no podía hacer otra cosa, por la premura. Sin embargo, eligió un día muy favorable, y se puso en camino mucho antes cié la crecida, así que no hubo sacrilegio por su parte. No lo hubo.

Los detalles iban surgiendo poco a poco, pero en definitiva lo esencial de la historia era que Sereno Dío se había caído por la borda en plena noche entre Panópolis y un sitio llamado Tanais de la Ribera, durante el viaje de regreso de sus sucursales en la ruta de las caravanas, en Dendera, Phoenicum y Tolemais. Tal como había dicho Tralles, la tripulación juraba que nadie había presenciado el accidente, y su dinero y sus efectos personales, incluidas sus sandalias, estaban donde los había dejado.



Ben Pastor Conspiratio

—¿Se lo imagina? Nunca iba descalzo, porque tenía unos pies muy delicados. Tanto es así que dormía con calcetines. Cuando hallaron su cuerpo, los cocodrilos le habían devorado las piernas hasta las rodillas. No puedo hacerme a la idea, no puedo. Es demasiado horrible.

Elio no recordaba ninguna ocasión en que la descripción de una pérdida civil no le hubiera afectado; unas veces lo sublevaba y otras lo entristecía, pero siempre le hacía sentirse incómodo. Cuando al fin abandonó la «preciosa villa», estaba ansioso por regresar al anonimato del cuartel. Allí uno sabía que todo el mundo iba y venía y, en el intervalo, algunos morían, y luego alguien los mencionaba de pasada, como había hecho Tralles poniéndolo al día sobre las bajas que por una u otra causa se habían producido en el regimiento en los últimos años.

Por la tarde, tras adquirir un librito de poemas a la muerte de Antinoo en una de aquellas tiendas llamadas *pantopoleion*, en las que vendían de todo, se puso en camino hacia la oficina de correos del otro lado del río.

Hermópolis Magna, llena de santuarios, babuinos, estatuas con cabeza de mono o ibis y cualquier otra cosa relacionada con el culto a Thoth-Hermes, se alzaba frente por frente a Antinópolis y en esa época del año estaba abarrotada de peregrinos y turistas. El puente que llevaba a la venerable capital del distrito había sido construido por Adriano el último año de su vida y, sostenido por pilares lo bastante altos y resistentes para impedir que la crecida lo sumergiera, unía las dos orillas del Nilo a ambos lados de una exuberante isla. Mientras lo cruzaba a caballo, Elio leyó las inscripciones de Adriano en recuerdo a Antinoo, cuyo nombre llevaba el puente. Estaban cubiertas de pintadas, piadosas u obscenas, dependiendo de la opinión del autor sobre el Efebo. Debajo, la corriente que discurría entre las altas márgenes todavía era verde, pero la intensidad del tono ya había cambiado desde el día anterior y no tardaría en adquirir el amarillo del lodo arrastrado por la crecida.

Desde el punto más elevado del puente, se distinguía la antigua avenida de Serapis, actual paseo de Antinoo, que atravesaba el centro de Hermópolis y se cruzaba en ángulo recto con la avenida del Mercado Central. Las calles, llenas de edificios oficiales, tiendas y templos griegos y romanos, estaban relativamente despejadas a esas horas tempranas, pero Harpocracio le había advertido de que a media mañana los veteranos celebrarían una ceremonia en el santuario de Serapis-Nilo, se entregaría un premio deportivo en la escalinata del templo de Antinoo y el Gran Santuario sería «un auténtico circo de adivinos y embalsamadores de babuinos esta semana y durante al menos un mes».



Ben Pastor Conspiratio

Siete años antes, la disuelta unidad de Elio había combatido casa por casa en el barrio donde se encontraba el santuario, y las pérdidas sufridas para reducir a la guarnición del vasto recinto habían sido cuantiosas. Pese al tiempo transcurrido, mientras se acercaba a la entrada, el muro de más de veinte metros de altura que se alzaba a la derecha de la avenida le pareció triste y siniestro, al igual que el monstruoso complejo del templo dedicado a Thot-Hermes, que se extendía justo frente a la entrada. Lo flanqueaban las capillas secundarias, las viviendas de los sacerdotes y un laberinto de oficinas; el cuadrado amurallado habría podido albergar al menos dos palacios como el de Diocleciano, y sus hombres lo habían cubierto de sangre a todo lo largo y ancho para arrebatárselo a otros soldados romanos. Ahora los babuinos habían vuelto a apoderarse del lugar. Se agachaban, se llamaban, robaban, reñían y orinaban entre sus dobles de piedra, cuando Elio entregó las riendas de su caballo a un asistente y entró en el puesto de mando de la guarnición, que tenía anexa la oficina de correos. Dentro, reclutas autóctonos atendían el papeleo y los trámites burocráticos, mostrándose atareados sin duda en honor al visitante de alta graduación. Le entregaron la carta de inmediato y pusieron a su disposición un pequeño despacho para que nadie lo molestara mientras la leía. Escrita con la apretada letra y el particular griego de Sereno, empezaba en un tono tan banal que Elio no pudo evitar preguntarse por qué se había molestado en ir hasta allí para leerla con la de cosas importantes que tenía que hacer. Sin embargo, la última parte del relato le despertó la curiosidad y un nuevo y agudo desasosiego, en vista de la suerte que había corrido su autor.

A Elio Flavio Espartiano, admirado erudito y antiguo tribuno del Primer Regimiento de Caballería de los Panonios, con mis saludos y buenos deseos. Habiendo oído en el mentidero de los liberos que Su Divinidad le había confiado la tarea de redactar nuevas vidas de los césares y que quizá no tardaría en viajar aquí para recopilar información sobre el divino Adriano, me atrevo a poner en su conocimiento un hallazgo que podría interesarle. Hace hoy cuatro semanas, mientras regresaba por las tierras de la Cirenaica, fui abordado por unos mercaderes beréberes que intentaban colocar las alforjas de una silla de montar que habían encontrado en el Desierto Occidental, en la ruta de las caravanas que van del lago Moeris al oasis de Ammoneo.

Debo aclarar que, como mi padre antes que yo, siempre he tenido particular interés en seguir el rastro de los fabulosos restos del ejército de Cambises, dado el tremendo desastre acaecido a la blasfema expedición de dicho monarca persa para saquear el templo de Zeus Ammán y su rico oasis. Los beréberes insistían en que las alforjas eran persas, pero yo pude ver de inmediato que, aunque distintas a las actuales, eran las de una silla del ejército romano, con papeles en su interior. El caso es que



Ben Pastor Conspiratio

las compré por un módico precio. De todo lo que contenían, un paquete sellado atrajo mi atención. Era, como comprobé más tarde, una carta privada autógrafa del divino Adriano, y por tanto de inestimable valor para un librero anticuario, por sí misma y por su contenido.

El texto, dirigido a un tal Cesernio, carece de fecha, pero menciona graves asuntos relacionados con la seguridad del Imperio (*«salus imperii»*), añadiendo que una relación de los mismos ha sido depositada, y cito textualmente, *«in memoria Antinoi nostri»*. Si tuviera que aventurar una fecha, diría que fue enviada durante los meses inmediatamente posteriores a la muerte del Efebo, a comienzos del decimoquinto año del reinado del divino Adriano, cuando todavía estaba viajando por Egipto. Como, por otro lado, también se exhorta al destinatario a mantener en secreto la información, es posible que el extravío de la carta antes de su entrega al misterioso Cesernio no llegase a conocimiento del emperador.

No hay respuesta segura para eso, pero recordando su interés por las antigüedades de la época de la Rebelión, pensé que tal vez le gustara ver esta pieza única y quizá decidiera adquirirla. Si el documento que le he descrito despierta su interés, le ruego me lo haga saber cuanto antes. Desde que está en mi poder, hace ahora un mes, me han ocurrido cosas que me hacen temer por mi seguridad. No quiero confiar al papel nada más que eso, pero sepa que en el viaje de regreso de Libia hice un alto en el templo del oasis del bendito y omnipotente Ammán, y el oráculo confirmó mis temores. Hasta hoy no había dicho ni una palabra de todo esto a nadie, ni siquiera a mi querido amigo Harpocracio. Pero he confiado el original de la carta a mi liberto Pamtnychios, también conocido como Loreto, que vive en Hermópolis, cerca de la Puerta de la Luna, en el camino de Cusa, en la segunda milla del sendero que llaman de los Palomares. Le ruego que me haga saber con la menor brevedad si está interesado en ese objeto, pues no deseo tenerlo en mi poder más tiempo del estrictamente indispensable.

Escrito en su propiedad de Antioe por Sereno Dío, también conocido como Sarapion, el decimoctavo día de Pachón, en el noveno y octavo año respectivamente del consulado de Nuestros Señores Diocleciano y Maximiano.

Elio se habría puesto a investigar el asunto de inmediato, aunque sólo fuera por pura curiosidad, pero no hubo manera de abandonar el puesto de mando de Hermópolis sin antes almorzar con los oficiales, ansiosos por tener noticias de fuera de Egipto. Todos se aburrían más allá de su capacidad para ocultarlo. Después de la comida, uno de ellos lo llevó a su tabuco, que estaba atestado de papeles, y le entregó una petición para Diocleciano.



Ben Pastor

Conspiratio

—Unas palabras tuyas en mi favor me serían de gran ayuda, legado. Si no salgo de este cuartel, me volveré loco. No soporto otro año en esta ciudad, con esta gente y este clima.

Elio le echó un vistazo a la carta.

—¿De dónde es usted?

—De Lambaesis.

—Eso no es lo que dice aquí...

—Pensé que poniendo un lugar de nacimiento más al norte tenía más posibilidades de que me trasladaran.

—Tenga —dijo Elio devolviéndole la solicitud—. Es mejor que diga la verdad, o piense algo menos absurdo que decir «el Rin» cuando debería decir África.

El oficial lo miró cariacontecido.

—Como usted diga. Le enviaré el nuevo borrador a su residencia junto con un buen vino de Quíos local, para que le dé el visto bueno...

Puede que acompañar la petición de un favor con un vino sólo fuera un detalle amable, pero olía a intriga provincial. Elio, que tenía instrucciones precisas de no aceptar solicitudes, encontró una forma educada de rechazar la petición y el regalo, consciente de que el vino sería entregado en su puerta igualmente.

Al final de la hora quinta, con el sol casi en su cénit, estaba al fin en camino hacia la Puerta de la Luna.

Cuando llegó —la vivienda del liberto era una casita retirada del camino y éste, un sendero procedente de la vía principal al que no llegaban ni el ruido ni los olores de la ciudad—, todo lo que pudo oír fue el cacareo de las gallinas en el corral de la parte posterior. Los lagartos tomaban el sol en un muro bajo, marrones contra el marrón de los resecos adobes. Desde la senda que llevaba a ella, la casa, construida sobre un montículo que en unos días se convertiría en una isla, no se distinguía del resto de las construcciones de la zona: sencilla, encalada, con desteñidos toldos que protegían las ventanas de la inclemente luz solar. Por un instante, que sin embargo bastó para inquietarlo, tuvo la sensación de haber visto aquel sitio con anterioridad, pero, cuando se preguntó si habría soñado con él o habría estado allí durante la Rebelión, la sensación ya se había disipado. El instinto de soldado le decía que no hiciera ruido, que no llamara. Aunque debía darse a conocer al dueño de la casa, Elio se sorprendió avanzando sigilosamente mientras se preguntaba por qué no se oían voces, no se veía a ningún criado ni le llegaba ningún signo de vida del interior de la casa.



Ben Pastor

Conspiratio

Hasta llegar a la altura del pozo, con su cubo inmóvil en un extremo del balancín y una piedra a modo de contrapeso en el otro, no percibió un ruido que en un primer momento tomó por el gañido de un perro. Tras la cortina azul oscuro de la entrada, la puerta estaba abierta; Elio entró en una habitación cuadrada típicamente campesina. Una mujer, o quizá varias, lloraban en un cuarto interior, y Elio percibió el olor a sangre aun antes de penetrar en él. Acucillada en un rincón y deshecha en llanto, una anciana de pelo grasiento y vestida de negro sostenía en su regazo la cabeza de un hombre que yacía en el suelo. El hedor de la sangre y los fragmentos de cerebro flotaba en el aire atestado de moscas. Elio, que había pisado el reguero que fluía de entre las piernas de la mujer, se miró los pies y se quedó pensando en la violencia con que Egipto volvía a recibirlo.

—Me ha costado lo mío sacarles algo a esas mujeres. La anciana es la vieja nodriza del liberto y las otras, dos esclavas que no tienen luces ni para resguardarse de la lluvia. Ninguna habla griego, y mucho menos latín. Al final he conseguido que una fuera a buscar al dueño de una granja cercana, al que he encargado que avisara a la patrulla del río. Pero, aparte del hecho de que ya no se podía hacer nada por Pammychios, para mí es evidente que sorprendió a unos ladrones en su casa y éstos acabaron con él.

—Desde luego, en esta vida la oportunidad lo es todo —dijo Tralles sirviéndose un trozo de pato asado—. Para lo bueno y para lo malo.

Estaban cenando en el comedor de oficiales, donde los cuencos, los olores y la gente eran como los de cualquier otro lugar de reunión de la caballería. Elio se sentía como en casa y al mismo tiempo fuera de la realidad, como si hubiera una dimensión de vida común, comunitaria, para hombres como él, y dondequiera que el destino los llevara individualmente, todos estaban condenados a encontrarse en ese Único Lugar tarde o temprano. Tralles arrancó un trozo de pechuga y se lo llevó a la boca.

—Y, a todo esto, ¿qué hacías allí?

La prudente verdad a medias brotó de los labios de Elio antes de que se le ocurriera un motivo para mentir.

—Serenó había dejado una caja de libros para mí en casa de Pammychios.

Tralles no insistió.

—Bueno, un liberto más o menos da igual. ¿Qué importancia tiene para nosotros?

—Ninguna, salvo que su muerte se ha producido menos de una semana después de la de su antiguo amo.



Ben Pastor Conspiratio

—No veo la relación. Uno se ahogó, o lo ahogaron, durante un viaje de negocios y al otro lo han matado unos ladrones.

Elio, que llevaba rato comiendo sin gana, apartó el plato.

—Lo sé.

Le escamaba la coincidencia, eso era todo. No, no todo, puesto que la carta antigua que había ido a buscar no estaba en ningún lugar de la casa del liberto. Y no había ningún testigo de un asesinato que no parecía tener sentido. Por lo que había podido ver, Pammychios no tenía dinero que justificara lo ocurrido. Ninguno de sus tres esclavos —las dos chicas, que se pasaban la mañana en los campos, y el muchacho que había cogido como aprendiz— se encontraba en la casa en el momento del crimen. En cuanto a la desdentada nodriza, que iba diariamente a hacerle la comida, había descubierto el reguero de sangre del mismo modo que Elio. La granja próxima estaba a suficiente distancia como para que sus moradores no pudieran oír los ruidos de lucha o los gritos de auxilio.

—¿Son frecuentes aquí los allanamientos de morada? —optó por preguntarle a Gavio.

—Ni más ni menos que antes. ¿Qué robaron, lo sabes?

—Según dicen, una pequeña copa de plata, regalo de su amo, unas cuantas monedas y una caja en la que guardaba escrituras y otros documentos. Las típicas cosas fáciles de llevar y vender.

—Ya. —Tralles rebañó la carne de las costillas del pato y saludó con la cabeza a alguien que se encontraba detrás de Elio—. Ahí lo tienes. ¿Qué más quieres?

—No es tan sencillo, Gavio. Estaba planeado. Pammychios salió de casa precipitadamente porque había recibido un falso aviso de que su hija, embarazada, se estaba muriendo. El yerno, que llegó poco después que yo, me mostró la nota, escrita en griego en un fragmento de cerámica. Contrariamente a lo que decía, la mujer y el recién nacido se encuentran perfectamente. Pero Pammychios salió de casa como una exhalación, y había hecho un tercio del camino a Cusa cuando se encontró con el marido de su hija, que casualmente iba en la otra dirección. Cuando supo que todo iba bien, se apresuró a volver sin esperar al joven.

—Así que querían sacarlo de casa para poder robarle... Bien pensado, diría yo.

Era fácil registrar de cabo a rabo la pequeña propiedad de Pammychios; Elio lo había hecho mientras esperaba a que llegara la patrulla del río y había llegado a la conclusión de que la carta de Adriano se encontraba en la caja de los documentos, robada con la esperanza de que contuviera objetos de valor. Tampoco eso se lo dijo a su amigo. Con la crecida a punto de llegar, cualquier cosa descartada por los



Ben Pastor Conspiratio

ladrones podía darse por perdida para siempre. Tralles advirtió su preocupación, o bien quiso darle una lección sobre las realidades de Egipto.

—Mira, Elio, probablemente era alguien a quien la víctima conocía, y la mató para que no lo denunciara. Y si no, lo que sobra en toda la ribera son ladrones. Ladrones de agua, los llaman. Llevamos trescientos años cobrando impuestos a esta gente hasta asfixiarlos, y lo que a nosotros puede parecer un hurto sin importancia, una copa de plata que valdrá menos que un par de botas, resulta muy tentador para la mayoría de los paletos de aquí. Puede que Su Divinidad haya puesto límite a los precios de todas las cosas, pero hoy por hoy a la gente no le llega el dinero para vivir. —Dedo tras dedo, Tralles se lamió los restos de salsa de la mano derecha—. A todo esto, ¿cómo es que vas por ahí solo? Si quieres, puedo proporcionarte un par de reclutas...

Elio arrancó un trozo de pan de una de las rebanadas de la bandeja que había entre ambos.

—¿Por qué? ¿Necesito escolta?

—Cuando empieces a tratar con los cristianos la necesitarás.

Primera carta de Elio Espartiano a Diocleciano César:

Al Emperador César Gayo Aurelio Valerio Diocleciano Pío Félix Invicto Augusto, su Elio Espartiano, saludos. Obedeciendo las órdenes de Su Divinidad, he entregado cartas e instrucciones selladas a Epidio Censorino, al mando de la guarnición de Antinópolis, y a Rabirio Saxa, *epistrategos* de Heptanomia y representante de Clodio Culciano, prefecto de Egipto. Siendo el deseo de Su Divinidad que le informe regularmente por carta, la que sigue es la primera de mis misivas.

Desembarcamos en Pelusio tras un viaje sorprendentemente breve y tranquilo de diez días a bordo del *Fortuna Isiaca*, gemelo de aquel *Tyche* que nos trajo a Egipto durante la Rebelión y luego naufragó frente a la costa de Antiphra con cuatrocientas toneladas de grano. Tras viajar por el río hasta Cinópolis, continué por tierra hasta mi destino. Una vez aquí, busqué alojamiento, como me indicó Su Divinidad, fuera del recinto militar, en el barrio Hellenio de Antinópolis. Por el momento, decidí dejar mi escolta en Cinópolis, pues creo que mi trabajo se desarrollará con más facilidad sin el llamativo séquito de un enviado.



Ben Pastor Conspiratio

Efectivamente, soy consciente de la doble naturaleza de la misión que Su Divinidad me confió en Heptanomia. Mañana iniciaré la revisión de las medidas adoptadas para purgar las filas del ejército de oficiales y suboficiales cristianos, originalmente programadas para finalizar el último día del pasado mes, pero todavía en curso. He recibido noticias preocupantes sobre incidentes graves en el Delta, donde Phileas, obispo de Thmuis, compareció por cuarta vez ante Culciano. Respecto a éste, la opinión general es que su rigor se deja atemperar por su sentido común, aunque su paciencia con los sacerdotes recalcitrantes podría estar agotándose. Dado que Thmuis es lo que llaman una sede titular, los acontecimientos que se producen allí son importantes para los cristianos de Pelusio y Alejandría, de modo que todo el mundo estará pendiente de lo que ocurre con Phileas.

Desde que llegué, también he seguido trabajando con celo en mi borrador de la biografía del divino Adriano, teniendo presente muy especialmente la recomendación de Su Divinidad de aclarar la verdad sobre la muerte del bendito Antinoo (como lo llaman aquí), así como las circunstancias que llevaron a la aparición de versiones tan divergentes sobre la misma. Los sacerdotes de su templo han prometido mostrarme objetos relacionados con el accidente, recuperados de las márgenes del río cerca de lo que fuera una aldea o santuario campesino dedicado a Bes y hoy es la ciudad de Antinópolis.

Casualmente, ayer mismo estuve a punto de adquirir una carta dirigida a un tal Cesernio (tal vez Cesernio Quinctiano, el *comes per Orientem* del divino Adriano), supuestamente del puño y letra del propio emperador; pero por razones que detallaré en el post scriptum de este informe, me fue imposible hacerlo. Espero con impaciencia el consejo de Su Divinidad respecto a este asunto. Confío esta carta a Julio Agrabanis, capitán del *Felicitas Augustorum Nostrorum* y veterano de la victoriosa campana británica, durante la que sirvió a las órdenes de mi padre. Tiene instrucciones de entregarla personalmente.

Siempre agradecido por la oportunidad de viajar, investigar y escribir sobre hombres y cosas relacionadas con la gloria de Roma, escribo la presente en Antinópolis, el lunes 5 de junio (Nonas) del vigésimo primer año de la aclamación de Nuestro Señor César Diocleciano, y octavo del consulado de M. Aurelio Valerio Maximiano Augusto, así como el 1057 de la fundación de la Ciudad.



Ben Pastor Conspiratio

CAPÍTULO 2

Turris Parva, nomos de Antinópolis,
11 de payni (martes 6 de junio)

Allí no lo esperaban en absoluto; al parecer, el rumor de la presencia —oficial o no— de un enviado del César en la provincia no había llegado a la antigua plaza fuerte, situada a sólo un par de horas al sudeste de Antinópolis, en el precario límite de la franja verde de tierra cultivada con el desierto.

Alrededor del fuerte, que centralizaba toda la actividad del lugar (desde el cobro de impuestos y la organización del trabajo comunitario, hasta la administración de la justicia por parte de los militares —expresamente prohibida— y la extorsión), Turris Parva era como tantos otros lugares con guarnición: una población humilde en la que se mezclaban los estilos y las formas, las casas bajas, con su immaculado enlucido y su ocasional piso alto de ventanas estrechas, ante las que las mujeres lavaban en artesas y los niños y las cabras chapoteaban en el pegajoso barro, con las contadas viviendas de estilo romano, con su amplia entrada, su patio interior y sus tejas de importación, antaño relucientes y hoy desgastadas por el sol. Al revés que en la metrópoli, donde los estilos de vida de las colonias se reproducían fielmente en los abarrotados mercados, baños y librerías, abastecidas de los últimos títulos, todos ellos eran propiedad de griegos de tercera o cuarta generación o soldados y oficiales, que patrocinaban y mantenían la economía. Pero aquí, en las aldeas como en las grandes ciudades, tras una franja de arena, se alzaban los restos de antiguos templos y palacios, cuyos muros parecían temblar con el calor cual fabulosas montañas por las que los turistas trepaban como hormigas, a riesgo de partirse la crisma.

De los cristianos, ni rastro. Y, sin embargo, los juicios continuaban.

En la plaza, frente al soñoliento mercado de tercera, los tribunales despedían el inconfundible tufo de los sitios oficiales, un olor a tinta hecha con negro de humo y bancos en los que demasiada gente había pasado demasiado tiempo sudando la gota



Ben Pastor

Conspiratio

gorda. Las moscas debían de llevar allí generaciones. El juez titular, que como de costumbre ostentaba el título de *strategos*, pero era lo menos marcial que quepa imaginar, tenía una tos preocupantemente bronca. Aturullado por la llegada de Elio, salió de su despacho hecho un manojo de nervios, y su visitante tuvo la impresión de que se había pellizcado las mejillas para que no parecieran tan cadavéricas.

—Legado... —balbuceó—. ¡Es un gran honor, qué duda cabe!

Más bien era el susto más grande que se había llevado en meses. A sus atropelladas órdenes, les trajeron sumarios de casos y actas de sesiones que Elio no había solicitado. Era evidente que aquel individuo llevaba a cabo su tarea con la terca y desengañada energía del funcionario que probablemente estaba allí por motivos de salud y ya había comprendido que ni siquiera aquel clima lo salvaría. Escrupulosamente, examinó con Elio las actas procesales, redactadas con puntillosa meticulosidad, de los juicios celebrados hasta la fecha. En determinados casos, la sentencia se dejaba en manos de Rubirio Saxa, *epistrategos* de Heptanomia, aunque en una ocasión —el juicio contra un sacerdote cristiano que había prendido fuego a la oficina de reclutamiento— el proceso se había trasladado a Alejandría, para que lo supervisara el prefecto en persona. En todos los casos que Elio eligió al azar, se había observado la anticuada y calmosa imparcialidad romana y, en alguno, la aplicación del sentido común había hecho innecesaria la sentencia. La pena capital parecía imponerse rara pero inexorablemente, y se ejecutaba *ad locum solitum*, en el camino al vertedero de la ciudad.

—¿Y los militares? —quiso saber Elio—. ¿Suelen inmiscuirse?

La sangre había vuelto a huir de las mejillas del tísico, que parecía su propia máscara mortuoria. La pregunta era comprometida, de modo que, intentando no parecer desconfiado, respondió:

—Depende de lo que entienda por inmiscuirse.

Era tanto como decir: «¿Y usted me lo pregunta? ¿No es militar?» Así lo entendió Elio, que mentalmente replicó: «Sí, pero no me vendo.»

—Bueno, esto está un poco a trasmano... El oficial al mando de la guarnición... No, me he expresado mal. Los oficiales de las guarniciones, ¿presiden juicios?

Como era de esperar, el juez respondió a regañadientes:

—De vez en cuando.

—¿De vez en cuando, o a menudo?

—Bastante a menudo.

—¿Y qué hace usted?



Ben Pastor Conspiratio

El juez apartó la cara para toser en su túnica.

—¿Yo? —murmuró al fin—. Para ser sincero, nada. Lo que me quede de vida, quiero vivirlo hasta el final. En la actualidad, como durante las últimas seis o siete generaciones, los militares son los que llevan las riendas, aquí y en todas partes.

Eso lo sabía Elio tan bien como él, pero lo cierto era que la tolerancia con los excesos variaba de un sitio a otro. En los puestos de avanzada, los oficiales superiores siempre habían gobernado como reyezuelos y los soldados se saltaban la ley cada dos por tres. La Rebelión no había triunfado en aquella provincia por casualidad.

—¿Qué puede decirme sobre los juicios a soldados cristianos?

—Ah, eso... —El juez se limpió los labios con un pañuelo arrugado y sucio—. Los juzga el ejército prácticamente siempre.

Elio apartó los ojos de las manchas de saliva rosa del pañuelo.

—¿Tengo que sacarle cada frase con cucharón, o piensa informarme voluntariamente, *strategos*?

—No sé por qué la toma conmigo, legado... ¿Por qué no cruza la plaza y echa un vistazo en el fuerte? Hoy mismo se celebran juicios...

—Puede estar seguro de que lo haré. ¿Y los asesinatos? ¿Son frecuentes? No me refiero a hechos fortuitos, o venganzas de honor, sino especialmente a los relacionados con robos. ¿Los juzga usted?

—El territorio de nuestra jurisdicción es más amplio de lo que parece —respondió el magistrado tapándose la boca con el pañuelo—. Y sí, hay robos con asesinato, y más ahora que todo el mundo está con el agua al cuello. Yo juzgo los casos de civiles. En cuanto a los demás... Se encarga el ejército, supongo.

Cuando Elio dio por concluida la entrevista, el juez tosía sin parar. Al otro lado de la plaza, sólo un puñado de soldados merodeaba por el pequeño fuerte, el típico recinto cuadrangular de piedra y mortero, con pasarelas en lo alto de los tejados de la veintena de barracones y dependencias auxiliares. Las oficinas de la administración rodeaban la destartalada capilla del genio tutelar de la cohorte, el *genius Turris Parvae*, al que Elio no olvidó rendir tributo. Como iba de paisano, los soldados, que no hablaban latín y apenas griego, no mostraron el menor interés en él, y pudo colarse en el juicio que en esos momentos se estaba celebrando en una dependencia cercana a la capilla.



Ben Pastor Conspiratio

Notas tomadas por Elio Espartiano durante el juicio contra Sirion Antonio, soldado de la X cohorte de la guardia de fronteras de Heptanomia, con destino en Turrus Parva:

Princeps Karano, actuando en calidad de juez: ¿Te llamas Sirion Antonio?

Acusado: Sabe que sí.

k.: ¿Sirves en esta unidad?

s.: Sabe que sí.

k.: ¿Eres cristiano?

s.: Sabe que lo soy.

k.: ¿Te has negado una y otra vez a hacer sacrificios en honor del genio de la cohorte?

S.: Sabe que sí.

k.: ¿Comprendes cuál es el castigo si persistes en tu actitud?

s.: Sabe que lo comprendo.

Y así hasta el final. Uno de los interrogatorios más soporíferos que he presenciado en mi vida. Acabó cuando Karano averiguó a cuánto ascendía la pensión y los bienes de Sirion, que parece estar en una situación razonablemente desahogada. La sentencia (ilegal, puesto que el *princeps* no tiene competencia alguna) quedó en suspenso. Con la promesa de enviarle un buen médico desde Antinópolis, conseguí sacarle al *strategos* que a los soldados con dinero se les tolera su superstición cristiana, a no ser que se empecinen en morir por su fe. Los reclutas pobres no tienen tanta suerte; por cada uno que abjura, dos se fingen locos y otro acaba muriendo.

Cuando le recordé que no tenía derecho a erigirse en juez, Karano me salió con que en Turrus Parva el único guardián de la virtud es el ejército, aunque los pocos mercaderes con los que he conseguido hablar me han enseñado libros de cuentas en los que los pagos a Karano encabezan la lista de gastos mensuales.

Recordatorio para mí: enviar un informe completo al prefecto Culciano, con una copia para la corte imperial. Otra nota para mí: desgraciadamente, los asesinatos en las rutas de las caravanas, como consecuencia de disputas entre vecinos, son bastante frecuentes. Probablemente, eso explica lo de Pammychios.



Ben Pastor Conspiratio

Al regreso de Turris Parva, Elio hizo un alto en un barrio de artesanos y pequeños comerciantes situado no muy lejos de los muros de Antinópolis y su imponente puerta sur. El nombre, Filadelfiae, prometía, pero, aparte de una capilla bastante descuidada en honor del divino Trajano y sus hermanas, Elio no consiguió encontrar el menor rastro de «amor fraterno». En un principio, había pensado ir allí directamente a su llegada a Egipto, pero, tras informarse mejor, había cambiado de opinión, como le había explicado a Tralles.

Anubina, medio griega y medio egipcia, era huérfana de un soldado. Ni Elio ni ella lo sabían con exactitud, pero ahora debía de tener unos veintiséis años. La había conocido con diecisiete o dieciocho y alquilado en exclusiva durante el tiempo que durara su estancia en Egipto. Habían acabado gustándose. Elio la había instalado en una casita pintada de azul por fuera y por dentro, le había hecho regalos y, después, incluso le había escrito cinco o seis veces. Ella no le había contestado. Y no porque fuera analfabeta, que lo era (pero para eso estaban los escribas), sino porque, como le había dicho desde un principio, «no tiene sentido, los dos tenemos otras cosas que hacer».

Las acacias todavía daban sombra a aquella parte de la calle. Elio las recordaba en flor, amarillas, fragantes y polvorientas, elevando sus esbeltas y frondosas siluetas sobre el tejado.

Le abrió descalza, con el pelo recogido y sosteniendo un cepillo con el que debía de estar restregando el suelo, lo vio allí y, por un instante, se quedó petrificada, pero solo por un instante; al siguiente, se llevó el pañuelo que le cubría los hombros a la cara, que volvió un poco, al tiempo que se apartaba para invitarlo a entrar. Era sorprendente que no necesitaran palabras, que los cambios que se habían producido en ellos hablaran por sí solos y determinaran cómo se comportarían el uno con el otro.

—Entra, tengo comida hecha.

Aquello era tan propio de ella que Elio se sintió conmovido y reconfortado a un tiempo, y no se preguntó si debía aceptar. La amplia habitación sólo recibía luz a través de la puerta, y el azul de las paredes hacía que pareciera una piscina cuadrangular; en un rincón, una jarra de cobre que captaba los rayos del sol semejaba una hoguera.

—Bienvenido —murmuró Anubina.

Al fondo, otra habitación pintada de azul, que Elio recordaba perfectamente. Allí estaba la cama, y había un ventanuco que daba al callejón de atrás, aunque apenas servía para distinguir la noche del día, que en esa época siempre llegaba demasiado pronto. Elio apartó la mirada de aquella puerta y volvió a posarla en Anubina, que se había quitado el pañuelo de la boca para probar la comida de la humeante olla.



Ben Pastor Conspiratio

En esos ocho años, había engordado. Sus pies, adornados con filigranas con alheña, seguían siendo finos, pero bajo la túnica de lino sus formas eran más rotundas, y su cara, más redonda bajo las negras crenchas del lustroso y cuidado pelo. Elio la miraba porque ella no lo miraba a él; estaba llenando el cuenco y poniendo el vino en la mesa, como si él se hubiera marchado esa mañana y hubiera vuelto a comer.

—¿Y tu marido?

—En el campo. —Sus manos espolvoreaban especias, partían el pan, servían el vino...—. ¿Cómo sabes...?

—He preguntado.

—Siéntate, por favor.

Era carne envuelta en hojas de parra y condimentada con hinojo y cúrcuma, un plato con un olor delicioso que Elio sólo había comido allí y echaba de menos. Cuando se disponía a sentarse a la mesa —una mesa traída de Roma, sólida y bien acabada, que también le había regalado él—, dos críos entraron corriendo desde la calle, pero, al ver al desconocido, se detuvieron en seco a unos pasos del umbral y se quedaron allí plantados, como dos cabras jóvenes y nerviosas: una niña alta con unos ojos enormes y el pelo trenzado alrededor de la cabeza y un chiquillo que llevaba la coleta egipcia en un lado y el otro completamente rapado, mostrando el azulado cuero cabelludo. El niño se tapó la cara y se echó a reír. Su hermana preguntó:

—¿Es mi tío?

—¡Chsss! —les ordenó Anubina tendiéndoles sendas galletas—. Id a jugar afuera.

Los niños obedecieron. Tras poner el plato ante su invitado y hacerlo girar para que los rollos de carne quedaran en el ángulo apropiado, Anubina se sentó frente a él. Pese a haber engordado, sus facciones seguían siendo hermosas, especialmente los ojos, que conservaban el poder que siempre habían tenido sobre él.

—¿Cómo te ha tratado la vida? —le preguntó Elio.

—Bien. ¿Y a ti?

—Bien, bien...

Elio empezó a comer despacio, sin preguntarse si tenía hambre. Anubina siempre había cocinado de maravilla, casi tan bien como hacía el amor. En la imagen que conservaba de ella, la comida y el sexo estaban inseparablemente unidos; los recuerdos de sus pocos días de ocio en Egipto siempre eran de esas dos cosas. Y no porque en esa época fuera un joven oficial sin nada en la cabeza, sino porque la sencillez de esas dos formas de nutrir el cuerpo, diferentes pero sutil y maravillosamente relacionadas, había significado mucho para él.



Ben Pastor

Conspiratio

—¿Te quedarás mucho tiempo?

—No, no mucho.

Mientras comía, la hija de Anubina volvió, se sentó en un taburete con las piernas cruzadas y se quedó allí unos instantes, mordisqueando su galleta y mirándolo con atención. Luego, fue dando brincos hasta la puerta y miró fuera; al oír el ruido de unos cascos en el empedrado, agitó los brazos y gritó:

—¡Hola, tíos!

Elio probó el vino.

—Es muy alta —observó.

—Lo normal.

—¿De qué color tiene los ojos?

—Del mismo que los míos, Elio.

Anubina entrelazó las manos sobre la mesa. La piel de sus torneados brazos conservaba toda su tersura; brazaletes de cobre y plata ceñían estrechamente la carne, pero eran todos tan parecidos que Elio no habría sabido reconocer los que él le había regalado. Con un gesto ausente —no, de ausente, nada; un gesto muy consciente—, Anubina se apartó de la cara un mechón del reluciente pelo y se lo sujetó de nuevo en el moño. Elio la había visto arreglarse el peinado con la misma coquetería cientos de veces.

—¿Cómo se llama? —le preguntó al ver que la niña salía a la calle.

—Thaesis, pero la llamamos Thea.

Thaesis también era el nombre egipcio de Anubina. Entre ellos había inhibiciones tan sutiles pero efectivas como velos, que les permitían mirarse pero no ceder al deseo. Elio recordó, un poco avergonzado, que la había «comprado»; que, cuando la dueña del burdel le preguntó si quería una virgen, él dijo que no, aunque no por el precio. Cuando la conoció, ya llevaba seis meses bailando en fiestas para hombres.

Así que ahora, en el pulcro decorado de la casa de Anubina, se limitaban a intercambiar unas frases, como los viejos amantes que eran. Pero, dentro de su cabeza, Elio también conversaba consigo mismo, haciéndose preguntas sin respuesta. ¿Dónde guardaba las herramientas aquel marido que estaba en el campo? ¿Y su ropa? ¿Era aquél el plato en el que también él comía? En cambio, la charla trivial sobre los conocidos comunes, los banales comentarios sobre la vida en general, fluían sin dificultad. Los ojos de Anubina lo miraban con inmensa y bovina calma, como si estuviera conforme con todos los aspectos de su vida.

—¿Cuántos años tiene Anubina?



Ben Pastor Conspiratio

—Siete.

La imagen del pobre juez tosiendo en su pañuelo volvió a la mente de Elio, porque la reticencia parecía ser tan propia de aquel país como las acacias con sus hermosas flores amarillas o los antiguos templos al borde del desierto. A los pocos días de haber llegado también él estaba empezando a caer en el vicio del circunloquio y tuvo que recordarse que los soldados y los historiadores no pueden permitirse vaguedades.

—¿Me lo dirás antes de que me vaya, Anubina? —le preguntó obligándose a mirarla a los ojos.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no es asunto tuyo.

Elio volvió a clavar los ojos en el plato. No estaba seguro de por qué quería saber si la niña era suya. Eso solo complicaría las cosas, y él no tenía excesivo interés en empezar a verse como padre, y menos de la hija de una prostituta.

—En cierto modo, lo es —murmuró él.

—Yo no lo veo así.

—Vamos, dímelo.

—No.

Elio acabó de comer en silencio, mientras ella lo miraba y tampoco decía nada. Era evidente que disfrutaba de una posición desahogada; puede que ése fuera el motivo de que no quisiera nada de él, si es que la niña era suya. Se parecía tanto a Anubina que habría sido difícil decir quién era el padre. Al parecer, llamaba «tío» a todos los hombres, y estaba creciendo rodeada de amor.

Con el rabillo del ojo, Elio vio que la jarra del rincón había dejado de refulgir; ahora sólo era un humilde cacharro de cobre que recibía el sol de la puerta sin reflejarlo.

—¿Entrará en la profesión?

—No. Está aprendiendo las primeras letras. Para ella quiero otra cosa.

Elio se levantó de la silla, y Anubina con él, pero despacio.

—¿Y el chico?

Anubina se alisó el vestido sobre el vientre, y Elio se preguntó si había echado tripa o volvía a estar embarazada.

—Él puede hacer muchas cosas. Su padre decidirá.



Ben Pastor Conspiratio

- ¿Y qué me dices del padre de ella?
—No vas a sacarme nada, Elio, así que déjalo.
—Tienes que decírmelo, Anubina.
—No, no tengo por qué.
—Volveré y te lo preguntaré de nuevo.

Anubina lo cogió del brazo con firmeza y lo llevó hasta la puerta, porque en cuanto la cruzara volvería a ser el historiador y el enviado del César.

—Hazlo.

Antinópolis, 13 de Payni (jueves 8 de junio)

Esa mañana, una obsequiosa nota del oficial al mando de la patrulla fluvial de Hermópolis esperaba a Elio a su regreso de la biblioteca de la ciudad, donde había estado documentándose para la visita al templo del bendito Antinoo que pensaba hacer al día siguiente. El oficial le comunicaba que habían encontrado una caja «con papeles dentro» enredada en los lotos de la orilla del río, en las cercanías de la propiedad del liberto Pammychios. Y, puesto que había sido reconocida por la familia de la víctima, tal como había pedido el muy apreciado legado, se apresuraba a compartir la información con él, etcétera, etcétera. La caja estaba a su disposición en la comisaría de la Puerta de la Luna.

Elio decidió examinarla de inmediato y antes de mediodía estaba al otro lado del río. Dentro de la caja, de madera sin pintar y provista de cuatro patas, había tres papiros todavía húmedos pero legibles: el documento de la manumisión de Pammychios, su testamento y un contrato de arrendamiento. En opinión del jefe de la policía, los ladrones ni siquiera la habían abierto.

—Sencillamente, se la llevaron y luego, al agitarla y comprender que sólo contenía papeles, decidieron que no merecía la pena cargar con ella. Así que la tiraron al río. Sospecho que huyeron hacia el norte, porque la caja se encontró río abajo. Pero también es posible que fueran en la otra dirección y la corriente la arrastrara. Como puede ver, se cierra sola al empujar la tapa, de modo que para abrirla se necesita una llave. Tenga, nos la dio el yerno de la víctima.

Elio la miró. Era una llave pequeña y corriente, que se podía comprar o mandar hacer en cualquier sitio, de modo que no se molestó en preguntar si era una copia o



Ben Pastor Conspiratio

la única existente. No podía descartarse que los ladrones hubieran sacado otros objetos de la caja y, tras volver a cerrarla, la hubieran arrojado al río.

—¿Ha identificado los documentos el yerno? ¿Faltaba algo?

El oficial, que llevaba una raída túnica de los tiempos de la Rebelión y, como solía decirse, era más egipcio «que el culo de la Esfinge», respondió que no.

—Pero porque no sabía lo que había dentro. Parece que la víctima no era muy dada a hablar de sus asuntos, ni siquiera con su familia.

Lo que también explicaba, pensó Elio, que las esclavas no hubieran sabido decirle si Pammychios había visto a su antiguo amo Sereno recientemente o recibido de él alguna cosa para que se la guardara.

—¿Encontraron algo más en esa zona del río?

—Sí, señor. Se lo hemos guardado todo, tal como ordenó. Sígame, por favor.

¿Cómo no había pensado en todo lo que podía arrastrar el Nilo en época de crecida? Los celosos patrulleros habían llenado un pequeño patio con montones de trastos y cadáveres de animales de granja incluidos. Elio ordenó que retiraran éstos últimos de inmediato y se quedó allí examinando el resto. Por supuesto, buscaba las famosas alforjas de Sereno Dío, pero también, y contra toda esperanza, la carta de Adriano, presumiblemente un papiro enrollado dentro de un cilindro de madera o protegido de algún otro modo. Al principio, los patrulleros lo observaron apiñados en la puerta de la cantina; pero el jefe no tardó en echarlos a todos.

Con la pericia del investigador, Elio fue apartando trapos, sandalias, cuencos de madera rajados, cubos rotos y hasta un cesto de juncos desfondado, que le recordó a su viejo enemigo Ben Matías contándole la historia de Moisés salvado de las aguas del Nilo. De tierra firme, recogido en un radio de tres millas a la redonda de la casa de Pammychios, procedía otro lote de objetos heteróclitos, en su mayoría aperos de labranza inservibles, pero también trozos de vasija, dos solitarias monedas de cobre y hasta un proyectil de catapulta de la época de la Rebelión en el que podía leerse «Aquileo».

—¿Seguimos buscando, legado? —le preguntó el oficial, poniéndole delante un barreño con agua y una toalla.

Elio respondió que no, pero decidió encargar a alguien, quizá a través de Harpocracio, que vigilara el mercado de los anticuarios por si aparecían cartas de interés histórico, especialmente del reinado del divino Adriano.

14 de Payni (viernes 9 de junio)



Ben Pastor

Conspiratio

Los sacerdotes del templo de Antinoo lo miraron de arriba abajo, como gatos recelosos olisqueando a un animal nuevo para saber qué es, si una amenaza o un aliado. En realidad, Elio no era ni lo uno ni lo otro; su posición allí era tan neutral, oficialmente al menos, que los sacerdotes apenas podían hacer otra cosa que rodearlo y sonreír, entre obsequiosos e irritados, y luego, puesto que era amigo del César, valorar su utilidad. Elio se guardó de confesar que su interés en el templo funerario había aumentado considerablemente tras leer el último mensaje que le había enviado Sereno. Lógicamente, no habiendo constancia oficial de la existencia de documentos conservados junto con el cuerpo, los sacerdotes guardaban silencio por sus propias razones, o porque no sabían nada sobre el asunto. Elio decidió no preguntarles directamente, a menos que agotara los medios indirectos de averiguarlo, recordando que unos setecientos años antes los sacerdotes egipcios habían satisfecho la curiosidad de Herodoto con colosales medias verdades.

De modo que adoptó el papel más conveniente para sus pretensiones: el de turista culto, funcionario hasta la médula, con cartas de la corte y un respeto casi reverencial por las cosas antiguas.

Y aunque aquélla era una ciudad griega, fundada como tal por el divino Adriano, casi todo lo de aquel templo, incluido el clero, parecía egipcio. La casa de los sacerdotes y las dependencias auxiliares eran edificios cuadrangulares y macizos, de tejados planos y gruesos muros, sin apenas ventanas, pero provistos de los omnipresentes toldos en puertas y patios. En cuanto al templo propiamente dicho, se alzaba en el centro de una columnata que rodeaba un jardín de árboles y delicadas plantas de maceta, y le recordó el santuario isleño de File, obeliscos gemelos incluidos. En un país donde los más ricos podían presumir como mucho de tener dinteles y escaleras de piedra tallada en sus casas de ladrillos, todo el edificio — incluidas las imponentes torres de la entrada— era de mármol blanco y negro traído de las islas griegas, a Dios sabe qué coste.

—Por favor, vea lo que quiera, legado.

Los sacerdotes que le hacían de guías, uno gordo y el otro flaco, se dirigían a él en griego. Eran amables, pero seguramente lo veían como el intruso que era y estaban decididos a mostrarle lo que les conviniera, cosa que Elio no estaba dispuesto a aceptar, aunque aún no sabía cómo evitarlo. A su alrededor, todo hablaba de la riqueza y el poder de aquel clero: el templo obtenía enormes ingresos relacionados con el culto a Antinoo, que derivaban de la sala de incubación para sueños curativos y el hospital, de las tiendas de recuerdos y los servicios de momificación; incluso recibía un porcentaje de la venta de unas galletas de anís y miel que tenían forma de momia y eran empalagosas a más no poder. Los sacerdotes le dirían lo que quisieran sobre la visita de Adriano y sus consecuencias para Egipto (el final de cinco años de



Ben Pastor

Conspiratio

sequía) y el propio emperador (la muerte de su amante). No sería fácil evitarlos. Mientras estaba parado, un babuino se sentó a sus pies y empezó a quitarse los piojos de la barriga alzando hacia él su cara entre simiesca y perruna.

—Por aquí, legado.

Una vez en el oasis del área sagrada, la imagen de Antinoo resultaba encantadora pero obsesivamente omnipresente. Elio, que sólo había contemplado un retrato del Efebo durante la Rebelión, y sin demasiado interés, tenía la extraña sensación de ver doble, y en series múltiples. Esfinges con la cabeza del adolescente flanqueaban la entrada al recinto de la columnata y, una vez dentro, se avanzaba entre una guardia de honor de bustos de Antinoo representado como el dios Min, con un tocado de plumas y el pene erecto y pintado de negro. Un poco más adelante, sobre una hilera de pedestales idénticos entre arbustos en flor, copias de estatuas antiguas a las que se habían dado los rasgos de Antinoo daban fe de la dispendiosa piedad de los funcionarios locales.

Y así, el Efebo tan pronto sostenía racimos de uva, como un arco, una lanza o una copa de libación, aparecía como Antinoo-Hermes o Antinoo-Apolo, con los atributos de Marte o con los de Dioniso, desnudo, vestido o a medio vestir, de pie, sentado o caminando, mirando a Elio con ojos de mármol o de pasta de vidrio. Ni siquiera el arte egipcio podía hacer menos personal mi joven y caviloso rostro. No obstante, mientras seguía a los dos sacerdotes, Elio pensó en lo poco que el muchacho real tenía que ver con aquel sitio y con el culto que se le rendía. Era dudoso que Antinoo hubiera deseado ninguna de las dos cosas, o preferido la eternidad del arte a la posibilidad de seguir el curso natural de su vida. Pero estaba muerto, muerto y enterrado desde hacía mucho, y, fuera o no su deseo, su cara tenía que ser familiar para quienes no lo habían conocido en vida.

Un mediodía sin viento, con el ondulante perfil de la meseta de Antinoo recortándose tan nítidamente que parecía un tajo en el azul del cielo, Elio había llegado allí para indagar en la Historia, tal como le habían ordenado. Sin embargo, si Sereno decía la verdad sobre la carta imperial, su misión adquiriría un cariz distinto y mucho más personal. La idea de que aquellos muros albergaban documentos desconocidos que afectaban a la seguridad del Estado —del Estado de Adriano, al menos— despertaba en él el afán de poseer una información de la que ningún historiador había dispuesto hasta entonces. Sin embargo, puede que Sereno se equivocara. Tal vez había comprado una falsificación, si no la había fabricado él mismo. En cualquier caso, lo cierto era que el mercader tenía miedo de alguien o de algo y que ahora estaba muerto.

Tras mostrarle el área sagrada, y pedirle que se lavara las manos y la cara en la pequeña fuente de la antecámara, los sacerdotes invitaron a Elio a penetrar en la capilla. Cuando sus ojos se acostumbraron a la rojiza penumbra del interior, la súbita



Ben Pastor Conspiratio

aparición del dios le produjo un sobresalto; como metal fundido, la luz se derramaba casi verticalmente desde una claraboya sobre los costados de la enorme figura negra de Antinoo, representado en actitud de caminar y con los atributos de Osiris. Empequeñecida por ella, la capilla resultaba opresivamente angosta pese a su gran tamaño, y el asfixiante humo del incienso que flotaba en ella hacía pensar en una forja de la que hubiera surgido un monstruo fabuloso. Tras un instante de reflexión, y una segunda mirada, todo cobraba una realidad más cotidiana, y la capilla volvía a convertirse en un simple lugar de culto con una estatua descomunal en su interior. Pero seguro que los sacerdotes se habían percatado de su sobrecogimiento con satisfacción.

El ataúd antropomórfico del Efebo, un sarcófago de pórfito del tamaño de dos carros de aprovisionamiento del ejército colocados uno encima del otro, descansaba a los pies de la estatua, adornado con guirnaldas de rosas y lotos azules recién cortados, que lo cubrían casi por completo. Allí donde la luz cenital conseguía penetrar entre el amontonamiento de flores, los pétalos parecían arder en la oscuridad.

Tras ofrecer un sacrificio y expresar los obligados sentimientos de respeto, Elio preguntó algunas generalidades, entre las que deslizó lo único que realmente le interesaba:

—¿El cuerpo siempre ha estado aquí?

El sacerdote grueso asintió.

—Efectivamente. El divino Adriano en persona presidió la ceremonia, el sexto día del mes de Tybi.

Un rápido cálculo dio a Elio el día anterior a los idus de enero posteriores a la muerte del Efebo, acaecida el 24 de octubre, lo que dejaba suficiente margen para los setenta días necesarios para momificar el cuerpo. De modo que Antinoo llevaba ciento setenta y cuatro años durmiendo en aquella perfumada eternidad.

—Sin ser molestado —apostilló el sacerdote flaco—, y velando amorosamente por la ciudad.

Lo que significaba que los documentos de Adriano seguían allí dentro. Elio tomó algunas notas y siguió a los sacerdotes.

La sala adyacente a la capilla en su parte posterior era conocida como «el museo» a justo título, pues albergaba reliquias del fatídico viaje por el río. La propia barca imperial, perfectamente conservada y majestuosamente colocada en el dique seco de una base de madera pintada de azul, ocupaba buena parte del espacio rectangular. A su alrededor, las paredes estaban adornadas con frescos de escenas de pesca y caza a orillas del Nilo, y una serie de armarios, abiertos para mostrar los ricos arcones



Ben Pastor Conspiratio

apilados en su interior, se alineaban a lo largo de todo el perímetro de la sala. Elio seguía garabateando pormenores con abreviaturas y fiando otros muchos a la memoria, para sus notas preliminares. En el suelo, los mosaicos mostraban el borde del desierto con sus animales salvajes y una imaginativa panorámica a vuelo de pájaro de los misterios del profundo sur, las inexploradas regiones en las que nacía el Nilo, más allá de Nubia. Los sacerdotes vertieron agua de una delicada jarra sobre las teselas para avivar los colores.

Esa tarde, Tralles tuvo el buen sentido de no respirar cuando supo que su antiguo camarada asistiría a un juicio contra dos suboficiales cristianos. Ambos eran veteranos de la Rebelión y pertenecían a la cohorte destinada en Apolinópolis, en la Tebaida, pero habían sido trasladados a Antinópolis para ser juzgados, porque estaban censados en dicha ciudad. Ocupado en tomar notas, Elio no abrió la boca en toda la sesión y, una vez dictada la sentencia (uno de los acusados abjuró, pero el otro persistió y fue devuelto a prisión tras el lacónico «*caput tuum amputabo*» del juez), no estaba de humor para hablar. El contraste entre el sosiego y la solemnidad del templo y la eficacia y rapidez de los procedimientos legales; el paso de un sitio donde el tiempo, congelado por el ritual, parecía haberse detenido en una sala pública donde el litigio conducía al cambio, donde el orden se transformaba y la jerarquía quedaba supeditada a la investigación y el interrogatorio, le había crispado los nervios.

Tralles debía de haberlo seguido hasta el tribunal, porque Elio le vio asomar la cabeza por la puerta del archivo, en el que se había refugiado para examinar sumarios de casos civiles recientes.

—¿Te echo una mano? —le ofreció Gavio.

Seguramente, su antiguo camarada tendría cosas mejores que hacer, pero sentía curiosidad, y una negativa sólo habría servido para despertársela aún más. Levantando distraídamente la vista del pergamino que estaba leyendo junto a la ventana, Elio respondió:

—Puedes ayudarme a buscar pleitos en los que estuviera implicado Sereno Dío.

—¿Todavía estás dándole vueltas a eso? No veo la relación con tu investigación...

—Es que no la tiene.

Tardaron lo suyo, mientras los escrupulosos funcionarios de los juzgados daban vueltas a su alrededor devolviendo los legajos a sus estanterías en cuanto Elio les decía que había acabado con alguno. Sereno no aparecía como litigante en ningún documento, pero su nombre figuraba en dos. Tralles encontró las actas de una sesión



Ben Pastor

Conspiratio

celebrada el 5 de Phamenoth —principios de marzo— de ese año, en la que se había dirimido una disputa entre vecinos por el desvío ilegal de una acequia —«robo de agua», en palabras del denunciante— de una finca próxima a la puerta norte de Antinópolis. Al parecer, Sereno Dío, que poseía un trigal lindante con el campo del denunciado, también se había beneficiado del agua.

—No parece suficiente motivo para sorprender a Sereno en su barca y echarlo a los cocodrilos —comento Tralles.

—No, pero esto otro sí es interesante. «Pionio, hijo de Alejandro —leyó Elio—, presbítero de la Iglesia cristiana, contra Eutropio, contable de la compañía mercantil de Sereno Dío, el Sirio.»

—Bueno, ¿qué paso, y cuándo?

—Está fechado entre el primer y segundo edicto contra los cristianos, y ha quedado superado por el tiempo y las circunstancias. Pero parece que el contable cargó con las culpas de Sereno, a no ser que ahora los contables decidan por sus jefes. El presbítero Pionio acusa a la compañía mercantil de haber adquirido a las autoridades los edificios y terrenos confiscados a su comunidad y haberlos «modificado de tal modo, levantando nuevas construcciones y adaptando al uso comercial las existentes», que nunca podrían reclamarlos.

Tralles rió por lo bajo.

—No te digo... ¡Que los reclamen ahora!

—La secta utilizaba uno de los terrenos como cementerio, así que hay otra denuncia por violación de tumbas y sacrilegio. Eutropio declaró que la idea había sido suya y que su jefe no sabía nada.

—¿Y cómo acabó la cosa?

—El juez sobreseyó el caso, pero le echó un buen rapapolvo al contable.

—¡Pobrecito Eutropio, seguro que se llevó un disgusto! Pero al final su jefe Sereno se quedó con las tierras y los edificios de los cristianos.

Cuando acabó en los juzgados, Elio volvió a casa dando un rodeo y, una vez echó a andar, no paró hasta llegar a las afueras, desde donde se dirigió a un sitio que conocía de la época de la Rebelión. Era un campo verde y sombreado en el que en otros tiempos había una pequeña posada llamada El Rincón de Antonio y Cleopatra. Destruida durante los combates, sus ruinas eran un sitio ideal para ir a darse el lote con una chica, y de hecho Anubina y él habían pasado allí algún que otro atardecer. Ahora las ruinas habían desaparecido y la hierba cubría toda la parcela, como si la



Ben Pastor

Conspiratio

posada, la Rebelión y las parejas no hubieran existido jamás. Pero, a la orilla del Nilo, seguía habiendo un frondoso sauce llorón y, bajo él, un banco, al que Elio fue a sentarse.

La mansa corriente del río parecía un caldo verde en el que el sauce sumergía las puntas de sus pálidas ramas, dejando que unas cuantas hojas, amarillentas y lanceoladas, ondularan lentamente en la superficie del agua.

El limo, los seculares desperdicios, los cocodrilos que sin duda dormían con las fauces abiertas a unos pasos de él y aquel cielo que lo cubría todo como un espejo bruñido, le parecían la imagen perfecta de lo que podría ser la eternidad. Intacta e intangible, inmutable como una cornalina engastada en oro, perfilada tan nítidamente como las lejanas montañas al final de la Vía Adriana, de donde se extraía el granito para los obeliscos, que partía de allí hacia el resto del mundo.

«¿Por qué te han salido canas?», recordó que le había preguntado Anubina, y él no había sabido qué responder. Podía haber replicado: «¿Y tú, por qué has engordado? ¿Por qué has perdido tu belleza?» Pero, en la vida de un hombre o una mujer, ocho años son ocho años, y a menudo, aunque lo ignoremos, lo que les ha ocurrido se muestra exteriormente, sobre todo cuando no lo admiten en su fuero interno. Eso le hizo preguntarse —y la pregunta lo tuvo allí sentado un buen rato— si las obligaciones y los viajes, el matrimonio sin amor, la superstición y el miedo a una muerte súbita, también habían envejecido al divino Adriano; si Antinoo había sido un álter ego, un autorretrato juvenil, llevado a todas partes como un espejo amable y mendaz, pero cuyo envejecimiento amenazaba aquella existencia paralela del emperador como eterno adolescente. Se le ocurrió entonces que tal vez Antinoo tenía que morir joven para preservar el espejo eternamente.

Las palabras del propio Adriano, aunque parcas, apuntaban hacia esa posibilidad. ¿Y qué decir de las monedas que había hecho acuñar al final de su reinado, con la leyenda «*Hadrianus renatus*»? ¿Qué le había hecho renacer? ¿Los misterios de Eleusis? ¿Una cura en el templo de un dios misericordioso? ¿O la entrega a la eternidad de su álter ego, para que su joven alma permaneciera siempre inmune al tiempo, como el limo en el fondo del río, como las montañas al final de la Vía Adriana, de donde sale el granito de los obeliscos que desafían a los siglos?

Cuando llegó a casa, el día declinaba. La anciana que alquilaba las habitaciones era partera de profesión, y su símbolo, una mujer pariendo que más bien parecía una tinaja, estaba grabado en la pared de una entrada lateral. A esa hora el calor del día se había suavizado y las palomas de la plaza del mercado se recortaban en el cielo vespertino como si fueran de plata. Lo primero que hizo al entrar en su habitación



Ben Pastor Conspiratio

fue buscar escorpiones por los rincones y debajo de la cama. Serían todo lo sagrados que quisieran las criadas, pero no estaba dispuesto a dormir con ellos. Vio dos, pero, en vez de matarlos de un pisotón, acabó cogiéndolos con un trapo y tirándolos por la ventana.

Seguía dándole vueltas a lo que había dicho el sacerdote rechoncho, con aquel tonillo cantarín que parecía restar valor a sus palabras. Entre sus muchas obligaciones, Antinoo tenía la de proteger de los ladrones de agua. ¿Por qué? ¿Porque había muerto en el Nilo? ¿Porque se había transformado en un espíritu de las aguas? Según Tralles, Pammychios había sido asesinado por ladrones de agua y, aunque aún no se sabía quién había acabado con Sereno Dío, lo cierto era que recientemente se había visto envuelto en un pleito por el uso de una acequia. Aparentemente, una cosa no tenía relación con la otra. La única conexión eran las palabras «agua» y «robo». Sin embargo, Elio intuía un vínculo, lo olía como podía oler el polvoriento aire del atardecer y el aroma del arcón de cedro en el que guardaba la ropa.

Siguió pensando en los sacerdotes del templo de Antinoo: saltaba a la vista que ninguno de los dos sabía leer las inscripciones de las piedras antiguas. Aislaban grupos de signos e imágenes y les daban un significado totalmente distinto al que a Elio le habían dicho que tenían en File o Coptos. Por supuesto, él no sabía quién tenía razón. El dibujo de un mosquito, un falo o una bandera parecían fáciles de interpretar, pero cualquiera adivinaba lo que representaban las líneas onduladas, los círculos o los cuadrados. Todo lo demás estaba en griego, o en un alfabeto semigriego que ya no se parecía a la escritura sagrada de pasados milenios. Los dioses y los templos egipcios seguían poniéndolo nervioso, eso era innegable, ya fuera por el contraste entre la relativa y viciada frescura del interior y el bochorno de fuera, o por los rayos de sol que atravesaban la oscuridad y parecían capaces de horadar el suelo y a quien se interpusiera en su trayectoria. También podían ser las estatuas con cabeza o cuerpo de animal de los propios dioses, que olían a la madera de sicómoro o ciprés de la que estaban hechos y no eran ni humanos, ni sobrehumanos ni lo que quiera que fuesen los animales mágicos, sino menos que hombres en muchos sentidos, y sin embargo más sabios, o dotados de poderes de los que los hombres carecen.

Esa noche, le acudieron a la mente todos los tópicos sobre Egipto, los prejuicios de los viejos romanos, que lo veían como un país de rameras y astutos ladrones, y la reticente admiración de los filósofos griegos, que se habían asentado en aquellas ciudades y hablado con los predecesores de aquellos inescrutables sacerdotes, sin duda igual de inescrutables que ellos. Hoy, como hacía ocho años, Elio se sentía atraído por las egipcias, sobre todo por las que tenían sangre griega, como Anubina,



Ben Pastor Conspiratio

huérfana de un soldado. La chica que había ardido como un ascua y luego se había casado, había engordado y había puesto una tienda.

17 de Payni

(Lunes 12 de junio, víspera de los idus)

Ese lunes, en los juzgados de la ciudad se celebraba un juicio religioso ejemplar. Elio decidió asistir, y esta vez se llevó a un amanuense para poder concentrarse en la causa. También quería ver de nuevo a Harpocracio, de modo que le envió un mensaje diciéndole que iría a visitarlo. Para matar el tiempo hasta la hora del juicio, se dio una vuelta por los puestos de libros antiguos del mercado y echó un vistazo a los originales y copias de viejas cartas y documentos. Le mostraron material interesante, sin relación con su presente investigación, pero útil para futuros trabajos, especialmente panfletos sectarios de la época del enfrentamiento entre Severo César y Albino.

También descubrió un librito de adivinanzas supuestamente escritas por el divino Adriano («¿Cuál es el animal que no tiene brazos pero sí muchos codos, y cuantos más codos tiene, mejor para Roma?» Respuesta: el Nilo, cuya crecida produce grano para la Ciudad y se mide en eolios. O: «¿Qué amigo nos causa la muerte con su partida?» Respuesta: el alma humana. O: «¿Qué es más silencioso que una tumba?» Respuesta: una tumba robada, porque los secretos que ocultaba se han dispersado).

El juicio fue un espectáculo triste. Fuera de la sala había muchos enemigos de los cristianos, dispuestos a organizar un escándalo; incluso había otros amenazadoramente apostados en la calle. El acusado, un ingeniero que había diseñado el sistema de abastecimiento de agua del anexo al templo de Serapis, en el viejo barrio alejandrino de Rhakotis, se había convertido al cristianismo justo al comenzar la persecución. Era un anciano casado en segundas nupcias y llamado Sakkeas, aunque había adoptado el nombre de Pudens. Su segunda mujer y sus hijos, que ya vestían de luto, le suplicaron una y otra vez que recapacitara, con una angustia tan expresiva que hizo necesario desalojarlos de la sala, con la correspondiente escolta militar (compuesta casualmente por hombres de Tralles), para evitar que la muchedumbre los agrediera al salir del tribunal.

Elio empezaba a comprender la complejidad de los procedimientos legales en un país como Egipto. El juez era un sustituto enviado especialmente por Culciano, (que se había inhibido en razón de su antigua amistad con el acusado; alguien del público comentó que en realidad Pudens estaba emparentado con el prefecto por su primer



Ben Pastor Conspiratio

matrimonio. Era la tercera vez que el anciano comparecía ante el magistrado, y resultaba innegable que se había ejercido una fuerte presión sobre él. A pesar, o tal vez a causa de sus relaciones familiares, había sido maltratado y golpeado, y hablaba con cierta dificultad.

Afortunadamente, se abstuvo de las ya manidas diatribas religiosas: comentarios despectivos contra los Césares y augustos, blasfemias contra los dioses (que siempre provocaban el mismo murmullo hostil en el público), declaraciones de odio a la vida y ansia de martirio... Pudens defendió su fe a ultranza pero con serenidad, y puso en auténticos apuros al sustituto de Culciano, que no podía disimular cierta irritación. Sólo en una ocasión en la que el celo de un testigo provocó la indignación del anciano, que perdió momentáneamente los nervios.

—Tomemos al muchacho al que, supuestamente, los dioses aceptaron como uno de los suyos —dijo arrastrando ligeramente las palabras—. ¿No era un simple muchacho nacido en Asia, que compartió la cama del emperador y se suicidó cuando su señor perdió el interés por él? ¿A alguien así hay que adorarlo y dirigirle plegarias? Pero cura al enfermo y hace andar al paralítico en esta misma ciudad, me diréis. Y yo os respondo que su templo es un antro de demonios y su sala de incubación no es más que un lugar en el que los malos espíritus se aparecen en sueños para engañar y corromper. ¡Si ni siquiera tenemos la certeza de que su cuerpo esté en el templo! Puede que los cocodrilos se lo comieran y lo defecaran hace casi doscientos años...

La última frase, más que el pateo y los gruñidos con que fue recibida, hizo que Elio se removiera en el asiento con renovado interés, por lo que apenas prestó atención al entretenido y no menos apasionado intercambio de frases que se produjo a continuación, en relación a lo que el juez llamó «similar falta de pruebas sobre la resurrección de Cristo».

Un cuarto aplazamiento, claramente señalado como la última demora de la ejecución, a menos que el acusado entrara en razón, puso punto y aparte al juicio. Tres días más tarde el tribunal volvería a reunirse para escuchar la última palabra del anciano y actuar en consecuencia. Pudens regresó a la prisión central, mientras se organizaba una quema de libros religiosos (entre los que estaban los suyos, encontrados en su quinta de veraneo de la ciudad de Karanis), que tendría lugar una hora después en el hipódromo, situado a las afueras de la ciudad. Como no le apetecía acompañar al tribunal a la cremación, Elio pensó en hacer otra visita a la villa de Sereno, por si las alforjas y la carta de Adriano habían vuelto a su sitio, si es que alguna vez lo habían dejado.

Para su desconcierto, cuando abandonaba el tribunal, la mujer de Pudens dejó la escolta de los soldados y le salió al paso. Sin duda sinceramente, pero también con



Ben Pastor Conspiratio

cierta dosis de dramatismo meridional, se abrazó a su bota derecha y apoyó la frente en su pie.

—Eminente Espartiano, nos han dicho que es usted el enviado del César... ¡Por favor, salve a mi marido! El exceso de lectura le ha nublado el entendimiento... ¡La pasada estación tuvo unas fiebres que casi acaban con él!

—Mi querida señora —dijo Elio ayudándola a levantarse—, para empezar no tengo derecho al tratamiento de «eminente». Sólo soy un soldado. Y, en segundo lugar, es el propio prefecto quien ha decidido dejar que la ley siga su curso. ¿Qué le hace pensar que puedo, o quiero, interferir en el trabajo de la justicia?

La mujer lo había agarrado del brazo, una confianza que Elio jamás le habría consentido a un varón, y que en un hombre había aprendido a tomar como posible prelude de una puñalada entre las costillas. De hecho, uno de los guardias del tribunal se acercó a preguntarle si necesitaba ayuda, pero Elio respondió que no.

—No es el hombre que solía ser, señor. Desde la enfermedad, tiene terribles jaquecas y se ha acostumbrado a una medicación muy fuerte. ¿Quién en su sano juicio se uniría a los cristianos cuando acaban de dictarse leyes contra ellos?

Era una de esas mujeres morenas con los ojos enormes y el labio superior cubierto por un fino vello, a las que los soldados septentrionales llamaban humorísticamente «las bellezas bigotudas», pero solían encontrarlas atractivas por el tono de su piel.

Elio sintió que le clavaba las uñas en la muñeca y se soltó con un gesto firme.

—Entonces, le aconsejo que se asegure de que el médico de su marido esté presente en la próxima sesión, para testificar sobre su enfermedad y también sobre el tratamiento.

—Pero le ruego que interceda en su favor. Por eso me he esperado para hablar con usted. Como enviado del César, tiene usted su atención. Sus palabras no caerán en saco roto.

Era la primera vez que Elio consideraba la posibilidad de que, efectivamente, Diocleciano escuchara sus palabras, y se dijo que, en definitiva, lo que el emperador le había pedido era que, en su calidad de historiador, hablara con todos los que lo habían precedido en el trono.

—En tres días no da tiempo a que llegue un mensaje a Su Divinidad —respondió no obstante, para no engañar a la mujer—. Lo mejor que puede hacer es presentar como testigo al médico de su marido y alegar enajenamiento mental. —Elio llamó a uno de los hombres de Tralles y le ordenó que reagrupara el destacamento y escoltara a la mujer a su casa—. Le ruego, querida señora, que ante todo considere su seguridad y la de sus hijos.



Ben Pastor Conspiratio

Mientras la mujer se alejaba, prácticamente arrastrada por el soldado y seguida por la niñera, que llevaba de la mano a sus hijos pequeños, Elio pensó que sus propios antepasados, ciertamente mucho más humildes, habían sido arrastrados a prisión y sometidos a esclavitud, sin que hubiera ningún amigo del César al que recurrir.

Las palabras del ingeniero respecto a que nadie tenía la certeza de que Antinoos estuviera en su ataúd lo habían intrigado lo suficiente para añadir «obtener más información concreta sobre la inhumación del Efebo» a su lista de cosas por hacer. En cuanto a su visita a Harpocracio, cuando cruzaba el mercado frente a su alojamiento, Elio se dio de bruces con el patizambo e imposiblemente rubio «amiguito» de Sereno, que se abanicaba como quien ha estado trotando de aquí para allá hasta ese momento. Elio decidió invitarlo a almorzar en casa, donde había un agradable comedor que daba a un patio con una fuente.

Harpocracio parecía alegrarse de aquel encuentro casual. Estaba en la ciudad para denunciar un delito, dijo entre jadeos, y llevaba toda la mañana «dando vueltas como una peonza», sin conseguir entrevistarse con ningún magistrado lo bastante importante para que su intervención sirviera de algo.

—Están todos en el hipódromo, viendo arder los libros de los cristianos —le explicó Elio, que se moría de ganas de saber de qué delito se trataba, pero le dejó entrar en materia poco a poco, mientras comía y bebía zumo de albaricoque, que Elio mandó traer del mercado, porque Harpocracio no bebía vino.

La historia arrancó con una conmovedora alusión a «lo duro, lo durísimo» que era venir a la ciudad sin Sereno, y en un par de ocasiones Harpocracio tuvo que hacer una pausa y darle un convulsivo sorbo a su copa de *serení* para no echarse a llorar. Cuando sirvieron la fruta, había llegado lo bastante cerca de la revelación como para tener a Elio sentado en el canto del triclinio.

—No hablábamos mucho al respecto, legado, pero Sereno tenía, por decirlo así, otras fuentes de ingresos y otros intereses, aparte de abastecer al ejército y coleccionar libros antiguos. Uno de esos intereses en particular, se lo ocultaba prácticamente a todo el mundo. —Al inclinarse sobre un codo, respirando profundamente para serenarse, los amercillos bordados de su túnica cobraron vida, como si aquellos retozones arrapiezos estuvieran a punto de escaparse de la tela—. A los pocos años de llegar a este país, Sereno empezó a comprar propiedades en las colinas, en sitios tan yermos que todo el mundo pensó que buscaba minas abandonadas hacía mucho tiempo, o que el calor le había reblandecido los sesos. Pero él sabía lo que hacía, ¡vaya que sí! Era una de las pocas personas que todavía



Ben Pastor Conspiratio

son capaces de descifrar las inscripciones de los antiguos, y podía leer este país como si fuera un mapa. El mapa de un tesoro, para ser exactos. —Al llegar a este punto, Harpocracio se interrumpió para comprobar si su revelación había hecho efecto en su anfitrión. Pero Elio no dijo nada; sentado en el triclinio con las piernas cruzadas, miraba hacia el fondo de la sala, donde una jarra de cobre reflejaba la luz del sol, como la de casa de Anubina—. En fin, legado —siguió diciendo Harpocracio—, no debería mencionarlo ante un historiador, porque es de conocimiento público, pero le recuerdo que desde los orígenes de Egipto sus reyes y reinas han sido enterrados y vueltos a enterrar por los sacerdotes en sitios que los ladrones no pudieran descubrir. Baste decir que Sereno había conseguido documentos que contenían pistas. De vez en cuando, desaparecía durante un par de semanas o un mes, con una reata de asnos y mulas, y volvía a aparecer cuando sus amigos, incluido yo, empezábamos a darlo por desaparecido o muerto. ¡Señor, la de noches que habré pasado en vela, muerto de preocupación por él! Luego, volvía diciendo que había ido a buscar libros a un pueblo perdido o un lejano santuario. Y eso era todo. Pero... —Aunque estaban solos en el comedor, Harpocracio bajó la voz, lo que obligó a Elio a esforzar el oído para enterarse del resto de la historia— yo he visto lo que estaba buscando. Había encontrado tumbas de reyes y, una tras otra, como un insecto que horada la tierra, consiguió abrirlas y penetrar en su interior, sin ayuda, sin testigos, rompiendo sellos, derribando puertas tabicadas y reptando por agujeros. Me lo contó él mismo. Me explicó que tenía que hacerlo él solo, porque no podía confiar en nadie en aquellos parajes. ¡Oh, era un hombre muy valiente! No se deje engañar por su miedo al agua... A veces me enseñaba sus hermosas manos y me decía: «Estas manos han sostenido collares de oro y pectorales de reyes dioses.» Imagínese... Mi pobre Sereno, con el corazón en un puño, pendiente del menor ruido en el exterior, teniendo pesadillas por el miedo a estar cometiendo un sacrilegio y ser maldecido por los muertos...

Elio no había parado de oír historias sobre tesoros escondidos desde el día de su desembarco en el delta con la caballería, pero nunca había acabado de creérselas. Todo lo que había visto era un escondite con una pequeña cantidad de monedas de oro acuñadas por los rebeldes en Alejandría, que su unidad se había gastado en un altar dedicado al genio del Pueblo Romano.

—Bueno, ¿y qué ha sido de esos tesoros? —preguntó.

—¡Oh! —Harpocracio cogió un puñado de dátilos deshuesados y empezó a mordisquearlos—. Muchas de las piezas se dividieron en trozos, se fundieron o se vendieron. Otras sirvieron para pagar sobornos y protección.

Esta vez Elio lo miró fijamente.

—Sobornos y protección, ¿en las colinas o en la ciudad?



Ben Pastor Conspiratio

—¿Cómo puede preguntármelo siquiera, legado? En los dos sitios. Las cosas, entre nosotros, se hacen así. Ya conoce el dicho: «El recaudador se queda con lo que deja el chantajista.»

—Las piezas de oro deben de haber producido importantes ganancias, incluso divididas en trozos. ¿Y lo demás?

Aunque Harpocracio no parecía llevar camino de revelar la naturaleza del delito que lo había traído a la ciudad, en realidad estaba a punto de hacerlo.

—Si mi Sereno no hubiera muerto, que es lo único que importa, diría que eso ha sido lo peor. A primera hora de esta mañana, unos ladrones han entrado en casa mientras asistíamos a una ceremonia en memoria de Sereno, celebrada ante su tumba en la Vía Adriana. Han matado a los perros, forzado la puerta y cogido lo que han querido. ¡Qué cierto es eso de que la muerte del rico alerta al mundo de su riqueza! Debería ver la casa... Si quiere, se la enseño. Está patas arriba. No han dejado nada sin mirar, han destrozado las alacenas para llevarse los cubiertos, han arramblado con alfombras y colgaduras, han roto ollas y vasijas y hasta han agujereado las paredes. Por supuesto, han encontrado muchas cosas, pero no todo. Aun así, calculo que se habrán llevado objetos por valor de doscientas mil dracmas. Si Sereno viviera, estaría arruinado. Apenas nos ha quedado bastante para pagar el último envío de mercancías a los suministradores.

Elio lo dudaba. La voz de Harpocracio, ahora que hablaba de dinero, era clara y tranquila, totalmente distinta al tembloroso y entrecortado balbuceo con el que unos días antes había rememorado la muerte de su amante. Entonces era sincero y ahora mentía. Pero lo de menos era que una parte de los tesoros de la antigua tumba estuviera a buen recaudo en otro sitio. Probablemente, estaba repartida en varios: cajas fuertes de sociedades, criptas de templos y escondites por el estilo. O quizá fuera del país, a salvo de asaltos. La cuestión era que Sereno había encontrado una muerte inesperada, quizá sospechosa, y que después unos ladrones habían puesto su casa patas arriba.

—¿Alguna idea sobre quién puede haber sido?

—Ninguna, ninguna —se apresuró a responder Harpocracio, que tenía la manía de repetir una palabra o una breve frase, como si se hiciera eco a sí mismo.

Por supuesto que no tenía ni idea. Nadie parecía tener la menor idea de por qué ocurrían las cosas en Antinópolis, donde aplicaban silencio a los delitos como en otros sitios aplican cataplasmas a las heridas, apretándolas bien.

—Bien, supongamos que lo que le ocurrió no fue un accidente. ¿Alguna idea sobre quién podría desear verlo muerto?

—¿Verlo muerto? No, no. Ninguna.



Ben Pastor Conspiratio

—Me han dicho que había provocado la ira de algunos grupos cristianos...

Era una verdad a medias. En realidad, Elio lo había deducido al conocer los pormenores del pleito del presbítero Pionio contra el contable de Sereno.

Harpocracio no parecía sorprendido.

—¿Y quién no la ha provocado, por un motivo o por otro?, pregunto yo. Cuando tienen la ley en contra, se vuelven beligerantes y, pese a toda la santurronería de sus prédicas, forman bandas que van por ahí agrediendo a la gente en callejones oscuros y cometiendo toda clase de tropelías. Así que eso no es ninguna pista, ninguna pista.

En el fondo, Tralles tenía razón; aquél no era el Egipto que Elio recordaba, quizá porque en la guerra las posiciones están claras y se conoce al enemigo. La inflación y la pobreza se habían cobrado su tributo, y ahora todo había vuelto a los complacientes brazos del largo silencio y la hermética y milenaria desconfianza. Si había escorpiones, no sólo se escondían bajo las piedras; eran alimentados con exquisiteces por los mismos a los que podían picar en cualquier momento.

A Elio no lo volvían loco los albaricoques, pero, con aquel calor, el vino daba sed en lugar de quitarla, de modo que se llenó la copa de *serent*.

—¿Qué me dice del asesinato del liberto Pammychios en el camino de los Palomares?

—Sí, me he enterado. Es una triste noticia. Ese anciano había sido un fiel servidor de Sereno y merecía morir en su cama.

—Sólo por curiosidad... ¿No sabrá si Sereno lo había recibido en su casa o visitado recientemente?

—Que yo sepa, no. No se me ocurre por qué iba a hacerlo. Lo que nos sobra son esclavos. —Elio no sabía si decirle que, en su carta, Sereno le indicaba que fuera a ver al liberto. Puede que Harpocracio le leyera el pensamiento, o simplemente pensara en el asunto que los había reunido la última vez, porque añadió—: Por cierto, ¿recogió la carta a su nombre en la oficina de correos?

—Sí. Se refiere a unas alforjas antiguas que Sereno creyó podrían interesarme. Me encantaría echarles un vistazo, si todavía las tiene.

Harpocracio meneó la cabeza.

—¿Unas alforjas? Nunca me dijo nada sobre unas alforjas, ni antiguas ni nuevas. Tampoco recuerdo haberlas visto por casa, aunque es tan grande, y el pobre Sereno traía y llevaba tantas cosas... —De pronto, se interrumpió y golpeó la mesa con la mano, llena de anillos—. ¡Y, para colmo, ahora los malditos ladrones lo han revuelto todo! Venga cuando quiera y eche un vistazo, en cuanto hayamos ordenado un poco. —Harpocracio hizo ademán de levantarse—. Eso me recuerda que tengo que volver



Ben Pastor Conspiratio

a probar suerte en el tribunal. Espero que hayan acabado de quemar libros, actividad que, permítame decirlo, va contra mis principios como coleccionista, aunque no me gusten los cristianos.

Elio se acercó a la puerta para llamar a la patrona.

—Tengo acceso a un estudio del tercer piso, desde donde se ve el hipódromo. Comprobaremos si sigue saliendo humo.

La vieja partera los precedió escaleras arriba con la llave del estudio.

—Al otro lado de la puerta este hay disturbios —dijo como quien habla de un divertido espectáculo—. El ejército acaba de cargar sin contemplaciones. Hay gente asomada en todas las azoteas.

En realidad, el tumulto no se veía, pues se había producido mucho más lejos y quedaba oculto tras los edificios altos. Pero el muro coronado de banderas que rodeaba el hipódromo se recortaba perfectamente al pie de la meseta de Antinoo. En el cielo despejado no era fácil distinguir el humo, pero las nubecillas aisladas que flotaban en el azul bastaban para confirmar que la quema seguía su curso.

—Bueno, supongo que tendré que esperar hasta que acaben —dijo Harpocracio en tono sombrío apartándose de la ventana con celosía.

—Sí —respondió la patrona sin que nadie le preguntara—, sobre todo porque la muchedumbre ha despedazado a la mujer del cristiano al que han juzgado hoy. Es verdad —se apresuró a decir al ver la expresión de Elio, que tanto podía ser de incredulidad como de horror—. No le han dejado ni llegar a casa... Y los soldados que la escoltaban han puesto tierra de por medio. Yo no saldría a la calle en estos momentos, señor.

A Elio le faltó tiempo para correr escaleras abajo.

Primera carta de Diocleciano a Elio Espartiano:

Diocleciano a Espartiano:

Nos complace saber, querido Elio, que tu llegada a Egipto se produjo sin novedad. No ha escapado a nuestra atención que no hiciste uso del correo imperial para enviar tu carta, pero damos por sentado que tenías buenas razones para hacerlo. En nuestra constante preocupación por el bienestar del ejército, estamos especialmente impacientes por recibir información detallada, preferiblemente en forma de transcripciones de las sesiones, de las acciones legales emprendidas contra los miembros de las fuerzas armadas romanas que



Ben Pastor Conspiratio

persisten en la superstición cristiana, a riesgo de perder el honor y la vida. Asimismo, es nuestro deseo que nos mantengas al corriente, en Heptanomia y en cualquier otro sitio, de cualquier caso de desmedida codicia y avaricia (vicios que hace tres años nos impulsaron a intervenir con nuestro edicto sobre precios máximos, seguido en Antinópolis por nuestra orden imperial de los idus de abril de nuestro decimosexto año), tomando durante tus viajes escrupulosa nota de la calidad y el precio del pan, el vino y demás productos de primera necesidad que figuran en la lista adjunta. Cuando seas testigo de un desprecio evidente hacia los remedios que hemos estipulado, deberás ocuparte de redactar un informe para las autoridades locales y enviar una copia a nuestra atención.

Haces bien, Elio, en investigar los detalles de la vida de nuestro antiguo predecesor, el divino Adriano, en los lugares que visitó, fundó, restauró o construyó durante su estancia en Egipto. Confiamos en que relatarás la vida de tan digno príncipe de modo sucinto, pero con atención a los pormenores tanto de su personalidad pública como de su vida privada, no omitiendo nada en su publicación, a menos que la decencia demande lo contrario.

Dentro de los límites de la legalidad, pero con plenos poderes de nuestra parte, también debes indagar la verdad sobre cualquier documento oculto en la tumba del bitinio, llegando en caso necesario a ordenar la apertura de la cámara funeraria. Tal cosa debe hacerse con extrema discreción para evitar el escándalo y la inquietud en provincia tan inestable, pero en presencia de miembros escogidos del correspondiente cuerpo religioso, para garantizar que se celebren las necesarias ceremonias de reparación. Si no quedaras satisfecho con los resultados de tu investigación en Heptanomia, deberás proseguirla allí donde te lleve. En cuanto a tus hazañas políticas hasta el momento, parece que ya has levantado alguna ampolla, porque hemos recibido, con sorprendente prontitud, peticiones para que te llamemos de vuelta a Salona o Nicomedia. Han sido denegadas.

También hemos advertido el apasionamiento de tu relato sobre la muerte del proveedor del ejército Sereno Dío y de su liberto; te aconsejamos que sigas tu intuición e investigues ambos casos con la prudencia y el celo que te ganaron nuestra estima cuando serviste a nuestras órdenes por primera vez. Por último, deseamos que te dirijas a Nos simplemente con el título de *domine*, que en tiempos de nuestro predecesor, el divino Trajano, bastaba a tan excelente príncipe en su correspondencia.

Escrita en Espalato, el 17 de junio (decimoquinto día de las calendas de junio), en el vigesimoprimer año de nuestra aclamación imperial, séptimo del consulado de Maximiano Augusto y octavo del consulado de M. Aurelio Valerio Maximiano Augusto.

Los productos cuyo precio debe ser comparado con los de nuestro edicto de precios máximos son los siguientes: trigo, arroz, vino (piceno, tiburtino y



Ben Pastor Conspiratio

sabino), cerdo, picadillo de cerdo, botas del ejército (sin clavos) y honorarios de los escribanos por la redacción de una demanda.



CAPÍTULO 3

18 de Payni (martes 13 de junio, idus)

Elio estaba acostumbrado a descubrir las torpes artimañas de los soldados que se habían hecho cristianos en su día y habían cometido la imprudencia de tatuarse símbolos religiosos en los antebrazos o los bíceps. En algunas unidades (Elio sabía de las estacionadas en Armenia y Tebas, especialmente la II Diocletiana Thebacea), se mostraban más refractarios que en otras, pero en todas se veían adaptaciones de tatuajes de lo más imaginativo. El pictograma del pez como representación de Cristo se multiplicaba hasta convertirse en una pequeña escena submarina con sus cangrejos y sus pulpos; las anclas y las palomas se transformaban en catapultas y águilas, y las cruces, en soles rodeados de rayos. La pictografía del velludo antebrazo de aquel jefe de pelotón era de lo más sospechosa, pero ninguna ley prohibía llevar tatuajes extravagantes. Sin embargo, la idea de que un suboficial hubiera faltado a su deber como jefe de una escolta para no despertar dudas sobre sí mismo sublevaba a Elio. Al día siguiente del juicio contra Pudens, salió de su entrevista con el interfecto poseído por una rabia fría, y encontrarse con Gavio en la siguiente puerta del puesto de mando no mejoró su humor.

—Él y sus hombres han desobedecido una orden, y el resultado es que ha muerto una mujer, que por cierto no es cristiana, sino una honrada ciudadana de Antinópolis. Se merecen un castigo, a no ser que estemos dispuestos a aceptar el caos en las calles.

Tralles, que había convocado al jefe de pelotón a regañadientes, intentó escurrir el bulto.

—Rabirio Saxa no me ha pedido que los castigue, y aquí el que manda es él.

—Si tengo que hablar con Rabirio Saxa, lo haré. Esto no tiene nada que ver con las leyes contra la superstición. El pelotón tenía la orden de proteger a la familia del



Ben Pastor

Conspiratio

acusado, y no lo hizo. Es más, huyó ante el enemigo. Si el primer cargo no convence a Saxa, puedes estar seguro de que el segundo lo hará.

—Estás sacando las cosas de quicio, Elio. La gente los vitoreó al ver que se volvían al cuartel. No todos los días se ven civiles aplaudiendo al ejército.

—En otros tiempos los habrían molido a palos, a todos.

—Esos tiempos se acabaron —replicó Tralles, que no obstante estaba empezando a ceder; pero, en opinión de Elio, no porque sintiera una profunda lealtad hacia el pelotón, sino simplemente para evitarse problemas—. Si pides que trasladen al jefe del pelotón, no me opondré.

—Pediré lo que me parezca oportuno, Gavio.

Tralles soltó un gruñido y alzó los brazos al cielo.

—Espero que por lo menos no avergüences a las tropas...

—Son ellos los que nos avergüenzan.

—Pero ¡qué demonios! En otros tiempos no eras así...

—No, pero esos tiempos se acabaron.

Consultado por ambos oficiales, Rabirio Saxa se mostró pragmático.

—No podemos ejecutar a ese hombre, pero tampoco olvidar que no repelió la agresión.

—Huyó —puntualizó Elio.

—Sí, es posible. Pero no en combate, Espartiano. Estoy de acuerdo en trasladar al suboficial río abajo, a Doron Theou, pero no en degradarlo ni hacer constar la falta en su historial.

—Doron Theou es mejor destino que éste, *epistrategos*.

—Lo era durante la Rebelión. Ahora está infestado de ladrones de agua e indeseables en general. Allí sabrá lo que es bueno.

Ni Elio ni Tralles quedaron satisfechos con la decisión, pues, si el primero esperaba que al menos degradaran al suboficial, el segundo pretendía mantenerlo dentro del territorio de Antinópolis (había pensado trasladarlo al barrio de Filadelfiae). Pero era lo que había. Dos días después, cuando se reanudó el juicio contra Pudens, la sentencia fue la esperada. En Antinópolis, el *locus solitus* de las ejecuciones se encontraba en el camino que llevaba al hipódromo, y Elio fue a presenciar la de Pudens. La confiscación de los bienes del condenado y la muerte de su madre dejaban a los hijos del ingeniero en la miseria. A través del juez designado



Ben Pastor

Conspiratio

por Culciano, Elio obtuvo que los trasladaran a Karanis y la promesa de que se proveería a sus necesidades.

Entre tanto, Harpocracio, como supo Elio, había conseguido quedarse con algunos de los libros del difunto, que permanecían guardados en la cárcel a la espera de una segunda quema pública. El 15 de junio, los dos hombres se encontraron para echarles un vistazo en una pequeña vivienda que el amante de Sereno usaba ocasionalmente en el centro. La mayoría eran libros religiosos —obras de Tertuliano; *Contra los herejes*, de Ireneo; un opúsculo de un tal Lactancio...—, pero también había algunos ensayos, antologías y varios libros de Historia. Elio se llevó una alegría al ver los libros LXVIII a LXX de la *Historia romana* de Dión Casio, que cubrían el período entre Trajano y Antonino Pío, e incluían la biografía del divino Adriano.

—Puede quedárselos —le dijo Harpocracio—. Los márgenes están llenos de comentarios, así que no podría venderlos aunque quisiera. Le aseguro que no entiendo a la gente que estropea los libros con sus ocurrencias de fanático.

Elio se apresuró a buscar el capítulo relativo a la muerte de Antinoo, en el que encontró la siguiente anotación de Pudens: «Nadie echa vino nuevo en odres viejos, pues el vino rompería el cuero, y se perderían vino y odres; el vino nuevo se echa en odres nuevos. Y nadie cuando bebe vino añejo quiere el nuevo, porque dice: "el añejo es mejor".»

—¿Qué es esto?

Elio le mostró la nota a Harpocracio.

—A saber. Charlatanería cristiana. Yo diría que depende del vino.

—Pero ¿por qué lo escribiría en referencia a la muerte del Efebo?

Harpocracio levantó la nariz del ejemplar de los dramas de Séneca que estaba hojeando.

—No tengo la menor idea. Pero conozco a alguien en la ciudad que lo sabe todo sobre el bendito Antinoo. Y me atrevería a decir que a él le gustaría conocerlo a usted.

21 de Payni (viernes 16 de junio)

Fuera porque quería hacerse perdonar sus vacilaciones a la hora de castigar al suboficial, o simplemente para marcarse un punto, esa mañana Tralles fue a ver a Elio. Lo encontró escribiendo, con varios libros abiertos alrededor de la silla y, junto



Ben Pastor

Conspiratio

al tintero, una lista de cosas pendientes, en la que había anotado la dirección de Pammychios.

—Bueno, he encontrado a tu asesino —dijo Gavio cogiendo la lista del escritorio—. Ya ves que se pueden obtener resultados sin necesidad de enviados especiales.

Elio dejó la pluma.

—¡Vaya! ¿Y quién es?

—Un zapatero llamado Crispino Crispiniano. Lo ha confesado todo, así que el caso del liberto está cerrado.

—¿Y ha dado algún motivo?

—Dice que sólo se lo dirá al juez cuando lo lleven al tribunal, y no antes.

—Entonces, llevémoslo al tribunal —dijo Elio recogiendo todo rápidamente—. ¿Dónde lo tienen detenido?

—En el puesto de mando. Lo han llevado allí mis hombres.

En realidad, el zapatero, como luego sabría Elio, se había presentado en el puesto de mando por iniciativa propia para confesar el crimen. Elio llamó a su joven escribiente, que estaba en la habitación contigua, poniendo en limpio las notas que había tomado durante el juicio contra Pudens.

—Ve al tribunal, comprueba si el acusado tiene antecedentes y, si es así, llévamelos al puesto de mando.

—Elio se volvió hacia Tralles—. ¿Puedo hacerle un par de preguntas a tu zapatero?

—No veo por qué no. Yo pensaba interrogarlo. Acompáñame.

No podía negarse que al zapatero le pegaba el nombre: tenía una pelambrea negra, rizada y enredada que formaba una especie de bola alrededor de su cabeza. Allí estaba, bajo aquella espesa maraña que recordaba la cabellera de Medusa, frotándose las manos como si se alegrara de que lo hubieran descubierto. Al enterarse de que iba a interrogarlo alguien del tribunal, se mostró realmente entusiasmado y dijo que, siendo así, estaba dispuesto a explicarse de inmediato.

Los tres hombres se encerraron en el despacho de Tralles, donde Elio pudo echar un vistazo a toda la información escrita que se había recopilado hasta el momento.

—Lo llevarán ante el juez en cuanto lo decidamos —le dijo Tralles en latín para que el zapatero no se enterara—. Tú fuiste la primera autoridad que llegó al lugar del crimen, de modo que intervén cuando te parezca oportuno. —Tralles se volvió hacia el detenido y, mirando el documento que tenía en las manos, le preguntó—: ¿Eres



Ben Pastor Conspiratio

Crispino Crispiniano, vecino de Antinópolis, zapatero y residente en el barrio de Filadelfiae, en el *plintheion* de la calle de Hércules Victorioso?

—Lo era.

—¿Cómo que lo eras?

—Ahora me llamo Kopros.

—¿Es eso cierto?

Tralles se volvió hacia el soldado que había detenido al zapatero.

—Sí, señor. Todo el mundo lo llama así, aunque no se ha cambiado el nombre legalmente. El resto de la información es correcta.

—Muy bien. Te llames como te llames, ¿asesinaste a Pammychios, también conocido como Loreto, natural de Hermópolis Magna, liberto del difunto proveedor del ejército Sereno Dío...

—Por supuesto que sí.

—... que el 8 de Payni fue hallado muerto por el honorable legado Elio Espartiano, aquí presente, en su propio domicilio del camino de los Palomares, que sale de la carretera a Cusa...

—¡Lo hice, lo hice! Ya le he dicho que fui yo.

—... y cuya propiedad fue saqueada durante el asalto?

—Sí.

—Ya te lo había dicho —le susurró Gavio a Elio—. Puedes llevártelo cuando quieras.

Elio, sentado a cierta distancia del escritorio, había estado observando los círculos que trazaban las moscas en el centro del despacho. De pronto, miró al zapatero, que correspondió a su atención con una sonrisa tan amplia como expectante.

—¿Y cómo lo mataste?

—Lo apuñalé, señor.

—La víctima no murió apuñalada.

Crispino sostuvo la mirada de Elio.

—Quería decir que intenté apuñalarlo, pero, como consiguió quitarme el cuchillo, lo estrangulé.

—Le habían destrozado la parte posterior del cráneo.



Ben Pastor

Conspiratio

—Claro. Es que, después de estrangularlo, quise asegurarme de que estaba muerto.

Una de las moscas había aterrizado en el escritorio de Tralles y parecía estar la mar de entretenida chupando algún resto de comida o bebida. Volvió a alzar el vuelo cuando Elio estiró la mano para coger el atestado.

—Dices que estuviste en casa de la víctima, pero ese día nadie te vio en la carretera ni en el camino de los Palomares. En cambio, algunos testigos, entre los que figuran varios vecinos tuyos, afirman que, en el momento en que se cometió el crimen, estabas en tu tienda, al otro lado del río. ¿En qué quedamos?

—Estaba en el camino de los Palomares, legado.

—Lo que significa que los testigos mienten, y el perjurio es un delito muy grave. Seguro que el juez le pedirá una lista de los testigos a la policía y los convocará para interrogarlos.

—Yo no digo que mientan; simplemente, confundirían a alguien conmigo. Suele ocurrir cuando se tiene una cara tan corriente como la mía.

—Bien, pero ¿por qué has tardado dos semanas en entregarte?

—Porque hasta hoy no me había remordido la conciencia, legado.

—Y ahora sí. Por eso estás tan sonriente...

—¿Qué importa la cara con la que confiese? Maté a ese hombre, y ya está. Soy un asesino —añadió el zapatero un tanto nervioso al ver que ni Elio ni Gavio decían nada—. He confesado mi crimen. El castigo es la ejecución, así que llévenme a juicio y acabemos cuanto antes.

Elio seguía los paseos de la mosca por el canto del escritorio con tanta concentración que el resto del despacho había quedado desenfocado; la voz de Kopros había surgido de esa bruma, como el fondo sonoro de las idas y venidas del insecto.

—¿Que acabemos cuanto antes? —exclamó sin poder disimular su irritación—. ¿Qué tienes tú que decir sobre el juicio? Ni siquiera nos has dado un móvil para tu acción.

—El robo.

La mosca empezó a frotarse las patas.

—¿De qué?

—Oro.

—¿Y plata no?



Ben Pastor Conspiratio

—También. Oro y plata.

Tralles se recostó en el asiento para intercambiar unas palabras en latín con Elio.

—Bueno, ¿qué dices?

Elio meneó la cabeza.

—Creo que está como una cabra. Hay seis o siete personas que aseguran que estaba muy lejos del camino de los Palomares. Dirá cualquier cosa que sirva para condenarlo. ¿Para qué vamos a hacer perder el tiempo al juez?

—Yo digo que dejemos que le den lo que pide. Lo que sobra son zapateros, por no hablar de locos. Ha confesado. Por lo que a mí respecta, asunto concluido. Además, ¿qué otra cosa se merece alguien que se ha cambiado el nombre por «Boñiga»?

Elio se volvió de nuevo hacia el zapatero.

—Ya que estuviste allí —le dijo otra vez en griego—, descríbenos brevemente la vivienda de la víctima.

Kopros se encogió de hombros.

—No me acuerdo. Estaba furioso y asustado, lo veía todo borroso...

—¿Dónde está la casa, a la derecha o a la izquierda del camino?

—A la izquierda.

—A la derecha. —Elio no necesitaba oír más. Se levantó y se dirigió hacia la puerta, donde lo esperaba su escribano con un libro de contabilidad bajo el brazo—. Este hombre no ha estado cerca del lugar de autos en su vida. Tenga los motivos que tenga para inculparse, no mató a Pammychios. O está encubriendo a alguien o tiene menos cerebro que un mosquito. No soy abogado, pero en ambos casos la falsedad de sus declaraciones es tan evidente que dudo mucho que lo juzguen.

Cuando Elio se disponía a salir, el zapatero trató de acercarse a él, pero se lo impidió el soldado que lo custodiaba.

—¡Soy un desgraciado! ¿Por qué no quiere ayudarme? Usted viene del tribunal... ¿Qué le cuesta ordenar que me juzguen?

Elio se detuvo en el pasillo y leyó lo que el escribano le señalaba en el libro, mientras Tralles lo observaba con curiosidad desde el otro lado del escritorio. No dijo nada, pero al cabo de unos instantes volvió a entrar en el despacho y se sentó en su silla, junto a una esquina del escritorio.

—Kopros, en los archivos del tribunal consta que, bajo tu anterior nombre, eras diácono de la congregación cristiana del barrio de Matidiano. ¿Es eso cierto? —No hubo respuesta; pero Elio no había terminado—. También consta que, hace un año,



Ben Pastor Conspiratio

colaboraste totalmente con las autoridades entregando libros relacionados con el culto. Actuaste como testigo de la acusación, además de entregar los ingresos de tu iglesia. —El zapatero se retorció las manos y dijo algo entre dientes, pero eso fue todo—. Lo hiciste voluntariamente —puntualizó Elio—; nadie te obligó. Y ahora, con un nombre humillante y viviendo en otro barrio, esperas que el gobierno te ayude a acallar tu mala conciencia. Pues bien, eso no es cosa del gobierno. Así que no le hagas perder el tiempo. Puedes estar seguro de que el juez rechazará el caso y a ti con él.

—Yo no iría tan deprisa —le susurró Tralles a Elio—. ¿A nosotros qué más nos da? Podemos pedirle al juez que siga adelante y sea rápido.

—No.

El zapatero empezó a gimotear. Cuando Elio se marchaba definitivamente, tras saludar con la mano a Tralles, pero sin dignarse mirar al zapatero, éste volvió a intentar zafarse del soldado.

—¡No puede impedir que me juzguen! ¡No puede! ¡No puede!

«Para las dudas, nada como un baño», solía Diocleciano decir. Y Elio decidió seguir su consejo y, nada más salir del puesto de mando, envió por delante a un esclavo con recado de escribir, pero no a los baños de su alojamiento, ni a los cochambrosos baños del ejército, donde vería a los compañeros de Tralles, que a esas alturas ya sabían que no debían hablar de nada interesante con él. Las pequeñas pero elegantes termas de la ciudad, situadas en la calle Philipátor, cerca de la puerta Este, que llevaba al hipódromo, eran los baños de los viajeros de paso ocho años atrás, pero, como Elio pudo comprobar minutos después, se habían convertido en el lugar de encuentro de los homosexuales de la ciudad. No obstante, ya que estaba allí, decidió quedarse. Además, el hecho de que los hubiera construido Adriano le daba una razón plausible para permanecer en ellos en calidad de historiador.

Los mármoles y las esbeltas columnas, los caprichosos espacios, iluminados por invisibles ventanas, practicadas en bóvedas divididas en aspas separadas por gruesos nervios, producían una sensación de semioscuridad intermitente y luz cambiante que confundía y encandilaba la mirada. El agua arrojaba a su alrededor reflejos que se agitaban como luciérnagas sobre las paredes, y las húmedas losas de mármol, haciendo que uno se sintiera completamente perdido en un ámbito ilusorio y sólo recuperara totalmente el equilibrio al sumergirse en el baño con los ojos cerrados.

La noche anterior, Elio había mandado la segunda carta a Diocleciano, esta vez utilizando el correo público. En ella, le informaba de la situación tal como se la había encontrado y en la medida en que podía juzgarla por el momento, añadiendo



Ben Pastor

Conspiratio

ejemplos concretos en caso necesario. En esta ocasión, confiando en acelerar la entrega a su destinatario, había contratado los servicios de un correo terrestre una vez la misiva llegara en barco al sur de Grecia. Y fue en las termas de Adriano, tras declinar varios ofrecimientos de masaje y encuentros más íntimos, y conservando los calzones prudentemente puestos en todo momento, donde Elio empezó la tercera carta y releyó algunas de las notas que había puesto en limpio tras su conversación con los sacerdotes del templo de Antinoo.

Notas tomadas por Elio Espartiano tras examinar la barca imperial del divino Adriano en la sala museo del templo de Antinoo:

En la cubierta principal, un hermoso mosaico (del tipo que los arquitectos llaman *opus vermiculatum*) representa el curso superior del Nilo, es decir, desde File hacia el sur. Se ve una barca perfectamente aparejada que surca las aguas, con la Isla de Marfil en la parte inferior (primer plano), representada como una plataforma con dos elefantes mirando en direcciones opuestas. Entre ambos se alza un obelisco, que no recuerdo haber visto allí; tal vez existiera en esa época, pero también es posible que el artista no hubiera visitado nunca el lugar y se inspirara en descripciones. En la barca hay figuras en atuendo romano, que imagino representan al séquito imperial. El divino Adriano aparece rodeado de un grupo de hombres con aspecto de retóricos o filósofos. Las mujeres están sentadas bajo un dosel; una de ellas es de mayor tamaño y viste con más lujo, por lo que debe de tratarse de la emperatriz Sabina. Junto al emperador hay dos jóvenes, de los que uno, representado con incipientes patillas, como Alejandro en algunos retratos, probablemente es Antinoo, mientras que el otro podría ser Alcibíades hijo, que sabemos iba a bordo, u otro compañero de la misma edad elegido para el Efebo.

En la zona destinada a comedor, la decoración del suelo está dividida en ocho cuadrados, que representan sendas parejas de compañeros o de padre e hijo. De izquierda a derecha y de arriba abajo, identifiqué a Aquiles y Patroclo, Eurialo y Niso, Cástor y Pólux, Príamo y Héctor, Rómulo y Remo, Ulises y Filoctetes, Hermes y Dioniso, y Horus y Osiris.

En el área dedicada a las mujeres, tres medallones ocupan el centro de un mosaico totalmente blanco, en cada una de cuyas esquinas otro medallón representa una de las cuatro estaciones. En los medallones centrales aparecen Orfeo y Eurídice, Hades y Perséfone, y Admeto y Alcestes.

En la zona de Antinoo, la mayor parte del mosaico está ocupada por un complejo dibujo de vides, pájaros e insectos, una especie de intrincado cenador en cuyo centro destaca un cuadrado enmarcado por flores de loto. En su



Ben Pastor

Conspiratio

interior, encontramos una versión romanizada de Horus, de pie sobre dos cocodrilos, con caracteres egipcios (que admito no comprender) en el lado derecho. Los sacerdotes del templo dicen que significan «Sobek no hace ruido, el miedo que inspira es incontrolable y no conoce igual, y sin embargo Tú tienes poder sobre él», interpretación que tienen por escrito desde la época de la visita del divino Adriano. Insisten en que la frase se refiere al Efebo, identificado con Horus y respetado por los cocodrilos.

El menos reconocible, no en términos de claridad, sino en cuanto a su significado directo o implícito, es el pequeño mosaico cercano a la proa de la embarcación. Parece un mapa del cielo, que muestra a Orion (reconocible por esas estrellas a las que Tolomeo se refiere como «*splendida quae est in humero dextro et est subrufa*» —la más roja, que se halla en el hombro de Orion— y «*splendida qua est in extremitate pedis sinistri communis cum aqua*»), siendo la más brillante la que está en un extremo de su pie izquierdo. También se ven otras constelaciones, como la Liebre, la Nave de Argos y el Can Mayor (con la estrella a la que Tolomeo llama «*quae in ore fulgentissima est, et vocatur Sirius*»). A falta de indicaciones en el propio mosaico (y dado el hermetismo, o la ignorancia, de los sacerdotes), la trascendencia que pudieran haber tenido esas constelaciones en particular para Adriano o Antinoo sólo puede ser objeto de conjeturas. ¿Reflejan una profecía o un horóscopo? Son importantes, pero en el mosaico no hay nada que lo indique y los sacerdotes no dicen nada al respecto o nada saben.

Escenas de despedida, se dijo Elio, de partida y regreso, de salvación o de sacrificio. Se preguntaba si sería una coincidencia. Eran escenas típicas, que se veían por todas partes; pero ¿habían sido elegidas para la barca por el propio emperador? Y, en caso afirmativo, ¿antes o después del fatídico viaje? ¿Eran comentarios de aquellos gobernantes posteriores de los que se sabía que habían favorecido y enriquecido la colección? El mosaico del mapa celestial intrigaba especialmente a Elio, tanto más cuanto que Tolomeo estaba presente en Egipto en los tiempos de Adriano. Tendría que investigar el significado de esa combinación de constelaciones, y en qué mes se producía.

Tres estatuas de Antinoo, idénticas como trillizos y con un dorado que resaltaba su desnudez, ocupaban las tres hornacinas del final de la bien iluminada sala en la que Elio estaba sentado. Puede que mereciera la pena seguir la pista de las amistades de Sereno, se dijo mirando el haz de luz que caía directamente sobre la piscina redonda, hasta que todo, la claraboya de la bóveda, el haz y el agua, refulgió como el oro, haciendo que la sala pareciera oscura a su alrededor.



Ben Pastor Conspiratio

25 de Payni (martes 20 de junio, XIII calendas de julio)

Fue Harpocracio quien lo presentó en la comunidad homosexual de Antinópolis. El tercer martes de cada mes, se congregaba en el barrio de Adriano, en la calle Berenice, llena de selectas barberías y tiendas de pelucas, puestos de perfumes y zapaterías, bajo las elegantes viviendas de las dos hileras de cuidados edificios. Era un mundo sorprendentemente heterogéneo, en el que médicos, dramaturgos y profesores de música se codeaban con comerciantes, fornidos pescaderos y marineros cubiertos de tatuajes, y todos juntos celebraban su almuerzo mensual en la amplia trastienda de una librería. El comercio hacía esquina y parecía pequeño, pero la sala del banquete ocupaba cerca de la mitad de la manzana. Harpocracio acompañó a Elio para hacer las presentaciones y exponer el asunto, con el fin de «evitar malentendidos», como dijo él mismo. En la sala había unos cincuenta individuos de diversas edades que charlaban de pie y habrían podido pasar por comerciantes en una reunión de negocios, de no ser por los primorosos atuendos, el olor a aceites aromáticos y las miradas de reojo en dirección al recién llegado.

—¿Y ése quién es? —preguntó alguien tapándose la boca con la mano, pero no lo bastante bajo para que no se le oyera—. Pero ¿quieres mirar?

—No está mal, no está mal...

—No lo había visto nunca por aquí.

—¿No estaba en las termas el otro día?

—Qué bien les sientan los uniformes a los hombres altos...

—Parece hétero... ¿Qué te juegas a que es hétero?

—Espero que no.

Y etcétera, etcétera.

La idea de que fuera de uniforme había sido de Harpocracio, para dejar bien claro que la visita tenía carácter oficial.

—Para todo lo relacionado con la Antigüedad, relativo a «nosotros» —le dijo a Elio mientras se dirigían a la mesa en la que servían las bebidas—, hable con Theo, el mercader de especias. Está muy versado en los clásicos y la religión, y su hermana Thermuthis es muy popular entre los militares, porque en la época de la Rebelión regentaba el mejor prostíbulo de la ciudad.

El nombre de Thermuthis era una leyenda en el ejército. Desde el punto de vista de los servicios personales, representaba para las fuerzas armadas lo que Sereno Dío



Ben Pastor Conspiratio

había representado en cuanto a la satisfacción de otras necesidades. Elio la recordaba perfectamente: una atractiva pelirroja con antepasados beréberes que se acostaba con todos los oficiales y, luego, cuando se cansó de aquel desfile de romanos que se la rifaban por el color de su pelo, empezó a proporcionarles otras chicas.

Anubina era una de sus pupilas más jóvenes, y Elio aceptó el cambio sin dificultad.

Aunque no tan guapo como su hermana, Theo era un hombretón encantador. Rapado como los sacerdotes, brindó a la salud del emperador y sus corregentes, sabiendo que Elio apreciaría el gesto. Luego lo invitó a acompañarlo a una mesa colocada en un nicho de la pared, donde el parloteo de los invitados no los distrajera. Elio le resumió el asunto, añadió un puñado de detalles y empezó mostrándole una hoja de papel en la que había apuntado los comentarios al margen del libro de Pudens.

—Esta nota estaba escrita junto al relato de la muerte de Antinoo por Dión Casio, en un libro usado. ¿Qué puede decirme al respecto?

Theo tuvo que esforzar la vista para leer el texto a la tenue luz de la sala.

—Está sacada de uno de los testimonios sobre la muerte de Cristo —respondió al cabo de unos instantes—. Se refiere a la nueva religión frente a la vieja, pero en este contexto... No sé, déjeme pensar. Un hombre viejo y otro joven... Quiero decir, los riesgos de una relación así. El presumible dominio del mayor. —El mercader colocó el papel en la mesa y lo alisó con la palma de la mano—. Naturalmente, Dión Casio tenía sus prejuicios; en mi opinión, habría hecho mejor confiando en lo que el divino Adriano tenía que decir sobre el accidente, puesto que estuvo allí, mientras que él ni siquiera había nacido.

Elio intuía que estaba en el buen camino.

—Los sacerdotes me aseguraron que Antinoo está enterrado aquí, en Antinópolis —dijo con animación—, pero me gustaría confirmarlo. Harpocracio cree que usted, o alguno de ustedes, podría decirme lo que realmente ocurrió con el cuerpo.

Theo puso los ojos en blanco.

—Así que es eso. ¿Tiene alguna razón para desconfiar de lo que le dijeron en el templo?

—En realidad, ninguna. Pero siempre hay que comprobar las fuentes.

—«En realidad, ninguna» no es lo mismo que ninguna a secas.

—Cierto.

Pero era evidente que Elio no pensaba decir nada más. Theo lo observaba desde el otro lado de la mesa jugueteando con un grueso anillo de oro que llevaba en la mano



Ben Pastor Conspiratio

izquierda y al parecer le estaba grande. El mercader le dio la vuelta para que el brillante quedara a la vista. Al advertir que Elio miraba la piedra con atención, adelantó la mano para mostrárselo.

—Tiene mil años de antigüedad. Si alguna vez quiere comprar joyas antiguas, puedo aconsejarle.

Elio sonrió.

—La única «joya» que he llevado en mi vida ha sido el sello de plomo que me dieron cuando me alisté. Los militares nos las apañamos mejor con las manos desnudas. ¿Qué me dice de los restos de Antinoo?

—Bueno —murmuró Theo retirando la mano—, es poco probable que el divino Adriano dejara a su amado en Egipto, o en cualquier otro sitio lejos donde no estuviera él.

—Es lo que yo me digo. Pero, tras la muerte del Efebo, el divino Adriano siguió viajando durante años, antes de regresar a Roma.

—Los amantes muertos son más fáciles de convencer para que te sigan que los vivos.

—Pero el culto se inició aquí, el clero se creó aquí...

Un esclavo con facciones de chica se acercó a servirles un aperitivo, pero Theo lo despidió con un gesto de impaciencia.

—Creía que buscaba información, Espartiano. ¿Sabe o quiere saber? Porque, si lo que quiere es saber, debería escucharme.

—Quiero saberlo todo desde el principio. Desde el momento del accidente.

—Eso está mejor. Pero no podemos hablar aquí. Cuando empiece la comida no habrá quien se aclare. ¿Damos un paseo?

Desde el barrio de Adriano, siguiendo la calle Berenice a través del centro, se llegaba a un paseo empedrado desde el que se dominaba el Nilo y la punta meridional de la última isla. A esas horas de la tarde, el pequeño muelle para barcas de recreo estaba muy animado, aunque no tardaría en cerrar hasta la siguiente estación, debido a la inminencia de la crecida. Vista desde el paseo, entre el laberinto de restallantes toldos y velas, el agua que se deslizaba hacia el norte, arrastrando ramas de sauce entre la espuma, estaba bastante más turbia que el día anterior.

—Espero que esa agua verde no signifique que más allá de las cataratas hay «sequía» —comentó Theo—. Basta pronunciar la palabra sequía para que el precio al



Ben Pastor

Conspiratio

por mayor de la pimienta y el comino se dispare. Río arriba, los sauces se parten con facilidad incluso cuando la lluvia no escasea. —El mercader le compró dos galletas en forma de momia a un chico y le dio uno a Elio—. Empiece por la cabeza, tiene más vino.

Elio, consciente de la *gravitas* exigible a alguien de su posición, se guardó la galleta para más tarde. Theo, acertadamente, interpretó su gesto como una invitación indirecta a reanudar la conversación iniciada en la trastienda de la librería.

—Bien —empezó a decir tras pegarle un mordisco a la galleta—. A la muerte del Efebo, se inició una búsqueda frenética del cadáver. No hay constancia escrita, pero nosotros estamos acostumbrados a preservar la memoria de las cosas que nos afectan directa o indirectamente. La Armada romana recorrió el río por delante de la barca imperial para minimizar la presencia de cocodrilos, pero, dada la astucia de esos animales, se temía con razón que ya hubieran devorado el cuerpo parcial o totalmente. —El siguiente mordisco de Theo dejó sin pies la galleta en forma de momia—. ¿Ha visto alguna vez un cuerpo medio devorado por los cocodrilos?

—Lo he visto.

—Entonces, ya sabe a qué me refiero. Es algo horrible. Ahora, con la muerte de nuestro querido amigo Sereno, hemos tenido que enfrentarnos de nuevo a esa triste realidad. En fin, el caso es que tardaron cerca de diez horas en encontrar el cadáver. Estaba a medio camino entre el sitio en que la comitiva imperial había anclado para cenar la noche anterior y el punto en que se encontraban al descubrir que Antinoos había desaparecido, a la mañana siguiente. Es un lugar precioso, debería ir a verlo. En la actualidad, hay un banco de arena que ralentiza la corriente considerablemente, pero entonces no existía, de modo que el agua fluía con rapidez. Pero el bosquecillo de papiros, con sus garzas y otras aves salvajes, debía de existir ya entonces, porque los habitantes de la zona siempre han llamado a ese sitio el Soto de Benu. Una vez más, no lo busque en los mapas, porque no está señalado. El Efebo tenía la mitad del cuerpo en el banco de arena y la otra mitad en el agua, como si, al sorprenderle la muerte, estuviera intentando ponerse a salvo, o como si afirmara su condición mitad humana y mitad divina. Gracias a Dios, estaba intacto. No lo habían tocado ni siquiera los peces. —Theo, que ya había dado buena cuenta de la galleta, dijo algo sobre acercarse al estanque de los patos y echarles de comer—. Me imagino la escena. Su hermosa trenza se había deshecho y se confundía con las plantas acuáticas, y todo el cuerpo parecía de mármol. El divino Adriano lo sacó del agua arrastrándolo con sus propias manos, aunque Antinoos era un muchacho alto y fornido, y muerto aún pesaría más. Hay cosas que es imposible describir, de modo que no diré nada sobre el dolor que acompañó al descubrimiento del cadáver. Por cierto que la emperatriz también estaba allí, a poca distancia de la orilla, llorando en su litera. Pancracio escribió un dístico sobre sus lágrimas, que, según él, parecían perlas; unos versitos



Ben Pastor Conspiratio

muy poco inspirados, la verdad. Aunque lo realmente interesante es que la emperatriz llorara por el Efebo.

—O por el dolor de su marido.

Theo lo miró con frialdad.

—Eso lo dudo. En cualquier caso, estaba el problema del calor y del cuerpo empapado, y de lo que ocurriría con él en muy poco tiempo. Las opciones eran momificarlo, como manda la tradición del país, para lo que se necesitaban al menos setenta días, o incinerarlo. La inhumación ni siquiera se consideró, porque habría equivalido a entregar el cuerpo del Efebo a la corrupción más repugnante.

—¿Y qué decidió el emperador?

—Pues, en primer lugar, hizo poner una señal en el sitio donde habían hallado el cuerpo. Está cerca de la puerta norte, ya le explicaré cómo ir. Puede que, debido a la maleza, le cueste encontrarla, pero sigue estando allí. La vi cuando era un chaval, porque íbamos a bañarnos a ese sitio a menudo.

—Pero no se trata de una tumba...

—Hay quien asegura que le cortaron la trenza y la enterraron allí. Digamos que es un enterramiento parcial, con pretensiones de cenotafio. Pero no una tumba.

Mentalmente, Elio tomó nota de ir allí y examinar el lugar.

—¿Y el cuerpo?

Ahora que habían dejado atrás la hilera de tenderetes, el Nilo se ofrecía a la vista libre de obstáculos. En la otra orilla, Hermópolis, con sus templos y edificios públicos, estaba resplandeciente, como un arriate al final del puente. En este lado, un estanque hexagonal tallado hacía cien años en piedra caliza de la región creaba una charca artificial con agua del río. Una colonia de patos se peleaba y mantenía alejadas a otras aves acuáticas. Era una colonia nueva, porque la anterior había servido de alimento durante la Rebelión.

—Por el momento, lo que le contaron los sacerdotes es cierto —dijo Theo sentándose en un banco frente al estanque—. Efectivamente, el divino Adriano ordenó que momificaran a Antinoo. Después de todo, iba a permanecer en Egipto varios meses, y había tiempo de sobra para garantizar que la operación se llevara a cabo respetando los ritos funerarios más estrictos. Por supuesto, poco después de hallar el cadáver, le extirparon los órganos; cuando Adriano viajó al sur, a Tolemais y Tebas, llevaba consigo el corazón de Antinoo, contra lo que manda la tradición, desde luego, porque como dice la invocación de Isis: «Sin embargo, el corazón es tuyo. Seguirá en su sitio para siempre.» Se guardó en la jarra del hígado, que lleva una tapa con la forma de la cabeza humana de Imseti y está bajo la protección de Isis.



Ben Pastor Conspiratio

Las otras tres jarras con el resto de los órganos quedaron al cuidado de los sacerdotes y, el sexto día después de la muerte del Efebo, cuando se fundó oficialmente Antinópolis, esas fueron las santas reliquias del templo, y la razón principal para su construcción. Seguro que se las enseñaron...

Una anciana que vendía pan duro para dar de comer a los patos pasó ante el banco, y Elio le compró una hogaza.

—Sí, pero eran cuatro, y una tenía una tapa en forma de cabeza humana.

—¡Bah! Sólo es una copia, y está vacía, porque la auténtica se la llevó consigo el emperador. Y lo mismo pasó con el cuerpo, que ya no estaba allí en tiempos de Marco, cuando al idiota de su hijo, Cómodo Antonino, se le ocurrió la brillante idea de comprobar qué aspecto tenía un favorito muerto, y se quedó con las ganas. Como decía una cancioncilla de aquellos tiempos: «Ni momia, ni cuerpo, ni huesos, / ni una mota de polvo encontró Cómodo...» Entonces, ¿por qué la ficción piadosa? La respuesta es obvia. El culto a Antinoo produce muchos beneficios, de modo que los sacerdotes tienen todo el interés del mundo en mantener que el Efebo está allí y que sus restos son origen de oráculos y curas milagrosas. Lo que hay de él aquí es el pelo, enterrado a la orilla del río, y los intestinos, el estómago y los pulmones de las tres jarras.

Elio decidió pasar por alto el juicio de Theo sobre Cómodo. Le dio la mitad de la hogaza y puntualizó:

—Según he leído en Pausanias, el primer recorte de su barba se guarda en Eleusis. Pero, entonces, ¿qué ocurrió con el cuerpo?

Theo meneó la cabeza.

—¿Ha probado las galletas en forma de momia que hacen en el templo? Llevan demasiado años, comparadas con las que venden en la calle, pero no están malas. Lo que les da ese color rojizo y hace que aguanten todo un día sin ponerse secas es el vino...

—¿Qué ocurrió con el cuerpo, Theo?

El mercader de especias empezó a partir el pan con parsimonia y amontonar los trocitos en su lado del banco.

—Bueno, la cosa se complica cuando el séquito imperial abandona Egipto. Ya nos conoce. Aquí nadie sabe realmente dónde está enterrado Alejandro, aunque se cree que bajo la campana de cristal de Alejandría, pero Pella, Ammoneo y otro par de sitios también reclaman ese honor. Lo mismo ocurre con Marco Antonio y Cleopatra, y, si no hubiera sido por el divino Adriano, que restauró el sepulcro del viejo enemigo de César, Pompeyo, tampoco tendríamos la certeza de dónde está enterrado dicho general. —Con un gesto suave, el mercader arrojó un puñado de pan



Ben Pastor Conspiratio

por encima de la barandilla del estanque—. Existen varias tradiciones. Una sostiene que el Efebo fue enterrado en Roma o sus alrededores, en una de las propiedades imperiales. Es una tradición verosímil, porque varios favoritos fueron inhumados de un modo similar por sus señores, no muy lejos de ellos, como un perrito al que se entierra en el jardín y sobre el que se planta un lirio. Otra tradición afirma que los restos fueron llevados a Baias, donde falleció el divino Adriano, y siguen allí, pese a que el cuerpo del emperador fue trasladado a Roma y descansa en su mausoleo junto al Tíber.

—¿Creíble?

—Creíble, pero más que dudoso, porque en el momento de su muerte, Adriano, pese a estar gravemente enfermo, seguía confiando en vivir para volver a ver su villa del Tiburtino.

Los patos, mimados y bien alimentados, se lo pensaron antes de acercarse a los trozos de pan que flotaban en el agua; al fin, por pura costumbre, empezaron a picotearlos y pelearse por ellos.

—Sí. —Elio se acercó a la barandilla para echarles de comer a su vez—. ¿Y en la villa del Tiburtino?

—Es otra posibilidad. Son muchos los que están seguros de que es precisamente allí donde yace Antinoo. Ya sabe usted que esa villa es como una ciudad, casi como un mundo, y que el emperador hizo construir en ella réplicas de los lugares y edificios que más le gustaban, o que significaban más para él, incluido Canope. No he estado personalmente, pero un buen amigo me ha explicado que el Canope tiburtino es como una enorme concha colocada en la desembocadura de un río. En esa concha, que vierte agua por todas partes, hay estatuas de Antinoo de estilo egipcio, idénticas a la gigantesca imagen que se adora aquí y que lo muestra como Osiris. Adriano también hizo erigir en su villa un obelisco con caracteres egipcios para señalar el lugar en que fue enterrado el Efebo. Así que mi voto es para la villa del Tiburtino.

—¿Algo más?

—Hmmm, veamos. También he oído mencionar el templo de la Fortuna Primigenia en Preneste como otro de los lugares donde podrían descansar los restos del Efebo, pero no sé mucho más. Salvo que en ese templo hay un mosaico, de la época de Alejandro según algunos y, según otros, mandado colocar allí por Adriano a su regreso de Egipto, que representa todo el curso del Nilo. Un Egipto en efígie, por decirlo así.

—¿Parecido al de la cubierta de la barca imperial?



Ben Pastor Conspiratio

—Algo así, sin duda. Ignoro qué posibilidades hay de que Antinoo esté enterrado en Prenestes, pero según me han dicho el monumento es imponente, y allí también se rinde culto al Efebo. Claro que lo mismo ocurre en Bitinia, en toda Grecia, en Lanuvio, Alejandría, el Delta y etcétera, etcétera. Lo único que puedo asegurarle es que los restos no están en Antinópolis, por muchas galletas de momias que comamos.

Elio iba partiendo el pan pacientemente y echándoselo casi todo a un pato esmirriado que nadaba un tanto escorado.

—Una última pregunta...

—¿Relacionada con esto?

—No. Con Sereno Dío. ¿Cree usted que fue un accidente?

—No. Pero no tengo ningún sospechoso en mente. Sospecho que fue una venganza. ¿Por parte de quién? Tiene dónde elegir. Sereno se metía en cualquier cosa que produjera beneficios, y solía temer las repercusiones. Ahora Harpocracio dice que no le ha quedado nada, pero me apuesto lo que quiera a que los ladrones no encontraron ni la décima parte de lo que esos dos habían acumulado.

Elio lo miró con atención.

—¿Habría confiado parte de sus riquezas a alguien?

—¿A algún amigo, quiere decir? No, era demasiado listo y conocía demasiado bien la naturaleza humana. De vez en cuando, a los más íntimos nos regalaba alguna antigüedad que no quería guardar o poner en su casa, que ya estaba bastante llena, pero nunca era nada de auténtico valor. —Theo arrojó el resto del pan a los patos y se frotó las manos para limpiárselas—. Le pondré un ejemplo relacionado conmigo. A finales de Pachón... sí, hacia la tercera semana de mayo, Sereno me pidió que le guardara una caja de madera. Cuando murió, me dije que no hacía daño a nadie echándole un simple vistazo. Bueno, pues ¿qué cree que había dentro?

Un par de alfombras baratas enrolladas y una alforja de cuero tan rozada y agrietada que debió de llegar a Egipto con Julio César. ¿Que si la abrí? No, ¿para qué? Todavía tengo la caja en el trastero y, como Harpocracio no me la pida pronto, va a ir directa a la basura.

Elio necesitó todo el dominio de sí mismo (una virtud que Su Divinidad le había elogiado en cierta ocasión y en la que desde entonces no había dejado de perseverar) para no transparentar su interés. Siguió arrancando trocitos de pan y echándoselos a los palmípedos, para dar tiempo a que su voz sonara natural.

—Lo comprendo —dijo en tono indiferente, aunque en realidad se estaba devanando los sesos para encontrar el modo de echar un vistazo a la caja y, sobre



Ben Pastor Conspiratio

todo, a las alforjas, sin revelar nada—. Otra cosa, que no tiene nada que ver con todo esto... ¿Sigue viviendo su hermana en el mismo sitio?

—¿Cuál de ellas? Porque tengo dos.

—Thermuthis.

Theo se echó a reír.

—¡Lo sabía! Pero me gusta obligar a los hombres a reconocerlo... Sí, allí sigue. Y, aunque después de la Rebelión casi todos los negocios mermaron, ella añadió un piso a su «casa». —Theo se apartó de la barandilla y volvió a sentarse en el banco—. Así que entró en los baños de Filipátor por equivocación...

—No, entré ex profeso, pero sin saber. Si entrara otra vez, sí sería por equivocación.

—Lástima.

Cuando llegó a casa, tras dejar a Theo con un conocido al que se encontraron a la vuelta, Elio se obligó a sentarse y reflexionar. En definitiva, puede que Antinoo no estuviera enterrado en Egipto, lo que planteaba el interrogante de la nueva dirección que debía imprimir a sus pesquisas históricas. Entre tanto, casualmente o no, dos hombres que habían tenido en sus manos la carta de Adriano habían muerto. No era seguro que las alforjas que Sereno había confiado a Theo fueran las de marras, pero Elio no podía poner en peligro la vida del mercader de especias. Ni tampoco explicarse por qué tenía la esperanza de que, tras escribirle a él, Sereno hubiera cambiado de opinión y no hubiera entregado la carta de Adriano a su liberto, o le hubiera dicho que se la devolviera, y al final la hubiera puesto en manos de Theo.

Rodeado una vez más de libros y documentos, Elio sopesó las opciones que había estado considerando desde la conversación junto al estanque de los patos. Mucho se temía que ninguna le permitiría mantener sus intenciones en secreto. Tanto si enviaba un mensaje a Harpocracio o le decía en persona que quería comprar la caja de Theo, como si trataba directamente con éste, los alertaría sobre el posible valor de su contenido. Si, milagrosamente, la carta de Adriano seguía dentro de las alforjas, su existencia, si no su contenido, quedaría al descubierto. Y, si las alforjas estaban vacías, cuando menos tendría que admitir que, por el motivo que fuera, alguien más estaba lo bastante interesado en ella como para matar.

Elio empezó a hojear sus papeles sin verlos, obsesionado por la necesidad de resolver su problema más acuciante. Preguntar por Thermuthis había disipado cualquier apariencia de interés en las alforjas por su parte, pero ahora se daba cuenta



Ben Pastor

Conspiratio

de que no había sido una mera maniobra de distracción. Tenía motivos personales para preguntar por ella. Y tal vez —se dijo cuando acabó de leer una antología de dichos, anécdotas y chascarrillos atribuidos al divino Adriano—, tal vez no fuera mala idea hacerle una visita por la mañana...

Chascarrillo atribuido al divino Adriano:

Una voluptuosa matrona sentía tal pasión por sus caballos que le habría gustado que fueran hombres jóvenes para gozar con ellos. En particular, le rezaba a Diana para que metamorfoseara a su favorito, un ruano llamado *Incitatus*. Durante el festival en su honor, la diosa se apareció en sueños a la matrona y le dijo que fuera al establo, donde vería cumplido su sueño. La mujer lo hizo y, para su enorme alegría, descubrió que el ruano se había transformado en un apuesto joven, tan musculoso y dócil como el caballo que había sido hasta entonces. Sin perder un instante, se arrojaron el uno en brazos del otro y empezaron a besarse y acariciarse diciéndose palabras tiernas. Pero, cuando la excitada matrona urgió al joven a acompañarla a su alcoba, el hermoso *Incitatus* se arrojó a sus pies llorando y mesándose los cabellos. «Pero ¡mi señora! —gimió—. ¿No recuerdas que me hiciste castrar?»

26 de Payni (miércoles 21 de junio)

No había olvidado el camino, lo cerca que estaba del templo de la diosa rana, la inconfundible y elegante calle a la que daba el edificio de cuatro pisos del burdel. En su día se había gastado una pequeña fortuna, primero acostándose con Thermuthis, como Tralles y el resto de los bien remunerados oficiales en campaña, y después pagándole por Anubina noche tras noche —en dos ocasiones, se había presentado manchado todavía con la sangre de la batalla—, hasta que Thermuthis le sugirió que alquilara los servicios de la chica el resto de la estación. Lo primero que había pedido Anubina había sido una muñeca. Ahora aquella misma Anubina podía asomarse a la puerta de su casa azul y decir: «Estamos construyendo algo. Soy feliz.» Y probablemente lo diría con la misma sinceridad que él cuando pensaba que todavía la quería un poco.

Thermuthis seguía teniendo el pelo igual de rojo y ondulado, aunque no tan lustroso, y lo llevaba peinado con la elegancia de siempre, la misma elegancia eficiente con la que conducía su negocio. Lo recibió en un saloncito que podía haber sido el vestíbulo de una institución benéfica o una escuela de música, pues nada



Ben Pastor

Conspiratio

revelaba sobre las posibilidades de desenfreno que se ofrecían tan sólo un piso más arriba

—Había oído que estabas en la ciudad —le dijo—. Has tardado en venir a verme. Empezaba a creer que te habías hecho parroquiano de la alejandrina.

—¿De Isidora? Pierde cuidado.

El hecho de que hubiera mencionado a su gran rival durante la Rebelión convenció a Elio de que era mejor no intentar abrazarla, porque no era mujer que se dejara engatusar con arrumacos.

—Bueno, es igual. Tienes buen aspecto. Sabía que te saldrían canas pronto, como a todos los rubios con mucho pelo. Bueno, ¿quieres algo para esta noche, o un arreglo más largo?

—En realidad, venía a hablar de Anubina.

—Entonces tendrás que negociar con su marido. Se casó, ¿no lo sabías?

—Sí.

Thermuthis tenía unos ojos verdes que, incluso cuando hablaba con afecto, parecían fríos, debido a aquel color felino.

—Puedes conseguir algo mucho mejor. Tengo chicas con la mitad de su edad.

—No, me refería a su hija. ¿Es mía?

—¿Qué te ronda por la cabeza, Elio Espartiano?

—Nada de lo que estás pensando. Necesito saber si se la hice yo.

—Si se la hiciste tú... Sois todos iguales. Vosotros, los hombres, lo único que sabéis hacer es meterla. Anubina hizo a sus dos hijos ella sola.

—Vale, Thermuthis. Ella no me dirá quién es el padre.

La mujer le indicó un diván.

—¿Y tengo que decírtelo yo? Venga, Espartiano, no tengas tanta prisa. Vamos a sentarnos y ponernos al día antes de hablar de cualquier negocio.

30 de Payni (domingo 25 de junio)

El sitio era tal como lo había descrito Theo, pero todavía más agreste. El camino elevado que lo dominaba, desprovisto de sombra, casas, cercas o vegetación,



Ben Pastor Conspiratio

descendía hacia el sur trazando una línea tan recta que, desde donde estaba Elio, parecía que siguiéndolo pudiera llegarse al final del mundo. Al norte quedaban lo que habían sido las tierras de regadío de la desaparecida comunidad de Herwer, en el antiguo decimoquinto nomos de Un. Adquiridas y cultivadas hasta hacía unos años por veteranos romanos, habían quedado abandonadas a raíz de una disputa posterior a la Rebelión, y era poco probable que volvieran a dar frutos en vida de Elio. El viento las había resecaado y cubierto de polvo.

En acusado contraste, al pie del terraplén la orilla del río era de una enmarañada feracidad. El Nilo, rápido y ya turbio en el centro, se deslizaba perezosamente junto al banco de arena, que era el único punto de referencia para localizar el lugar del hallazgo del cadáver. Un par de pálidos sauces pugnaban por elevarse entre los tupidos papiros, que ocultaban la orilla y cubrían el agua de sombra con sus cabelleras. El bosquecillo, de difícil acceso, había permanecido intacto durante la reciente cosecha, y ahora algunas plantas, de un lustroso verde esmeralda, medían más de dos metros. En dos semanas, todas estarían bajo el agua.

juzgando que el río era demasiado denso y estaba demasiado inmóvil para que hubiera cocodrilos escondidos en él, Elio dejó el caballo en el camino y bajó hasta la orilla, deslizándose por la pendiente arenosa y, a continuación, abriéndose paso entre la maleza hasta llegar al banco. Sus botas se hundían en el barro, pero acabaron encontrando piedras en las que sostenerse. Sumergido en el agua hasta las rodillas, trató de orientarse siguiendo las indicaciones de Theo. La desierta superficie del Nilo, ya crecido y dispuesto a cubrir el banco de arena y parte de la orilla antes de que llegara la súbita avenida de julio, destellaba como si estuviera cubierta de brasas avivadas por el viento y pintaba la orilla opuesta de un rojo de minio. Sin duda, el banco de arena, sometido a las crecidas anuales, habría cambiado de posición y de forma desde la juventud de Theo, de modo que Elio intentó determinar la posible situación del cenotafio por el perfil del banco en aquella parte del río. Según el mercader, la corriente había formado una ensenada, en cuyo centro se encontraba el cenotafio. Las cañas y los papiros hacían difícil distinguir los bordes de la ensenada, pero, retrocediendo hacia el ribazo y avanzando hacia la derecha, debería de acercarse a su punto central.

El hedor que despedía aquel sitio era el de la vegetación putrefacta, la tierra disolviéndose en el agua, las hojas de las diferentes plantas emanando su olor a savia y humedad. En el banco de arena, las garzas y unos pájaros azules con las patas rojas se paseaban entre los juncos, indiferentes a su presencia. A su alrededor, mientras volvía al cenagoso banco, la hierba se agitaba constantemente, pero de un modo demasiado débil para indicar un peligro grave; si eran serpientes, las botas militares bastaban para protegerlo de sus mordeduras.



Ben Pastor

Conspiratio

Así pues, aquél era el antiguo escenario de un episodio de dolor. Nada en la calma del día hacía pensar en lo ocurrido allí; las emociones humanas se habían evaporado como si nunca hubieran existido. Elio empezó a buscar el cenotafio, que, según Theo, debía de ser una pirámide truncada o un objeto similar de cerca de un metro de altura. Y los apretados troncos de los papiros tenían el grosor de la muñeca de un hombre.

Mientras buscaba, le vino a la mente —del extraño vacío del que fluye la memoria— que la noche anterior había soñado con su propia infancia en la frontera, un día de invierno, con una fuerte nevada. El día en que su padre le había dicho que se fuera y había ahogado a su perro *Sirio*, porque en el nuevo destino no admitían animales. Cavando en la nieve, Elio había encontrado inesperadamente el collar de *Sirio*, y lo había cogido con una sensación de náusea; luego, había vuelto a casa tambaleándose a tiempo para ver a su padre arrojar el chorreante cadáver del perro por la puerta de atrás. Mientras se agachaba para apartar la fangosa hierba, las lágrimas asomaron a sus ojos —una reacción que lo sorprendió—, porque nunca había querido recordar aquel día, nunca había vuelto a querer tener un perro y nunca había perdonado a su padre. Al menos, estaba en un sitio solitario y podía dejarse llevar y ser él mismo por unos instantes, incluso mientras cumplía un encargo del emperador. Sin duda, otras penas, otros pesares, contribuían a su aflicción, pero éstos... éstos era mejor dejarlos tranquilos por el momento.

Las burbujas brotaban del tibio cieno conforme lo pisaba, los insectos alzaban el vuelo y giraban a su alrededor, las ramas muertas, mezcladas con repugnantes materiales de aluvión, se hundían crujendo bajo sus botas... Una culebra de agua serpenteó frente a él, buscando el río. El verde de las hojas le recordaba la mirada impertérrita de Thermuthis cuando, al final de su conversación de hacía cuatro días, le había ofrecido una solución al problema que le había impulsado a visitarla, diciéndole que ella se encargaría de todo. Hoy, si tenía suerte, encontraría el cenotafio de, Antinoos y tendría noticias de Thermuthis. Envuelto por una nube de mosquitos, avanzaba con la cabeza baja, apartando los papiros a su paso y separando la hierba con un palo. Los penachos que coronaban las plantas del papel le rozaban la cara y se agitaban sobre su cabeza, inclinándose grácilmente en todas direcciones.

De no haber tropezado con el cenotafio, tal vez habría pasado de largo. En aquella zona la vegetación era más espesa y los papiros, mezclados con hierbas pantanosas de cortantes bordes dentados, más altas que él; pero la sensación de haber golpeado una arista de piedra lo alertó de inmediato. Apartó la hierba y vio la inscripción, tres palabras griegas —*Ἀντίνου τό sama*— que indicaban que el cuerpo del Efebo, o al menos parte de él, yacía en aquel lugar. Desde luego, no era la *memoria Antinoi* mencionada por Sereno, ni el mejor lugar para ocultar secretos de Estado, pero sí un punto de partida, y otra adición a sus meticulosas notas de investigación. Las



Ben Pastor Conspiratio

sucesivas crecidas habían dejado una pátina verde azulada sobre la piedra piramidal, que además, como pudo comprobar Elio recorriendo su base con el palo, se había hundido en la arena y sin duda acabaría desapareciendo en ella.

Examinó el cenotafio con suficiente detenimiento para poder describirlo, mientras apartaba y apisonaba la hierba a su alrededor, sin más pausas que las necesarias para ahuyentar los enjambres de mosquitos que zumbaban a su alrededor buscando su sudorosa piel.

El hecho de que las garzas alzaran el vuelo en el banco de arena fue lo único que alertó de que había algo detrás de él; su primer impulso fue volverse, pero, antes de que pudiera hacerlo, cayó hacia delante con enorme violencia, derribado por el cuerpo de un hombre que había saltado sobre él desde el ribazo. Elio perdió el equilibrio y, al tiempo que se hundía en el fango, trató de asir el vacío para evitar caer de bruces, cuando otro atacante se unió al primero. Derribado por el peso de ambos, se desplomó sobre los juncos y, en su intento de escapar de debajo de sus agresores, resbaló por el lodo de la pendiente sumergida del banco, con la sensación de ser absorbido por la maloliente, blanda y fría marga, que se desintegraba bajo su cuerpo. De pronto, se vio con el agua hasta la cintura, hasta el pecho, hasta el cuello y, por fin, totalmente sumergido. Para evitar que las manos y los codos que lo empujaban consiguieran retenerlo bajo el agua, dejó que siguieran hundiéndolo en ella sin ofrecer resistencia, con la esperanza de zafarse de sus atacantes, consciente de que los cocodrilos acechaban cualquier agitación en la orilla para arrojar al río en busca de comida sacudiendo las colas. Mantener los ojos abiertos era difícil, y de todas formas lo único que veía a su alrededor era una penumbra verdosa, turbia y saturada de detritus, a la que ascendía el negruzco cieno que removía con los pies, mientras el sabor a hojas podridas y raíces arrancadas le llenaba la boca y la nariz.

Elio intentó doblar el cuerpo para coger el machete militar que llevaba en la bota derecha, pero tenía los pulmones a punto de estallar y, temiendo desvanecerse, trató de sacar la cabeza fuera del agua para respirar. Sus atacantes intentaron impedirlo; furioso, con la ropa flotando a su alrededor, Elio se agarró a brazos y cinturas y consiguió al fin salir del agua durante un instante y tragar una bocanada de aire, con los ojos clavados en la explosión de blancura del cielo, mientras pugnaba por mantenerse fuera del agua y respirar de nuevo, decidido a no dejar que lo ahogaran sin luchar. En su cabeza no quedaba otra cosa que el ansia de vivir unos instantes más, y sólo cuando, tras un esfuerzo supremo, que a punto estuvo de romperle la espalda, consiguió al fin tocar la empuñadura del machete con la punta de los dedos, todo recobró sentido y perspectiva, el ataque, la amenaza de los cocodrilos, el solitario rincón del Nilo, su misión, el hecho de que Antinoos había perecido en aquellas aguas, había aparecido muerto en aquel mismo sitio, la muerte de *Sirio*, ahogado por su propio dueño, y también lo que debía de haberle costado ahogarlo.



Ben Pastor Conspiratio

Al principio, su machete sólo consiguió trazar lentos arcos en el agua verdosa, sin encontrar nada; pero, de pronto, se clavó en la carne o el hueso, produciendo apenas un corte superficial, pero suficiente para crear un reguero rojizo en el agua, un tenue remolino entre ondulantes ropajes... Otro instante de lucha antes de perder de vista la blancura del cielo y volverse a hundir, otra efectiva cuchillada y un poco de libertad, más sangre ascendiendo en el agua... De pronto, se sintió liberado del peso y la presión.

La fuerza ascensional de su cuerpo le hizo emerger y sacar la cabeza fuera del agua, de espaldas a la orilla, de forma que lo único que veía era la inmensa extensión del Nilo y un cielo ilimitado. Elio se dio la vuelta y vio a sus agresores, al menos uno de ellos herido, huyendo, trepando por la pendiente, con la cara oculta, pues se la estaban volviendo a cubrir con pañuelos negros, y llegando al fin al camino, donde, a juzgar por el ruido de cascos, los esperaban sus monturas.

La agitación del agua y la sangre que la teñía no tardarían en atraer a los depredadores. Aturdido, Elio se abrió paso hasta la orilla tan deprisa como pudo, sintiendo el peso de su chorreante ropa y cortándose las manos con los tallos partidos de las cañas, hasta llegar al bosquecillo de papiros, a un tiro de piedra río abajo del punto en el que se había producido el ataque. Efectivamente, los cocodrilos estaban llegando; sus correosos lomos surcaban la superficie del agua con sinuosa rapidez, pero Elio ya había abandonado la cenagosa orilla y alcanzado el terreno firme, desde donde trepó hasta lo alto de la pendiente. El camino, los peñascos del otro lado, todo parecía rojo e insoportablemente brillante. Al primer silbido, con la impavidez del caballo de batalla, su montura acudió a su lado desde el lugar en que la había dejado. Elio se tomó unos instantes para recobrar el aliento y ponerse bien el uniforme —había perdido el gorro, que seguramente la corriente arrastraría hasta el mismo delta—, antes de encaramarse a la silla y emprender regreso a la ciudad.



CAPÍTULO 4

Antinópolis, 1 de. Epifi (lunes 26 de junio)

Cuando llegó a casa ni siquiera estaba irritado. Una emboscada fallida tiene tantos aspectos manifiestamente ridículos, en términos de sorpresa frustrada, que casi estaba de buen humor. A la mañana siguiente, cuando se lo contó a Gavio Tralles tras participar en el sacrificio de un toro al genio de Severo Alejandro, sólo obtuvo una mirada perpleja.

—¿Qué te hace pensar que eran cristianos, Elio?

—¿Y quién iba a ser si no?

—Los de este distrito están bajo control desde hace tres meses, eso puedo asegurártelo, porque es responsabilidad mía y, me creas o no, no soy de los que dejan el trabajo a medias. No, topaste con otra gente.

—¿Bandidos?

—Te repito lo mismo. Esto no es Hermópolis, ¿sabes? No he parado de ahorcar y crucificar facinerosos en los alrededores de esta ciudad hasta dejar limpios los caminos. Ahora bien, si hubieras salido del territorio de Antinópolis, sería distinto. El incidente tendría una explicación mucho más fácil: unos rufianes ven tu montura sola en el camino (siempre hay que llevar el caballo contigo, ¿sabes?), te ven a ti en el río y, como tienes tantas canas, te toman por un vejete y deciden atacarte. Pero estando donde estabas, no demasiado lejos de los límites de la ciudad, no le encuentro explicación.

Bajo el tono displicente de Tralles, Elio podía percibir cierta inquietud. Pero era algo muy distinto a la preocupación por eludir su responsabilidad en los desórdenes posteriores al juicio de Pudens. Parecía una intranquilidad más personal, relacionada con la llegada de Elio a Egipto y agudizada por un incidente que podía tener más importancia de lo que parecía.



Ben Pastor Conspiratio

—Llevaban la cara cubierta, como la gente del desierto, y no iban armados. Si hubieran querido matarme, no habrían intentado ahogarme; me habrían estrangulado o destrozado la cabeza con una piedra.

—Pero iban a caballo...

—No me robaron la silla, y tampoco el caballo.

Tralles rió sin ganas.

—Bueno, ya te advertí que aquí el ejército no era muy popular.

—¡Ah, sí! —se apresuró a responder Elio. Tralles le había servido la pulla en bandeja—. Me olvidaba del ejército. Queda el pelotón que dejó que la chusma asesinara a la mujer de Pudens, y a cuyo jefe hice trasladar.

—Eso me ofende, Elio.

A partir de ese momento, no hubo más perlas de sabiduría por parte de Tralles. Elio se quedó solo preguntándose si la agresión tendría algo que ver con la misión que lo había llevado allí, aunque sólo los miedos de Sereno Dío y el posterior asesinato de su liberto podían hacerle pensar que a alguien le preocupara una investigación histórica, y menos las viejas cartas de un emperador. Cuidar de sí mismo era algo que hacía sin necesidad de proponérselo, de modo que realmente no temía por su seguridad. Esa misma mañana, la respuesta de Diocleciano a su última carta había llegado a sus manos con las palabras —tan ansiadas secretamente— en las que lo animaba a seguir todas las direcciones que le sugiriera la curiosidad. Por otro lado, el hecho de que Su Divinidad hubiera recibido peticiones escritas para hacerle regresar de Egipto era un dato que pensaba guardarse para sí mismo hasta que pudiera discernir con más claridad cómo estaban las cosas en Antinópolis para el enviado del emperador. Desde ese punto de vista, le intrigaba que Tralles insistiera ahora sobre el malestar social en la provincia, asegurando al mismo tiempo que todo estaba bajo control. Más aún, estaba perplejo ante la idea de que alguien estuviera intentando intimidarlo, aunque no lo bastante preocupado como para hacer venir a su escolta de Cinópolis.

Thermuthis le había dado cita en su casa, de modo que fue allí directamente desde el puesto de mando. La prudencia le aconsejaba no esperar demasiado, de manera que su sorpresa fue mayúscula cuando la dueña del burdel le puso en las manos las alforjas de Sereno.

—¿Que cómo me las he arreglado? —dijo Thermuthis con una sonrisa condescendiente—. ¿Por qué los hombres siempre queréis saber cómo nos las



Ben Pastor Conspiratio

arreglamos las mujeres? Debería bastaros con que nos las arreglemos tan bien y estarnos agradecidos. No ha sido tan difícil. En cuanto me planteaste el problema, te dije que lo mejor sería mandar a casa de Theo a una mujer. Luego pensé: cuanto más vieja mejor, y dale un cesto para meter las alforjas. A partir de cierta edad, las mujeres somos invisibles. Así que mandé a la portera. ¿No la has visto al entrar?

—No.

—¿Qué te había dicho? Estaba ahí sentada, te ha dejado pasar, puede que hasta te hayas molestado en darle los buenos días o incluso una moneda, pero ni la has visto. ¡Y pensar que en sus buenos tiempos fue una de las veintidós concubinas de Gordiano el Joven!

—¡No me digas! —Elio se moría de ganas de abrir las alforjas, pero se las aguantó—. Podría pedirle detalles sobre el reinado de ese príncipe...

—Sí, de todo el mes que duró —rezongó Thermuthis sirviéndose una copa de *serení*—. Puede decirte, por ejemplo, que no murió en una batalla contra el gobernador de Numidia.

—Bueno, nunca encontraron el cadáver, pero...

—Sobrevivió. Lo tuvo ella escondido en su habitación tres meses, hasta que el idiota de su sobrino subió al trono, y ni aun entonces volvió Gordiano a Italia. Pasó el resto de su vida en el anonimato, regentando una taberna aquí, una elección muy apropiada, teniendo en cuenta cómo empinaba el codo. Si no me crees, pregúntaselo a ella cuando salgas. —Con la copa de *serení* en la mano, Thermuthis se dirigió a la puerta—. No ves el momento de abrir esas estúpidas alforjas, ¿verdad? Adelante, estaré ahí fuera.

No era muy diferente de las que utilizaban actualmente los correos militares, lo que explicaba que Sereno Dío la hubiera identificado de inmediato como un utensilio del ejército romano. En la parte exterior, no se veía ningún emblema de la legión o la unidad. El tiempo, la sequedad del clima y la exposición al viento arenoso habían deteriorado el grueso cuero hasta tal punto que Elio tuvo que controlar sus impacientes dedos para no partir la correa al desabrochar la herrumbrosa hebilla. Dentro había una hoja de papiro doblada y atada con una cuerda de cáñamo llamativamente nueva alrededor de un cilindro de madera para cartas mucho más viejo. Temiendo la decepción de encontrar vacío el cilindro, Elio optó por desdoblar el papiro y leerlo en primer lugar.

Espero, apreciado legado, que sea usted, con la ayuda de Dios y siguiendo las indicaciones que mi liberto Pamtnychios sin duda le dio, quien haya seguido



Ben Pastor Conspiratio

la pista de estas alforjas y su contenido hasta su actual paradero. Si es así, probablemente significa que he encontrado una muerte prematura, como temo puede ocurrirme. De haberle sucedido algo también a mi liberto, sepa que dos días después de escribirle a usted mi anterior carta, hizo lo posible por encontrarse conmigo, como por casualidad, en la tienda de Theo, el mercader de especias, a la que siempre voy ese día de la semana. Me dijo que en las últimas horas había visto a individuos sospechosos merodeando por el camino de los Palomares, en las cercanías de su casa. No temía por él, pero le preocupaba que los ladrones o merodeadores le robaran y el documento que le había confiado, y cuya naturaleza desconoce, pudiera perderse. Pammychios trajo la carta del divino Adriano en una bolsa corriente; pídale detalles sobre nuestro encuentro si no sigo con vida. En esos momentos, yo estaba preguntándole a Theo si podía guardarme una caja con alfombras viejas, en la que ya había metido las alforjas vacías. Resumiendo, volví a guardar la carta en las alforjas y luego éstas en la caja de madera, que hoy mismo he enviado a casa de Theo.

En caso de que todo lo que temo acabe ocurriendo, dejo en sus manos la tarea de averiguar por qué un documentó antiguo del que hace tanto tiempo que no se tenía noticia despertó tanto interés. Voy camino del Alto Egipto para visitar unas tierras de mi propiedad y hacer negocios. Si Dios quiere, ninguno de estos subterfugios habrá sido necesario, y será el abajo firmante quien reciba su oferta de adquirir la carta para utilizarla como juzgue oportuno.

Escrito el 19 de Payni (14 de mayo), el noveno y octavo años de los consulados de D. y M.

La prolija nota confirmaba el cambio de opinión de Sereno en el último minuto. Dadas las circunstancias, la decisión de Thermuthis de no informar a su hermano Theo de que las alforjas habían salido de su caja parecía un acierto. Thermuthis no le había hecho preguntas ni mostrado el menor interés por las alforjas («A los hombres os gusta jugar, así que juega todo lo que quieras»), y se había ofrecido a guardarla en su caja fuerte si era necesario, o bien devolverla a su sitio en el trastero del mercader de especias. Todo dependía de lo que hubiera en el portacartas, si es que había algo.

Elio no se decidía a abrirlo y leer su contenido en el burdel. Del piso de arriba, cuyos pequeños y coquetos cuartos recordaba bien, le llegaban las risas de las chicas. Si se quedaba, Thermuthis, mujer de negocios ante todo, acabaría poniendo en su camino a alguna de sus mejores pupilas. Elio ya había decidido dejar que lo hiciera, pero no era el momento. Así pues, le escribió una nota pidiéndole que guardara las alforjas hasta nueva orden y se fue.



Ben Pastor Conspiratio

La puerta trasera del prostíbulo daba al espacio que quedaba entre el podio del templo de la diosa rana y el edificio siguiente, un callejón tan estrecho que no daba para extender los dos brazos. Elio lo tomó pensando que, si torcía a la derecha al llegar al final, iría a parar a la calle principal; pero en los años que había estado ausente habían seguido construyendo, y acabó descubriendo que el callejón no tenía salida. Al verse rodeado de paredes ciegas, volvió sobre sus pasos, tomó otra calleja y, a través de un laberinto de angostos pasajes llenos de niños, en los que se oía traqueteo de telares, llegó al fin a una zona conocida. Tomó un paseo porticado, pasó de largo ante el puesto de mando y se dirigió hacia la zona comercial y el animado barrio en el que estaba su alojamiento. Seguramente se debía a que llevaba encima la nota de Sereno y el portacartas todavía sin abrir, pero lo cierto es que se sentía como si tuviera ojos detrás de la cabeza. Veía los movimientos, las caras y los gestos con la nitidez de los tiempos de la guerra, algo que, con la perspectiva de los años, parecía tener mucho más en común con el comportamiento de la presa que con el del cazador. Los viandantes no le prestaban más atención que al resto de los oficiales uniformados, que difícilmente podían constituir una novedad tras cuatro siglos de dominación romana.

Y, no obstante, bajo el toldo de un puesto de libros ante el que se había parado a menudo, advirtió que un individuo se movía sospechosamente a su paso. Del tenderete a su puerta había un tiro de piedra, de modo que Elio se sintió tentado de avivar el paso y encerrarse en casa; pero lo habían entrenado para no huir del peligro. Así que cambió de planes y, tras pasar de largo ante su edificio, cruzó la calle y entró en el mercado por una de las puertas laterales. El hombre, que había doblado la esquina detrás de él y había tomado el mismo pasillo, había desaparecido una o dos veces en la aglomeración de compradores y bestias de carga, pero no lo había perdido de vista. Elio dejó que le diera alcance y pasara junto a él entre el raudal de asnos blancos, porteadores y amas de casa que iban a la compra, pero, cuando el desconocido se volvió dispuesto a atacarlo, vio, con súbito alivio, que era el zapatero Kopros, que se había quedado sin su juicio. Con las manos desnudas y la cara crispada por el miedo y la cólera, cargó a la desesperada contra él sin protegerse el cuerpo. Elio aguantó la embestida a pie firme, soltó el puño derecho, lo golpeó en un lado de la cabeza con la fuerza justa para derribarlo y dio media vuelta. Luego, se abrió paso entre el corro de curiosos que se había formado de inmediato, volvió a la calle, la cruzó y se metió en casa.

Su estudio, una vez desaparecían los criados, le ofrecía el lujo del silencio, puesto que daba a un patio interior. Elio cerró la puerta con llave, se sentó al escritorio y desenroscó la tapa del liviano cilindro de madera de los tiempos de Adriano. En su interior, un papel descolorido por los años y enrollado para encajar a la perfección encontró los dedos de Elio. Su textura recordaba la de una hoja seca, pero su trama era elástica, y salió con facilidad.



Ben Pastor Conspiratio

Como era de esperar, el texto estaba en griego. La letra, ágil y florida, de trazos inconfundibles, mostraba que el pincel había aplicado la tinta guiado por una mano con un gusto pictórico por la forma y la caligrafía. Las palabras flotaban ante los ojos de Elio, que había leído muchas copias de cartas de Adriano en antologías de correspondencia imperial y buscaba claves estilísticas con espíritu crítico al mismo tiempo que devoraba el contenido del documento.

Adriano al muy honorable Cesernio. Lo que has oído sobre mí es cierto, mi querido amigo: el alma de este viejo es una Proserpina bien dispuesta, pero Hades no tiene prisa en aparecer con su carro para raptarla. Qué cierto es lo que se dice del hombre: que se pasa la primera mitad de su vida suspirando por esto y por aquello y clamando trágicamente «¡No puedo vivir!», y la segunda, gimiendo «¡No puedo morir!». El monumento funerario de nuestro Antinoo, por el que con tanta solicitud te interesas, está prácticamente acabado. En su interior, además de los objetos que el amor exige que sean colocados junto a quien con su modestia y su gracia se llevó la palma en el Gran Certamen de la Amistad Humana durante todos los años que compartí con él, tengo intención de depositar un documento que recomiendo a tu atención y tu memoria. Como cónsul, guías a la patria. Como amigo de Adriano, estás obligado por tu afecto hacia mí a amarla tanto como yo la he amado. Sabe pues que en el monumento funerario de nuestro Antinoo se guarda el acta del mayor y más constante peligro para el bienestar del Estado Romano. No debes revelar esta información a nadie, sino considerar, al recibo de esta carta, que te suplico en mi enfermedad que ejecutes las órdenes que te di la última vez que nos unimos para librar a Roma de ese peligro, órdenes que debías dejar en suspenso mientras yo guardara silencio. Si ahora no actuáramos con presteza, la amenaza se encontraría en los años y los siglos por venir, y debilitaría el bienestar mismo del imperio. Consérvate con salud.

Tal como decía Sereno, la carta no estaba fechada. Pero Elio no tardó en comprender que el comerciante había confundido la alusión del emperador sobre la enfermedad que lo llevaría a la tumba con una referencia al dolor que le había causado la pérdida de Antinoo ocho años antes. Y el destinatario de la carta era sin duda el antiguo *comes per Orientem* Cesernio Quinctiano, pero en tanto que cónsul el año de la muerte de Adriano. A falta de mención expresa en el texto, resultaba difícil determinar el lugar de procedencia, aunque parecía razonable suponer que la carta había sido escrita en la villa imperial de Tibur, o incluso en Baias, donde el emperador había fallecido el 10 de julio del año 891 de Roma. Dado que con toda probabilidad el cónsul estaba en la Ciudad o sus alrededores por esas fechas, resultaba sorprendente que la carta hubiera aparecido en Egipto, y nada menos que



Ben Pastor Conspiratio

en el Desierto Occidental. Y, puesto que el sello estaba intacto cuando Sereno la encontró, también cabía suponer que nunca había llegado a su destinatario y, en consecuencia, no se había adoptado ninguna medida para atajar el misterioso peligro para el Estado contra el que prevenía el emperador.

Elio se pasó el resto del día comparando la carta con las compiladas por los historiadores. ¿Coincidió el estilo? ¿Habría empleado Adriano esas frases? Acariciando el papel, se dijo que lo habían tocado las mismas manos que habían sacado del agua del Nilo el cadáver del favorito imperial. ¿Y por qué el divino Adriano, que hablaba de sí mismo como «Yo», se refería al Efebo como «nuestro» Antinoo? Pero, ante todo, ¿dónde estaba el monumento funerario al que aludía? Elio siguió trabajando hasta altas horas de la noche. Tenía mucha más información de la que se esperaba que incluyera en la biografía, y mientras contrastaba las perspectivas sobre el reinado de Adriano elaboradas por diversos autores, buscaba referencias a graves amenazas, peligros o conspiraciones en esa época. Pero, por más direcciones en las que indagaba, todo lo que conseguía encontrar eran referencias a la gran revuelta judía y a los recelos, supuestamente irracionales, de Adriano en sus últimos días, que le habían llevado a hacer ejecutar, por delitos aparentemente fútiles, hasta a los más cercanos a él, incluidos ancianos y niños. Siguió leyendo y escribiendo hasta la madrugada, y se fue a la cama agotado, con el portacartas imperial escondido bajo la almohada.

2 de Epifi (martes 27 de junio)

Esa mañana se levantó relativamente tarde y desayunó sin prisa. Las relecturas sobre la revuelta judía le habían hecho pensar durante la noche (porque había dormido irregularmente, entre pesadillas en las que se perdía por oscuras callejas o huía de antiguos y nuevos enemigos) en el hombre con el que tal vez debería hablar para obtener una interpretación adecuada de las actuales circunstancias. Cuando se disponía a salir, se cruzó con la patrona, que, según sus propias palabras, venía de «ayudar a nacer a unos gemelos ricos». Luego, con la espontaneidad típica de su profesión, la anciana le preguntó:

—¿No ha oído el jaleo de esta mañana? —Y, al responder Elio que no, siguió hablando con el indisimulado placer de quien descubre que su interlocutor no está al tanto de una noticia sensacional—: Han incendiado el almacén de una de esas tiendas caras de la zona del teatro. No, no han entrado; han prendido fuego a unos trapos empapados en brea y aceite y los han echado dentro por entre los barrotes de una ventana. Cuando los esclavos se han querido organizar y han llamado a la



Ben Pastor

Conspiratio

brigada contra incendios, la cosa ya no tenía remedio. Estaba todo lleno de humo. He tenido que dar la vuelta a toda la manzana.

Elio tenía una ligera idea de lo que podía haber ocurrido. Sin pedir más información, se puso en camino hacia la tienda de Theo, cuya situación recordaba aproximadamente, porque el comerciante se la había mostrado desde lejos durante su paseo de hacía una semana. Las autoridades habían despejado la calle, pero los esclavos de Theo seguían recogiendo lo aprovechable entre los escombros del edificio siniestrado, situado en la manzana siguiente a la tienda principal, que permanecía abierta al público.

Theo estaba en el interior del establecimiento, charlando con amigos que habían acudido a toda prisa al enterarse de la noticia. Elio compró jengibre y *carum* para su madre y esperó hasta que los conocidos y los curiosos decidieron ahuecar el ala. Theo lo saludó con cordialidad y lo atendió.

—Me coge en un momento un poco especial, legado —le dijo con una sonrisa irónica—. Soy como aquel granjero que perdió a uno de sus hijos, pero se consoló diciendo: «Al menos, no era el que tenía mejores espaldas.» Elio pensó que lo más diplomático era fingir ignorancia.

—¿Qué ha pasado?

—Pirómanos. La han emprendido con uno de mis locales, y se han quedado tan anchos. ¿Por qué? No lo sé. Me gustaría pensar que han sido los competidores. En Hermópolis hay uno que casi se ha arruinado intentando reventar los precios. Pero, si han sido ellos, han fracasado.

—Pero es una pérdida, ¿no?

Theo le quitó importancia al asunto con un encogimiento de hombros.

—No era el almacén donde guardo las especias, sino un trastero. No había más que muebles viejos, los a meses de mis bestias de carga, forraje... cosas fácilmente sustituibles. Si hubieran incendiado el otro almacén, no me vería tan tranquilo. Pero, tratándose de éste, puedo soportar las pérdidas. —El trastero... Elio recordó que era el sitio en el que Theo había guardado la caja de Sereno, y del que la vieja portera de Thermuthis se había llevado las alforjas. Theo se adelantó a cualquier pregunta al respecto que hubiera podido hacerle, enarcando las cejas y añadiendo—: Así no tengo que llevarle a Harpocracio las alfombras viejas que me dio Sereno para que se las guardara. Se han convertido en humo, como todo lo demás. Para lo que valían... Ni cincuenta dracmas. —El comerciante le sonrió—. Si no se entera por usted de que las tenía, por mí no se va a enterar...

Elio salió de la tienda impaciente por confiar sus pensamientos al papel y encontrarse con el hombre al que tenía en mente como la persona que podía ayudarle



Ben Pastor Conspiratio

a hacerse una idea más clara de lo que realmente estaba pasando en Antinópolis y Heptanomia en general.

Baruch ben Matías era un judío tan descreído como cabía serlo en aquella ciudad. Mucho más que ocho años atrás, cuando había estado a punto de mandar a Elio al otro barrio durante una astuta emboscada cerca de Coptos. Elio se había pasado dos semanas escupiendo la sangre de un pulmón perforado, pero luego había perseguido a Ben Matías con el suficiente ahínco como para hacerle perder toda esperanza de conservar una sola gota de la suya. Al final, habían llegado a una especie de entendimiento y se habían despedido con un guiño de complicidad, convencidos de que, ahora que habían limpiado el aire de diferencias ideológicas y personales, podían confiar el uno en el otro, aunque el resto del mundo no pudiera verlo así.

El descreído Ben Matías había montado un floreciente negocio como retratista de momias, y ahora tenía más de diez empleados. Su tienda estaba cerca de una arteria importante, en una calleja a la que daban sombra unos toldos inmaculados, y exhibía a ambos lados de la puerta un muestrario de difuntos egipcios de grandes ojos, tupida barba, y pelo lanoso, excesivamente maquillados y pintados, con tal realismo que, al acercarse, el visitante se sentía observado por personas de carne y hueso asomadas a pequeñas ventanas.

Los empleados que mezclaban colores frente a la entrada, tres jóvenes fornidos y morenos con aspecto de luchadores, miraron a Elio con suspicacia cuando lo vieron llegar y lo siguieron al interior del taller. En cuanto a Ben Matías, no había duda de que lo había reconocido. No obstante, se volvió sin prisa y siguió sentado ante el caballete, dando los últimos toques al conmovedor retrato de un niño pequeño de sonrosados mofletes.

—Tienes mucha cara apareciendo por aquí —le espetó al fin con frialdad—. No es la primera vez que nos causas problemas y nos sales caro, de modo que si no hago que te echen a la calle de un puntapié sólo es porque el equilibrio de fuerzas sigue estando a tu favor. Con todos los respetos.

Elio, puesto en la inesperada disyuntiva de enfadarse o tomárselo a broma, se dejó llevar por su inclinación natural y optó por lo segundo.

—Lo entiendo, Baruch. Pero tú también me diste problemas y, por otra parte, pareces haberte recuperado perfectamente de «mi» puntapié.

Los jóvenes luchadores parecían a punto de actuar por iniciativa propia, pero un movimiento de la mano de Ben Matías los contuvo con la eficacia de una correa.



Ben Pastor

Conspiratio

—En fin, los dos somos más viejos, aunque tú podrías ser mi hijo... Empecé pronto, tuve el primero a los dieciséis. De modo que supongo que podemos comportarnos como personas civilizadas. ¿Qué, te aburrías en Nicomedia?

Elio pensó que era una forma muy hábil de hacerle saber que no sólo se acordaba de él, sino que además estaba al corriente de su carrera, incluido su último destino.

—Si tan enterado estás de mi vida —respondió—, deberías saber a qué he venido aquí.

—Si no andas con ojo, a que te hagan uno de estos retratos, por lo que he oído. — Elio procuró no mostrar ninguna reacción, pero Ben Matías restregó la punta del pincel contra el borde del tarro para quitarle el exceso de pintura, le guiñó un ojo y añadió—: El banco de arena de las garzas, junto al Soto de Benu. ¿Te suena?

—Nunca entenderé cómo conseguí sacar partido de ti, te lo juro.

—¡Ja! —Ben Matías hizo un amplio gesto con la mano del pincel—. Porque te dejé. Pero yo diría que el peso de todo el ejército romano también tuvo algo que ver.

—Me alegro de verte tan bien. Y tan próspero.

—Lo mismo digo, lo mismo digo... —El antiguo rebelde se limpió las manos, mandó a los jóvenes luchadores de vuelta al trabajo con un gesto e invitó a Elio a seguirlo sonriendo de oreja a oreja—. Vamos ahí atrás.

«Ahí atrás» era un cuarto al final de un pasillo tan estrecho que Elio intuyó que tenía no poco que ver con la vieja costumbre de la seguridad. El cuarto daba a un patio interior con el suelo de piedra, un pozo en el centro y rodeado de muros ciegos de al menos tres pisos de altura. No obstante, el sol caía tan a plomo en su interior que su luz bastaba para iluminarlo perfectamente.

—Siéntate, por favor. —Las sillas, la mesa, el vino que se enfriaba en una cubitera, los vasos, todo era romano, importado, de buena calidad. Y el vino, más que bueno—. Coge una torta de almendras —dijo Ben Matías—. Las hace mi hija. —Y a renglón seguido—: ¡A quién se le ocurre ponerse a estudiar la vida del Carnicero de Jerusalén!

Elio, que había vuelto a acostumbrarse a la manía de los egipcios de empapuzar de comida a sus invitados o interrogadores, cogió una torta de almendras.

—¿Todavía no habéis encajado la victoria del divino Adriano?

—Ni la encajaremos. Aún estamos hablando del faraón que salió en nuestra persecución desde su trozo de desierto, hace unos cuantos milenios. Las cosas hay que recordarlas.

—Precisamente por eso estudio la vida del divino Adriano.



Ben Pastor Conspiratio

—¿Qué vas a añadir al montón de fanfarronadas que suelta en la *Anamnesis*? Él dice que son sus memorias, si no recuerdo mal.

—En realidad, a mí lo que me interesa es lo que no dice.

—¿Sobre el Efebo?

—También.

Ben Matías le sirvió vino en una hermosa copa de cristal decorada con un oso de vivos colores.

—Pues, ¿sabes qué? Ésa es una de las pocas cosas simpáticas relacionadas con él: que sintiera debilidad por alguien en algún momento de su vida. Con la perspectiva del tiempo, está claro que Bar Khokba se equivocó iniciando el levantamiento judío poco después de que muriera Antinoo. Nunca empieces una revuelta cuando el monarca está de malas, Espartiano. —Elio se abstuvo de opinar sobre el consejo—. Si me tiras de la lengua, puede que te cuente unos cuantos chismes interesantes sobre el Carnicero.

—Te lo agradecería enormemente, pero antes tendríamos que encontrar un término medio entre su consideración divina y tu desconsideración.

En la copa de Ben Matías luchaban un hombre y un oso pintados de rojo y verde.

—Pues, si la mitad de lo que se rumorea es verdad, tu visita a Egipto tiene otras finalidades aparte de desentrañar enigmas del pasado. Al principio, me dije: «¡Je, je! Viene a meter en cintura a los cristianos. No sé cómo ha tardado tanto.» Pero luego pensé: «¡Quia! Lo que viene es a chivarse al Viejo de todos nosotros.»

—¿Te refieres a Su Divinidad?

—Dios sólo hay uno, Elio Espartiano, y desde luego Su bendito nombre no es Diocleciano.

—Bueno, ya que estás tan informado, ¿cómo está Egipto?

—Hecho un desastre, Espartiano. Puede que todavía parezca el granero del Imperio, pero es un granero infestado de ratas. Es una belleza enferma, una fuente envenenada.

—Bonitas metáforas, pero no me dicen nada.

Ben Matías se quedó mirando las sombras de las palomas que revoloteaban sobre el tejado del otro lado del patio.

—Te lo voy a decir con todas las letras: si has llegado aquí ileso y estás haciendo estas preguntas, es porque te han dejado.

Elio soltó una carcajada.



Ben Pastor Conspiratio

—¿De verdad? ¿Y quiénes son esos que me dejan cumplir una misión oficial?

—No te lo diría aunque lo supiera. —El alargado y barbudo rostro de Ben Matías tenía una expresión que le hacía parecer una cabra burlona, así que Elio no sabía hasta qué punto hablaba en serio—. Compran y venden a los jueces, o les hacen la vida imposible hasta que renuncian. Los comerciantes les pagan por su protección, al zapatero remendón que no pasa por el aro le echan orines en el pozo de la familia, cuando no le parten las piernas en un callejón oscuro. ¿Quieres hacerte una casa? Compra el terreno, paga los permisos, contrata a los albañiles... Pero hasta que no les sueltas la mosca a ellos, no se hará nada. Y, si quieres que tu hija se case con vino y música, primero págalas —dijo Ben Matías; luego, lo miró fijamente y añadió—: Los proveedores del ejército se caen por la borda, y nadie se lo explica.

—¿Me estás diciendo que a Sereno Dío lo mataron por no pagar protección?

—Sólo Dios lo sabe. En su negocio, puedes estar seguro de que, por cada dracma que ganara, tenía que pagarle dos a alguien. Conque figúrate lo que debía de embolsarse en realidad, para ser tan rico pese a todo. Ahora bien, a ti no te dirán nada útil, o mejor dicho, te darán un par de buenas pistas y, cuando ya hayas recorrido las tres cuartas partes del camino, te darás cuenta de que van en una dirección diametralmente opuesta. O bien te conducirán al mismo sitio del que partiste.

—«Te darán, te conducirán...» Eso no son más que vaguedades, Baruch. Al grano: ¿en quién puedo confiar?

—En nadie, ni siquiera en mí, porque no puedes saber si lo que te estoy diciendo forma parte del complot.

Era como estar de nuevo en los ilusorios espacios, en los juegos de luces de las termas de Adriano, sumergido hasta la nariz en agua tibia.

—Si fuiste capaz de enfrentarte al poder de Roma, estoy seguro de que no habrás pasado por ese aro —repuso Elio.

—¿Y quién ha hablado de pasar por ningún aro? Puede que tenga mis motivos y el trato me beneficie. —Ben Matías agitó un dedo manchado de pintura ante los ojos de Elio con la misma expresión burlona de hacía un rato, pero puede que sólo se debiera al desprecio que le inspiraba aquel estado de las cosas—. Échale un vistazo a algo en lo que no te habrías interesado si no te lo dicen: las cuentas de los granjeros y los pequeños artesanos. ¿Quieres ver las mías? Te ahorraré el trabajo: por cada dracma que gasto en materiales o sueldos, se me van otros diez en sobornos. Es decir, cuando el extorsionador es demasiado poderoso para que los chicos o yo vayamos a buscarlo y le rompamos la crisma. Es la misma corrupción que desintegra todos los imperios;



Ben Pastor Conspiratio

empieza por manifestarse en las extremidades, como la gangrena, pero tiene su origen en alguna enfermedad interna, en un órgano vital.

—Sobre eso, ya he oído casi todo lo que me puedas decir.

—Lo que prueba que también tú, que te consideras un historiador, estás sordo a la realidad de las cosas.

—Es la naturaleza humana. Tiende a la corrupción independientemente del sistema político. Precisamente por eso son necesarias las reformas de Su Divinidad. ¿Vas a decirme que la Rebelión estaba motivada por sentimientos honorables?

—Probablemente no. Yo lo único que pretendía era hostigar a los romanos, y con eso tenía bastante. ¿Qué quieres que te diga? Lo llevo en la sangre. Luché contra los romanos con Aquileo como mi padre con Bat Zabbai.

—¿Y quién era ése?

—¿Ése? Querrás decir ésa. Vosotros la llamabais Zenobia, y os hizo sudar la gota gorda. Pero tú apenas habías nacido cuando ella reinaba en Palmira, así que te ahorraste la humillación. En cuanto a mí, ahora molesto a los romanos de otra manera, sangrándolos con el alquiler de las casas de veraneo y las visitas turísticas al interior.

—Eres un cínico.

—Me halagas. No conozco mejor filosofía. Ya sabes que no soy un hombre religioso. Ni siquiera soy egipcio. Simplemente, no me gustan los romanos. Tú, en cambio, estás convencido de que puedes alzar el velo del Pasado y encontrarte una novia preciosa; pero no encontrarás más que una sonriente calavera cubierta de moho y llena de gusanos.

—Eso, suponiendo que esté buscando novia.

—¿No es lo que buscamos todos, a no ser que prefiramos a los chicos? El Carnicero se trajo aquí al suyo como a un perrito, lo ahogó como a un perrito y luego lo convirtió en un dios. Conozco a dos hermanas de Arsinoe que hicieron lo mismo con sus insoportables perros falderos, y me pidieron que los retratara.

Elio se mordió la lengua.

—¿Cómo puedes saber que lo ahogó? —preguntó después.

—Ésa no es la pregunta correcta. La pregunta correcta es: ¿iba a dejar ese hombre, ese blasfemo capaz de asesinar a miles de personas, que mataran a su favorito ante sus propias narices?

—Domiciano era el príncipe más miedoso y suspicaz de este mundo, pero aun así lo asesinaron. Y lo mismo le ocurrió a Cómodo.



Ben Pastor

Conspiratio

—¡Bah! No me compares a esos dos lelos con el retorcido de Adriano. En una barcaza imperial, con escolta militar, sólo él pudo arrojar al Efebo por la borda, u ordenar a alguien que lo hiciera. Déjate guiar por la sensatez que sugieren tus canas. La pista de ese asesinato es tan vieja que no tienes otra maldita cosa para seguirla.

—¿Y si no fue un asesinato?

—Los accidentes todavía son más difíciles de probar. Sobre todo, después de tanto tiempo. Porque eran nada menos que los viejos días en que Roma agarró a tus antepasados de los rubios pelos y los sacó de sus bárbaros cubiles, ¿no, legado?

—Me estás buscando la boca...

—Bueno, yo no tengo la culpa de que tus antepasados se pusieran a cuatro patas, o casi, mientras mi pueblo luchaba por liberarse del invasor.

—Al menos los panonios prosperamos en la corte, mientras que vosotros estáis desperdigados por los cuatro puntos cardinales.

—Desgraciadamente, eso no puedo negarlo. —Ben Matías se rascó la barba, encontró restos de pintura entre el pelo gris y se los quitó tirando despacio—. Si yo estuviera tan interesado en descubrir qué le pasó a Sereno como parece estarlo tú, prestaría un poco más de atención a los cristianos. Sus hombres santos, anacoretas los llaman ellos, se retiran a vivir a sepulcros abandonados, como algunos que huyen de los acreedores. ¿Y qué hay, o puede haber, en los sepulcros abandonados?

—Que yo sepa, a los cristianos no les motiva el oro...

—Puede que no, pero no creo que les haga mucha gracia que la gente se les meta en casa e interrumpa sus oraciones para llevarse el oro. Y no me digas que no matan, porque sabes que lo hacen.

—Pero no irían a matarlo a su barca.

—¿Y por qué no? —Inclinando la calva hacia un lado, el antiguo rebelde lo miró como si lo estuviera evaluando, y Elio pensó que se debía a su antigua enemidad, o tal vez a que quería medir su resolución—. En cualquier caso, con la muerte de Sereno todos salen ganando. El llorica de su amante, sus deudores, la competencia, el fisco romano, todos los agentes de la propiedad desde Oxirrinco hasta File, un par de marchantes de arte conocidos míos... Hasta los sacerdotes de Antinoo, que esperan recibir un buen pellizco de su herencia en cuanto se resuelva la maraña legal, cosa que ocurrirá tarde o temprano.

—Ninguna de esas personas estaba en la barca con él.

—Cualquiera pudo subir a bordo y volver a bajar, a no ser que los marineros a sueldo hayan cambiado desde mis tiempos. —Ben Matías había cogido un trocito de pizarra de al lado de su silla y se había puesto a dibujar con él, esbozando rápidos



Ben Pastor Conspiratio

trazos y levantando la cabeza de vez en cuando—. El río es muy largo, no sabes la de cosas que pasan en él. Desde luego, hay dos o tres sitios por los que gente mucho menos rica que nuestro Sereno haría mejor en no navegar con sus lindas barquitas.

—¿Por los ladrones de río?

—Ladrones de agua, los llamamos nosotros. Sí. La administración anterior consiguió erradicarlos, pero en los últimos cinco o seis años han vuelto a las andadas. Desterrarlos al interior no solucionó nada, como era de prever, porque habrán untado las manos adecuadas en los sitios adecuados. El ejército y la policía fluvial juran y perjuran que nos han librado de ellos, pero no es cierto. Son más fuertes que nunca, y no se paran en barras.

—Pero no son «esos» que me «dejan» hacer mi trabajo...

—Yo no digo ni que sí ni que no.

Elio mordisqueaba pensativamente la segunda torta de almendras.

—Mi madre las hace parecidas.

—¿Te gustan?

—Mucho. ¿Qué, estás dibujando el curso del Nilo, para que me haga una idea?

—No, te estoy dibujando a ti, por si tengo que hacerle un retrato a tu momia.

Notas tomadas por Elio Espartiano en la quinta calenda de julio, para transcribirlas posteriormente en forma de carta y enviarlas a Su Divinidad:

Las cosas en Heptanomia no tienen buen aspecto. Las autoridades provinciales tan pronto son laxas como abusan de su poder (citar conversación con Baruch ben Matías, partidario de Aquileo durante la Rebelión), los caminos no son seguros y los crímenes no atraen la debida atención de investigadores o fiscales. Los precios de los alimentos de primera necesidad (adjuntar lista por separado) superan con creces los máximos estipulados por el edicto. Los procesos criminales contra la secta cristiana continúan; sólo en las tres semanas que llevo aquí, se ha aplicado la pena capital a quince hombres (cuatro de ellos militares) y dos mujeres (más una que murió a manos del populacho). La población siente una fuerte animosidad hacia los cristianos, entre los que se percibe una fisura que separa a los que rectificaron tras la anterior persecución de los que perseveraron en su locura. Renegados e informantes son personas no gratas entre los suyos, tienen que marcharse de sus barrios y a menudo cambiar de nombre.



Ben Pastor Conspiratio

En otro orden de cosas, ahora tengo la certeza de que el proveedor del ejército Sereno Dío y su liberto Pammychios fueron asesinados con el fin de obtener, y probablemente destruir, la carta en la que el divino Adriano se refiere a una amenaza contra el imperio. Con el mismo objetivo en mente, unos desconocidos han incendiado un almacén del comerciante en especias Theo. Aunque por el momento no hay suficientes pruebas de que los intentos de intimidarme y alejarme de Egipto provengan de la misma persona o personas, es evidente que la mención en la carta de documentación sobre una conjura o complot ha despertado en algunos medios el miedo a una venganza de Roma, en caso de que dicha documentación llegara a descubrirse. Si, como aseguraba, Sereno Dío no reveló a nadie su descubrimiento, ¿cómo ha llegado alguien a saber que tenía la carta en su poder? Sospecho que habló con alguien, quizá confidencialmente, y que esa indiscreción le costó la vida.

Muy consciente del riesgo político, me propongo pedir autorización a los sacerdotes del templo de Antinoo para abrir la tumba del Efebo, presuntamente para cumplir el mandato de Su Divinidad respecto a mi investigación histórica. En realidad, para evitar que se me adelanten mis misteriosos competidores. De recibir una negativa, me veré obligado a actuar conforme a la autoridad de que estoy investido y ordenar la apertura del sarcófago. En este segundo caso, o bien actúo con celeridad —mañana mismo, aprovechando que en el calendario egipcio el 3 y el 4 de Epifi se consideran días sumamente nefastos para cualquier empresa—, o bien espero toda una semana, hasta el próximo día fasto. Debo evitar a toda costa incluso la menor sombra de sacrilegio, aunque, en caso de que se me niegue la entrada, necesitaré escolta militar.

Tralles tenía el miedo pintado en la cara, el miedo de un burócrata que esbozaba una media sonrisa de disculpa, pero endurecería la expresión en cuanto uno dudara de la firmeza de su negativa a ayudarlo. Elio había aprendido a reconocer aquella mueca hacía mucho, sobre todo antes de entrar en combate, pero también en el mismo campo de batalla, cuando menos podías permitirte que te fallara un compañero.

—Es más que complicado, es imposible —estaba diciendo Gavio, porque, por supuesto, no era que no quisiera o no fuera capaz, sino que, como siempre, le pedía algo pura y simplemente imposible—. Tú ya no te acuerdas de cómo es Egipto. Además, en los últimos años las cosas han cambiado mucho, esto ya no es lo que era.

—Conocí Egipto en un momento pésimo. Dudo que ahora esté peor. —Para no perder la paciencia, Elio apartó la vista del desordenado escritorio y miró a otro lado, hacia la penumbra de aquel despacho que empezaba a conocer tan bien, con su estrecho ventanuco al fondo, tan deslumbrante que parecía arder en el fuego del mediodía—. Lo único que tendrías que hacer, y sólo en caso necesario, es dirigir la



Ben Pastor Conspiratio

milicia local y custodiar el templo mientras yo hago mi trabajo dentro. Hay que hacerlo, me da igual lo complicado que sea.

Tralles era su amigo y, pese a sus vacilaciones, siempre había sido un buen oficial. Allí estaba, de pie ante el escritorio, en una actitud muy similar a la del día de su reencuentro, alto, fornido, un producto de la romanización tan acabado como él, tan parecido a él en tantas cosas que Elio no podía evitar que su negativa le afectara profundamente, casi como un fallo propio, como si fuera él quien no quería problemas con los sacerdotes del templo del bendito Antinoo. La discusión era como la punta de un alfiler que había desinflado su amistad y creado un vacío a su alrededor. En ese vacío, Elio comprendió la naturaleza íntima de su conversación y sus consecuencias. Allí estaban los dos, en aquel pequeño despacho, y fuera, en círculos cada vez más amplios, los muros del puesto de mando, el fuerte del ejército con su guarnición romana o romanizada, las calles de Antinópolis, las montañas que rodeaban la ciudad, la Vía Adriana, que se alejaba hacia ellas y hacia la costa de Arabia y desaparecía en el desierto como una enorme serpiente, la inmensidad de Heptanomia, entre el delta y la Tebaida, recorrida por el Nilo como una larga herida verde rodeada por todas partes por la arena y el cielo, infinita salvo por el profundo oasis de Ammoneo, esmeralda de Dios.

—Si no lo haces tú, ¿quién lo va a hacer, Gavio?

—Pues tú. Eres el enviado del César. No tienes vínculos ni relaciones aquí. Tú puedes hacerlo.

De modo que así era como estaban las cosas con Tralles y los demás... Fuera lo que fuese lo que había ocurrido allí en los últimos ocho años, como decía Ben Matías, no era el momento de combatirlo directamente. Rabirio Saxa, que había dado su conformidad con la boca pequeña, ya había declinado implicarse personalmente, y no había tiempo para pedir ayuda al prefecto Culciano, en Alejandría. Elio se había apresurado a enviar un mensajero a Cinópolis, a cincuenta millas de allí, para hacer venir a su escolta, veinte jinetes de su unidad de la campaña de Armenia, pero no llegarían hasta el mediodía siguiente. Abroncar a Tralles, por muchas ganas que tuviera de hacerlo, sólo empeoraría las cosas, de modo que Elio optó por tranquilizarse e intentar salvar lo que quedara de su amistad tras el mutuo desencanto.

—Al menos —murmuró sentándose al escritorio frente a él—, dime por qué has perdido el templo, Gavio.

Tralles se había adentrado en la tierra de nadie de la justificación, y ahora estaba a la defensiva.

—El templo no tiene nada que ver con esto —gruñó—. Para bandeártelas aquí, tienes que hacer lo que tienes que hacer. ¿Cuál es el problema? Hay que adaptarse.



Ben Pastor Conspiratio

Pero es algo gradual, como ajustar las piezas de un engranaje de vez en cuando. Nadie te pide que te des la vuelta como un guante. Simplemente, he tenido que hacer algunos ajustes respecto a los viejos tiempos.

Elio, que lo miraba con la barbilla apoyada en los nudillos, bajó los ojos, pero no para librarlo de la observación, sino, en cierto modo, para protegerse de lo que estaba diciendo. El argumento era el mismo en todos los destinos, en todos los sitios donde hubiera tratos. Tralles no le había descubierto nada, salvo su incapacidad para ser diferente.

—¿Y bien? —le urgió con voz suave—. Dejemos de lado el asunto en cuestión. Hiciste algo. ¿Qué?

—Nada ilegal, si es eso lo que piensas.

—No he dicho que lo fuera.

—Me volví un poco como los nativos. Ya te lo había comentado.

—Los nativos, ¿de dónde? ¿Griegos? ¿Egipcios?

Tralles había aludido a sus chanchullos con anterioridad, pero ahora los estaba convirtiendo en algo nuevo y más determinante, como si fueran lo que le impedía mandar un pelotón de soldados a la mañana siguiente.

—Ya sabes a qué me refiero. Como la gente de aquí. Me quedé un par de recién nacidas abandonadas en el basurero, las crié como esclavas hasta la adolescencia y las vendí por un buen precio. Eso no es más que un buen negocio, me dirás, y no sólo aquí. Pero también las preparé para que bailaran la danza del vientre en bodas y fiestas por el estilo, porque les pagan mucho mejor.

Compré tres granjas de saldo después de una crecida escasa y una cosecha mala, instalé a unos campesinos y los puse a cultivar algodón. Me casé con mi hermana...

Eso Elio no se lo esperaba.

—¿Que te casaste...? —exclamó—. ¿De qué estás hablando? Si tú no tienes hermanas...

—Bueno, hermanas, hermanas, no. Pero tengo una prima carnal, y la hice pasar por mi hermana. Para encajar aquí, ¿comprendes? Es decir, antes de que lo declararan ilegal para los ciudadanos romanos, hace seis años. Hemos tenido hijos y, como ella estuvo casada anteriormente, también tiene hijos propios. Ahora su hija mayor está embarazada y el chico con el que se casó se ha venido a vivir con nosotros, junto con sus padres y un tío. He buscado una casa más grande, y todo el mundo es feliz. —Tralles respiró hondo y añadió—: Por eso no quiero que nos pase nada ni a los míos ni a mí. —Fuera había vuelto a levantarse viento, y por la ventana se colaba un poco de fina arena que brillaba en la luz—. Y no puede decirse que no



Ben Pastor Conspiratio

haga mi trabajo, Elio. Lo hago. Pregúntale a cualquiera. Mis resultados como guardián del orden son los mejores que han tenido en años por aquí.

—Salvo cuando temes represalias...

—¿Sabes qué? La curiosidad mató al gato. Ése es mi lema. Tú siempre has tenido el vicio de la curiosidad, de hurgar en la Historia o en el entretenimiento al que dedicaras tu tiempo libre. Y tampoco te has quedado en ningún sitio lo suficiente como para formar parte de él, nunca te has integrado, nunca te has convertido en uno del grupo. Para ti es fácil hablar. Ahora eres amigo del César, así que utiliza tu posición. —Tralles se apoyó la palma de la mano en el pecho, para subrayar su sinceridad—. No puedo ayudarte, de veras que no puedo.

Así que no me pidas que haga lo que no puedo hacer.

—O no quieres.

—Lo que tú digas. Pídemelo cualquier otra cosa, y la haré. —Elio se puso en pie y se dirigió hacia la puerta—. ¿Por qué viajas solo, Elio? —le preguntó Tralles sin levantarse de la silla—. ¿Dónde está tu escolta en estos momentos?

Elio no se volvió.

—Viajo solo porque quiero. Los criados, los libros y la escolta me preceden o me siguen, depende. Sólo utilizo la escolta cuando la necesito; para el resto me las arreglo con las órdenes de pago, las cartas de presentación, el anillo y los diccionarios básicos de conversación. No he viajado más a gusto en mi vida.

—Pero estás solo, con todo lo que está pasando...

Esta vez Elio sí se volvió.

—Yo no veo que esté pasando nada. Según tú, la violencia y la rapiña contra las que deberías actuar no son asunto nuestro, o no se pueden remediar. No te preocupes, sabré cuidar de mí mismo.

3 de Epifi (miércoles 28 de junio)

La escolta de Elio avivó el paso durante la noche y, por milagro, llegó a la ciudad poco después del amanecer. Para entonces, Elio ya había enviado un mensaje al templo de Antinoo y recibido una invitación para entrevistarse con los dos sacerdotes que se lo habían enseñado. Hablaron con él en la casa de la comunidad y, para su sorpresa, no pusieron ningún inconveniente grave a su petición. Mencionaron su preocupación por la irregularidad de la misma, así como la absoluta



Ben Pastor Conspiratio

necesidad de discreción «para evitar un escándalo entre los fieles», y pidieron varios privilegios para el *collegium* religioso (en especial, que sus familiares fueran eximidos de pagar impuestos sobre acequias y realizar trabajos comunales). Aparte de eso, parecían conformes.

—No obstante, carecemos de medios para hacerlo hoy —repuso el sacerdote rechoncho—, pues tendremos que traer ingenieros y albañiles de confianza de Panópolis. Así que no podremos satisfacer su petición antes del ocho de Epifi.

—No puedo esperar tanto.

—Lo lamento mucho, legado, pero debe comprender que, pese a su interés de científico, la exposición de los restos de un dios debe hacerse un día propicio.

«Saben tan bien como yo que la tumba está vacía desde los tiempos de Cómodo —se dijo Elio—. Pero tengo que comprobarlo por mí mismo. Sólo tratan de ganar tiempo.»—En mi escolta hay un ingeniero —respondió—. Y suficientes hombres para hacer el trabajo.

—No lo dudo, pero hoy no puede ser. Hay ceremonias programadas. Es totalmente imposible.

Elio habría podido imponer su autoridad, pero optó por contemporizar.

—Mis hombres están ahí fuera, y mi investigación me reclama en otro sitio. No puedo esperar una semana. Prometo obtener de Su Divinidad, y en su nombre, una anualidad vitalicia y hereditaria para el clero de este templo como muestra de gratitud, si se me permite abrir la tumba ahora mismo.

El sacerdote escuchimizado meneó la cabeza.

—Cualquier acto de violencia del ejército en el recinto del templo provocaría disturbios en toda la ciudad.

Elio tuvo que hacer más promesas, pero a la media hora los criados del templo fueron enviados a la ciudad con un pretexto cualquiera, las puertas del recinto sagrado, cerradas al público y los babuinos, atraídos con fruta al bosquecillo. Los hombres de Elio, veteranos de su propia tierra a los que había elegido personalmente, estaban esperando sus órdenes. Seguidores de Mitra, no les daba ni frío ni calor exhumar los restos de aquel extraño dios.

Una vez dentro del templo, los sacerdotes retiraron del sarcófago del Efebo brazadas de flores, de las que se alzaba una nube de aromas y pequeños insectos. Luego, utilizaron incienso para purificar a los soldados, sus herramientas y toda la capilla, hasta que todo el mundo tuvo los pulmones tan embalsamados como cualquier cadáver egipcio.



Ben Pastor Conspiratio

Alguien, observó el ingeniero, había roto y vuelto a unir los sellos del sarcófago. De eso hacía mucho tiempo.

—¿Más de cien años? —le preguntó Elio pensando en la visita de Cómodo.

—Menos.

La respuesta, aunque le dio que pensar, carecía de importancia tratándose de un sarcófago vacío.

Dado el peso de la tapa y la dificultad de instalar poleas para levantarla, el ingeniero optó por hacerla girar unos cuarenta y cinco grados, confiando en que el grosor de la pared del sarcófago no impidiera mirar en su interior. Bajo la amenazadora sombra de la gigantesca estatua de Antinoo, y envueltos en una nube de incienso constantemente renovada, los soldados trataban de introducir cuñas y levantar la tapa lo suficiente para sacarla de su guía y empujarla sobre el borde superior del sarcófago. Conseguirlo les costó diez horas, tras las que Elio no pudo evitar sorprenderse de la flema de los sacerdotes, y preguntarse si fingirían sorpresa al ver el sarcófago vacío.

Pero no estaba vacío. Cuando los soldados desplazaron la tapa y Elio pudo examinar el interior con la ayuda de una lámpara, vio el sobrecogedor rostro pintado de un joven de grandes ojos castaños, pelo negro y rizado y barbilla hendida, que miraba hacia arriba como si la luz lo hubiera despertado. Bajo la efigie, las tiras entrecruzadas de papiro dorado estaban tan adheridas al cuerpo que era totalmente imposible que ocultaran un documento de ciertas dimensiones. A menos, claro está, que la «prueba» a la que se refería Adriano hubiera sido utilizada con el resto del papiro engomado para envolver a la momia. Las ideas que se atropellaban en la mente de Elio eran tan contradictorias que lo redujeron al silencio. Theo se equivocaba. No había más tumba que aquélla; Cómodo había encontrado el cuerpo de Antinoo. Mucho menos alto y menos impresionante que en los retratos oficiales, mucho más menudo de lo que Elio había imaginado, un adolescente de tantos, desaparecido antes de que se convirtiera en un hombre del montón. Cuánto amor, cuánta devoción por un simple adolescente... La premura en enterrarlo explicaba la relativa modestia de los materiales utilizados para enviarlo a la eternidad. No se veía ningún objeto valioso; Elio no descubrió nada alrededor de la momia por muy de cerca que miró. ¿Se le habría adelantado alguien y se habría apoderado del documento?

Curiosos o no, los soldados, incluido el ingeniero, se mantenían alejados. En cuanto a los sacerdotes, no se habían movido en ningún momento de las sillas plegables en las que estaban sentados, como jueces de una competición deportiva o políticos en un largo acto electoral. Por fin, cuando Elio se volvió hacia ellos, el



Ben Pastor Conspiratio

sacerdote rechoncho se acercó a él, aunque no lo suficiente para ver el interior del sarcófago.

—A mi compañero y a mí nos mostraron al bendito Antinoo con ocasión de la restauración y embellecimiento del templo, durante el reinado «proegipcio» de Probo César.

Elio seguía demasiado sorprendido («Ahora ya no conseguiré el documento nunca —estaba pensando—; aunque siguiera ahí, en la momia, estaría fuera de mi alcance») para responder a la leve pulla política. Se pasó la siguiente hora en silencio, tomando pormenorizadas notas sobre la momia, y, tras las preceptivas ceremonias de purificación y ofrenda, limpieza e incensado de los altares, abandonó el templo. Sus hombres se fueron a los barracones del puesto de mando y él volvió a casa, donde estuvo escribiendo y meditando hasta bien entrada la noche.



CAPÍTULO 5

4 de Epifi (jueves 29 de junio)

Aunque tenía el pincel en la mano, Baruch Ben Matías se tocó una aleta de su larga nariz con un dedo, como dando a entender que seguía el rastro acertado.

—No voy a preguntarte por qué quieres saberlo, aunque estoy casi seguro de que lo descubriré sin tu ayuda.

Acababa de empezar el retrato de cuerpo entero de una mujer de cara avinagrada con la que Elio se había cruzado en la puerta.

Mientras mezclaba los colores de varios cuencos, el judío volvió a centrar su atención en el lienzo almidonado sujeto al caballete. De momento, la tela mostraba poco más que el esbozo de un rostro y unas líneas básicas sobre un fondo gris, y el aire del taller estaba impregnado del olor a resina y el penetrante aroma de la cera fundida.

—Si tu descripción de la momia es exacta.... —empezó a decir Baruch limpiándose la nariz, que se había manchado de rojo.

—Lo es.

—Si es exacta, no estabas ante una momia de la época del Carnicero.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿posterior?

—No. Anterior a Adriano, unos cincuenta años. El estilo, el tratamiento del pelo, tu descripción de la efigie y el marco, su forma... Yo diría que, cinco años más o menos, la momia que viste es del reinado del otro carnicero.

Elio comprendió que se refería a la primera destrucción de Jerusalén.



Ben Pastor Conspiratio

—¿Tito?

—Exacto. —Ben Matías removi6 los pigmentos de los cuencos con energa y empez6 a aplicar r6pidos trazos sobre el lienzo—. Y adem6s diría que el cuerpo no fue momificado aquí. Tal vez en Arsinoe, donde hacen las efigies cuadradas. Por si aún no te habías dado cuenta, en este país mover el cuerpo de un difunto no es ninguna novedad. —Baruch mir6 a sus espaldas, como un carnero que comprueba que el rebaño sigue detr6s—. Cuando yo llegué aquí, el macizo de Antinoo solía estar lleno de tumbas, saqueadas siglos atr6s, pero algunas todavía con sus momias, aunque despojadas de todos los objetos de valor. En realidad, las tumbas eran antiguas galerías de las canteras, así que, cuando la ciudad decidi6 volver a explotarlas, sacaron los cuerpos y volvieron a inhumarlos en ataúdes modernos, fuera de la Puerta Este. ¿A qué viene esa cara de satisfacci6n, legado?

Elio no pensaba decírselo. Puede que despu6s de todo Theo estuviera en lo cierto. C6modo no había encontrado nada en el ataúd del Efebo, tal vez porque el divino Adriano ya lo había vaciado antes de volver a Roma. No obstante, el hecho se había mantenido en secreto y los sacerdotes del templo habían aprovechado la oportunidad de colocar la momia de un desconocido en el sarc6fago, por si algùn otro ilustre visitante pedía ver los restos. El culto, las ceremonias y los ingresos proseguían como si los restos fueran los de Antinoo. Pero ahora viajar a Italia se había convertido en una clara y prometedora opci6n, que devolvía a Elio las esperanzas de descubrir la verdad.

—Gracias por la informaci6n, Baruch.

—No me cuesta nada.

Elio abandon6 el taller con la intenci6n de salir al campo a caballo antes de que se levantara una tormenta de arena. Desde la meseta de Antinoo, el viento arrastraba sedimentos finos como polvo de cristal hasta la Puerta Este. Al llegar a ella, Elio hizo un alto bajo el arco de Caro y sus dos hijos para taparse la boca con el pañuelo que llevaba al cuello. La inscripci6n conmemorativa todavía conservaba las marcas del cincel de sus hombres, que durante la Rebeli6n habían recibido la orden de borrar los nombres de los tres arribistas, pese a que aquella intriga de ambiciones y fratricidio había permitido a Su Divinidad erigirse en vengador del hijo menor de Caro.

El camino de herradura partía de la vía principal formando ángulo con la muralla de la ciudad y siguiendo una precisa direcci6n este-oeste, flanqueada de monumentos funerarios en algunos tramos. Muchos eran anteriores a la colonizaci6n y carecían de nombre, o bien lo tenían grabado en pictogramas incomprensibles.



Ben Pastor

Conspiratio

Últimamente, Elio había pasado por allí en dos ocasiones, con motivo de la ejecución de soldados cristianos (que se habían dejado decapitar sin una queja «en el lugar de costumbre», una cisterna fortificada de las que llaman *hydreuma*, construida a toda prisa durante la Rebelión por los hombres de Aquileo (si no estaba equivocado, por el propio Ben Matías) y cegada por el cieno en los años transcurridos desde entonces. Al otro lado de sus muros el ejército ejecutaba a los suyos.

Al otro lado del camino, una pequeña colina repetía a la inversa su alargada silueta, como una versión convexa del estadio cóncavo, ligeramente al sudeste de él, cerca del macizo, y orientada de forma similar. A menos de media milla de distancia, como el macizo que la dominaba, a esa hora relucía como un espejo de cobre. Costaba creer que fueran la misma roca y el mismo macizo que por la mañana eran más azules que el cielo sobre ellos y se teñían de tembloroso rojo durante las primeras horas de la tarde.

Elio se dirigía a las antiguas tumbas y galerías de la ladera del macizo, de modo que, entre el redondeado final del camino y la roca, dejó la vía y torció a la derecha en la desnuda extensión sin sombra en busca de una subida practicable a caballo. Al pie de la colina encontró un pequeño y ruinoso santuario dedicado a Hathor y, por costumbre, se tocó los labios respetuosamente por encima del pañuelo. Dentro de su nicho, la estatua de la diosa se alzaba como devolviéndole el saludo. Su combada frente, su fina barbilla, sus anchas sienes, sus orejas de novillo y su suave y dulce expresión la convertían en un híbrido divino de diosa y res que le recordó la cara de Anubina. Pensaba ir a verla antes de marcharse de Egipto y, con esa idea en mente, le había comprado una muñeca a su hija y le llevaría dulces a su hijo. Y si estaba el marido, así conocería a aquel tarugo tan afortunado.

Nunca había existido un camino directo y pavimentado desde Antinópolis hasta las canteras, de modo que Elio optó por seguir el reseco y pedregoso cauce de un torrente, que al principio ascendía suavemente y luego se curvaba hacia el norte en un ángulo más acentuado hasta la cima del macizo, con ramales más estrechos que se estiraban como los dedos de una mano hacia la muralla oriental de la ciudad. Los escorpiones salían corriendo de debajo de las piedras a medida que el caballo golpeaba con los cascos la pendiente del macizo, que parecía bajo y ondulado visto desde la ciudad, pero daba la sensación de aumentar de altura y verticalidad conforme Elio se acercaba.

La entrada a la cantera principal no se parecía en nada a las regulares y cuadradas que había visto al norte de Espalato, de las que se extraía la piedra para construir el palacio de Su Divinidad. Realmente se asemejaba a la boca irregular de una amplia gruta, y en el momento en que entró en ella el viento murió en sus oídos, con un efecto hueco de profundo silencio. El polvo legamoso lo siguió hasta el interior y se aposentó del mismo modo. A unos pasos de la entrada, rocas y guijarros revelaban



Ben Pastor Conspiratio

que las canteras volvían a estar abandonadas. En otros tiempos, si había que fiarse de las fuentes, los viajeros debían tener cuidado con los leones y demás animales salvajes que se refugiaban en las cuevas. Ahora apenas era necesario husmear el aire antes de entrar para asegurarse de que no eran el cubil de una fiera. Quedaban tan pocos leones que en la ciudad había visto carteles en los que se ofrecían cantidades astronómicas por una sola manada para venderla al circo.

Cuando Elio penetró un poco más en la galería, lo envolvió la oscuridad, interrumpida por los haces de luz que penetraban por las claraboyas practicadas a intervalos irregulares en el techo de la cueva, a las que correspondían sendos montoncitos de piedrecitas y arena caídos durante las tormentas de arena. Las paredes estaban cubiertas de marcas de azadones y picos que parecían escamas de pez. Pero también había piedras labradas donde las antiguas tumbas habían sido excavadas en esos espacios a medio camino en la vida de la cantera y luego destripadas para volver a extraer piedra, quizá en la época del divino Adriano y la construcción de la ciudad en memoria de Antinoo. Las tinieblas que lo habían envuelto al alejarse de la entrada se habían disipado lo suficiente para permitirle distinguir las formas y los objetos que lo rodeaban.

En el suelo, al final del pasillo de piedra labrada, vio lo que parecía leña apilada en un rincón. Visto de cerca, resultó ser un montón de tablas y planchas cortadas, cepilladas y pintadas, en su mayoría astilladas y partidas.

Elio cogió una con cuidado y la utilizó para remover los otros y dejar al descubierto un hervidero de arañas y escorpiones de aspecto gelatinoso, que corrían en todas direcciones. Asombrados rostros pintados, con el dorado de las coronas y los labios borrados por el tiempo, le devolvieron la mirada desde la polvorienta madera podrida de la pila, mientras examinaba máscaras de momias no muy distintas de la que había visto en el ataúd del Efebo. Seguir avanzando por la galería llena de escombros, que descendía hacia el corazón de la montaña, podía revelarle más restos como aquéllos, pero Elio no estaba allí para visitar tumbas saqueadas. No obstante, se pasó un rato explorando otras aberturas de la pared rocosa. En algunas encontró excrementos humanos, vasijas rotas, señales de que habían estado habitadas al menos temporalmente. Luego, permaneció unos instantes en la entrada de una de las canteras, contemplándola panorámica de las tierras que se desplegaban a sus pies. Los halcones seguían las corrientes ascendentes de aire caliente y polvoriento, y planeaban recortados contra la franja verde de la ribera, el Nilo, sus islas y, al otro lado del río, Hermópolis.

Desde allí arriba, se podía ver que el nivel del agua había subido y que en el sur las áreas más bajas ya estaban inundadas, de modo que las chozas estacionales de adobe se habían desmoronado y, convertidas de nuevo en lógamo, se dejaban arrastrar hacia el delta mezcladas con los demás materiales de aluvión. Más al sur,



Ben Pastor Conspiratio

las granjas habían quedado reducidas a pequeñas áreas secas alrededor de los promontorios en los que se alzaban, mientras que en los campos, totalmente sumergidos, los bosquecillos de palmeras sobresalían, empequeñecidos, de la superficie del agua. Las bandadas de aves acuáticas, semejantes a nubes de mosquitos en la caliginosa distancia, se posaban para nadar en las charcas recién formadas. Pronto los granjeros empezarían a trasladarse en barcas y botes, y luego todo el mundo viajaría por el agua; más tarde vendrían los mosquitos y las ranas, y durante la lenta retirada de las aguas todo olería a cieno y tallos podridos, pero al mismo tiempo la hierba, esmaltada de flores, crecería por todas partes. Y a Elio le parecía que esa anual expectación moldeaba a la gente del país y hacía que fueran seguros y fatalistas a un tiempo, que creyeran en la caprichosa eternidad de las estaciones, los ciclos y las estrellas. Él no tenía ni su fatalismo ni su seguridad, antes bien sólo confiaba en sí mismo y en lo que sabía. Se fiaba no tanto de dioses tradicionales y remotos como de las virtudes filosóficas que le habían enseñado buenos maestros, elegidos por las ambiciones que su padre concibió para él.

Pero sí creía en algo parecido a la eternidad, y en ese ilimitado *continuum*, en el que todo lo que moría giraba para siempre; tenía que extraer verdades tales como lo que realmente le había ocurrido a Antinoo en el soto de Benu, ahora medio sumergido bajo las aguas, o a Sereno Dío y su liberto.

Durante la noche, acompañada por una tormenta de arena, la crecida alcanzó la primera catarata, tres semanas antes de lo previsto. Y, aunque faltaba otra semana para que toda la furia del agua recorriera cuatrocientas millas y anegara la ribera de aquella región, su color ya era marrón rojizo y su nivel amenazadoramente alto. Las ratas salían de las zonas bajas y los sótanos huyendo de la riada, que no tardaría en ahogar a miles de ellas. Al otro lado del Nilo, el puerto fluvial de Hermópolis y toda la orilla izquierda, baja y más llana, ya debían de estar bajo más de un palmo de agua.

Pese al viento arenoso, los templos de Antinópolis abrieron temprano, y la concurrencia de fieles fue grande. Pero a mediodía, ante la violencia de la tormenta, las calles se vaciaron y las tiendas cerraron.

Elio volvió de la biblioteca pública justo a tiempo para evitar su furia. Durante el resto del día, no se pudo hacer otra cosa que mantenerse al abrigo del temporal. La arena se colaba por los menores resquicios de puertas y ventanas, y leer en un pequeño cuarto interior era el único respiro de la confusión. La noche tardó, y el viento continuó soplando en la oscuridad, para apaciguarse poco antes del amanecer,



Ben Pastor Conspiratio

como si unas puertas se hubieran cerrado sobre él en el sur y sólo la crecida pudiera seguir avanzando.

Anécdota atribuida al divino Adriano, con el título «Los poderosos también se equivocan».

Como todo el mundo sabe, mi padre, el divino Trajano, tenía la costumbre de visitar a los pobres de la Ciudad, a los que mostraba su generosidad y consolaba en su infortunio. Una mañana, mientras recorría las calles del populoso barrio del Transtiberim acompañado por los miembros de su séquito, que solían arrugar la nariz ante la miseria que encontraban a su paso, dio con una familia particularmente menesterosa. Hacinados en un tabuco lleno de humo, la madre, el padre y sus retoños eran la imagen misma de la pobreza. Los funcionarios que acompañaban a Trajano se reían por lo bajo de sus harapos y se mofaban de la innegable fealdad del niño más pequeño, al que calificaban de «informe aborto» y «espantoso engendro».

Entre tanto, el excelente príncipe entregaba pan a la madre, depositaba un puñado de monedas en las temblorosas manos del padre y daba unas pahnaditas en la cabeza a los otros niños. Enfrascado en sus liberalidades, no oyó los crueles comentarios de sus acompañantes. Por fin, al llegar al rincón en el que estaba sentado el hijo pequeño, llamó al esclavo que llevaba la comida chasqueando los dedos y exclamó: «¡Rápido, muchacho! Que nadie se quede con las manos vacías. ¡Dame unas nueces para el mono!»

6 de epifi (sábado 1 de julio, calenda)

A la tercera hora del sábado, cuando Elio llegó al puesto de mando para entregar unas cartas a la familia y los amigos, Tralles lo vio pasar ante la puerta abierta de su despacho y salió a hablar con él al pasillo, donde unos ordenanzas barrían la arena que cubría el suelo.

—Menuda tormenta, ¿eh? —le dijo a modo de saludo—. Creo que me entró arena hasta en los calzoncillos. —Y, como Elio no respondía, añadió—: Tendrás curiosidad por saber qué ha sido de nuestro amigo el del nombre merdoso... Kopros, el zapatero. Al final consiguió que lo detuvieran y lo llevaran ante el juez por cristiano, después de pegarle fuego a la casa de un recaudador de impuestos y desbarrar sobre religión como un poseso.

—Debí pegarle más fuerte en el mercado. Bueno, ¿y qué ha decidido el juez?



Ben Pastor Conspiratio

—Lo ha declarado culpable de incendio premeditado y superstición, y lo ha condenado a muerte.

Elio siguió andando hacia las dependencias en las que se alojaba su escolta.

—Yo no le habría dado esa satisfacción. Ahora lo convertirán en un mártir, cuando lo que hizo fue delatar a los suyos.

—Ahí es donde el juez ve las cosas como tú, Elio. Le ha conmutado la pena de muerte por trabajos forzados en las nuevas termas que Su Divinidad está construyendo en Roma.

No habían hablado desde el día en que Tralles se había negado a apoyar a Elio, que tenía que esforzarse para ser educado. Cortando bruscamente la charla, dejó a su amigo y salió al enarenado patio interior, donde lo esperaba el suboficial que mandaba su escolta, al que dio órdenes de precederlo hasta el delta con el grueso de los hombres, la impedimenta y los libros, dejando en Antinópolis una fuerza nominal de tres soldados de caballería, que viajarían con él. Para completar la mañana, decidido a conservar su alojamiento hasta el final del verano, volvió a recorrer los tenderetes de los libreros y solicitó copias de documentos que no podía comprar o tomar prestados de la biblioteca del santuario de Hermópolis. Luego, utilizando el código acordado entre ambos, envió un mensaje a Thermuthis en el que le pedía «conservar la prenda», es decir, las alforjas, «hasta que vuelva y pueda saldar la cuenta». Tras un rápido almuerzo en el mercado, un garbeo por la zona del río donde Theo y él habían dado de comer a los patos le permitió comprobar que los muelles, amarraderos e incluso el estanque hexagonal de los ánades estaban cubiertos por un velo de agua turbia. Los pájaros picoteaban el cadáver de una rata, y en el aire flotaba un indefinible olor a humedad, putrefacción y hojas verdes arrancadas y trituradas. Al otro lado de la rápida corriente, que rompía contra los pilares del puente y los ceñía de espuma sobre las islas parcialmente sumergidas, Hermópolis tomaba el sol y, como era de esperar, ya estaba inundada hasta el pie del muro del puerto.

Al llegar a casa, Elio encontró una prolija invitación del *epistrategos* Rabirio Saxa para asistir a una serie de combates de boxeo en honor del divino Julio César, cuyo mes era. Elio la aceptó, aunque no por ello pensaba dejar de informar a Su Divinidad de que también Saxa le había negado su ayuda en un momento de necesidad.

8 de Epifi (lunes 3 de julio)



Ben Pastor Conspiratio

El pretencioso gimnasio central, de aspecto totalmente griego salvo por las macetas con palmeras, estaba lleno a rebosar de gente llegada a la ciudad para asistir al juicio contra los sacerdotes cristianos y decepcionada por sus abjuraciones.

—Nos han timado —oyó decir Elio a un patán forastero que hablaba con otro—. Mis amigos y yo hemos venido nada menos que desde Ombos para ver sufrir a los cristianos, y ellos van y reniegan. ¡Si eso no es un timo...! Espero que por lo menos el combate merezca la pena.

En eso seguramente quedó más satisfecho que Elio, que disfrutaba poco viendo despilfarrar energías. Durante toda la tarde, fornidos mocetones con las manos protegidas con tiras de cuero y plomo se zurraron de lo lindo, y hasta en el *pancratión* menos violento un par de certeros golpes con los nudillos desnudos hicieron manar la sangre.

Theo, el mercader de especias, y Harpocracio estaban entre el público. Sentados en distintas filas, ambos agitaron sus pañuelos durante un descanso para hacer saber a Elio que lo habían visto. Después, se abrieron paso entre el sudoroso gentío que abandonaba el gimnasio y se acercaron a él en cuanto se despidió de Rabino Saxa y su séquito. Elio les dijo que pensaba dejar Antinópolis el viernes, aunque en realidad tenía previsto marcharse el jueves por la mañana como muy tarde.

—Voy a Roma a proseguir mi investigación histórica —les explicó, pensando mientras hablaba en lo que iba a revelarles, si es que les revelaba algo más—. Como nunca he estado, agradecería el nombre de cualquier contacto que pudiera ayudarme en mis pesquisas. Por supuesto, estaré encantado de llevar mensajes u objetos que pudieran querer mandar a la capital.

—¿Qué barco cogerá? —le preguntó Harpocracio, que parecía interesado.

—Todavía no lo sé. Seguramente un transporte militar, a falta de algo mejor. En otros tiempos, con un poco de suerte habría podido coger algún mercante de los que transportan cereales a Ostia.

Resultó que los dos tenían cosas que mandar: Theo, cartas, y Harpocracio, una caja con libros. Ambos se mostraron encantados de poder confiárselas a Elio.

—No dude en contactar con mi buen amigo Lucino Sóter —lo animó Theo—. Vive en el tercer distrito, en el callejón del Cobre, que está frente a las Termas de Tito. Cualquiera podrá indicarle. Es mayorista textil y conoce a todos los egipcios residentes en Roma. Le mandaré su dirección y las cartas a su alojamiento. Si va al Iseo Campense o a otros lugares de culto, le contarán otro montón de paparruchas oficiales, así que Sóter le vendrá de perlas para aclararse entre tanta memez.

Con esas palabras, y sus fervientes deseos de que tuviera un buen viaje, Theo siguió su camino. Harpocracio dijo que también tenía varios nombres en mente,



Ben Pastor Conspiratio

sobre todo de librereros y coleccionistas de libros de la Ciudad. Había acudido al gimnasio acompañado por un joven atlético con cara de sueño, al que mandó adelantarse para poder hablar a solas con Elio.

—Si le da tiempo antes de irse, venga a verme a casa, legado —dijo; y, cuando Elio quiso saber más, añadió—: Se trata de Sereno.

Tras quedar con el «compañero» de Sereno en verse a la mañana siguiente, Elio echó a andar por calles todavía animadas y sofocantes, en las que las sombras iban alargándose y grupos de adolescentes desfogaban la excitación de los combates repitiendo los movimientos de los atletas y empujándose. La luna llena se había alzado y colgaba frente al sol en un cielo bruñido, temblando en el calor que ascendía de calles y tejados con la llegada del atardecer.

La tienda de Anubina se encontraba a un paso del anfiteatro que habían construido cerca de la Puerta Sur, pero ahora estaba perdida entre las casas de la época del divino Adriano y un barrio nuevo levantado extramuros, menos ordenado que la cuadrícula habitual. En esos momentos, de los puestos de comida instalados bajo los arcos del anfiteatro llegaba un delicioso olorcillo a carne asada y, en los alrededores, se veían jóvenes ociosos de revuelta pelambreira negra devorando pinchitos de cordero. Elio se preguntó si Antinoo habría sido un chico como aquéllos, zánganos a los que daban ganas de meter en cintura, empezando con un buen corte de pelo.

En la calle siguiente, que trazaba una curva cerrada y estaba totalmente en la sombra, se encontraba la entrada principal del lupanar de Isidora. Sus pupilas eran en su mayoría mujeres maduras de Alejandría que habían conocido tiempos mejores y decidido acabar su vida profesional en una ciudad provinciana. Sus clientes eran preferentemente muchachos y ancianos. Elio había estado una vez, para recoger a Tralles, que se había emborrachado y había tirado a una prójima escaleras abajo. Luego le habían dado un pase gratuito, pero él siempre había preferido el burdel de Thermuthis.

Junto a la puerta de la tienda de Anubina había un letrero azul pintado directamente en la cal de la pared. Escrito con los ágiles trazos de un escriba, rezaba «Πλουμαρία», bordadora, con la traducción al latín: «*plumaria*.» Anubina empleaba a cinco chicas, que adornaban túnicas y vestidos de lino, hilo y paño, una industria muy floreciente en la zona. Ella se dedicaba a dibujar los patrones y a veces también cosía. Ese atardecer, a la vista del elegante uniforme, las chicas empezaron a reírse por lo bajo y volverse hacia el hombre de piel clara que lo llevaba, hasta que su jefa corrió la cortina que separaba el taller de la tienda y se quedó sola con él.



Ben Pastor Conspiratio

Gracias a su habilidad con la aguja, Anubina siempre había vestido bien y adornado sus sábanas y toallas con primorosos calados y encajes, incluso en el burdel. Ese día llevaba ropa de vestir de color índigo y un peinado que, de no ser por la exuberancia de su negro pelo, habría sido tan y pulcro como los que Elio había visto usar a las damas de Nicomedia: ondulado a los lados, recogido en la nuca en un haz vuelto hacia arriba para poder sujetarlo con horquillas en lo alto de la cabeza. Con Anubina, siempre era como si alfileres y horquillas dejaran escapar rayos de noche.

—Has ido a preguntarle a Thermuthis —le dijo a Elio, ligeramente irritada—. ¿Por qué no puedes aceptar el silencio por respuesta, Elio?

—Si te sirve de consuelo, ella tampoco quiso decírmelo.

En el mostrador, donde había muestras de cenefas bordadas, Anubina vio lo que Elio había traído. Aun así, le preguntó:

—¿Qué es eso?

—Una muñeca.

—Eso ya lo veo.

—Es para Thaesis.

Era una figura de marfil barata, articulada y delicadamente esculpida, con un diminuto espejo de cristal en el cinturón.

—¿Y los caramelos?

—Para el otro. —Bajo la bolsa de caramelos había otra cosa, que Anubina dejó al descubierto, pero no tocó—. Eso también es para Thaesis —se apresuró a decir Elio.

—¿Una cadena de oro con piedras talladas y un guardapelo?

—Para cuando crezca un poco. Mientras tanto, puedes llevarla tú. Si quieres.

Anubina guardó los caramelos y la muñeca sin mirarlo.

—Esto lo acepto. En cuanto al collar, no es un regalo que puedas hacernos a ninguna de las dos.

—Sólo se lo regalo porque podría ser mi hija. Pero no volveré a insistir en ello, ni te lo volveré a preguntar.

—¿Y qué le digo cuando sea lo bastante mayor para ponérselo?

Elio puso el collar con los demás regalos.

—Puedes decirle que fue un regalo de su tío, Anubina.



Ben Pastor Conspiratio

Por primera vez desde su reencuentro, Anubina parecía pesarosa. Frunció el ceño y, con un gesto malhumorado, bajó la cabeza para que no le viera la cara. No obstante, Elio podía contemplar su hermoso cuello y sus redondeados hombros. La barriga no le había crecido desde el día en que la había visitado en su casa, de modo que no debía de estar embarazada. Elio se alegró, aunque no tenía ningún motivo especial para ello.

—Me iré pronto —le dijo—. Cuídate mucho.

Anubina seguía con la cabeza vuelta. Elio tardó unos instantes en comprender que estaba riéndose por lo bajo, como suelen hacer las mujeres cuando no quieren admitir ante un hombre que les ha hecho llorar.

—¿Recuerdas que una vez hice arroz hervido y tú le pusiste mantequilla? —le preguntó de pronto, sin soltar la muñeca y evitando su mirada—. Norteño loco... Mira que ponerle mantequilla al arroz...

Era un episodio insignificante de su vida en común, que sin embargo parecía cerrar un círculo de un modo inesperado. No significaba más que lo que significaba, pero aun así era una especie de consuelo, al menos, de la melancolía de ese día.

9 de epifi (martes 4 de julio)

Como nuevo tras darse un baño en su piscina y teñirse y arreglarse el pelo, Harpocracio recibió a Elio en su salón, amueblado con aparadores de madera maciza tras cuyas puertas de rejilla se veían finas bandejas de plata labrada. El suelo de mármol, que debía de valer una fortuna, estaba tan reluciente que parecía mojado y reflejaba el rosa de las cortinas, que llegaban del techo al suelo y estaban adornadas con jóvenes centauros y pastores tocando la flauta, enmarcados en medallones. El viento hacía ondular como una vela la fina tela hacia el interior de la habitación, que parecía flotar apaciblemente en un océano invisible. Una puerta abierta dejaba ver los repletos anaqueles de una elegante y bien surtida biblioteca.

Harpocracio le tenía preparado un regalo: un códice con un nuevo epítome de los viajes de Herodoto por Egipto. Elio, que se sentía un tanto incómodo por haberse quedado con la carta de Adriano sin pagar por ella, dudó si aceptarlo, aunque no quería ofenderlo con un rechazo. Después de todo, el amigo de Sereno estaba más seguro ignorando la existencia incluso de las alforjas. Y si algo había aprendido Elio sobre aquella gente, era que sus regalos solían preceder a alguna petición, ya fuera de favores o de disculpas. De hecho, Harpocracio, acompañando el regalo con una inclinación de cabeza, estaba diciendo:



Ben Pastor Conspiratio

—Me temo que no he sido totalmente sincero con usted en nuestros anteriores encuentros, legado.

Elio dejó el códice.

—¿No? ¿Respecto a qué? Suponía que no me había dicho ni un tercio de lo que sabía sobre la muerte de Sereno, su último viaje y sus expediciones a las tumbas llenas de oro...

—Así es, pero tenía buenos motivos para no hacerlo.

—¿Temía que lo denunciara al fisco por no declarar todas sus propiedades? Estoy seguro de que habría sabido salir del paso con la ayuda de los astutos abogados de Alejandría.

—Es usted injusto conmigo, legado.

—Lo dudo. Pero hábleme de lo demás. Ya sabe que estoy a punto de irme. Como sabe, me marcharé pronto.

—Seré breve, seré breve... Cuando Sereno volvió del Desierto Occidental, celebramos una pequeña fiesta en nuestra casa. ¿Cómo de pequeña, dice? Unas cincuenta personas, creo recordar. Sereno casi nunca bebía, pero últimamente había soportado tanta tensión que se tomó unas copas. Estábamos sentados en la misma pérgola donde usted y yo hablamos por primera vez, cuando me contó que había ido a Ammoneo y escuchado un oráculo que lo había dejado descompuesto. Había ido al santuario del desierto para hacer una ofrenda (sentía mucha devoción por Zeus Ammón) y decidido dormir en la sala de incubación, tal como se hace aquí en el templo de Antinoo, pero a gran escala. Sabiendo lo impresionable que era, le pregunté, bastante preocupado, si el dios se le había aparecido en sueños. Respondió que no, pero que el bendito Antinoo sí. Parecía meter un cazo en el Nilo para coger agua.

Elio tomó buena nota, pero no hizo ningún comentario y se limitó a decir:

—De momento, diría que Sereno se sentía culpable por haber robado agua de la fuente de un vecino.

—¿Cómo sabe eso?

—Lo leí en los libros de actas del tribunal.

—Pero el sueño no acaba ahí. También salía el divino Adriano, que parecía enfadado, por lo que estaba haciendo el Efebo, o con Sereno.

El asunto empezaba a ponerse interesante.



Ben Pastor

Conspiratio

—Entiendo. —Elio hablaba mirando la femenina caída de una cortina rosa—. La fiesta, ¿fue antes o después de que Sereno dejara la carta para mí en la oficina de correos?

—Fue la noche de ese mismo día. Lo recuerdo porque Sereno volvió tarde y tuvo que arreglarse a toda prisa.

—¿Conserva la lista de invitados?

Harpocracio negó nerviosamente con las manos.

—No le servirá de nada. Nunca invitábamos más que a cinco o seis amigos. Nunca. Pero solíamos decirles que se trajeran a quien quisieran. Hubo alguna fiesta en que algún botarate al que no conocíamos de nada hasta me habló mal de Sereno, sin saber quién era yo.

—De todas formas, me gustaría ver la lista.

—Está en la biblioteca. Voy a buscársela.

Elio acompañó a Harpocracio a la habitación contigua, donde paseó la mirada por las estanterías, mientras aspiraba el sugerente aroma de los volúmenes y los estuches de tomos.

—Sólo por curiosidad: ¿tenía Sereno alguna idea sobre el significado del sueño?

—No quiso entrar en detalles. Dijo que el oráculo de Ammoneo no era favorable. ¡Ah, aquí está! Tenga. No sabía si ir a su propiedad de Tolemais a resolver unos asuntos o no. Me ofrecí a hacerlo en su lugar, pero no quiso.

—Los sueños siempre son interesantes, pero no veo en qué puede ayudarme éste.

Mientras volvían al salón, Harpocracio se aclaró la garganta y respondió:

—Sereno también me confesó que durante la fiesta había hablado un poco más de la cuenta, y añadió que, después de todo, alejarse unos días de la ciudad podía ser una buena idea. Pero no se precipite; créame si le digo que no tengo ni idea, pero ni idea, sobre lo que pudo haber dicho, ni a quién. Para mí, la inquietud que le produjo el sueño no tenía ni pies ni cabeza: rendíamos tributo al bendito Antinoo, hacíamos donativos, comprábamos una corona durante la festividad del divino Adriano... Pero poco más. Al día siguiente, fingió no recordar nuestra conversación y les quitó importancia a las indiscreciones que hubiera podido cometer durante la fiesta. Pero algo pasaba, estaba claro.

—Pero no está dispuesto a decir oficialmente que sospecha de algo turbio debido a cláusula de su testamento...

—¿Hago mal? Sereno no habría querido que no me beneficiara de lo que le ayudé a amasar. —Harpocracio parecía compungido, pero ¿cómo saber qué capas de



Ben Pastor

Conspiratio

emociones menos dignas se ocultaban bajo la compunción de su rubicundo rostro?—. Sé que ha estado investigando la muerte de Pammychios, y que al parecer piensa que tiene alguna relación con la de mi Sereno... Si consigue averiguar lo que ocurrió, sea lo que sea, le ruego me lo haga saber. Me ayudará a aliviar mi corazón.

—Entonces, más vale que ponga a trabajar a esos abogados de Alejandría, porque puedo garantizarle que fue un asesinato. Y, aprovechando su arranque de sinceridad, estaría bien que me dijera si cree que el desvalijamiento de su casa tiene algo que ver con las indiscreciones de Sereno durante la fiesta.

La máscara volvió a cubrir el rostro de Harpocracio definitivamente, porque el tema volvía ser el dinero. La compunción se transformó en despreocupación, y Harpocracio paseó la mirada por el elegante salón como para asegurarse de que todas las cosas hermosas que contenía seguían allí.

—Sí, estoy seguro. Probablemente, habló más de la cuenta sobre sus afortunados hallazgos en las tumbas, y el rumor debió de llegar a oídos de los ladrones, que creyeron que guardábamos el oro debajo de la cama.

Segunda carta de Elio Espartiano a Diocleciano:

Al emperador César Cayo Aurelio Valerio Diocleciano Pío Félix Invicto Augusto, obedeciendo Su deseo de ser tratado en adelante como *domine*, su Elio Espartiano, con gratitud y saludos.

Al llegar a Egipto hace un mes, *domine*, mi intención era quedarme hasta el descenso de la crecida y proseguir mis viajes por la región en busca de información sobre la estancia del divino Adriano en esta provincia. Dada la situación, siento que debo marcharme incluso antes de que la crecida alcance su punto culminante, con el fin de seguir pistas más urgentes en Italia. Todo lo que he visto y oído hasta la fecha me hace pensar que el documento al que se refería el divino Adriano pudo haber estado en algún momento en el interior del sarcófago del Efebo en el templo de Antinópolis, pero que la *memoria Antinoi* de la que habla dicho príncipe no está, ni estuvo nunca, en el mencionado templo. La alusión debe de apuntar a otro santuario o monumento fúnebre, que, a día de hoy y a falta de más detalles, sólo puedo suponer que se encuentra, o se encontraba, en los terrenos de la Villa Tiburtina, en Roma o en Baías.

Atendiendo a tus indicaciones de que prosiga mis pesquisas allí donde me lleven, me dispongo a abandonar la Heptanomia y embarcarme para Italia. Gracias a sus cartas de presentación puedo ahorrarme las demoras y los contratiempos que son la pesadilla del común de los viajeros, y cuento con



Ben Pastor

Conspiratio

encontrarme a bordo del *Felicitas Annonae* cuando este excelente barco zarpe de Alejandría, el decimosexto día de julio. Si todavía existe el documento, tengo la esperanza de ser el primero en hallarlo y ponerlo en sus manos. Al mismo tiempo, convencido como estoy de que la muerte de Sereno Dío, tanto como la de su liberto, tiene alguna relación con dicho documento, también confío en resolver esos crímenes.

Tal como me pedía, hago constar a continuación un resumen de precios seleccionados en la ciudad y su contorno (en general, en denarios y medidas romanas, convertidas por mí mismo a partir de dracmas y arbatas y otras medidas egipcias, salvo mención expresa):

trigo (1 campamento militar)	147	denarios	
arroz (sin cáscara, 1 m modius)	230	»	
arroz (con cáscara, 1 m modius)	200	»	
cerdo (primera calidad, 1 onza)	20	»	
cerdo (segunda calidad, 1 onza)	10	»	
cerdo en picadillo (1 onza)	3	»	
botas militares (con/sin clavos)	125	»	
escribano público (por 100 líneas de texto)	12	»	

El menor incremento respecto a los precios estipulados por el edicto es del 20 % (minuta del escribano público) y el mayor, del 47 % (trigo). De todos los artículos que he comprobado, sólo la cerveza egipcia y el pescado de río de segunda calidad tenían precios inferiores o iguales a los del edicto. El alto coste de la vida afecta tanto a militares como a civiles, puesto que el dinero, aunque abundante, está muy devaluado.

Adjunto un informe detallado sobre los juicios contra cristianos y la respuesta de las autoridades locales a mis peticiones de ayuda en mi misión oficial.

Escrito en Antinópolis, el cuarto día de julio (III Nones), en el vigesimoprimer año de la aclamación imperial de nuestro señor César Diocleciano, séptimo del consulado de Maximiano Augusto y octavo del consulado de M. Aurelio Valerio Maximiano Augusto, así como el año 1057 desde la fundación de la Ciudad.

10 de epifi (miércoles 5 de julio)



Ben Pastor Conspiratio

Tralles, que se había enterado de que Elio estaba a punto de marcharse, parecía repentinamente ansioso de ayudarlo. Esa mañana, se presentó en su alojamiento a primera hora y lo encontró sumergido en el agua tibia de los baños privados, donde le soltó el discurso que llevaba preparado.

—Para que veas que me preocupo, Elio. Por los viejos tiempos, y por el dinero que me prestaste en cierta ocasión (sé que no te acuerdas, pero lo hiciste, y me temo que, ahora que tengo una familia numerosa a la que mantener, no vas a volver a verlo de momento), le he escrito a alguien que podría serte útil en Roma. ¿Podría, he dicho? Te será útil. Es muy hábil.

Elio se sumergió completamente y luego volvió a sacar la cabeza fuera del agua.

—¿Militar?

—Ex militar.

—¿Cualificación?

—Inmejorable.

—¿Disponible?

—Cuando quieras.

—¿Precio?

—Ninguno. Cobra una pensión.

—Alguna pega tendrá...

—Es ciego.

Elio soltó una carcajada y salió del agua.

—No lo dices en serio...

—Te aseguro que sí. No tienes de qué preocuparte, hay un chico que lo lleva a todas partes. No te dará ningún problema. Necesitas a ese hombre, Elio. Puede ayudarte a reconstruir lo que ocurrió en la barcaza imperial con Antinoo y el divino Adriano, y todo lo demás. Ha resuelto asesinatos profesionalmente antes y después de perder la vista.

—¿Y qué te hace suponer que estará dispuesto a ayudarme en mi investigación por amor al arte?

Tralles se apresuró a tenderle una toalla.

—Ese tipo es un trotamundos, por dentro y por fuera. La idea de viajar y hacer cosas lo es todo para él. Ponlo a prueba, Elio; no te arrepentirás. Además, ya le he escrito, y estará esperándote cuando llegues a Italia. Aquí tienes su dirección. Tú sólo avísale de cuándo y dónde desembarcarás, y él se encargará del resto.



Ben Pastor Conspiratio

La última persona a quien Elio fue a ver antes de marcharse de Antinópolis fue Ben Matías, que le dio un recital sobre las delicias de la capital.

—Créeme, Roma no te gustará. Ruido en todas partes, zánganos a punta de pala, te robarán las suelas de las botas de debajo de los pies en cuanto te descuides...

—He estado en Alejandría y Nicomedia. No soy tan palurdo.

—¡Ja! ¡No te digo! Alejandría y Nicomedia... ¡Capitales provinciales para el militar de paso! He estado allí bastantes veces como para saber que no me gusta a mí y que no te gustará a ti.

—Gracias por desengañarme, Baruch. Ahora, me gustaría pedirte algo que sólo le pediría a un antiguo enemigo: consejo sobre la conveniencia de una posible alianza.

Ben Matías dio una palmada, regocijado.

—Tendré que hacer un esfuerzo para no parecer engreído, pero adelante.

—Me han recomendado a un tal Cayo Aviola Parato en relación con mi investigación histórica. Me encontraré con él en Italia a finales de este mes o principios de agosto. ¿Qué sabes de él? Pertenece al estado mayor de Domicio Domiciano, pero lo abandonó cuando el general empezó la Rebelión, y luchó a nuestro lado hasta la victoria de marzo.

—¿Parato? Lo recuerdo bastante bien, aunque «luchó» no es el verbo que yo aplicaría a un veterano ciego que era el jefe de los espías. Espero que te sea tan útil como lo fue para vuestro común señor durante la Rebelión. Si no me equivoco, su auténtico nombre es Breuco. Criado con carne de cerdo y agua del Danubio, como tantos de vosotros. Si averiguo algo más sobre él antes de que te vayas, te lo haré saber.

—¿Algún sabio consejo antes de que me vaya?

—Bueno, sólo es una corazonada, pero dos muertes, dos robos y dos agresiones contra ti sugieren algo más que una simple coincidencia. Cuidado, no te estoy preguntando qué te fascina de alguno de esos delitos, pero es evidente que estás muy interesado.

—Entonces, suéltalo de una vez: ¿tengo enemigos?

—Yo no soy un oráculo, Elio Espartiano. Pregúntaselo a los sacerdotes del templo de Antinoo. Ellos saben de eso. —Ben Matías se volvió hacia el caballete y se concentró en un pequeño tarro de pintura, del que, con un fino pincel, sacó justo el blanco suficiente para realzar los huraños ojos de su modelo—. Enemigos, los



Ben Pastor Conspiratio

tenemos todos. Yo no bajaría la guardia hasta llegar al puerto y, a no ser que conozcas a los de la tripulación, tampoco la bajaría a bordo.

Elio estaba menos regocijado de lo que quería aparentar.

—Tú no querías tener nada que ver con algo así, ¿verdad, Baruch?

—¿Yo? —El pintor se volvió de nuevo hacia él—. Si hubiera querido matarte, lo habría intentado yo mismo, y me habría asegurado de clavarte la flecha más profundamente que la última vez.

Pero el modo en que Ben Matías había hablado, con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados, hizo que Elio se preguntara cuánto de lo que el judío le decía podía tomarse en serio.

Cuando Elio llegó, la patrona estaba supervisando la cobertura de los muebles con telas de lino. Estaba muy contenta de haber alquilado la vivienda para toda la estación cálida, cuando los turistas se reducían al puñado de tísicos que esperaban achicharrar su mal.

—Legado —dijo con cautela al verlo entrar—, hace unos minutos ha venido una chica con un paquete para usted. He hecho que lo llevaran a su habitación.

Elio no había comprado nada ese día.

—¿Qué clase de paquete? —preguntó, y después—: ¿Había algún mensaje?

—No, ninguno. La chica vestía como las aprendizas, así que supongo que venía de alguna tienda a la que haya ido.

Elio fue a ver. Sobre la cama, encontró un paquete de ropa envuelto con esmero y sujeto con un cordel, que se apresuró a desatar. En su interior, doblada con cuidado, había una túnica primorosamente cosida y adornada, en la parte delantera, con tiras de encaje azul oscuro, de las llamadas *clavi*. Unos adornos sobrios, que sólo examinados de cerca mostraban las cabezas de chacal azul enfrentadas, minuciosamente bordadas a todo lo largo de las tiras.

En el umbral, la voz de la patrona le hizo volverse.

—¡Vaya, eso es de la tienda de Anubina! ¡Qué prenda tan bonita! Esa chica ha sabido arreglárselas sola.



Ben Pastor Conspiratio

(jueves 6 de julio, víspera de las nonas de julio)

La aparición de Ben Matías en su alojamiento la mañana de su partida sorprendió a Elio, pero allí estaba el judío, que tras mirar atentamente el equipaje que haría el viaje por tierra hasta Alejandría a lomos de mulas, dijo algo respecto a tener que viajar a Oxirrinco.

—Y, como está en la misma ruta, he pensado que podíamos ir juntos.

Elio, que acababa de plegar y guardar en su baúl la túnica de Anubina, se sentía un tanto vulnerable en esos momentos.

—¿Por eso has venido aquí sin que nadie te llamara? —se limitó a decir.

—En realidad, no. He venido porque me pediste que hiciera averiguaciones sobre el contacto que te recomendó tu colega.

Ben Matías también vestía ropa de viaje, e iba armado. Elio no pudo evitar preguntarse cuántos de sus jóvenes guardaespaldas lo acompañarían y hasta qué punto resulta creíble aquel repentino viaje. Estaba claro que sabía que su comitiva tenía previsto viajar por la margen derecha del Nilo desde Hermópolis hasta la costa, a través del valle del Arsinoites.

El judío soportó impertérrito el examen del militar.

—Por lo que he podido averiguar —siguió diciendo—, Aviola Parato está fuera de sospecha. Estuvo enseñando idiomas como voluntario en el puesto de mando de la metrópoli, de donde se marchó hará un mes para reunirse con su familia en Italia. Es un hombre discreto, paga sus deudas y se mantiene activo a pesar de su ceguera. Empezó como edil en Roma, ascendió y, luego, ingresó en el ejército. Tiene una portentosa facilidad para las lenguas y los dialectos, y su especialidad hasta perder la vista era la criptografía. —Ben Matías se hizo a un lado para dejar que los sirvientes cogieran el baúl y se lo llevaran—. Fue una pérdida para nuestro ejército que se pasara a Diocleciano.

—Gracias por la información. Pero, si no te importa, Baruch, viajaremos por separado.

—Como quieras, Espartiano. No soy de los que insisten cuando los rechazan. No obstante, tengo intención de estar en Roma en otoño, para visitar unas tierras que poseo al norte de los campos de Nerón. Podríamos vernos allí, si hay ocasión. Y, si viajas a Tibur siguiendo el rastro del Carnicero, no olvides visitar la tumba de la reina Zenobia en mi nombre. Apostaría a que ya nadie se acuerda de la pobrecilla.

Notas de viaje de Elio Espartiano:



Ben Pastor Conspiratio

Salimos de Antinópolis hoy, 6 de julio, cruzando el río hasta Hermópolis, desde donde proseguiremos viaje en dirección norte. En un principio, pensaba tomar la carretera de la margen izquierda del río y cruzarlo en Babilonia, en el delta, camino de Alejandría. Dado el estado del Nilo, ahora es totalmente imposible, y además la policía fluvial desaconseja viajar por esa orilla, debido a los recientes asaltos padecidos por las caravanas. Cuando repuse que no veía peligro para mis hombres ni para mí, el mismo Rabirio Saxa en persona me dijo que las autoridades locales no querían hacerse responsables de ningún accidente, y tuve que ceder.

Viajar por la margen derecha tiene innegables ventajas, puesto que hace posible viajar a Alejandría sin necesidad de cruzar el Nilo en ningún momento. Pero el ramal del río que discurre paralelo a su curso en este lado desde Abidos hasta el mar, a lo largo de casi quinientas millas, presenta sus propios obstáculos, ahora que estamos en la época de la crecida. Como esta orilla es más baja que la otra, la mayor parte resulta ya impracticable a pie y, en no pocos lugares, también a caballo. Así pues, tendremos que viajar por la meseta. Mi intención es mantener un promedio de cuarenta millas diarias, detenernos sólo para descansar y visitar un par de sitios relacionados con el divino Adriano. Pero mi objetivo es Alejandría, su puerto y el *Felicitas Annonae*.

Cuando salimos de la ciudad por la Puerta Norte, en el camino no se veía ni rastro de Ben Matías y sus hombres. Eso acentúa mi sospecha de que nunca tuvo intención de viajar por su cuenta, sino de seguirme, si era posible. No me fío ni de él ni de los suyos, y me mantendré ojo avizor por si se encuentran por los alrededores. Tengo la ventaja de disponer de acceso inmediato a los puestos del ejército que se encuentran a lo largo del camino. Como no he viajado por esta zona desde la Rebelión, supongo que algunos de ellos estarán desguarnecidos o abandonados; no obstante, esta ruta está más frecuentada que la de la orilla de Antinópolis. Una vez en Oxirrinco, tengo intención de informarme con los mercaderes del desierto de Libia, que hacen alto en dicha ciudad, término de las rutas de las caravanas.

Primer día. Hemos hecho sin contratiempos el trayecto previsto. Cuatro hombres con entrenamiento militar pueden conseguir que los muleros hagan milagros. Evitamos el sol de mediodía, insoportablemente abrasador, y nos mantenemos alejados de la orilla durante la noche, cuando los insectos oscurecen el aire iluminado por la luna. Alrededor de dos cisternas fortificadas, del todo inútiles debido a la falta de conservación, la arena estaba tan lisa como para hacer sospechar que alguien había borrado las huellas de su presencia allí poco antes de nuestro paso. Puedo estar equivocado, o podría tratarse de simples viajeros que, como nosotros, se dirigen hacia el norte. Pero ordené tener las armas a mano, por si acaso. El ramal natural del Nilo se parte en dos y vuelve a fusionarse en esta zona, pero, si no fuera por el mapa, sería imposible advertirlo: la tierra está totalmente inundada. Cruzamos un par de pueblos destartalados, construidos sobre las ciclópeas ruinas de antiguos templos o fortificaciones, que, construidas con adobes, han ido



Ben Pastor

Conspiratio

desmoronándose con el paso de los siglos y convirtiéndose en montañas de escombros ricas en sal. Las cabras lamen los muros derrumbados. En la otra orilla, la más absoluta nada. Sopla sin descanso un tórrido viento del norte. Los mosquitos son insufribles.

Segundo día. Cinópolis. El día de la fundación del Ala Ursicana, mi unidad armenia. Los hombres y yo ofrecimos un sacrificio en el templo de Hermanubis, que se encuentra en muy mal estado. Su perímetro exterior ha cedido, y aunque según los libros que hemos leído esto fue en su día un famoso centro de culto del dios con cabeza de chacal, hoy la Ciudad del Perro es poco más que un poblachón, donde, dicho sea de paso, todo el mundo se queja de los impuestos, hasta el punto de salir huyendo al vernos llegar, creyendo que éramos recaudadores. Disipado el error, conseguí hablar con un viejo del lugar, cuyo griego era tan espantoso que, de no ser por lo poco que practiqué en su día con Anubina, me habría quedado como estaba. No obstante, me dijo que nos precede un grupo de diez o doce hombres a caballo, que nos lleva media jornada de delantera. No entraron en la ciudad, pero sus hijos, que hacían un transporte en un velero, vieron al grupo avanzando por la meseta. Una vez más, podría ser una mera coincidencia. Es probable que, antes o después, nos encontremos en el camino, bien porque ellos aflojen la marcha, bien porque nosotros la apretemos.

Tercer día. En Oxirrinco. Nuestros misteriosos predecesores han desaparecido. Nadie los ha visto, pero pienso que —puesto que es sábado— bien podría ser que Ben Matías y los suyos nos estuvieran siguiendo, pero procurando no violar el sabbat. Están escondidos en algún lugar de los alrededores, seguro. La ciudad, antigua y venerable, se resiente de la falta de cuidados, como tantos otros sitios en Egipto. Tenía la esperanza de que el templo del divino Adriano dispusiera de biblioteca, pero me llevé una gran decepción al comprobar que ya ni siquiera se utilizaba como lugar de culto. Un juez itinerante viene una vez al mes del Arsinoite para celebrar juicios, y el anexo al templo se emplea como prisión. En su interior, tres sacerdotes o diáconos —pues no estoy seguro de lo que son— cristianos esperan juicio. Los demás templos de la ciudad (el de Kore, el de Serapis, etcétera) son cuidados mínimamente. Hasta el Capitolio sirve de cárcel. Un espectáculo desolador. En comparación, Antinópolis parece un hervidero de actividad.

La única cosa buena ocurrió cuando descubrí a unos obreros detrás de la plaza del mercado, atareados en retirar losas de piedra caliza del patio del gimnasio. «Para aprovecharlas», me explicaron, pero probablemente las venderán o convertirán en cal, a juzgar por el material combustible que también se disponían a cargar en los carros. La mayor parte procedía de viviendas de cristianos (códices, libros y otros documentos), pero también había materiales traídos por caravanas llegadas del desierto de Libia. ¡Un auténtico tesoro! Todo el archivo de una ciudad de tiempos del divino Adriano, procedente de una pequeña comunidad del borde del desierto llamada Ptolemaion, además de un viejo tratado en latín titulado *La muerte y resurrección de Antinoo*. Por cierto



Ben Pastor

Conspiratio

que hay un pequeño santuario dedicado al Efebo, muy bien conservado. El sacristán, que parece lo bastante viejo como para recordar los viajes de Adriano, e incluso la llegada de César, me explicó que una tradición local mantiene que en Oxirrinco el emperador tuvo un sueño en el que le ordenaban matar a Antinoos para poner fin a la larga sequía. Veremos si el tratado cuenta la misma historia.

Cuarto día. Un largo y solitario tramo sin poblaciones, y todavía estamos al sur de Heracleópolis. Los hombres están irritables, y yo también.

Quinto día. El instinto de un soldado nunca falla. Cuando nos detuvimos ayer, la soledad del camino, el estado ruinoso de las torres de vigilancia y la indefinible tensión que flotaba en el aire nos llevaron a tomar precauciones extraordinarias al montar el campamento. Apenas había empezado a escribir la entrada de mi diario, cuando fuimos atacados por un puñado de bandoleros a caballo, procedentes del norte. Resistimos, pese a que nos doblaban en número (los criados son totalmente inútiles en situaciones similares, y uno de ellos consiguió que lo mataran por no ponerse a cubierto). La cosa se puso muy fea durante una media hora, pues nos habíamos parapetado tras el ruinoso muro de un edificio abandonado, con el desierto a nuestras espaldas y ningún sitio al que huir. Una vez los rechazamos, como sólo disponían de espadas no podían matarnos a distancia, pero lo más probable era que tarde o temprano asaltarán nuestro reducto y acabarán con nosotros.

Mi único consuelo era que había tomado precauciones en lo relativo a los objetos de valor, que había enviado con mi escolta con suficiente antelación. Así que sólo perderíamos nuestras vidas. De pronto, cuando preveía que los bandidos se disponían a lanzar un ataque irresistible, apareció un puñado de hombres a caballo, con arcos y suficientes flechas para matar a tres de nuestros atacantes allí mismo y hacer huir al resto, tras recoger a sus muertos. Ambos grupos llevaban los rostros cubiertos a la manera de los habitantes del desierto. Diría que tenían el mismo aspecto que los hombres que me atacaron en el Soto de Benu, aunque todos se parecen. Nuestros salvadores no se quedaron el tiempo suficiente para permitirme saltar por encima del muro y acercarme a darles las gracias. Con la misma rapidez con que habían hecho su aparición, volvieron grupas y también ellos volvieron a dirigirse hacia el norte.

Por un momento, me dio por pensar que los hombres del segundo grupo podían ser los de Ben Matías, pero era más probable que fuera el viejo rebelde quien había ordenado el ataque y, después —al ver que resistíamos, o tal vez temiendo las graves consecuencias que podía acarrearle la muerte de un amigo del César—, se lo había pensado mejor y se había lanzado contra los suyos para impedir que lo delataran. Empiezo a sospechar que me hizo un retrato a escondidas para que los suyos pudieran reconocerme. ¿Quién sabe? En cualquier caso, si él, o quien fuera, pretendía hacerse con la carta del divino Adriano, ya se encuentra en Alejandría con el jefe de mi escolta. En cuanto a



Ben Pastor

Conspiratio

nosotros, enterramos al criado y, renunciando a descansar, seguimos cabalgando hacia el Arsinoite.

En estos momentos, estamos acampados en Aueris, donde desde hace siglos se alza la necrópolis de la ciudad de Arsinoe. Aquí la mayoría de la gente se gana la vida con actividades mortuorias. Hay una escuela de embalsamadores, un taller de confección de sudarios y numerosos pintores de máscaras para momias (razón de más para pensar que los hombres con los que topamos ayer eran los de Ben Matías). En el destacamento, que, aunque poco efectivo, está en funcionamiento, me confirmaron que el bandidaje es una forma de vida en el oasis. No vienen turistas solos, y la población de cocodrilos ha aumentado lo suficiente como para ahuyentar incluso a las carretadas de curiosos que solían bajar de Alejandría durante la época de crecida. Agua por todas partes. El lago Moeris, los torrentes, los falsos ríos y canales, forman una ininterrumpida sábana de agua sobre el oasis.

Somos huéspedes de un terrateniente romano, «el último de su especie», como él mismo dice, en cuya propiedad, situada en la meseta, cerca de Filadelfiae Arsinoites, se está asombrosamente fresco, gracias al viento. Allí arriba, la mayoría de las explotaciones han desaparecido bajo la arena, debido al desastroso estado de los sistemas de riego.

Sexto día. En Letópolis. El Egipto que conocen la mayoría de los viajeros: ciudades y pueblos muy próximos entre sí, templos y pirámides, mercados, huertas... Esencia de rosas a precios razonables (comparativamente hablando). Hemos dejado atrás los campos de arroz y lino del Arsinoites y ahora empezamos a encontrar tráfico, abigarradas caravanas, unidades del ejército uniformadas decentemente... Como es el cumpleaños del divino Julio, y ajustamos nuestra marcha para llegar aquí para la ocasión, mis hombres y yo hemos sacrificado el buey de rigor. Luego, les he dado permiso para asistir a una ceremonia en el Mithraeum del campamento militar y he ido al pequeño y exquisito templo de Antinoo, que allí llaman Antinoeum, pero también Hadrianeum, indiferentemente. Está asociado con un oráculo y su sacerdote es un hombre culto que vivía en Nicomedia hasta hace unos años. No ha pretendido convencerme de que los huevos dorados que se exhiben en el museo del templo son realmente los restos de la última comida que tomó Antinoo antes de ahogarse. Me ha dicho que, personalmente, cree que el Efebo se quitó la vida él mismo. Piensa que está enterrado en la Villa Tiburtina, basándose en los testimonios epistolares que leyó en su juventud. Cuando decliné, tan diplomáticamente como pude, pedir una respuesta oracular para mí, me preguntó si tenía algo que preguntar, no relacionado con mi persona. Me vino a la cabeza la muerte de Sereno Dío, así que me dejé convencer y escribí la siguiente pregunta en una tira de papiro: «¿Quién mató al mercader Sereno Dío?» Doblé la tira hasta formar un minúsculo paquete, que até con un cordel y arrojé al fuego del altar. Me han dicho que, habitualmente, uno se limita a depositar una pregunta oracular y escribe también «sí», «no» u otra posible respuesta, entre las que, a continuación, el sacerdote elige al azar.



Ben Pastor

Conspiratio

Aquí, en cambio, la pregunta fue devorada por las llamas. La respuesta, me dijeron, la encontraría en el libro oracular, que debía abrir sin mirar en presencia del sacerdote. Empezaba casi —¡casi!— a sentir curiosidad por la respuesta, cuando mis ojos se posaron en la primera línea de una página, que rezaba así: «Murió como el bendito Antinoo.» En fin, no necesitaba un oráculo para decirme lo que ya sabía. Y, como todas las páginas que pude ver contienen una lista de frases preparadas que empiezan «Se casará...», «Murió...», «Ganará/Perderá...», no parecía que hubiera mucha intervención sobrenatural de por medio. No obstante, ofrecí un sacrificio, dejé una ofrenda y me despedí cortésmente del sacerdote, del que ya no tengo tan buena opinión.

Séptimo día. He cogido las fiebres o algo parecido. Me siento fatal. Estamos en algún sitio pasado Terenuthis, y las grandes pirámides no están lejos. El delta está inundado.

Octavo día. Enfermo como un perro. Nos hemos quedado en una casa en Hermópolis Menor. Los hombres quieren que descanse, pero no lo haré. El *Felicitas Annonae* zarpa pasado mañana, y estaré a bordo aunque me cueste la vida. Agua por doquier.

Noveno día. Todavía enfermo, pero la fiebre ha remitido. No estamos muy lejos de Alejandría. Todo parece demasiado luminoso, demasiado ruidoso, y me gustaría seguir en Antinópolis. Echo de menos a Anubina.

Décimo día. ¡Qué estupideces se escriben cuando no se está bien! Tras una espantosa noche de sudar y dar vueltas, vuelvo a ser el de antes. La ciudad, totalmente reconstruida después de la Rebelión, es tan hermosa como siempre, y, si tuviera tiempo, lo pasaría encerrado en todas y cada una de sus bibliotecas. Pero el deber me reclama. El médico militar me dio el alta, así que, tras reunirme con el grueso de mi escolta, me dispongo a emprender la marcha hacia el puerto de Eunostos, pase de salida en mano, con un tiempo excelente y a salvo de las asechanzas de nuestros misteriosos atacantes. El *Felicitas* es una imponente nave de cincuenta metros de eslora, que casualmente transporta una unidad de caballería hasta Sicilia. Eso significa que tendré un par de oficiales con los que charlar. Por suerte, también había un camarote libre en popa, en el que dispondré de intimidad y ocasión de pensar y revisar mi material. El capitán es un enérgico individuo de Salona casado con una egipcia y cuyo hijo es uno de los ingenieros que trabajan en la construcción del palacio de Su Divinidad. El taciturno dueño del barco se llama Expósito es de Neápolis y sólo le interesa el negocio. La tripulación es totalmente egipcia, ruidosa pero competente y disciplinada, al menos a primera vista. Según ellos, el *Felicitas Annonae* es el orgullo de la ruta Roma-Alejandría, una afirmación que he oído en otros barcos. Pero transporta unas quince mil artabas de trigo, suficientes para alimentar a todo un ejército, más no sé cuántos animales salvajes para el circo y varias libras de seda, que valdrán al menos un millón. Todos los sacrificios propiciatorios han sido favorables, y no se prevé ningún retraso.



Ben Pastor Conspiratio

Trigo, seda, la caballería, la tripulación, los animales para el circo, mi escolta y yo... y la inapreciable carta que llevo —encima o a mano— a Roma.



Ben Pastor
Conspiratio

SEGUNDA PARTE

EL SOLDADO Y EL ASESINO



CAPÍTULO 6

21 de epifi (domingo 16 de julio)

El capitán del *Felicitas Annonae* llevaba quince años haciendo la ruta Roma-Aleandría. Desde el momento en que dejó el puerto y se libró de las rojizas corrientes que vomitaba el delta, supo que la travesía sería buena durante la primera mitad del viaje, pese a los vientos contrarios del norte.

—Puede que encontremos tiempo tormentoso más adelante, pero, si la cosa se pone fea, haremos un alto en el camino o alteraremos la ruta —dijo bajo la enorme vela ribeteada de rojo —que ostentaba un cuerno de la abundancia—, como si dispusiera de información reservada sobre todas las eventualidades que podían presentarse.

Pero, después de todo, aquel hombre había hecho la travesía de Rhegio a Alejandría en el tiempo récord de una semana e, incluso con vientos etesios contrarios, había conseguido completar la distancia en la dirección opuesta en menos de dos. Elio escuchaba, totalmente decidido a desembarcar en Sicilia —donde la escala prevista era Catania—, saquear sus librerías y, si el viaje por el Tirreno parecía demorarse demasiado, tomar un pasaje por separado hasta Bruttio.

Entre tanto, los oficiales de caballería —dos hermanos de Aquileia— se habían puesto amarillos como la cera con las primeras olas en mar abierto y habían desaparecido bajo cubierta. En cuanto a los dos centenares de soldados, contando a los de Elio y los demás, permanecían arriba en proporción a su familiaridad con los viajes por mar. El resto —la tripulación, los cuidadores de los animales, los mercaderes y el propio Elio— se encontraba perfectamente y se dedicaba a lo suyo.

En el caso de Elio, lo suyo era sacar el mejor partido de la forzada inactividad del viaje. El examen de la lista de invitados de Harpocracio tendría que esperar hasta que regresara a Egipto, pero había otras cosas que hacer. Empezó por hojear *La muerte y*



Ben Pastor

Conspiratio

resurrección de Antinoo, el librito que había salvado del montón de desperdicios frente al templo del Efebo en Oxirrinco. Era un ejemplar antiguo, de tal vez cincuenta años, y, a juzgar por la peculiar sintaxis, se trataba de la traducción de unos versos escritos en griego provincial probablemente por un egipcio. Elio buscó un sitio en cubierta donde hiciera sombra y no estorbara a los marineros, y se sentó a leer y tomar notas con las abreviaturas garabateadas que permitían la tiza, la tablilla de pizarra y el oleaje.

El libro era la tradicional narración de una metamorfosis, aderezada con detalles heroicos, paralelos mitológicos con otros jóvenes víctimas del destino y una apoteosis final. Lo que intrigaba a Elio era el estilo retórico, un tanto afectado, que dató en torno a la época del divino Adriano. Otra prueba de que la obrita era casi contemporánea de Antinoo eran las halagadoras y esperanzadas referencias al sucesor electo de Adriano, Elio Vero, que había muerto pocos meses después que el propio emperador. Una paráfrasis de Homero —«con los ojos cegados por la niebla, no vio / la mano divina que le empujaba por la espalda»— era demasiado significativa para pasarla por alto y demasiado ambigua para sacar conclusiones. En la tablilla de cera, Elio escribió: «¿Significa eso que Antinoo fue víctima del Hado, o de alguien que obedecía los designios del Hado?» Por supuesto, la cita se refería a Patroclo, un adecuado equivalente mitológico del Efebo, si se consideraba al divino Adriano en el papel de Aquiles. Un joven toma prestada la armadura de su camarada y muere en combate; su poderoso amigo lo vengó. El héroe vive eternamente entre las estrellas. ¿Había testimonios documentales de que Adriano se hubiera vengado de alguien cuando aún estaba en Egipto? Elio no había encontrado ninguno en los archivos de Hermópolis ni en Antinópolis. A no ser que la «mano divina» fuera la de Adriano, como sostenían algunos historiadores. Tomó nota para acordarse de conseguir un ejemplar de la *Ilíada* en cuanto desembarcara y releer los libros XVI y XVII.

La ruta del *Felicitas* era muy frecuentada y probablemente todos los días se encontrarían con al menos un barco mercante o militar, aunque a menudo sólo lo avistaran a lo lejos. El segundo día los adelantó el *Penthesilea*, un moderno e imponente navío del tipo *lousorion* que navegaba rumbo norte, de Cesarea a Cirene, seguido por una estela de delfines. Los marineros intercambiaron saludos y buenos deseos, mientras Elio, acostumbrado a las maldiciones del campo de batalla, se asombraba una vez más de la supersticiosa renuncia a la blasfemia que practica la gente de mar desde que zarpa hasta que vuelve a echar amarras en la seguridad del puerto.



Ben Pastor

Conspiratio

Por la noche, la inmensidad y el brillo del cielo estrellado en mar abierto rivalizaban con los de las guardias al borde del desierto, o en las montañas de Armenia, tan diferentes de las nubladas y neblinosas noches de su niñez que al principio no podía mirar hacia lo alto sin marearse. Con el tiempo se había acostumbrado, pero ahora la falta de puntos de referencia a su alrededor y la aparente continuidad entre el cielo y el agua volvían a producirle la misma sensación de asombro y embeleso, subrayada por la ocasional caída de una estrella fugaz. Las constelaciones, con su configuración estival, destacaban en la negrura, con Cáncer siguiendo a Géminis, y la Serpiente (que, según los calendarios de los granjeros, anunciaba tiempo tormentoso) poniéndose por la mañana. Entre todas ellas, la gran estrella Sirio titilaba como si el perro del talón de Orion parpadeara o jadeara; pero en Egipto, donde llevaba el nombre de Isis, hacía que la crecida superara las cataratas y se extendiera sin obstáculos por los campos.

Sentado ante su camarote, Elio cerró los ojos al remolino de estrellas. Estaba entre Egipto e Italia, pero no pertenecía a ninguno de los dos sitios, y su sensación de desarraigo era más aguda cuanto más pensaba en lo lejos que había llegado desde sus primeros tiempos, en todos los sentidos. Empezaba a comprender por qué estaba tan orgulloso su padre de la casa que había construido cerca de Mursa, con sus dos pisos, su enlucido de estuco rosáceo, sus establos y sus corrales, signos de una vida asentada. Pero al mismo tiempo veía la naturaleza limitada de esa ambición. Anubina le había preguntado por sus padres, y él le había respondido que, por lo que sabía, estaban bien. «Pero no pienso volver —se había dicho mientras hablaba con ella—. Cada libro que he leído y cada ascenso que he conseguido, cada viaje que he hecho, me han alejado un poco más de ese apego a un hogar de piedra y mortero. Si añoro alguno, desde luego no es el de mi padre.»

Un ladrido lejano sobresaltó a Elio, que tuvo que ordenar sus pensamientos unos instantes para recordar dónde estaba y de dónde procedía el sonido, tan amortiguado y aparentemente remoto. ¡Ah, sí! El armador había dicho que transportaban a Italia una jauría de perros para el circo. El ruido no venía de lejos, sino de muy abajo: de la profundidad de la bodega, donde los perros, junto con otras criaturas más exóticas, permanecían encerrados. El ladrido, y la idea de que aquellos animales, valiosos y no tanto, viajaban hacia la muerte, pusieron melancólico a Elio, que siguió velando con humor sombrío mientras, desperdigados por la cubierta, marineros y soldados dormían al raso, y el vigía anunciaba la hora desde su invisible atalaya.

24 de epifi (jueves 19 de julio)



Ben Pastor

Conspiratio

El cuarto día de viaje se cruzaron con el *Lamprotate*, gemelo del *Penthesilea*, que volvía de Roma con un gran cargamento de vino para su venta en Canope. Como el *Felicitas*, estaba coronado por una gavia de un rojo muy vivo, que asomó en el horizonte como la cresta de un gallo; luego, la gran estrella de su vela mayor fue surgiendo poco a poco y lo hizo reconocible a la tripulación.

El *Lamprotate* acostumbraba interrumpir el viaje haciendo una escala de dos días en su puerto de matrícula en Creta para recoger un cargamento de especias, pero, según explicó su capitán (un tal Soknopaios, natural de Canope), una tormenta lo había desviado de su rumbo al sur de Siracusa y ahora intentaba recuperar el tiempo perdido dirigiéndose directamente a Egipto. Ése era el único motivo —aclaró— que le inducía a declinar la invitación a cenar con los oficiales del *Felicitas*.

—Pero tengo noticias y cartas de Roma —añadió—. Y ruego al apreciado armador Expósito que lleve nuestro correo y lo deje en la capital cuando llegue allí.

El taciturno Expósito respondió que, por supuesto, lo haría.

—Bueno, ¿y qué noticias trae de la Ciudad?

Las últimas novedades del negocio, anécdotas sobre gente conocida en la marina mercante y detalles sobre el puerto y los almacenes, pero nada de lo que Elio podía considerar noticias de interés general.

—Además —siguió diciendo el capitán del *Lamprotate*—, todos los egipcios de Roma hemos unido nuestras oraciones a las de nuestros hermanos de la provincia para conseguir una venturosa crecida y mucha prosperidad en los próximos meses. La comunidad envía recuerdos y los mejores deseos para el nuevo año.

Soknopaios aludía al Año Nuevo egipcio, para el que aún faltaban cuatro semanas, refiriéndose a él supersticiosamente como si fuera inminente.

Elio, a quien, como pasajero de más alto rango, se le había permitido participar en la reunión, dejó que los marinos acabaran su charla antes de preguntar por Lucino Sóter, cuya destacada posición en la comunidad de comerciantes expatriados no podía ser ignorada por Soknopaios.

—Estaba a punto de hablar de él —respondió el egipcio un tanto sorprendido—. ¿Tuvo usted negocios con él, legado?

—¿Cómo que si «tuve»? Todavía los tengo.

—Me temo que no. Sóter ha muerto.

—¿Que ha muerto? ¿Cuándo?



Ben Pastor

Conspiratio

—Dos días antes de que zarpáramos, en un desafortunado accidente. Ardió con su casa, cerca de las termas de Tito. Al parecer, una lámpara se cayó al suelo de su estudio y, dado el calor de la estación y las muchas telas que tenía almacenadas, todo el edificio fue pasto de las llamas antes de que pudieran intervenir los ediles encargados de apagar el fuego y sus hombres. A duras penas consiguieron salvar las casas vecinas. Su secretario sufrió graves quemaduras al intentar salvar parte de la correspondencia, y no se sabe si sobrevivirá.

Los dos marinos intercambiaron las convenientes expresiones de horror y condolencia, tras las que Soknopaios pasó a otras noticias, mientras Elio se quedaba con la extraña sensación de que la fatalidad —o algo peor— le había privado de una fuente potencialmente importante de información en Roma. Luego, cuando Soknopaios se disponía a coger el bote que lo devolvería a su barco, le preguntó:

—Capitán, ¿qué dice la comunidad egipcia sobre la muerte de Sóter?

—En verano hay que tener cuidado con el fuego, legado. Ha sido una gran pérdida para todos nosotros, pues era un hombre muy culto que utilizaba su riqueza en beneficio de nuestros intereses. En estos tiempos económicamente tan difíciles, varios santuarios de Isis en Roma dependían de su mecenazgo, y quién sabe qué suerte correrán ahora. Fuera cual fuese su negocio con él, su única esperanza es encontrar aún con vida a su secretario. Se llama Filo, y creo que lo llevaron a casa de su hermano, pasada la Puerta de Ostia.

Con una agilidad sorprendente para un hombre de mediana edad, Soknopaios se descolgó hasta el bote a lo largo de una cuerda. Elio se inclinó sobre la borda.

—¿Tenía familia? —le preguntó—. ¿Podré hablar con ellos?

—La perdió durante la Rebelión, legado. El secretario es su única opción.

Como había pronosticado el capitán del *Felicitas*, el tiempo empeoró a los cuatro días de zarpar de Alejandría, empezando con una neblina por el horizonte septentrional. Allí, apenas iniciada la mañana, la nítida línea entre el agua y el cielo se difuminaba hasta desaparecer, creando la ilusión de que un muro de niebla se había alzado para ocultar el fin del mundo. El sol que se elevaba, lejos de conseguir atravesarlo, se reflejaba en él y se teñía de un amarillo pálido, que recordaba el de una tormenta de arena que se acerca. El capitán y su tripulación realizaban sus tareas diarias con un ojo puesto en aquel muro amarillento. En la puerta de su camarote, Elio leía los viejos documentos del archivo de Ptolemaion y tomaba notas.

El mar permaneció en calma hasta mediodía, cuando las cálidas ráfagas de viento que soplaban desde el norte comenzaron a agitar la vela. Poco a poco, el agua se fue



Ben Pastor Conspiratio

enturbiando y poblando de blancas crestas, que cubrían como una red el tumultuoso piélago. Elio todavía podía leer, pero tuvo que renunciar a tomar notas, pues los movimientos del barco cada vez eran más impredecibles. En lo alto, las rachas de viento hacían crujir las jarcias, mientras de los costados y la quilla empezaban a llegar los infinitos ruidos de un casco de madera sometido a presión. Al cabo de una hora, el barco cabeceaba de tal modo que Elio comenzó a sentir náuseas y tuvo que suspender la lectura.

Por suerte, había tenido la precaución de asegurar los pocos objetos sueltos que había en su camarote, lo que le ahorró tener que perseguirlos por cubierta como sus colegas de la caballería, afanados en recuperar copas y otros objetos personales, que rodaban en todas direcciones. La preocupación por los caballos y el resto de los animales de la bodega mantenía a soldados y cuidadores bajo cubierta, pero si el viento persistía y se desataba una tormenta no tardarían en requerirlos para que ayudaran a recoger trapo. El sol seguía brillando, pero sus contornos fueron esfumándose a medida que la niebla se aproximaba al barco, o el barco a ella, hasta que la luz desapareció del cielo. Elio, que había fijado clavos en el suelo para inmovilizar las esquinas de su escritorio portátil, hizo otro tanto con el baúl. Cuando salió del camarote dando tumbos, enormes raciones de agua se desplomaban sobre la proa y, con la desaparición del azul del cielo, el mar se había tornado sobrecogedoramente gris. Ni el capitán ni el armador parecían preocupados, pero, tal como uno de los tambaleantes oficiales de caballería le recordó sombríamente a Elio, los marinos tienen fama de precipitarse a sus tumbas de agua sin pestañear.

—No creo que haya para tanto —respondió Elio, que en realidad no tenía ni idea sobre la gravedad de la situación—. Voy a bajar un momento a la bodega para ver cómo está mi caballo. Si quiere acompañarme...

—No, no. Si nos hundimos, prefiero verlo venir a morir atrapado ahí abajo.

De hecho, la tormenta fue dura y, aunque la habilidad en las maniobras permitió a la tripulación evitar lo peor, la niebla se convirtió en lluvia, que no tardó en caer a cántaros sobre el barco, mientras el mar seguía encrespándose a su alrededor, de un modo tanto más exasperante cuanto que sobre el horizonte meridional, tras la agitada cortina de agua, el cielo aparecía amarillo y despejado. En la profundidad de la bodega, los animales estaban aterrorizados, y sería un milagro si las avestruces no se rompían las patas o se morían de pánico. El hedor a excrementos de las jaulas de los leones llegaba mezclado con los rugidos de los animales, mientras que las ovejas, pese a estar sedadas, se apretujaban formando un tembloroso amasijo. El terror de aquellas criaturas, prisioneras e indefensas, sobrecogió a Elio, cuyo caballo —ya en su cuarto viaje por mar— parecía tan asustado como las monturas de la caballería. Los perros, sujetos con cadenas, habían dejado de ladrar y estaban encogidos. Cuando Elio intentó acariciar a uno, recibió un mordisco.



Ben Pastor

Conspiratio

Entre tanto, pese a su optimismo, se mantenía con el oído alerta a los golpes de mar, temiendo escuchar el que significara la rotura del casco. Pero el quejumbroso *Felicitas Annonae*, parecía mantener tanto la estabilidad como una carena razonablemente seca. Cabeceaba de un modo inquietante, pero no se escoraba, y si uno conseguía olvidarse del peligro y la inminencia de la noche casi podía disfrutar con su frenético movimiento.

Era más de lo que Elio pudo decir respecto de sí mismo o cualquiera de los demás cuando la noche los envolvió y sabe Dios cómo se impuso la tripulación al mástil, la vela y el agua que azotaba la cubierta, donde no se permitió permanecer a nadie más. Como más tarde resumió en su cuaderno, la impotencia de aquellas horas interminables era «para ser olvidada».

26 de Epifi (sábado 21 de julio)

Que capearan el temporal se debió tanto a la obstinación del capitán como al hecho de que la tormenta los dejó atrás. La mañana del sexto día, el incesante cabeceo entre las hinchadas olas cambió perceptiblemente; el ángulo se volvió menos acusado y la lluvia cesó. La espuma seguía estallando sobre la proa, pero no tan violentamente. Cuando se alejaron lo suficiente del borde de la tormenta y el mar dejó de agitarse con aquel frenesí, Elio, empapado y solo con los marineros en cubierta, pudo ver que, a unos pocos largos de la popa, el oleaje persistía, mientras la lluvia formaba círculos y la niebla ocultaba la incipiente luz del día.

Ahora Creta quedaba al noreste, dijo Expósito, más lejos que si hubieran mantenido el rumbo.

—Si siguiéramos éste, llegaríamos a África, pero no lo seguiremos mucho tiempo.

Aquél era el trecho en el que normalmente se habrían cruzado con los barcos que hacían la ruta entre Gortina y Cirene. No se veía ninguno, pues la tormenta debía de haberlos desviado a todos. Al salir el sol, los marineros señalaron trozos de madera que flotaban a babor. Una chalupa medio hundida pasó cerca del casco, y la sobrecogedora iridiscencia del agua indicaba el naufragio de un barco cargado de aceite. Durante dos horas, el *Felicitas* navegó en círculo alrededor de la zona con la vana esperanza de encontrar supervivientes. Cuando, a unos palmos de profundidad, vieron pasar un trozo de vela en el que podía leerse: *Tetis*, Expósito ordenó a un hombre que se atara a la borda con una cuerda y se sumergiera para recuperarlo.



Ben Pastor Conspiratio

—Conozco al capitán —se limitó a decir, y ése fue todo el duelo que se permitió en el barco.

Hasta esa tarde, siguieron luchando por alejarse del peligro, pero sólo al iniciarse la puesta de sol, implacablemente lenta, el *Felicitas* consiguió dejar atrás el borde exterior de la tempestad, zarandeado por el viento pero intacto, con su gran vela recogida y chorreante y sólo los bien estibados sacos de grano en su ubicación original. En la ancha cubierta, el agua llegaba a la altura de los tobillos en el ángulo más escorado en cada momento, pero el vigoroso achique y el buen tiempo hacia el que se dirigían no tardarían en resolver el problema. Cuando el sol iluminó la oscilante balsa de agua, parecía que puñados de oro, barridos sobre las tablas de la cubierta, rodaran y se amontonaran aquí y allá.

—Por los dioses que, cuando llegue a puerto, pido que me manden a una oficina y no vuelvo a embarcarme —aseguró uno de los oficiales de caballería, que iba hablando con su hermano.

Fue en aquel oscilante charco de agua salada donde Elio se lavó la rígida y amoratada mano derecha, que el perro le había dejado señalada en el dorso y la palma, alrededor del pulgar. Si cerraba los ojos (y apenas lo había hecho en toda la noche, como los demás), podía imaginarse en el río, en Egipto, como la primera vez que lo había remontado, para ir a luchar contra los rebeldes. O aquella última, cuando su única obligación era estudiar al divino Adriano y todavía no sabía que Anubina se había casado y era madre de dos hijos.

En esos momentos, pensó, en Egipto, la crecida debía de estar desbordando acequias y canales, saltando diques, extendiéndose por la negra tierra, deshaciendo los muretes de adobe de los campos... Los patos y las gaviotas se estarían disputando los desperdicios, y las ratas, ahogándose en los inundados sótanos. Y los cocodrilos tendrían que deslizarse al agua marrón, invisibles para sus presas hasta que fuera demasiado tarde. Qué llevadero el escozor de su mano herida, comparado con lo que le había ocurrido a Sereno en el Nilo y, por lo que él sabía, con lo que podría haberle ocurrido al propio Antinoo.

—De aquí a Sicilia, será un paseo —oyó pronosticar al capitán, a lo que el lacónico Expósito respondió con un gruñido de aprobación.

Elio se apretó la palma de la mano para hacer brotar la sangre fresca y el suero. Cuando estaba acabando de lavársela, vio subir de la bodega a uno de los cuidadores de los animales, se irguió y se acercó a él. El hombre, un sardo bizco y patizambo, lo reconoció de inmediato.

—El perro ya ha recibido su merecido —se apresuró a decirle, temiendo que el militar la pagara con él por el mordisco que había recibido durante la tormenta.



Ben Pastor

Conspiratio

—¿Cuántos animales lleváis? —lo atajó Elio.

—¡Ah, es eso! —murmuró aliviado el sardo, perdiendo el equilibrio un instante y agarrándose a la cuerda más cercana antes de que rompiera la siguiente ola—. Pues... unos setenta y cinco, señor. Seis parejas de leones, una docena de avestruces, leopardos, toda una manada de gacelas y un tigre, además de puercoespines y perros salvajes para azuzárselos a los pigmeos.

—¿Cuánto quieres por los perros?

—Ya están vendidos.

—¿Cuánto? Seguro que no es la primera vez que vendes animales dos veces.

El cuidador se hizo el ofendido, o porque rechazaba la acusación o porque se olía una encerrona.

—Pero, legado, no son simples perros, son perros salvajes...

—Son chuchos. Puede que vivieran en libertad, pero no son más que chuchos. Uno todavía lleva la marca del collar.

—Puede ser, pero cazarlos me cuesta tanto como cazar lobos o hienas.

—¿Cuánto te pagan por ellos en destino? No me mientas, porque tengo medios para averiguar la verdad.

El sardo masculló el precio.

—Eso, sin contar los gastos de transporte...

—Los compro todos.

El sardo extendió la mano, viendo que, como todo el mundo en el barco, Elio llevaba la bolsa atada al cuello.

—¿Y para qué los quiere?, si puedo preguntárselo.

—Eso no es asunto tuyo.

Los cabeceos y balanceos del barco se prolongaron hasta la llegada de la noche, cuando la tempestad amainó al fin y el *Felicitas* volvió a tener tiempo bonancible, aunque, según el capitán, continuaba navegando rumbo a la costa meridional de Sicilia. El noveno día amaneció antes de que avistaran Malta, e incluso entonces un fuerte noreste los empujó hacia occidente y les impidió poner proa a Catania y el estrecho inmediatamente.



Ben Pastor

Conspiratio

(miércoles 25 de julio)

En el mapa de Elio, aquel soleado y solitario lugar de la costa se llamaba Chalis. Por la Historia, sabía que había sido el emplazamiento de la antigua gran ciudad griega de Gela, sobre la que escribieran Herodoto y Diodoro. Había sido totalmente destruida y abandonada hacía quinientos años y ahora sólo el estuario del río del mismo nombre y unas lastimosas ruinas cubiertas de maleza señalaban su localización al viajero. A Elio le habría gustado poder decir que reconocía los gloriosos muros de Timoleón y los lugares en los que griegos y cartagineses habían acampado para combatir, pero no quedaba nada. Por no quedar, no quedaba ni el puerto, reducido a una playa con unos rompeolas medio sumergidos. No lejos de la orilla, se alzaban las cabañas de los pescadores, con sus barcas de remo y sus redes puestas a secar.

No obstante, frente a la costa fondeaba un pequeño barco militar y en tierra se observaba cierta actividad. Se veían cajas, barriles y material de construcción apilado, junto a los que unas mulas, ya cargadas, esperaban a los arrieros. Cuando el *Felicitas* ancló junto al barco de la Armada, Elio se presentó y preguntó por el capitán. Éste le explicó que escoltaban un cargamento de obras de arte y materiales preciosos para la nueva villa de Maximiano Augusto.

—No veo ninguna construcción —observó Elio.

El oficial de marina hizo un gesto vago hacia el terreno que se elevaba detrás de la playa.

—No es por aquí. Está en el interior, junto a Filosofiana, a dos días de marcha.

Elio estudió su mapa pensativamente.

—¿Hay algún camino que lleve allí? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Desde aquí, todavía no. Pero, cuando llegas, te encuentras la vía militar entre Agrigento y Catania.

Entre tanto, el capitán del *Felicitas* había decidido aprovechar la coyuntura y reabastecerse de provisiones y agua. Además, la vela necesitaba pequeñas reparaciones, y aquel sitio era tan bueno como cualquier otro para reponer fuerzas tras la tempestad.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse aquí? —le preguntó Elio.

—Hasta mañana. Luego retrocederemos para rodear Pachino y dirigirnos a Catania, nuestro puerto de origen.

—¿Cuándo llegaremos?



Ben Pastor Conspiratio

—El domingo a mediodía, si los dioses quieren.

Elio asintió.

—Entonces, nos encontraremos allí. Desembarcaré aquí con algunos hombres y provisiones e iré por tierra hasta Catania.

—Como quiera, legado. Nos quedaremos aquí un día, pero, una vez icemos el ancla, no esperaré a nadie.

—Conforme.

Liberados de sus cadenas, los perros subieron trotando a cubierta y siguieron alegremente a su cuidador pasarela abajo. Una vez en la playa, formaron un semicírculo y empezaron a olisquear la arena y los montones de algas arrojadas a la orilla por la tempestad.

—¿Y ahora qué? —le preguntó el sardo a Elio—. Si lo que quiere es matarlos usted mismo, al menos deje que me quede los cadáveres para los leones, legado.

—Me acompañarán al interior —respondió Elio con un gesto de irritación.

—¿Y por qué llevárselos tan lejos para matarlos? ¡Nunca había oído nada tan absurdo!

Notas de viaje de Elio Espartiano:

Acompañado por tres de mis hombres, partí desde la costa tan pronto como nos lo permitió el obligado sacrificio de acción de gracias. Tras regatear un poco, conseguí de los lugareños unos caballos excelentes, porque, después del viaje por mar, los nuestros se tambaleaban. Afortunadamente, aunque, tal como dijo el capitán de la marina, no existe camino pavimentado, el tráfico de mulas, burros y trabajadores por el largo tramo que separa la costa de la futura villa imperial ha trazado un sendero fácil de seguir.

De hecho, a lo largo del camino hay pequeños figones donde es posible aprovisionarse de agua y comida, de modo que pudimos avanzar a buen paso, pese a la variopinta compañía de los perros. En dos ocasiones creímos haber perdido a uno de ellos, que no obstante volvió ambas veces, tras lo cual reanudamos la marcha sin demora y, al mejor estilo de la caballería, llegamos a nuestro destino, una posta en la vía militar llamada Gelensium Filosofiana, a primera hora del viernes. El cercano terreno en construcción es espectacular; si no hubiera visto las obras del palacio de Su Divinidad en Espalato, lo que están haciendo aquí me habría dejado boquiabierto. El capataz echó un vistazo a mis siempre útiles cartas de presentación e inmediatamente me ofreció su vivienda, encargó comida y —convencido de que estaba allí en misión oficial— se apresuró a enseñármelo todo, mientras recitaba la lista de las cosas que



Ben Pastor

Conspiratio

dejaba para el día siguiente. Compruébese más abajo mi buena disposición al respecto.

Los hornos de ladrillos y las chozas de los canteros rodean una enorme área parcialmente construida, en la que las innumerables teselas para los mosaicos forman auténticas colinas de diversos colores. Para hacer los diseños, han traído a trabajadores africanos, y pese a nuestra larga cabalgada he tenido que ver uno tras otro los cartones de lo que prometen ser hectáreas de mosaicos representando paisajes, escenas de caza y todo tipo de actividades y diversiones estacionales.

Tras negarme, con una excusa educada a abusar de la mesa y la cama del capataz, comí al aire libre con mis hombres y, poco antes del atardecer, di un paseo hasta un cercano santuario dedicado al divino Adriano, que visitó la zona tras su famosa ascensión al Etna para contemplar el arco iris sobre su cima. El pequeño pero elegante templo se encuentra abandonado y el bosquecillo de laureles que lo rodea, y que en otros tiempos debió de estar cuidado con primor, es un enmarañado rastrojal por el que tuve que abrirme paso con mi puñal. Llevaba conmigo suficiente incienso para ofrecerlo en el altar, que estaba cubierto de maleza y vencido hacia un lado, pues las raíces de los laureles lo habían levantado del suelo.

He sabido que los lugareños tienen su propia teoría sobre lo que le ocurrió al bendito Antinoo tras ahogarse en el Nilo: su cuerpo nunca apareció en el río, porque emergió de las aguas del lago Pergo, que se encuentra al norte de este lugar, tras viajar durante siete días por el mundo inferior. Como prueba, el capataz me mostró una hermosa estatua de bronce de Apolo —que probablemente data de la época del dominio griego—, a la que erróneamente llaman Antinoo el Renacido. La estatua fue hallada a la orilla del lago hace algunos años y trasladada aquí, donde se alza bajo un pequeño techado, junto a la posta, y es objeto de cierta veneración por parte de los niños campesinos y sus madres.

Pergo es sin duda el lago del mismo nombre en cuyas cercanías sitúa Ovidio, en el libro quinto de las *Metamorfosis*, el rapto de Proserpina por parte de Hades. El capataz me hizo una vivida descripción de sus salobres aguas, que se convierten en sangre en esta época del año, según sus propias palabras, «desde la muerte del bendito Antinoo». Quizá fuera la hora tardía, pero el modo en que me habló de ese sitio casi consiguió estremecerme. Pasando a un tema más alegre, parece que la mitad de los pájaros de Sicilia (y no sólo los cisnes que menciona el poeta) anidan en las orillas del Pergo.

Por simple curiosidad, y ya que hablábamos del asunto, le pregunté si la gente de por aquí también tiene alguna teoría sobre las circunstancias de la muerte del Efebo. «Murió como Patroclo», fue su respuesta. Confieso mi sorpresa, pues es exactamente lo mismo que dice el librito que compré en Oxirrinco.



Ben Pastor

Conspiratio

—Pero Patroclo murió en el campo de batalla —objeté yo, a lo que el capataz replicó echando atrás la cabeza y chasqueando la lengua, la habitual respuesta siciliana, que me dejó tan a oscuras como estaba.

En cualquier caso, le comuniqué que deseo dejar los perros aquí, bajo protección imperial, y que cuidarlos correrá de su cuenta. El capataz se mostró mucho menos contrariado de lo que esperaba (los civiles empiezan por gruñir, para darte a entender que te están haciendo un favor), pues parece que últimamente los lobos y los zorros han estado merodeando alrededor del terreno en construcción, por lo que una jauría de perros no puede ser sino bienvenida.

Escribo esto bien entrada la noche, pues mi intención es no acostarme, para ponerme en camino con mis hombres antes del amanecer y seguir la excelente vía militar que lleva a Catania. Descansaremos mañana por la noche, probablemente en Capitoniana, y llegaremos al puerto con bastante adelanto sobre la fecha de salida hacia Roma del *Felicitas Annonae*.

Catania, Sicilia, 4 de Mesore
(domingo 28 de julio)

En Catania, Elio descubrió que la unidad de caballería había desembarcado y continuado viaje a su destino, y que todos los avestruces, dos de los leones y varios puercoespines habían sido entregados a los promotores de espectáculos locales. Los juicios contra los cristianos se celebrarían esa semana, y el sardo bizco aseguraba que iban a torturarlos atándoles puercoespines a la espalda, pero Elio tenía sus dudas. Con sus hombres ya a bordo, todavía le dio tiempo a visitar la librería de detrás del odeón, donde encontró una relación del viaje a Sicilia de Adriano durante el octavo año de su reinado.

El capitán fue fiel a su palabra, y a mediodía habían zarpado. No tardaron en dejar atrás la inquietante mole del Etna y bordear la costa oriental de la isla, con la vía costera a Mesina siempre a la vista. Salvado el estrecho de Sicilia, que el *Felicitas* pasó sin contratiempos, Elio navegó por el Tirreno por primera vez en su vida. Garabateaba sin descanso, tomando notas para sí mismo, que elaboraría posteriormente:

Es la temporada del pez espada, que se desliza en amplias bandadas azules por un mar increíblemente fértil. Los delfines brincan y chillan pidiendo comida a nuestro alrededor. Cada sitio de la costa es un lugar histórico



Ben Pastor Conspiratio

importante. Rhegio, el cabo Palinuro, Velia, el Vesubio, la Isla de la Cabra, Cumas, Fomio... Hemos pasado, o vamos a pasar, frente a todos ellos, y hay muchos más. Demasiado excitado para dormir. El tiempo, espléndido, aunque el capitán barrunta viento, que probablemente nos empujará hacia el norte de Ostia. Expósito refunfuña, pero yo me felicito. Me gustaría entrar en la Ciudad por el norte, pues la tumba del divino Adriano no está lejos de la colina del Vaticano.

Frente a Tarracina —donde los marineros aclamaron a gritos el templo de Júpiter, erigido en una montaña escalonada en terrazas—, el *Felicitas* se encontró con el pequeño, ligero y flamante *Providentia Deorum II*, que navegaba con rumbo sur y viento favorable siguiendo la ruta Ancio-Leptis Magna-Cirene-Alejandría.

Naturalmente, se produjo el habitual intercambio de bromas, buenos deseos y cartas.

—¿Hay algo a mi nombre? —preguntó Elio—. Sería una lástima que llegaran mensajes a mi dirección en Egipto, cuando estoy tan cerca de Roma.

Revisado el correo de inmediato, le entregaron tres misivas. Dos eran respuestas a peticiones de información que había enviado hacía semanas: la confirmación de la existencia, en el Archivo del Estado, de un inventario oficial de los edificios construidos durante el reinado de Adriano, y la lista de precios de un librero. La tercera carta, escrita con una letra sorprendentemente apretada, era del potencial colaborador que le había buscado Tralles. Fechada el jueves anterior, había llegado al *Providentia* al día siguiente y, apenas iniciado su viaje a Egipto, a las manos de Elio, de forma realmente providencial.

Carta de Aviola Parato a Elio Espartiano:

Aviola Parato al estimado tribuno Elio Espartiano, con mis saludos y buenos deseos.

Con enorme alegría, señor, he sabido por su antiguo camarada Gavio Tralles que podría interesarle utilizar mi experiencia profesional en lo que entiendo es una importante investigación histórica relacionada con el reinado del divino Adriano. Aunque no me atrevo a afirmar que decida hacerlo, la simple oportunidad de volver a ser útil a mi emperador a través de usted me llena de esperanzas y me proporciona un gran consuelo. Por su propia experiencia militar, indudablemente comprenderá la situación de un veterano que sigue teniendo suficiente energía para servir, pese a las limitaciones de su



Ben Pastor Conspiratio

incapacidad. Es mi ferviente deseo que mis conocimientos sobre los asuntos de Egipto, su historia, sus lenguas y varias ciencias (que incluyen, pero no se limitan, a la Paleografía, la Astronomía y la Geografía) merezcan su consideración.

Actualmente, como quizá sepa por su camarada, vivo con unos familiares en Minturno, pero estoy en condiciones de encontrarme con usted y ofrecerle personalmente mis servicios cuando disponga. Si accede a concederme una entrevista, le bastará con dejar una nota a mi nombre al dueño de la taberna del Oso en la Calavera, al otro lado de la puerta romana de Minturno. El 1 de agosto, sin embargo, estaré en mi propio establecimiento, *A la Gloria de Nuestro Señor Aureliano*, sito en la duodécima milla de la Vía Labicana. Me trasladaría a Egipto, o allí donde se encuentre, sin demora. Por supuesto, si sus viajes lo trajeran a Italia, estaré a su disposición, si lo desea, tan pronto como tome tierra.

En recuerdo de nuestra común lucha durante la Rebelión, y con sus más sinceros saludos, queda respetuosamente suyo G. Aviola Paratus (habiendo escrito de su puño y letra la presente, cuyas vacilaciones ortográficas espera disculpe el apreciado tribuno, el vigésimo sexto día de julio en Ancio, donde se encuentra visitando a unos parientes).

Era el primer giro prometedor en su investigación. Alentado por la carta, Elio confiaba en desembarcar en la fecha prevista. Pero el olfato del capitán para los vientos contrarios volvió a confirmarse. El mal tiempo «en algún punto entre las montañas ausonias y las marismas», según sus palabras, creó la suficiente agitación en el mar como para apartar de Astura al *Felicitas*, que hubo de mantenerse alejado de las aguas turbulentas un día más. La Vía Severiana, Laurencio, Ostia y Porto parecían huir por el costado de estribor, con sus villas y arboledas, rompeolas, puertos y faros, descorazonadoramente lejanos. Otros barcos cabeceaban y se balanceaban con rumbo norte en busca de amarraderos más seguros, mientras las barcas de pesca se adentraban en el mar. Expósito refunfuñaba entre dientes, pero el retraso era inevitable.

La mañana del miércoles, último día de julio, el mar parecía una balsa de aceite. Pese a que al norte el cielo, eternamente preñado de tormenta y cargado de rayos, según el capitán, estaba negro como la pizarra sobre colinas de hierro, en Alsio semejaba un bruñido espejo, con tiempo ventoso y cálido.

—Sería mejor que se dirigiera a Roma desde aquí —le sugirió Expósito—. Tardará menos que si continúa con nosotros.



Ben Pastor

Conspiratio

Elio no se lo pensó dos veces. Las instalaciones del puerto eran modestas pero adecuadas; no obstante, Alsio había vivido tiempos mejores. Ahora, desde la orilla, sólo un puñado de grandes villas parecían habitadas; las puertas que daban a la playa estaban cerradas, los estanques no mostraban signos de uso reciente y las enredaderas ocultaban los muros e invadían los senderos. La residencia imperial, cuyas obras de arte describía la guía de viajes de Elio, daba la impresión de haber permanecido cerrada desde mucho antes de la Rebelión; en la entrada, los criados le aseguraron que en cerca de diez años no la había visitado ninguna comitiva oficial. Según Harpocracio, Sereno Dío había conseguido comprar al guarda una colección de libros, dos de los cuales —un diccionario etrusco-latín y una gramática etrusca— se suponía que estaban allí desde tiempos del divino Claudio. Dio, sus tejemanejes y su muerte parecían estar a mundos de distancia de aquella elegante reliquia, e incluso Antinoo había vuelto a la memoria de Elio, cuando reconoció una pequeña estatua del Efebo en un santuario engalanado de flores en un cruce de caminos. Allí despidió a su escolta, que continuó viaje hacia Castra Peregrina, o «Campamento Extranjero», actual cuartel del servicio especial, en la colina Celia. Elio seguiría a sus hombres a caballo, sin el embarazo de la impedimenta, para poder saborear su primera visita a la península Itálica, al sur de Bononia.

Hizo un alto en una posada de la Vía Aurelia llamada Las Torres, para escribir una nota a Aviola Parato. «No veo el momento de encontrarme con usted —escribió como conclusión—, pero antes tengo que resolver otro asunto. Por favor, espere noticias mías pasada la primera semana de agosto.»

Para sí mismo, escribió:

Todo lo que dicen los libros sobre esta región es cierto, desde lo referente a la villa donde Julio César se encontró con el grupo de patricios a su regreso de África hasta el *maritimus et voluptuarius locus* de Marco (Fronto). Encinas y olivos, oscuros bosquecillos y riachuelos entre hileras de arbustos, fuentes de aguas minerales abandonadas, antiguos túmulos de caudillos etruscos (Estrabón), jalonan el camino. En las antaño poderosas Caere y Arteria, ya sólo las ruinas de las ciudadelas señalan su emplazamiento. Avanzo siempre en dirección sudeste, atento a no desviarme, pues por aquí los caminos secundarios se multiplican. Tengo que seguir la Vía Aurelia al menos hasta el octavo mojón antes de Roma, donde se supone que encontraré la Vía Cornelia... ¡y divisaré los muros de la Ciudad!

Un curioso incidente al entrar en la posada de Las Torres: nada más verme, sin tener la menor idea de quién era, el patrón me dijo que una hora antes un par de hombres habían preguntado por alguien que respondía a mis señas. Una confusión, supongo. ¿Cómo iba a saber nadie que pasaría por allí, cuando tenía previsto desembarcar en el puerto de Roma? O es una confusión, o tenía



Ben Pastor

Conspiratio

razón Ben Matías al decir que debía andarme con ojo incluso a bordo. Es muy fácil comprar a los marineros, y es posible que alguno de ellos se enterara de mi llegada, incluso de que desembarqué en un sitio distinto del previsto. Y ¿quiénes son esos hombres que van por delante de mí? ¿Serán egipcios? ¿Gente que quiere asegurarse de que no encuentre la auténtica tumba de Antinoo y los documentos que supuestamente guarda? La idea de que ha habido una conspiración contra Roma durante todos estos años se insinúa en mi mente, pero aún no cobra una forma definida. No pude obtener una descripción de la susodicha pareja, porque con quien habían hablado era con el hijo del patrón, que se había ido a buscar provisiones a Volaterra.

Sin embargo, gracias a ese presumible error de identificación, ahora el «polvoriento camino» a Baebiana del que hablaba Marcial me parece un poco menos seguro, y miro con suspicacia a todo aquel con quien me cruzo.

Cerca de Baebiana, a quince millas de Roma, Elio no pudo resistir la tentación de desviarse para ver una quinta que había pertenecido a Virginio Rufo, quien, muerto Nerón, había rechazado la corona en dos ocasiones. Sus pórticos eran de piedra, con conchas incrustadas, extraída de una cantera cercana. A menos de una milla de la cantera, a mano derecha del camino, se alzaba un pequeño puesto militar. Ocupado por soldados panonios, limpio y en buen orden, era el sitio ideal para abreviar el caballo. El suboficial al mando acababa de recibir el parte de uno de sus hombres, y se puso en pie para saludar al recién llegado.

—Ha estado persiguiendo a un furtivo —le explicó a Elio con la voz ronca de quien está acostumbrado a gritar—. Aunque, si ese cabrón es un furtivo, legado, entonces yo soy un hijo de puta.

—¿Por qué dice eso?

—Estaba haciendo señales a un compinche allí arriba, en lo alto de la cantera.

—¿Es que aquí no se avisan los furtivos cuando ven llegar al ejército?

—Pero no usan banderas, ni hacen esto. Mire lo que ha anotado mi hombre.

Garrapateado con tiza en un trozo de pizarra a toda prisa, Elio leyó:

«I izquierda-I derecha; I izquierda-V derecha; 3 izquierda-I derecha; II izquierda-II derecha; IV izquierda-V derecha; IV izquierda-III derecha; IV izquierda-V derecha; I izquierda-V derecha; III izquierda-III derecha; II izquierda-II derecha; IV izquierda-IV derecha.»

—Son señales del ejército, legado.

—Ya lo veo.



Ben Pastor

Conspiratio

En Armenia, había habido noches de pesadilla en las que el único contacto con la unidad más cercana, en un territorio infestado de enemigos, era el sistema de señales. Elio declinó con un ademán el ofrecimiento de tiza y traducción del suboficial, porque ya había descifrado el mensaje.

—¿Ha capturado su hombre al furtivo? —preguntó devolviéndole el trozo de pizarra.

—Perdió el tiempo apuntando la secuencia de señales y luego volvió aquí a toda prisa para enseñármelo. Su compañero de patrulla aún sigue buscando al emisor y el receptor, y he ordenado a otros dos hombres que peinen la zona. No tengo ni idea de lo que se traen entre manos, pero desde luego no son cazadores.

—Depende de lo que quieran cazar. —Elio ya estaba al otro lado de la puerta y se disponía a montar—. Si los cogen, reténgalos aquí y dé aviso inmediatamente a la Selecti Alae Ursicianae, mi guardia personal, en el cuartel del servicio especial.

—¿Dónde está eso?

En el ejército, los cambios de denominación tardaban en popularizarse.

—Es el antiguo cuartel de la unidad extranjera —aclaró Elio.

Era pasado mediodía, y las sombras se habían agazapado al pie de los árboles y los muros de mampostería. Cuando Elio retomó la Vía Aurelia, las cigarras enmudecieron, pero al cabo de unos instantes volvieron a chirriar a sus espaldas. Ante él, el terreno, cada vez más ondulado, ocultaba el camino, volvía a mostrarlo a lo lejos y lo ocultaba de nuevo tras otro cambio de rasante. Villas en venta, con los aleros adornados con guirnaldas de nidos, languidecían en medio de resecos jardines. Elio siguió cabalgando a medio camino entre la inquietud y una curiosidad irritada; porque, lo buscaran o no a él los dos hombres de Las Torres, el mensaje de las banderas era inequívoco: *aelius venit*. Así que sabían su nombre. Y que venía a Roma. Fingiéndose viajeros o cazadores furtivos, lo cierto es que iban tras él. El riesgo siempre le había atraído y, en cierto modo, esta vez también. Los recuerdos de aquellas tardes durante la Rebelión volvieron, y con ellos la sombría habitación de Anubina, que lo ayudaba a quitarse la coraza y le decía: «Te quito esta prenda peligrosa, y ésta, y ésta» hasta que él quedaba desnudo frente a ella. «La añoro —se dijo—, y saberla casada, feliz y con dos hijos me hace sentir solo y celoso.» En Laurio (el dueño de la posada local, concentrado en impermeabilizar una enorme cisterna, lo pronunciaba «Lario»), se alzaba otra villa imperial, con su edificio principal en lo alto de una colina, como un castillo en medio de la llanura que la rodeaba, a una milla de un pequeño puente. La guía de viaje afirmaba que permanecía abandonada desde Cómodo. Insulsos tenderetes flanqueaban un trecho del camino, tras el que todo eran subidas y bajadas, «un montón de empinadas y resbaladizas cuestas», en palabras de Fronto. Al menos, no se veía a nadie que lo buscara.



Ben Pastor

Conspiratio

Era media tarde cuando cruzó otro puente en un lugar llamado —curiosamente, para él— «Caput Serapi». Pero no se veía ningún mojón de estilo egipcio, y el enorme sepulcro redondo que vigilaba la orilla con sus desgastadas estatuas guardaba silencio sobre cualquier posible relación con África. Allí el camino se bifurcaba, y en el mojón podía leerse *via portuense*, recién escrito sobre el antiguo nombre, *via vitelia*. En la Aurelia, los prados iban dando paso a pequeños y frondosos valles llenos de pájaros. Mientras los pájaros cantaran, cabía pensar que no había nadie al acecho. La vieja costumbre de mantenerse alerta persistía pese a todo lo que veía y oía, sin quitarle un ápice de encanto al paisaje. Pronto, brotando como un líquido bajo árboles, tumbas y solitarias granjas, las sombras empezaron a alargarse. Al pie de las colinas, rebaños de ovejas y vacas panonias emprendían el regreso a sus rediles y establos.

Separada del camino por un descampado en el que los mosquitos se arremolinaban sobre huellas de pezuñas llenas de agua, se veía una aldea rodeada de árboles, que no estaba señalizada por ningún letrero, pero figuraba en la guía de Elio con el nombre de Buxo. Efectivamente, el boj abundaba; un bosquecillo de dichos arbustos rodeado por una cerca debía de ser la «*silva mesia*» mencionada. La patrona de la cercana posada era la mar de comunicativa. Le calentó la cabeza con un montón de chismes sobre los cristianos que se acercaban al lugar a honrar a dos de sus «mártires» («Rufina y Segunda... ¿Dónde se ha visto que unas supuestas santas tengan nombres tan vulgares?») y sobre una familia de judíos cristianizados de un sitio cercano llamado Ninfa («Los padres también tienen nombres corrientes, pero los de los dos hijos... ¡no hay quien los pronuncie!»). Al preguntarle si alguien se había interesado por la llegada de un oficial, respondió negativamente.

—Que tenga una posada no significa que me pase el día cotilleando, ¿sabe usted?

Mientras contaba el dinero que le había dado Elio en pago del forraje y el tentempié, la mujer refunfuñaba sobre la carestía de la vida y la mala marcha del negocio.

—Los cristianos serán grotescos, pero al menos con ellos había un poco de actividad. Ahora apenas pasa nadie, aparte de los arrieros, y éstos gastan lo justo. Si no fuera por el vivero de rosas de más adelante, tendría que cerrar.

El día de verano comenzaba a declinar. Elio decidió apretar el paso hasta el lugar donde podría contemplar la ciudad desde lo alto y pasaría la noche. Densos pinares flanqueaban el camino pasado el vivero de rosas mencionado por la posadera, que había pertenecido a un liberto de Cómodo. Según la guía, más allá empezaba un tramo de terreno abrupto, jalonado por profundos valles de arenisca, cañones excavados durante siglos de extracciones, cañaverales que se extendían a lo largo de millas, hornos de ladrillos y cementerios del ejército y la marina, entre las colinas del Vaticano y el Janículo. Una zona ideal para una emboscada. Ahora, en los letreros del



Ben Pastor Conspiratio

camino podía leerse: Aurelia-Cornelia. Sabiendo que las dos vías no tardaban en separarse, y que la segunda llevaba directamente a la tumba de Adriano, Elio no veía el momento de llegar a la bifurcación. Pero la prudencia le aconsejó esperar. Alquiló un cuarto en la posada In Colle Pino y decidió descansar hasta el amanecer. No obstante, la impaciencia lo impulsó a abandonar la sala, donde un puñado de viajeros comía o mataba el tiempo. Con la última luz del día, se dirigió a pie hasta el borde de la montaña, donde, bajo un vertiginoso e ilimitado cielo, un claro entre los árboles le permitió contemplar Roma a sus pies.

Notas de Elio Espartiano:

¡La he visto! Sería demasiado fácil decir que las palabras no bastan, o que sencillamente no hay palabras para describir la vista. Las palabras son insuficientes; no obstante, ayudan a dar una idea de lo que uno contempla. Imagínese el mirador de una hermosa montaña, inculta y solitaria, con las laderas cubiertas de cañaverales tan densos que es imposible ver, e incluso oír, los arroyos y riachuelos que serpentean por ellas. Ruiseñores llamándose de enramada en enramada, como no los había oído desde los días de Armenia. Mientras estaba allí, el camino que he seguido desde el barco hasta este lugar parecía haber desaparecido por completo, como si se lo hubiera tragado el pasado del hombre que he sido hasta ver Roma.

Ha habido un momento en que me he sentido como si yo tampoco hubiera existido hasta entonces. Mi vida y mis acciones hasta ese instante me parecían insignificantes y totalmente anodinas, y mis preocupaciones diarias, demasiado fútiles para merecer consideración alguna. He comprendido por qué, pese a su cerrazón e ignorancia, mi padre quiso que estudiara y me preparara para un acontecimiento como éste. Él, que nunca ha visto Roma y nunca la verá, pero luchó en su nombre durante más de cuarenta años; mi abuelo, que la vio una vez, y no se cansaba de contarlo; los parientes de mi madre, que enseñaron como libertos en la casa imperial bajo tres príncipes... Ellos son los que me han traído aquí, no mi investigación, ni mis pesquisas, ni las sospechosas muertes que he dejado atrás, o la muerte inesperada que encontraré mañana. Esta noche, tengo la sensación de que todo se ha conjurado para traerme aquí, incluso que sobreviviera a la guerra, a la Rebelión, incluso la ternura de mi vida junto a Anubina, mis viajes, mi cólera y mis miedos. Y entiendo el impulso que llevó al divino Adriano a dar forma, en piedra, al cúmulo de sentimientos que su peregrinaje y sus experiencias debieron almacenar en su mente genial.

Yo, Elio Espartiano, crecí en cuarteles extranjeros y no soy nadie. No construiré palacios. Pero tengo el privilegio de escribir la historia de quienes los erigieron y se convirtieron en los artífices de esta magnífica Ciudad. A mis pies, antorchas y luces parpadeantes señalaban la miríada de callejas y avenidas de



Ben Pastor Conspiratio

Roma; bajo una luna casi llena, lo primero que distinguí fue una pirámide funeraria, y tuve la sensación de que Egipto no quería soltarme. Pero no tardé en localizar las inmensas termas, los templos, la gran tumba de Adriano junto al río y el hermoso puente, blanco como la leche, que conduce a ella; el Palacio, una ciudad en sí mismo, los paseos, los santuarios... A lo lejos, recortándose contra las colinas Albanas, impreciso pero inconfundible, el Anfiteatro Flaviano, cuyos alrededores debo visitar mañana. Desde lejos, he reconocido siluetas y tejados que nunca he visto en persona, los calveros donde se inició el Gran Incendio, los barrios desde los que los patricios gobernaron en tiempos de la República, los recintos y arboledas sagradas: cada edificio vagamente delineado me remitía a un acontecimiento histórico, un nacimiento o un asesinato, una conjura o toda una revolución. ¡Los dioses habitan este lugar!

La verdad es que habría sido muy fácil llegar a las puertas de la Ciudad y entrar en ella esta misma noche. Pero no me decidía. Me asustaba su inmensidad, sus muros. Y puede que Ben Matías tuviera razón al recordarme que soy un bárbaro, porque, como un bárbaro, me he acobardado ante el poderío de esta populosa cabeza del imperio y no me he atrevido a buscar ni la más humilde yacija en el menor de sus edificios.

Mañana será otra cosa. Otro mes, y el comienzo de la parte de mi búsqueda. Dentro de la gran ciudad que se extiende ante mí, alguien ha sido alertado de mi llegada y me está esperando. Un soldado no debe meterse en la boca del lobo a sabiendas, pero, por mi vida, que no se me ocurre mejor sitio que Roma para hacerlo.



Ben Pastor Conspiratio

CAPÍTULO 7

Jueves 1 de agosto, calendas
(8 de Mesore)

Elio pasó el primer día de agosto —dedicado a la Esperanza y las Dos Victorias— como un turista más, apabullado e indeciso ante la profusión de monumentos y lugares históricos. Había entrado en la Ciudad por la Vía Cornelia, atravesando los jardines de Nerón y Agripina y dejando a un lado el camino de herradura en el que Tácito sitúa las primeras ejecuciones de cristianos. Luego, en el cruce con la Vía Triunfal, pasó junto a la pirámide de mármol y llegó a la plaza empedrada que rodeaba el magnífico mausoleo de Adriano (a cuyo alrededor dio dos vueltas jurándose que pasaría horas admirándolo). Al pie del puente que conducía hasta él, cruzó la muralla a través de la Puerta Aurelia, tras besar una de sus imponentes jambas. Ajeno al bochorno, que anunciaba lluvia, hizo un rápido recorrido por el barrio que se extendía a la derecha de la Vía Flaminia, donde tanto había construido o remozado el divino Adriano. Templos, teatros, arcos, estadios, pórticos... Ben Matías tenía razón al llamarlo provinciano, pero se equivocaba de medio a medio suponiendo que no le gustaría Roma.

Llegó al cuartel del servicio especial al anoecer, totalmente extasiado, sin haber hecho un alto para comer en todo el día ni prestado demasiada atención a la muchedumbre y el barullo de la Ciudad.

El viernes, ayudado por una lluvia, que lo envolvía todo en una pegajosa neblina, se obligó a reanudar su investigación. A través de su guardia personal, ya había obtenido una desagradable confirmación: el secretario de Lucino Sóter había fallecido a consecuencia de las quemaduras hacía una semana, de forma que ahora sólo quedaba comprobar si su hermano podía proporcionarle alguna información.

El hombre vivía en una granja remozada, cerca del primer cruce saliendo por la Puerta de Ostia, del que partía un sendero cubierto de sombra y paralelo a la muralla



Ben Pastor Conspiratio

de Aureliano. Lo estaba esperando. La conversación, que duró apenas una hora, tuvo lugar en un pequeño recibidor por cuya ventana penetraban el olor a hierba mojada y el hedor a orín de gato.

—Filo murió intentando salvar a su señor —le dijo el apenado hermano—. Por desgracia, sólo pudo impedir que ardieran las bolsas con el di yero. Lo más triste es que podría haberse salvado él. Lucino Sóter ya estaba muerto, así que el fuego sólo podía devorar libros y muestrarios de telas.

—Dicen que el humo mata a más gente que el fuego...

—Pero no fue eso, legado. Pregunte a los de la brigada contra incendios. Les conté lo que Filo consiguió susurrarme antes de morir: que a su señor lo habían degollado.

Degollado... Elio tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar su agitación.

—¿Está seguro de que oyó bien a su hermano? —preguntó a su anfitrión—. No importa, dígame cómo empezó todo.

—El fuego se inició en la pila de leña para la caldera. Eso lo sé por los esclavos, que aseguran que alguien debió de arrojar trapos ardiendo a través de la ventana del sótano. Todos los de la casa corrieron a apagar el fuego, y creo que el asesino aprovechó ese momento para entrar. Lucino Sóter era un hombre grueso; se movía despacio. Por eso el primer impulso de Filo fue asegurarse de que alguien lo ayudaba a abandonar el despacho, que se encontraba justo encima del cuarto de la caldera. No tengo ninguna duda sobre lo que me dijo. Encontró a su señor echado hacia atrás en su silla, ante el escritorio, con aquel tajo tremendo en el cuello y totalmente cubierto de sangre. El tiempo que tardó mi hermano en comprobar que ya no podía hacer nada le costó la vida, porque de pronto el techo en llamas se derrumbó sobre él. ¿El móvil del asesinato? Esto es Roma. Lucino Sóter tenía dinero en casa; todo el mundo lo sabía. Fueron los de la brigada contra incendios quienes encontraron las bolsas en el jardín, donde las había arrojado mi pobre hermano desde la ventana. Plata y joyas, que encontramos fundidas en sus estuches. Así que los ladrones no ganaron nada matando a esos dos pobres hombres. En cuanto a lo demás, puede ir allí y comprobar por sí mismo si alguien podía escapar de aquel infierno.

La casa de Sóter era uno de los edificios levantados en el escaso espacio libre en la colina entre las termas de Tito y los enormes muros de las construidas posteriormente por Trajano. Según había oído Elio, había sido una elegante finca urbana, antigua residencia consular.

De planta reducida pero con tres pisos, sin terreno alrededor ni demasiada luz, su entrada se encontraba a unos trescientos pasos del anfiteatro, aunque no era posible



Ben Pastor Conspiratio

verla debido a la posición retirada del edificio respecto a la calle. Elio comprendió de inmediato el peligro que el incendio había representado para el barrio, al observar las casas del otro lado del callejón del Cobre, cuyos muros había lamido el fuego y ennegrecido el humo.

Bajo un cielo en el que las nubes se abrían rápidamente, apenas quedaba nada de la propiedad de Sóter. Los ladrillos y el cemento que habían caído a la calle habían sido diligentemente retirados; vigas desprendidas, paredes desmoronadas y escombros irreconocibles cubrían el solar. El agente de la propiedad que casualmente estaba inspeccionando el lugar se animó al ver acercarse a Elio y entró en materia de inmediato.

—¿Nuevo en el barrio, excelencia? A este sitio se le puede sacar mucho partido, ¿sabe? Traemos un buen equipo de albañiles y...

—Tengo ojos en la cara, ¿sabe?

—Ya... Bueno, es que... Lo que compraría sería el terreno, básicamente.

—Y tan básicamente. Cuatro palmos vacíos.

—Pero piense en la situación... Resguardado por todos lados.

—Encajonado entre dos baños públicos. Apuesto a que la mayor parte del tiempo no puedes ni oír tus pensamientos. Y la fachada de las termas de Tito parece a punto de derrumbarse sobre la calle, arrastrando consigo la mitad de la colina. —Pese a sus palabras, Elio comprendía la utilidad de fingirse un posible comprador. Pasó por encima de una viga caída para entrar en lo que había sido el atrio—. Podría interesarme como inversión, eso es todo, o decidir no hacer nada parecido. Tengo entendido que en el incendio murió un hombre, así que dudo que los compradores hagan cola para quitárselo de las manos.

—En fin, dése una vuelta por el solar. En caso de que decida que le interesa, me encontrará en la esquina de abajo.

Una vez solo, Elio consiguió identificar a duras penas el espacio que había ocupado el despacho de Sóter. El techo y parte del tejado se habían derrumbado sobre él y, aunque la brigada contra incendios había abierto un camino entre los escombros para retirar el cadáver, la mayor parte de la habitación estaba cubierta de vigas, tejas ennegrecidas y trozos de madera carbonizada difíciles de identificar, seguramente muebles. Lo que se veía del suelo estaba cubierto de hollín y manchas negras, y de los cascotes ascendía el acre olor de los objetos quemados y húmedos, el agrio hedor de la ceniza. Allí, por lo que Elio podía deducir, junto al vano de una ventana, reconocible por los retorcidos restos de su reja, había estado el escritorio, paralelo a la fachada sur del edificio. Elio identificó las garras metálicas de las patas de la mesa y la silla, los tiradores de los cajones y las ennegrecidas bisagras. Los



Ben Pastor

Conspiratio

papeles y pergaminos, totalmente consumidos, no habían dejado más que finas capas de carbonilla, mezcladas con los restos calcinados del contenido de los anaqueles de la ancha librería de obra. Unos negros jirones que parecían alas de murciélago debían de ser vestigios de los muestrarios de telas.

Y ¿aquello era lo que quedaba de un hombre corpulento cuando ardía? La abundante grasa que manchaba el suelo en el lugar que había ocupado la silla marcaba presumiblemente el sitio en el que Sóter había muerto abrasado. A apenas unos pasos, un umbral de piedra indicaba el emplazamiento de la puerta. Las escaleras al primer piso, sin duda de madera, también habían desaparecido, pero las marcas de los peldaños en la pared interior, que se mantenía en pie, permitían fijar su situación.

Dado que la ventana estaba provista de una reja, la única forma de acceder al despacho era por la puerta. El hermano de Filo había dicho que la casa tenía dos entradas, una encarada al sur, en el callejón del Cobre, y la otra al norte, en el callejón de la parte posterior. Encajonada entre los muros ciegos de las dos termas, el primer piso de la casa tampoco era fácilmente accesible al primer, por no hablar del segundo. Y además había un perro guardián, que al parecer se había extraviado tres días antes del siniestro. Un detalle significativo, visto lo que había ocurrido después. En una ciudad como Roma, era posible que, tras escaparse, el animal no hubiera encontrado el camino de vuelta; a menos, claro está, que hubiera sido capturado y retenido hasta que el fuego se declarara. ¿Para qué tanto lío si sólo se quería cometer un robo, por qué detenerse a matar a un hombre al que le costaba moverse, por qué no habían cogido el dinero? No tenía sentido, a menos que Sóter hubiese sido eliminado porque sabía algo. ¿El qué? ¿Tenía que ver su muerte con la carta de Adriano, con los asesinatos de Egipto, con una gran conspiración? La cabeza de Elio bullía de hipótesis. El hermano de Filo le dijo que los criados de Sóter habían puesto anuncios escritos en tablillas en las esquinas del barrio, ofreciendo una recompensa a quien supiera darles razón del perro. Elio obtuvo información adicional del portero de las termas de Tito, que había aceptado clavar una de ellas en el tablero de anuncios de los baños.

—¿Se ha sabido algo más del perro? —le preguntó Elio.

—Antes del incendio, no. Y después, ¿a quién le importa?

Pero resultó que el can había aparecido. Elio sólo tuvo que preguntar un poco más abajo de la casa de Sóter, en una tienda al final del callejón del Cobre, cerca de la Escuela Dacia de Entrenamiento. Sí, lo habían encontrado y traído de vuelta a casa, pero, como ésta se había desaparecido, y su dueño con ella, el autor del hallazgo, decepcionado, volvió a llevárselo, con la esperanza de obtener algo de su venta. Era uno de los guardas del Ludus Magnus, conocido en el barrio. Probablemente había



Ben Pastor Conspiratio

utilizado a aquel perrazo como presa en alguno de los simulacros de caza del anfiteatro.

Una lástima, sentenció el tendero.

—Era un animal precioso, negro, un monstruo de perro. Seguro que valía mucho más de lo que pagaron para ver cómo lo despedazaba un oso en la arena del circo.

En una época ya remota, también Elio se había sentido atraído por los espectáculos circenses, antes de que los maestros que su padre había escogido para él le inculcaran —no sin esfuerzo— la repugnancia por la destrucción con fines crematísticos de vidas humanas o animales. Y no es que le repeliera ver hombres matándose unos a otros (dada su condición de militar, no había hecho tantos progresos filosóficos como para eso). Pero ahora la crueldad con los animales le producía indignación, de modo que las restricciones que Su Divinidad había impuesto a los gastos en espectáculos circenses contaban con su total aprobación y agradecimiento. Pese a lo cual Elio se vio cruzando la Vía Labicana en dirección al concurrido barrio de las escuelas de gladiadores, sabiendo antes de llegar que se encontraría con el olor a macho y agresividad, un olor que, a decir verdad, también conocía por su vida en el ejército. Las nubes, deshilachadas y violáceas, volvieron a descargar. Por el camino, sólo el sentido del deber lo mantuvo alejado de los edificios monumentales, las esquinas famosas o los lugares célebres en torno al anfiteatro, entusiasmado como estaba con todo lo que le salía al paso para encandilarlo.

El guarda del Ludus estaba almorzando en uno de los puestos de comida alineados frente a su lugar de trabajo. Su plato llevaba tanto ajo que Elio tuvo que retroceder un paso cuando el hombre se volvió despreocupadamente para responderle:

—Pues no, todavía no he vendido el perro. ¿Quién quiere saberlo? —El elegante uniforme de Elio hablaba por sí mismo. El guarda se mostró más respetuoso de inmediato, aunque el hecho de que tragara saliva apenas sirvió para disminuir la fetidez de su aliento—. Digamos que lo estoy guardando hasta que encuentre a alguien que me pague lo que vale, o al menos la recompensa. En realidad —añadió, cambiando de parecer sobre la capacidad del militar para pagar—, lo único que pienso aceptar es el valor real del perro, porque sólo en comida ya me he gastado más de lo que me darían como recompensa.

—Es difícil de creer, teniendo en cuenta que debes de quedarte con parte de los despojos del circo. Pero ¿cómo conseguiste capturar y retener a un perro guardián entrenado para atacar?

—Es que también crío perros para el circo. Por eso sé que éste es demasiado bueno para arrojarlo a las fieras.



Ben Pastor Conspiratio

Por el momento, no era posible ver el animal, porque el guarda lo tenía en su perrera, fuera de la ciudad, donde vivía.

—Está pasados los Dos Laureles, apartado del camino —le explicó a Elio—. Pero, si no le interesa comprarlo, ¿para qué...?

—¿Llevaba un collar y una cadena cuando lo encontraste?

—Llevaba un collar, sí; si no, no habría podido saber de quién era. —El guarda rebañó el cuenco con dos dedos—. Ponía lo habitual: el nombre del perro, el del dueño y la dirección. En cuanto a la cadena, llevaba un trozo colgando, así que supuse que se había soltado al romperse un eslabón. —El hombre se limpió las manos con un trapo sucio que cogió del mostrador—. La guardé, para que no dijeran que la había cortado yo. Seguro que ahora, con el fuego y todo eso, ni siquiera se ve el sitio al que estaba sujeta.

Pero Elio ya lo había comprobado. De hecho, la cadena había resistido a las llamas, igual que el trozo de la pared de la entrada al que estaba fijada. La había examinado y estaba casi seguro de que alguien había debilitado el hierro con una lima, para que los tirones del animal acabaran partiéndola. Y la cerca baja que separaba el atrio de la casa de Sóter de la calle era un obstáculo insignificante para un perro grande decidido a saltarlo.

—No estoy interesado en comprarlo, pero te pagaré por enseñármelo.

—¿Es criador?

Elio ya había empezado a alejarse en dirección a la Escuela Dacia y la cuesta que llevaba al callejón del Cobre.

—Te pagaré por enseñármelo, eso es todo —repitió volviéndose hacia el guarda.

Minutos después, Elio abordaba al mismo agente inmobiliario que había intentado colocarle las ruinas de la casa de Sóter para que le buscara alojamiento. El dinero no era problema, puesto que, a través de Su Divinidad, disponía de amplio crédito para los gastos corrientes; no obstante, Elio no estaba dispuesto a pagar un precio exorbitante. Sus condiciones eran que la vivienda, sin ser ostentosa, estuviera amueblada, en una calle no demasiado ruidosa y en la ladera de una colina, o al menos en un lugar que ofreciera una vista panorámica de la Ciudad.

—¿Algo más? —le preguntó el agente inmobiliario no sin cierta sorna mientras tomaba nota.

—Pues sí. Me gustaría que cerca hubiera una buena biblioteca o librerías bien surtidas. ¿Cuánto tardará en encontrarme un sitio así?



Ben Pastor

Conspiratio

—Bueno, veamos... —El agente buscó entre un montón de papeles, sacó una lista de viviendas en alquiler y hundió la nariz en ella—. Amueblada, con criados... Para entrar a vivir. Una casita en la colina que domina el Altar de la Paz. Un sitio precioso. También tendría una buena vista del templo de todos los dioses, la tumba del divino Augusto y el reloj de sol, las columnas conmemorativas y, por supuesto, los jardines de Domicia y el mausoleo de Adriano al otro lado del río. O puede alquilar una casa de dos pisos en la ladera este del Celio, cerca del cuartel de la unidad extranjera y enfrente de los cuarteles de la guardia, el viejo y el nuevo. No es lo que se dice un barrio tranquilo, pero está de moda, y desde las ventanas de arriba verá las termas de Antonino y los jardines de al lado de la Antigua Esperanza, y estará cerca de cuatro de las principales vías que parten de Roma. Bibliotecas públicas las hay en todas partes, así que elija la que más rabia le dé.

La casa que estaba frente al mausoleo de Adriano, con el río de por medio, era tentadora, pero el barrio de los cuarteles ofrecía ventajas prácticas, considerando que, tarde o temprano, tendría que desplegar a su guardia personal. Recordando además que en el Celio vivían muchas familias de rancio abolengo y que tres emperadores lo habían convertido en su hogar, Elio se decidió sin necesidad de visitar el lugar.

El sitio es perfecto —escribió esa noche en su cuaderno de notas—. La casa domina la calle que desciende del cuartel del servicio especial, antaño de la Unidad Extranjera, hasta el valle en dirección oeste. Inmediatamente a mi izquierda se encuentra la V cohorte de la brigada contra incendios y patrulla nocturna y, siguiendo hacia el centro de la ladera, la calle se bifurca bajo el arco de Dolabella y Silano, para dirigirse hacia el Templo del Sol y el del divino Claudio. Ante la entrada noreste se alza la vasta residencia de los Valerios y, tras ella, los burdeles del ejército, frente al acueducto y las casas de Licinio, los Anicios y los Nicómacos. Los baños, las habitaciones de mi guardia personal y las zonas de servicio se encuentran en la planta baja de la vivienda, y el despacho, el dormitorio y la terraza, con un área para comer, en el primer piso. La ventana de mi despacho da a la calle y a un lado del valle; la terraza del comedor, al valle; y el dormitorio, a la parte posterior. En ese piso no hay ventanas que den al lado de la cohorte.

En este barrio, al que han dado su nombre Isis y Serapis, no sólo tienen sus fastuosas residencias urbanas las grandes familias; Tétrico, uno de los tiranos derrotados por Aureliano, vivía aquí, como Felipe, y también Cómodo. Ya he ido a ver el dormitorio donde este último murió asesinado, haciendo valer las siempre útiles cartas de presentación de Su Divinidad. Aunque no sé hasta qué punto hay que dar crédito a estas cosas, el vigilante me enseñó la alcoba donde en tiempos estuvo la cama del corrupto príncipe, con manchas de sangre todavía visibles en las paredes.



Ben Pastor Conspiratio

El nombre *Castra Peregrina* ha desaparecido de la fachada del cuartel, obedeciendo la orden imperial (todavía colgada junto a la puerta de entrada), aunque la gente, por la fuerza de la costumbre, sigue usándolo para referirse a él. Pese a la concentración de unidades militares en la colina, el orden es notable y el ruido, escaso. Los jardines de los poderosos amortiguan los sonidos. En lo relativo a mi investigación, nada más llegar me aseguré de poner a buen recaudo la carta del divino Adriano. Las bibliotecas más cercanas son la de las termas de Tito y, especialmente, la de las termas de Trajano, que es enorme. No muy lejos de la casa de Tétrico hay un templo popularmente conocido como la Isis de Metelo, que he admirado desde el exterior. Tengo intención de preguntar a sus sacerdotes si alguien puede proporcionarme la información que esperaba obtener del difunto Lucino Sóter.

Sábado 3 de agosto, *Supplicia Canum*
(10 de Mesore)

El día en que se conmemoraba la crucifixión de los perros guardianes por su silencio durante la invasión de los galos, Elio continuó su intensiva visita turística y trató de hacerse un plano mental de la ciudad dentro de la Ciudad que había construido Adriano, desde la mole de mármol dedicada a Venus y Roma hasta el templo de todos los dioses, sin olvidar la culminación de la polícroma Columna Trajana y sus innumerables trabajos de restauración. No existía ningún templo consagrado a Antinoo propiamente dicho, aunque en el Iseo Campense había una orden sacerdotal que llevaba su nombre. Su retrato también podía reconocerse en los medallones decorativos del arco triunfal de la calle Ancha y en algún que otro altar al borde del camino. En su autobiografía, Adriano no mencionaba ningún santuario o tumba dedicados al Efebo dentro de los muros de la Ciudad, pero, como la lista de sus construcciones parecía interminable, Elio tardaría en averiguar por cuáles debería interesarse. Entre tanto, sus libros y papeles esperaban en el piso superior de su vivienda, en la que, al saber que su llegada a Italia no había pasado inadvertida, el jefe de su guardia personal había insistido en instalarse con dos de sus mejores hombres.

Al principio, Elio se había resistido, e incluso después de haber cedido siguió diciéndose que no había razón para alarmarse. Pero, al parecer, la preocupación de sus hombres, o tal vez el cansancio del viaje, habían hecho mella en él, porque esa noche había tenido pesadillas. En una de ellas, estaba ante una torre deslumbrante y alta como el cielo que de pronto quedaba envuelta en llamas, como alcanzada por fuego griego. El lugar no parecía ni Roma ni Nicomedia, sino una ciudad totalmente



Ben Pastor Conspiratio

desconocida para él. Lo único que sabía Elio era que estaba justo debajo de aquella torre y que no había forma de escapar de lo que se le venía encima desde una altura inconmensurable. Al despertarse en la oscuridad, no podía recordar dónde estaba y, durante unos instantes, tuvo que esforzarse para vencer el pánico. Pero bajo su cuerpo la cama ya era real, y al otro lado de la ventana se extendía Roma. El incendio de la casa de Sóter explicaba el resto.

Domingo 4 de agosto (11 de Mesore)

Esa mañana recibió una invitación para asistir al «banquete de Nuestro Señor Anubis» que daba Filo al día siguiente. Elio supuso que se trataba de una comida en memoria del difunto y que tendría lugar en alguna de aquellas instituciones religiosas que el hermano del secretario había llamado «casas de la vida». La dirección estaba en el barrio del gran santuario de Isis, el Iseo Campense. Como era una excelente oportunidad de introducirse directamente en la comunidad egipcia de Roma, aceptó y luego se concedió un permiso para dedicarlo al asueto y el arte en las termas del divino Trajano.

La tarde de ese domingo retomó el asunto del perro guardián de Sóter. Dando un rodeo, hizo una excursión hasta la monumental residencia que había pertenecido a la familia de los Varios; cerca de ella se alzaba el circo del cuartel, que Aureliano había adosado a la muralla, cegando parte de los arcos. La vista de aquella construcción, antaño imponente y exenta (como lo habían sido la vieja pirámide funeraria junto a la Puerta de Ostia o el Campo Pretoriano), y ahora pegada a aquellos toscos bastiones levantados a toda prisa, le produjo una impresión negativa. Por primera vez después de tantas horas de boquiabierta admiración, Elio recordó que el peligro existía, incluso para Roma. Aquellos ladrillos, aquel mortero, aquellas capas superpuestas de piedras cimentadas, aquellas puertas tabicadas y aquellos edificios incrustados en las murallas, tenían un significado claro en la vida de la Ciudad. La seguridad nacional —cada vez más celebrada en monumentos y monedas en los últimos tiempos— podía ser como muchas otras frases sobre la eternidad, la paz o la imbatibilidad: una idea necesitada de hechos.

Sólo era un viejo circo militar encajonado entre muros. Sin embargo, ante aquel edificio construido para diversión de los soldados y luego aprovechado por el ejército como obstáculo contra una agresión, la carta en la que Adriano alertaba sobre un peligro para el Estado no parecía tan lejana en el tiempo. Ahora el resto de los jardines de los Varios —su parte más extensa— estaba totalmente fuera de la Ciudad, con el estadio cubierto por la vegetación y el obelisco central desplomado en algún



Ben Pastor

Conspiratio

momento de los últimos treinta años, las fuentes rebosantes de algas y los senderos invadidos por la hierba. Nada que una buena limpieza no pudiera remediar, pensó Elio mientras se alejaba en dirección a la arteria principal; pero, por algún motivo, la sensación era de un abandono que se prolongaría en el tiempo, quizá indefinidamente.

La perrera estaba cerca de la Vía Labicana, en la cuarta milla desde la gran puerta de mármol travertino, rodeada de acueductos, de donde partían las calzadas a Preneste y Lábico. Elio pasó cabalgando junto a la tapia del jardín y los arbustos que daban nombre a la gran propiedad imperial de los Dos Laureles, oculta tras árboles llenos de pájaros. Entre la fronda se veían torrecillas y cúpulas sobre cubiertas de tejas. Según había leído, quinientos años antes, Aníbal había acampado justo allí detrás. Y al otro lado del camino, se encontraba la modesta granja de Atilio Régulo, la primera víctima de las guerras contra Cartago, si había que fiarse de las fuentes. Ahora la Guardia Imperial enterraba allí a sus muertos.

La Historia había empapado aquella tierra como a una esponja que uno podía apretar eternamente sin escurrirla nunca del todo. Ahora la propiedad imperial envejecía a ojos vistas con cada abrasador verano, los laureles crecían desordenadamente y de las austeras costumbres antiguas no quedaba nada. A la orilla del camino, los campos segados, los santuarios y las tumbas, inmóviles y desprovistos de sombra, parecían encantados. Elio se preguntó qué aspecto tendría aquella comarca transcurridos otros quinientos años; si la Ciudad, con sus ruidos y su pavimento, la habría absorbido, o bien tapias y santuarios seguirían dejados de la mano, decayendo como las grandes ciudades egipcias que ahora cubría el desierto. Sin duda, nadie sabría, ni a nadie le importaría, que un día él había recorrido aquel camino, con un propósito determinado, ni si su búsqueda había tenido éxito.

Pasados los arcos del acueducto de Alejandro Severo, Elio tiró de las riendas de su caballo y luego lo detuvo al pie de un estrecho puente para mirar a su alrededor. Su primera impresión fue que los perros se habían escapado de las jaulas y se habían subido a un altozano que se elevaba a la derecha del camino, sobre cuya cima sus siluetas agachadas se recortaban contra el blanquecino cielo. Pero, al acercarse un poco, comprendió que la loma era un túmulo funerario coronado por un jardín y los perros, estatuas de perros. ¿No contaban los libros que el divino Adriano había dedicado monumentos a sus perros favoritos? Cuando estuvo lo bastante cerca para leer la inscripción, que identificaba el lugar como uno de esos sepulcros, a Elio le pareció una señal.

En cuanto a los perros vivos, se dejaban oír a lo lejos, más allá de una suave pendiente que el camino trazaba entre cañaverales. Un letrero rudimentario indicaba que el sendero que arrancaba a la izquierda llevaba a Vivariolo. Menos despiadado que los cielos egipcios, pero mucho más abierto que cualquiera de los que Elio había



Ben Pastor

Conspiratio

conocido en su brumosa infancia y en sus campañas montañosas, el horizonte no tenía color alguno en la plenitud del comienzo de la tarde. A izquierda y derecha del sendero, además de las ocasionales tumbas familiares (la mayoría, desgastadas por la lluvia y con desdibujados retratos en mármol), modestas quintas salpicaban las colinas, con jardines ocultos tras las tapias y caminos de acceso flanqueados por moreras rechonchas o disparejos cipreses.

En la perrera le esperaba una decepción.

—Ayer vino una viuda con una sirvienta buscando un buen perro guardián — empezó a contarle el guarda del Ludus rascándose la cabeza—. Y como estaba dispuesta a pagar lo que le pedí por él, no pude desperdiciar la ocasión. Pero le he guardado el collar y el trozo de cadena, porque ella, cómo no, prefería comprar unos nuevos. Y es lo que yo digo: las mujeres no deberían tener perros, porque son demasiado sentimentales y acaban vistiéndolos con capas o cosas por el estilo, y poniéndoles nombres como *Ricura* o *Tesoro*.

En cuanto tuvo el trozo de cadena en las manos, Elio supo que la habían limado. Un plan bien ejecutado había permitido entrar tranquilamente en casa de Sóter a al menos un asesino. A esas horas de la noche, todo el mundo estaría durmiendo, o al menos dormitando; en la confusión provocada por el incendio, era muy posible que unos desconocidos hubieran entrado y salido sin que nadie se fijara en ellos. Entonces, ¿por qué no se habían llevado de inmediato las bolsas con el dinero y habían dado tiempo a que Filo las salvara? ¿Por qué no habían tocado la plata? Tal vez porque, desde un principio, el único móvil era matar a Sóter.

Elio guardó la cadena en su macuto.

—¿Alguna idea sobre quién era la señora?

—Por la forma en que le hablaba al perro, yo diría que lo conocía. —De un caldero puesto al fuego, el guarda iba llenando cuencos con una mezcla de gachas y despojos para la cena de los animales—. Llevaba la cara cubierta, ¿sabe? Puede que fuera la viuda del muerto, o su amiguita. Sí, legado, estoy de acuerdo en que no tenía necesidad de pagar algo que ya era suyo, no siendo la recompensa, quiero decir. Pero como aceptó el precio, yo no discutí.

Según la concisa información de Theo, lejos de estar casado, Sóter tenía unas preferencias sexuales muy concretas. A Elio le intrigaba aquella misteriosa mujer que se había presentado allí ocultándose tras un velo y con la única compañía de una sirvienta, dispuesta a pagar más de lo que valía aquel animal. ¿Planeaba hacerlo desaparecer, en previsión de que los ediles estuvieran buscándolo? Si era una cómplice, ¿por qué no había querido el trozo de cadena, prueba de premeditación en un caso de incendio provocado y asesinato?



Ben Pastor Conspiratio

Poco más pudo sacarle al guarda del Ludus, salvo que la señora parecía joven y hablaba en voz baja, y que su criada no era romana.

—Tenía acento, de Siria o por ahí. Y fue la que más habló.

Elio dejó una moneda en la mesa.

—¿Podría ser egipcia?

—Gracias, legado. Ya lo creo que podría. Yo en su lugar preguntaría en el tercer distrito. Esos egipcios se conocen todos. —Con un cuenco en cada mano, el hombre se dirigió hacia la puerta posterior, que conducía a la perrera—. ¿Oye lo contentos que se ponen, los muy idiotas? No saben lo que les espera el próximo día de circo. ¿Quiere verlos? A lo mejor le interesa un perro que pueda arrancarle el brazo a un hombre de una dentellada...

—No.

Mientras cabalgaba de regreso a Roma, Elio trató de sacudirse la melancolía que le había producido oír a aquellos perros enjaulados peleándose por la comida. Sobre su cabeza, el sol empezaba apenas a declinar. Las palomas volaban en círculo sobre solitarios palomares, como el día en que había ido a casa de Pammychios y lo había encontrado muerto. En aquella paz inmóvil, los peligros, reales o soñados, parecían muy lejanos. No obstante, dos hombres de su guardia personal lo habían seguido a distancia, cabalgando a campo traviesa; a la ida, habían conseguido ocultarse a su mirada, pero, al volver grupas y emprender el regreso, como él, le habían descubierto su presencia.

De haber continuado por aquella misma calzada hasta el mojón de la milla duodécima, habría llegado al lugar donde vivía Aviola Parato, el panonio que le había sugerido Tralles como colaborador, un veterano ciego pero hambriento de acción y remiso a darse por jubilado. En un primer momento, Elio pensó hacerle acudir a su alojamiento del Celio; pero teniendo en cuenta su rango de oficial y su condición de disminuido, había decidido ir a visitarlo él. Si no hubiera tenido que volver a la perrera, lo habría hecho ese día, sin anunciarse; pero tiempo tendría durante la semana. Porque antes de esa noche esperaba poder hablar con el sacerdote principal de la Isis de Metelo, el templo que había frecuentado y favorecido Sóter desde su llegada a Roma.

Las golondrinas y las ruidosas cigarras acompañaron el regreso de Elio a la Puerta de Preneste. Los acueductos se entrecruzaban, dibujando sobre el pavimento un damero de luces y sombras, mientras la algarabía de la Ciudad llegaba hasta el viajero como una ola de sonidos que desbordaba las murallas.



Ben Pastor

Conspiratio

Tras la zona de cuidados jardines del cruce con la calle del Mirlo, se alzaba el triple arco coronado por la estatua de la diosa madre egipcia y a continuación, frente a la casa porticada de Tétrico, la Isis de Metelo. Comprimida entre tiendas y tenderetes protegidos con toldos y atestada de ociosos, la Vía Labicana pasaba ante la hermosa fachada del templo y continuaba en dirección al cuartel de la Marina y la plaza cuadrada en torno al anfiteatro, que Elio apenas podía distinguir al fondo. El recinto isíaco, flanqueado por dos bosquecillos sagrados, exhibía la decoración que cabía esperar de su exótica naturaleza, incluido el sonriente rostro de novillo de Hathor, que a Elio le recordaba la cara de Anubina.

Sin embargo, aquél no era el barrio egipcio; tiendas y negocios egipcios —restaurantes, centros comunitarios, santuarios...—, los había en toda la Ciudad. No obstante, Elio había oído que aquel templo era bastante concurrido y relativamente rico. Dada su proximidad a los gimnasios y los circos, constituía un lugar de encuentro no sólo para las creyentes (damas respetables, cabía esperar), sino también para los trabajadores del amor de ambos sexos. En el soñoliento bochorno de la tarde, apostados a la sombra de los pórticos hasta la misma entrada del recinto, interpelaban a los posibles clientes, aunque en la mayoría de los casos permanecían sentados, limitándose a abanicarse.

—Ha sido una desgracia —le dijo el sacerdote a Elio al saber el motivo de su visita—. Una pérdida terrible. Como quizá sepa, Lucino Sóter (nosotros lo conocíamos por su nombre egipcio, Nebos, que significa «señor») llegó a Roma desde Antinópolis justo después de la Rebelión. Como su nombre indica, era un hombre acaudalado, culto y de una familia de sacerdotes. Una de las últimas personas capaces de leer fluidamente los escritos antiguos. Su pasión por las telas era el resultado natural de su nacimiento en la capital mundial de los tejidos finos. —Precediendo al visitante, el sacerdote entró en una pequeña habitación cuya ventana daba al patio interior del templo. Totalmente rasurada, su bronceada cabeza se parecía a las cáscaras de huevo (supuesta última comida de Antinoo) que Elio había visto expuestas en Letópolis. De haber tenido cejas, las habría fruncido al puntualizar—: Pero lo que realmente era Sóter lo proclamaban sus actividades en Roma: un embajador y representante cultural, una mano amiga para todos los que llegaban cíe Egipto y encontraban dificultades para integrarse. Era un estudioso de todos los príncipes romanos que han favorecido la religión y el arte egipcios. Gracias a su dinero, pudimos restaurar templos y santuarios. Nadie en nuestra comunidad puede aceptar que unos ladrones lo asesinaran a sangre fría, pero no se nos ocurre ninguna otra razón para que acabaran con su vida. Imagínese que estaba esperando a un invitado de Egipto, un historiador que le habían recomendado sus amigos, y esperaba impaciente la ocasión de conversar con él sobre asuntos tan caros a su corazón.

—Ese invitado soy yo.



Ben Pastor

Conspiratio

—Entonces ha perdido usted una oportunidad irrepetible de obtener información.

Elio no imaginaba que los conocimientos de Sóter fueran tan irremplazables. Para colmo, en aquellos sitios los aromas eran siempre igual de mareantes, algo intermedio entre los perfumes femeninos y el olor de los encurtidos. Las paredes apestaban. Elio se acercó a la ventana, aspiró con fuerza el cálido aire del exterior y, procurando disimular su decepción, preguntó:

—¿Hay alguna otra persona que pueda indicarme los principales edificios egipcios de Roma y hacerme de traductor?

El sacerdote hizo una mueca que podía indicar tanto una duda como una negación, un curioso movimiento de las facciones que Elio no supo cómo interpretar, pero que le pareció artificial, una capa de fingimiento que cubría algo más. Al mismo tiempo, cayó en la cuenta de que, en realidad, Theo no le había dicho que fuera a escribirle a Sóter sobre él... Entonces, ¿cómo podía Sóter estar esperándolo?

—Nadie conoce la Roma egipcia como la conocía Sóter. Ni siquiera los sacerdotes.

Elio decidió no insistir, pero sólo porque quería ver cuánto tardaban en ofrecerle una alternativa. Porque seguro que la había. Puede que incluso ya estuviera acordada, puesto que, después de todo, él era un extraño y un soldado que se había presentado allí preguntando cosas ajenas a su cultura y sus creencias. Y a sus asuntos.

Con la luz del patio a sus espaldas, el sacerdote parecía más enjuto de lo que en realidad era, casi el recortable de un hombre, con aquel huevo dorado por cabeza. Sin anteponer a la descripción algo como «Bueno, sí, hay alguien» o «Acaba de ocurrírseme otro nombre», anunció:

—Se hace llamar Onofrio, que es la traducción latina de *Unnophre*, Osiris Resucitado. Un antiguo adepto nuestro que se convirtió al cristianismo durante los primeros años de Aureliano, cuando era fácil.

—¡Ah! —exclamó Elio, porque no se le ocurría nada mejor.

—Lo siento. ¿Tiene algo contra los apóstatas?

—No especialmente. No trabajo para los fiscales.

—Entonces, perfecto. —La sonrisa que se dibujó en el rasurado rostro del sacerdote parecía una fina grieta en un huevo—. Ese Onofrio solía trabajar como guía turístico para los egipcios que visitan Roma, y espero que hiciera lo mismo para los que más tarde querían presenciar las ejecuciones de cristianos y visitar sus enterramientos. Nunca estuvo oficialmente relacionado con nuestro templo, pero naturalmente lo conocíamos. Vive trampeando, y no sé hasta qué punto es de fiar. He



Ben Pastor Conspiratio

oído decir que es un guía competente, pero dejó a su buen juicio la decisión de contratarlo.

Elio captó la indirecta: «Si lo hace, allá usted.»

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Lo último que sé de él es que vivía cerca de las Grandes Tortugas.

—¿Dónde está eso?

—En el Campo de Marte. Cruce la calle frente a las termas de Severo y camine hacia la derecha, pero sin llegar al yacimiento de mármol. Es una casa de vecindad, tendrá que preguntar.

—¿Antes o después del hipódromo de Domiciano?

—Antes.

Elio tomó nota mental de las indicaciones y pidió detalles sobre la imagen y el papel de Sóter entre los egipcios de la urbe, pero todo fueron encarecimientos de su bondad y su cultura, del afecto que todos le profesaban y el estupor que había causado su asesinato. En resumidas cuentas, lo mismo que le había dicho Harpocracio; al parecer, no cabía esperar otra cosa de aquellos herméticos meridionales. El apóstata Onofrio, quizá más charlatán que sus compatriotas, empezaba a sonar interesante.

—Una última pregunta —dijo Elio viendo que el sacerdote lo encaminaba educadamente a la puerta—. ¿Tenía Sóter esposa o parientes femeninas?

—No, no, perdió a su madre y sus hermanas durante la Rebelión.

—Sí, eso lo sabía. Pero ¿estaba casado o...?

—Casado, lo que es casado, no.

Ya. Qué manía tenía la gente con utilizar frases tontas en vez de negarse simplemente a hablar... Elio comprendió que había chocado contra el infranqueable muro de lo que no se podía decir, de modo que —no sin alivio— abandonó la asfixiante habitación.

Mientras atravesaba el soleado recinto del templo, su mirada se posó en los anuncios religiosos que, escritos en el griego de rigor, se alineaban en una de las paredes. Esquelas y calendarios con festividades y celebraciones se iban sucediendo ante sus desapasionados ojos. La última tablilla antes de llegar a la puerta decía así: «En recuerdo del banquete de Nuestro Señor Anubis por Lucino Sóter, celebrado por sus amigos de la comunidad egipcia nueve días después de su muerte.» La antepenúltima, que Elio leyó en voz baja tras retroceder unos pasos, mencionaba el banquete de duelo celebrado en junio con cargo a Lucino Sóter, en honor y memoria



Ben Pastor Conspiratio

de su difunto amigo de Antinópolis, el «justo» Sereno Dío. Tras el texto griego, símbolos y figuras de la antigua escritura egipcia, seguramente una traducción de lo anterior a aquella lengua que ahora ya apenas nadie conocía.

Quedaba comprobar si la muerte a sangre y fuego de Filo tenía alguna conexión con la de la primera víctima. Con pertinacia, y tiempo todavía antes del anochecer, Elio se puso en camino hacia la comisaría de la II cohorte de la brigada contra incendios y la patrulla nocturna, situada en el barrio en el que se alzara la casa de Sóter. Una vez allí, su graduación le permitió pedir información sobre aquella «señora de luto» que podía conocer al difunto, o al menos a su perro guardián. El edil se mostró muy respetuoso, aunque la pregunta parecía resultarle divertida, dadas las circunstancias.

—Es como le digo, legado. El comerciante egipcio era «uno de éstos». Frecuentaba a varones adultos libres y era muy discreto, de modo que no había ninguna razón para que nosotros supiéramos mucho más al respecto. Sólo lo que veíamos durante las rondas. Puedo decirle que hacía poco había iniciado una relación con un chico que vive en la calle del Mirlo. Al parecer procede de algún sitio cerca de Neápolis. Vive a expensas de hombres ricos. Reservado, de maneras suaves, no se mete en problemas... Nadie sabe gran cosa sobre él, aparte de sus íntimos. Y éstos no cuentan mucho.

—¿Ninguna mujer?

—Que yo sepa, no. Por cierto, ya no cabe ninguna duda de que el incendio fue provocado. Tal vez le hayan contado lo que dijo el secretario antes de morir: que a Sóter lo habían asesinado previamente. Puede ser, pero cuando llegamos allí la casa ardía como una pira y, al retirar los escombros, de Sóter apenas quedaba nada. En cuanto al otro asunto, ¿le sirve de algo que le dé la dirección del chapero?

—No me vendría mal.

—A esta hora, puede que todavía no haya empezado su ronda.

El edil estaba como tantos otros que había conocido Elio, atado a su trabajo, hasta que la rutina dejaba de parecerles suficiente motivo para levantarse por las mañanas. Era servicial, pero sólo porque serlo podía reportarle algún beneficio remoto. De modo que le dio indicaciones e incluso le ofreció una escolta, todo en un tono plácido y relajado, pues probablemente le daba igual que el militar la aceptara o no. Elio dijo que creía que podría encontrar el sitio él solo.



Ben Pastor Conspiratio

—Entonces, eso es todo lo que puedo hacer por usted. Cuando regrese a la corte, no olvide que aquí en la segunda cohorte le fuimos de ayuda. Mi nombre es Próculo Vatia. No Proculo, ¿eh? Próooculo.

Cuando Elio salió del edificio, el largo domingo tocaba a su fin. Impresionantes rayos verdes se dispersaban desde un punto invisible en occidente, donde edificios desconocidos para él —más allá de las viejas murallas servianas— ocultaban a la vista el sol poniente y las nubes, que debían de dar aquel tono a sus radiaciones. Lo que sí reconoció fueron los jardines de Mecenas, a lo lejos, y la torre desde la que, según decían, Nerón había visto arder Roma. Era una hermosa y vieja torre coronada de ensortijadas alcaparras y llena de palomas, y, bajo aquella aureola de rayos verdes, no se parecía en nada a la espantosa torre en llamas que casi se había derrumbado sobre él en su pesadilla.

Lunes 5 de agosto, nonas
(12 de Mesore)

La dirección que le había proporcionado Próculo lo condujo a un estrecho edificio de ladrillo llamado Los Siete Césares.

Allí, envuelto en una fina túnica gris que dejaba adivinar el torso y las caderas como a través de una niebla, el amigo de Sóter lo recibió en el umbral de un coqueto cuarto del primer piso, mirándolo con ojos lánguidos bajo una cascada de densos rizos negros. El rostro, delicado y seductor, era el de una chica. Elio entrevió unos oscuros y erectos pezones que se marcaban en la gasa en un ángulo abierto, un hábil truco en el cuerpo de un hombre. Los muslos, nada femeninos, eran más bien largos y delgados. Lo que había entre ellos, bajo un vientre inexplicablemente redondo y bajo, era un misterio para Elio.

Tal vez porque aquella vieja arpía de criada le había cortado el paso y él había tenido que apartarla para subir, o más probablemente porque le irritaba el simple hecho de estar allí, Elio se repuso de la sorpresa lo bastante deprisa como para dar rienda suelta a su indignación:

—Mira, tú... —farfulló—. En otros tiempos, me fui un par de veces con prostitutas que luego resultaron ser hombres, y en ambos casos les di una paliza que los dejó medio muertos. Así que, ¿qué eres, hombre o mujer?

—¡Ay, siempre lo mismo! Por eso no quiero ir con militares.

—Te he preguntado qué eres.



Ben Pastor Conspiratio

El chico se encogió de hombros, un poco intimidado y claramente molesto por demostrarlo. Tras oír el motivo de la visita (Elio dijo ser un oficial de la Corte que investigaba el caso de Sóter), chasqueó los dedos y ordenó a la sirvienta que le trajera un chal.

—De acuerdo, de acuerdo... —dijo mirando a su visitante a la cara—. Sí, soy una mujer. Me ha descubierto. No creo que para eso hiciera falta un enviado de Su Divinidad y, en cualquier caso, no voy a contestar a ninguna pregunta. A no ser que piense darme una paliza hasta dejarme medio muerta, pese al estado en que me encuentro.

Las putas y su discreción... Cómo despreciaba su actitud. De pronto, por una asociación de ideas, Elio se sintió mortificado al comprender que todavía pensaba en Anubina como en una prostituta, por guardar silencio de aquel modo respecto a su hija. Pero Anubina nunca había sido tan impúdica. Vendida como prostituta por su madre viuda, como tantas chicas pobres, había salido adelante como había podido. La noche en que se conocieron, ella se sentó en sus rodillas y luego durmieron abrazados, sin haber hecho el amor.

El recuerdo no hizo más que aumentar su irritación.

—¡Es ridículo! A ver, como quiera que te llames: ¿por qué demonios ibas a hacerte pasar por hombre para ofrecer tus servicios a los homosexuales, cuando te descubrirían a la primera de cambio?

—Me llamo Cleopatra Minor, y lo que es ridículo es su pregunta. —Cleopatra le arrancó el chal de las manos a la sirvienta y, con un gesto malhumorado, se cubrió los hombros y la barriga con él—. ¿Qué tal si le digo que hay hombres con gustos un poco más complicados? —La chica entró en el dormitorio y se sentó a los pies de la cama con una pierna bajo el trasero—. Aunque me imagino que es difícil de entender para un militar; ustedes se conforman con competir por el eructo más sonoro o el juramento más vulgar.

Elio no sabía si debía entrar en la habitación o simplemente marcharse.

—Veo que conoces poco a los militares —gruñó desde el umbral—, así que dejémoslo estar. Creía que a Sóter le gustaban los hombres. Es un secreto a voces.

—Y las mujeres, se lo digo yo. —Cleopatra Minor lo miró con aquel mohín insinuante, un gesto que Elio había visto en otras mujeres y por el que ocasionalmente se había dejado seducir. En la corte, Helena era una especialista en eso, y en otras cosas—. Lucino sabía quién era yo antes de alquilar mis servicios y estar conmigo durante los últimos diez meses —añadió la chica—. El hijo que llevo en mis entrañas es suyo, así que comprenderá que su muerte me cause dolor al menos por tres motivos.



Ben Pastor Conspiratio

Elio comenzaba a sentir el inconfundible cosquilleo, incómodo precursor de la excitación, que solía producirle estar en un burdel.

—Puedo imaginarme dos —respondió recordándose el motivo de su presencia allí—. La pérdida de un buen cliente y el daño a tu reputación como travestí. —Pero su irritación estaba empezando a desaparecer—. A no ser que también te gustara, en cuyo caso lo siento por ti. Perder a alguien es duro.

—¡Usted qué sabrá!

Con una inesperada fioritura, Cleopatra Minor se llevó las manos a la frondosa masa de rizos, se la quitó y dejó al descubierto un corte de pelo masculino. Ahora parecía más baja, menos amenazadora y menos atractiva. Cuando se levantó de la cama, Elio se apartó para dejarle pasar.

Frente al dormitorio había un espacio cubierto con una alfombra y ocupado por una mesa y varios sillones. La chica se dirigió allí, lo invitó a seguirla y se sentó encima de la alfombra con una cínica expresión de cansancio en la cara, que llevaba sin maquillar. Veinte, a lo sumo veintiuno, se dijo Elio. Había conocido a chicas como ella en Asia y en la frontera, y en cierta manera todas parecían hechas del mismo material quebradizo, disimulado bajo un barniz de amargura.

—De todos modos —empezó a decir Cleopatra—, no puedo mostrarme en público hasta dentro de tres meses. Luego habrá que pagar la manutención del niño y la nodriza, conque tendré que espabilar. Algunos de mis antiguos clientes se preguntan qué me pasa. La historia del luto por Sóter ya no se la cree nadie, así que ahora se supone que estoy en Neápolis aprendiendo nuevos trucos de los chicos de Fortunato; ya sabe, el burdel masculino que se fundó en Pompeya y que frecuentaban el divino Trajano, Adriano y tantos otros.

Elio se acercó a la alfombra, pero no se sentó.

—Es lamentable que Sóter muriera de ese modo.

—Hasta hace unas semanas, lo visitaba a menudo en su casa. Esa noche podía haber estado allí. Y haber muerto asesinada con él.

—Y, en vez de eso, ahora tienes su perro guardián...

—¿Cómo demonios...?

Su sorpresa parecía auténtica, pero era imposible saber si ocultaba preocupación por el hecho de que Elio la hubiera descubierto. Jugaba con los rizos de sus sienes, pegajosos de sudor, sin mirarlo directamente, cosa rara en una prostituta. Elio no era presuntuoso, pero no pudo evitar preguntarse si él le gustaba y, por otro lado, ella se sentía poco atractiva para los hombres en esos momentos. Vestida como un muchacho, no le habría llamado la atención entre la multitud. Como chica, incluso



Ben Pastor

Conspiratio

«en el estado en que se encontraba», lo excitaba. Pero no podía permitir que se diera cuenta.

—Lo sé, y con eso basta —dijo Elio con brusquedad—. Volvamos a Sóter. ¿Tenías la sensación de que últimamente actuaba con miedo?

—Puede estar seguro de que Sóter tenía miedo, pero eso no era nada nuevo. — Con los ojos cerrados, Cleopatra se secó el cuello con un extremo del chal—. Como todos los ricos, temía que le robaran, lo asaltaran o algo peor. Al menos, las dos noches por semana que pasaba aquí, hacía que sus criados lo acompañaran hasta mi puerta y volvieran a recogerlo al día siguiente. Cuando se quedaba hasta tarde y tenía cosas que hacer a primera hora de la mañana, su comitiva parecía una procesión, con todo el mundo llevando velas o antorchas.

—¿Te dijo si tenía miedo de alguien en particular?

Los ojos de Cleopatra, de nuevo abiertos, se posaron en él el tiempo justo para responder:

—Si los hombres contaran a las putas cómo marchan sus negocios, acabaríamos todas muertas tarde o temprano. Yo no quería saber nada. Y, francamente, si supiera algo, no se lo diría.

Elio se preguntó si Anubina habría tenido aquellas ojeras cuando estaba embarazada; si también ella habría seguido «trabajando» hasta que el tamaño de su barriga hubiera desagradado a sus clientes.

—Dices que en Neápolis hay un burdel masculino que frecuentaba el divino Adriano. Eso me interesa. Háblame de él.

—No tiene ninguna relación con la muerte de Sóter.

—¿Es un sitio tan famoso como dices?

La actitud de Cleopatra se suavizó. Habló, un tanto regocijada, evitando mirarlo, con los ojos en un punto impreciso sobre un hombro de Elio.

—¿Famoso? ¡En ciertos círculos es legendario! La versión oficial es que Adriano conoció a Antinoos en Asia Menor, pero en Neápolis cuentan otra historia. Dicen que pasaba por allí (Adriano, quiero decir), camino de algún país lejano, e hizo un alto para «descansar». A Antinoos, que era un recién llegado, apenas le había dado tiempo a acostumbrarse a su catre, cuando se lo llevaron. En el burdel, hay una tablilla escrita en verso que cuenta la historia y lo que le ocurrió a Antinoos después.

—¿Y qué le ocurrió?

—Pues lo que todo el mundo sabe. Que se cayó al Nilo, se ahogó y lo enterraron. Nada especial, pero los versos son bonitos, y me gustaron.



Ben Pastor

Conspiratio

—¿Dice esa tablilla dónde lo enterraron?

—No lo recuerdo exactamente. —Una gota de sudor le resbalaba por la frente, y Cleopatra se la secó con el dedo anular—. Creo que dice que está enterrado en el mismo sitio en el que más tarde murió el emperador, o algo así.

La chica tenía las uñas muy mordidas. Elio lo advirtió y, por el modo en que ella metió la mano bajo el chal, comprendió que se había dado cuenta.

—¿Te refieres a Baias?

—Supongo que sí. Hoy en día, eso a nadie le importa.

«Cuánto te equivocas», pensó Elio. Aquello era una novedad para él. Hasta ahora nunca había oído que los restos del Efebo descansaran en la residencia imperial de Baias, o cerca de ella.

—¿Sabes leer? —le preguntó a la chica.

Esta vez Cleopatra Minor lo miró directamente y con cierta atención.

—Pero ¿por quién me toma? Pues claro que sé leer. Y no crea que elegí el nombre de Cleopatra Minor sin saber quién era la Gran Cleopatra.

—Lo que quería decir *es*: ¿leíste la tablilla tú misma?

—¡Ustedes, en los burdeles del ejército, deben de tratar con vacas! Yo también escribo poesía, ¿sabe? Y sí, leí la tablilla e incluso copié los versos. Copio versos en todos los sitios a los que voy. Pero ¿qué tiene que ver eso con Sóter?

—¿Tienes el poema aquí?

—¿Si lo tengo? ¡Ya lo creo! —Por un instante, el rostro de la chica esbozó una expresión maliciosa—. Nunca lo habría dicho, pero al final resultará que también usted es un poco raro.

—No te hagas ilusiones, sólo es curiosidad.

Cleopatra se ausentó el tiempo justo —Elio la veía a través de la puerta— para coger un rollo de pergamino de un estante.

—Aquí están los versos —dijo la chica saliendo de la habitación y tendiéndole el rollo—. Espero que le gusten.

Escrito en latín y copiado con una letra aceptable, el texto de la tablilla, «colgada —dijo Cleopatra— en el vestíbulo del burdel», decía así:

Nacido en el Este, enterrado en el Oeste,
muerto en el Sur. Ahora el bitinio
al que el amigo imperial encontró aquí



Ben Pastor Conspiratio

para su mutuo placer
ya sólo es sombra y polvo
no muy lejos, donde Adriano voló a la inmortalidad
montado en el carro de Helios.

En realidad, los versos eran insignificantes y la información que contenían prácticamente inútil, salvo por el detalle de la estancia de Antinoo en el burdel. Era comprensible que aquel dato hubiera sido omitido de la historia oficial de la relación, por respeto al divino Adriano. En cuanto a la autobiografía del emperador, en ningún pasaje se precisaba el lugar donde Adriano había conocido a Antinoo; sólo se decía que el encuentro se había producido cuando el Efebo contaba once años y el emperador, cuarenta y cinco.

—Aquí no dice que Antinoo esté enterrado en Baias —comentó Elio.

—Pero allí es donde murió Adriano, ¿no? Según los historiadores, mientras se finalizaba su mausoleo en Roma, Adriano había sido quemado y enterrado en Puteoli, cerca de la ciudad de veraneo de Baias. El poema abría la posibilidad de que también Antinoo hubiera encontrado allí su última morada, pero por algún motivo Elio lo dudaba. El heredero de Adriano, Antonino, no había recibido el sobrenombre de «Pío» sólo por su piedad filial: era poco probable que hubiera concedido una tumba común al emperador y a su todavía más común amante.

Todo aquello planteaba también la cuestión de si Antinoo, además de hacer el papel de mujer, se veía obligado a ataviarse como tal.

Cuando se lo preguntó, Cleopatra Minor respondió que lo ignoraba.

—¿Quién sabe? De Trajano se dice que le gustaban los hombres adultos, incluidos algunos de sus oficiales casados.

Elio se limitó a murmurar que, desde entonces, en la corte las cosas habían mejorado mucho. Sobre Adriano, en fin... Había leído que le gustaban las casadas y los jóvenes. ¿Quería eso decir que con Antinoo había hecho una apasionada excepción, eligiéndolo como compañero de cama cuando aún era un niño, o implicaba algo más? ¿Era posible que el Efebo hubiera sido un simple paje favorito hasta el final de su adolescencia, momento en que el emperador habría cedido a la atracción física? ¿Existía la posibilidad, por remota que fuera, de que la relación nunca hubiera sido carnal? Eso explicaría que historiadores que solían cubrir de ignominia a los amantes imperiales se mostraran sorprendentemente comedidos con Antinoo. Sólo los cristianos parecían haber interpretado ese compañerismo en un sentido licencioso y posiblemente violento. En cualquier caso, un hombre que construye monumentos funerarios para sus perros es poco probable que entierre a su adorado amante (o amigo) en cualquier sitio y en un simple ataúd. Pero ¿y los



Ben Pastor Conspiratio

documentos de Estado que supuestamente acompañaban al Efebo en su tumba? ¿Habría cometido Adriano la imprudencia de señalar el sepulcro, cuando los enemigos de Roma (y no podía estar seguro de que todos habían sido eliminados, fueran quienes fueran) podían entrar en ella y, al tiempo que eliminaban la prueba de su existencia, profanar el cuerpo? ¿Tan enfermo, tan loco, tan descuidado se había vuelto Adriano antes de morir como para no asegurarse de que sus órdenes de aniquilar al enemigo habían sido ejecutadas?

—¿Sigue ahí? —le preguntó Cleopatra Minor—. Porque yo diría que está en Baias...

Elio la miró. Seguramente, Anubina estaba igual de hermosa y lánguida durante sus embarazos. Que sus siguientes palabras le acudieran a los labios le sorprendió a él mismo, porque las dijo con toda la libertad que el lugar y la mujer le permitían, pero eran algo más que un cumplido:

—Francamente, yo diría que podrías ganar una fortuna en esta ciudad como mujer.

—Gracias. Está claro que aún no ha visto a la competencia.

—La he visto. Aunque no de bastante cerca, todavía.

Cleopatra bajó los ojos y sonrió, porque agradecía el implícito halago o desconfiaba de su sinceridad.

—La vida es dura, soldado. Seguro que lo sabe. Volviendo a Antinoo, en el burdel de Fortunato me enteré de que tenía casa propia en Roma, aunque ya no es posible verla.

—¿Por qué? ¿La derribaron?

—La enterraron. Y a menos que le permitan excavar en las termas de Antonino, no hay nada que hacer. Los chicos de Fortunato decían que daba a la Vía Apia y que se llegaba a ella por una calleja próxima al Arco de Druso, el que llaman Arco del Recuerdo. Tengo entendido que en realidad fue enterrada mucho antes de la construcción de las termas, por orden de Antonino Pío.

En el bochorno de mediodía, Elio abandonó el edificio de Los Siete Césares por la entrada posterior, que le indicó la vieja sirvienta.

—Si sigue en Roma a mediados de octubre —le había dicho Cleopatra Minor cuando empezaba a bajar las escaleras—, ya habré vuelto de Neápolis.



Ben Pastor Conspiratio

Mientras atravesaba el pequeño pero cuidado jardín, oyó ladridos en la casita del portero, y miró dentro. Un gran perro negro le gruñó tirando de una larga cadena que le permitía llegar hasta la puerta. «Es una pena que los animales no sepan hablar», se dijo Elio. A la vista de los hechos, urgía averiguar a quién temía Sóter y si los instrumentos de su muerte tenían algo en común con quienes habían amedrentado primero y luego asesinado a Sereno Dío. Con toda probabilidad, las mismas personas que habían prendido fuego al almacén de Theo y recibido el aviso de que el enviado del César había llegado a Roma.

Mientras se dirigía a la Biblioteca del Estado por el titubeante camino del forastero, Elio tuvo tiempo para razonar que quizá los versos simplemente se habían tomado una licencia poética con los hechos. Podían significar que, tras su muerte, el alma de Antinoos había permanecido junto al emperador, no que sus restos hubieran sido inhumados en la tumba provisional de Adriano en Puteoli. Según la tradición, dicho sepulcro había pertenecido a la familia de Cicerón y, que Elio supiera, seguía en pie, aunque vacío desde que Antonino Pío trasladara a Roma los restos de su antecesor. Tendría que visitarlo en persona, a menos que encontrara una descripción precisa en algún sitio.

La correspondencia del Estado se guardaba en la Biblioteca Ulpiana, fundada por el divino Trajano, y, por norma, para consultarla se necesitaba la autorización del prefecto de la Ciudad. Como en esos momentos estaban empaquetando los registros para trasladarlos a la biblioteca de las nuevas termas de Su Divinidad, Elio tuvo que convencer a los bibliotecarios de la urgencia del caso para obtener un pase. Rebuscando en las cajas ante la irritada mirada del personal, Elio examinó originales y copias, reprimiendo la tentación de extraviarse siguiendo pistas históricas sin relación con el tema y limitándose a tomar nota de determinadas cartas privadas y expedientes oficiales de consulta obligada para la redacción de otras biografías imperiales.

Al anoecer, cuando la hora de cierre interrumpió sus lecturas, aún le daba tiempo a acudir a la dirección que le había proporcionado el hermano de Filo. Allí, en una escuela religiosa situada en la calle que llevaba del Vicus Pallacinae al Iseo Campense, estaba a punto de celebrarse el banquete de Nuestro Señor Anubis.

Era una suerte que su familiaridad con Egipto lo hubiera inmunizado contra semejantes visiones, porque el gran santuario, espectral en la tiniebla, se alzaba ante él como una delirante fantasmagoría de estatuas y obeliscos en una mezcolanza de estilos. Leones, esfinges, babuinos, dioses enanos o con cabeza de perro lo acechaban mientras intentaba dar con la entrada —angosta, escondida y oscura— de la «Casa de la Vida».



Ben Pastor Conspiratio

Carta de Elio Espartiano a Diocleciano César:

Al Emperador César Gayo Aurelio Valerio Diocleciano Pío Félix Invicto Augusto, su Elio Espartiano, saludos desde Roma, Eterna Cabeza del Mundo.

Es posible, *domine*, que el hecho de que iniciara mi recorrido por los edificios del divino Adriano el día de los *supplicia canum* tenga algún significado. Gracias a vuestra clemencia, esa fecha ya no lleva aparejada la crucifixión anual de animales inocentes, en recuerdo de la vigilancia siempre necesaria para preservar la seguridad del Estado. Como os informaba en mi primera y apresurada misiva, las necesidades organizativas de mi investigación histórica y policiaca se han visto satisfechas gracias a un alojamiento excelente y a la asombrosa abundancia de información en los muchos archivos y bibliotecas de la Capital. En particular, me ha emocionado enormemente penetrar en la Biblioteca Ulpiana, por la riqueza de sus colecciones y también porque fue allí donde los antepasados de mi madre fueron manumitidos y se convirtieron en hombres libres durante el reinado del divino Adriano.

Esta noche he asistido a un banquete fúnebre cerca del Iseo Campense, durante el que he averiguado unos cuantos detalles interesantes sobre los poderosos de la comunidad egipcia de Roma y, también, sobre el hombre cuya muerte me impidió obtener una información capital. Lo que esperaba saber directamente a través de él tendré que reconstruirlo ahora pieza a pieza. Pero no estoy desanimado.

De hecho, mientras aguardo el momento de encontrarme con Aviola Parato, confío en que cada paso que dé en esta bendita Ciudad me acerque un poco más no sólo al esclarecimiento de los asuntos relacionados con el divino Adriano, sino también a la resolución de lo que cada vez se parece más a una cadena intencional de hechos iniciados por el descubrimiento de Sereno Dío. En cuanto a éste, ha sido depositado en un lugar seguro, secretamente y por mis propias manos.

En lo relativo al estado físico de Roma, del que deseabais recibir noticias, puedo informaros de que las obras de vuestras monumentales termas, que una vez finalizadas ocuparán una superficie de casi doce hectáreas, continúan a buen ritmo. La Cofradía de la Fortuna Venturosa ha sido indemnizada por el derribo de su sede para la construcción de la monumental piscina. Ya se han instalado dos mil quinientos de los tres mil baños previstos. Se espera que la inauguración pueda celebrarse en menos de dos años. La repavimentación del Gran Foro está casi acabada, once años después del catastrófico incendio que devastó la ciudad desde los pies del Capitolio hasta el monumental templo construido por el divino Adriano en honor de Venus y Roma (y todavía necesitado de reparaciones), de forma que las tres principales restauraciones ordenadas por Vuestra Divinidad están acabadas. En cuanto al Senado,



Ben Pastor

Conspiratio

reconstruido desde sus cimientos, sus puertas de bronce acaban de ser colocadas, y el suelo de mármol será puesto en breve. Menos de diez años después del terremoto que tantos daños causó a su castillo de distribución, el acueducto del Agua Marciana no sólo ha sido reparado (como pudisteis comprobar en vuestra visita del pasado noviembre), sino que además verá aumentar su volumen de agua próximamente.

No obstante, hay otros muchos edificios que esperan recibir atención: estadios, anfiteatros y otros lugares públicos de esparcimiento muestran las señales de reparaciones poco cuidadosas durante anteriores administraciones. Tengo entendido que no pasa un día sin que aparezcan nuevas grietas y que a menudo una fuerte lluvia tiene como resultado el derrumbe de aleros y cornisas, con el consiguiente riesgo para las vidas de los romanos. En el Aventino, las termas de Decio permanecen cerradas debido al mal estado de su estructura. Según dicen, si el techo de la sala de la piscina de agua tibia se hunde, todo el edificio podría venirse abajo. Una curiosidad: el monte Testáceo, erigido con viejas ánforas de vino y aceite a la orilla del río, y popularmente conocido como la Colina de los Borrachos, ya ha alcanzado los treinta metros de altura.

También os interesabais, mi señor, por la persecución de los cristianos en la Ciudad. La coerción se aplica de acuerdo con la ley, pero los juicios no son tan visibles como en el resto del imperio, quizá porque aquí los hábitos urbanos moderan el extremismo religioso y los acusados vigilan sus pasos. Los lugares de culto están cerrados, pero los enterramientos cristianos (incluidas las grandes catacumbas y el espantoso cementerio surgido como un cáncer al costado del hipódromo de Gayo en el Campo Vaticano) siguen siendo utilizados. Entre los juicios que se están celebrando en estos momentos, es especialmente interesante el del soldado Ciríaco, porque está relacionado tanto con vuestra clemencia como con vuestras monumentales termas. De hecho, se trata del mismo individuo que, desde la cercana casa que en otros tiempos concedisteis a su secta, ha estado atendiendo (y probablemente agitando) a los cristianos condenados a trabajos forzados en la construcción de los baños. Por otra parte, Marcelino, primer obispo de los cristianos (su «papa», como ellos lo llaman), que había abjurado tras su reciente detención, ganándose el apelativo de traidor entre sus correligionarios, parece que ahora se ha retractado de dicha abjuración.

En hoja aparte, mi señor, os envió una selección de precios de bienes y servicios, tal como rigen en Roma. Entre tanto, sigo buscando el lugar donde está enterrado el joven Antinoo, teniendo en mente el dicho: «*Si monumentum quaeris, circumspice!*»

Con gratitud y saludos, escrita por Elio Espartiano en Roma, el lunes 5, nonas de agosto, del vigésimo primer año de la aclamación de Nuestro Señor César Diocleciano, séptimo del consulado de Maximiano Augusto, octavo del



Ben Pastor Conspiratio

consulado de Aurelio Valerio Maximiano Augusto y año 1057 desde la fundación de la Ciudad.



Ben Pastor Conspiratio

CAPÍTULO 8

Martes 6 de agosto
(13 de Mesore)

Esa noche, Elio se juró que no volvería a asistir a un velorio egipcio. No sólo había confirmado todos los tópicos sobre aquella gente y su religión; se había sentido fuera de lugar, ajeno a las incomprensibles plegarias, las libaciones rituales, los cánticos... Era el mismo Egipto cruel que tan bien conocía y al que, no sabía cómo, se las arreglaba para volver una y otra vez. Al acabar la carta a Su Divinidad, intentó dormir, pero en vano. Se sentó en la cama, paseó por la habitación y, por fin, se asomó al pequeño balcón que daba al valle.

Como un cucharón ladeado, la luna menguante vertía su luz sobre objetos conocidos y desconocidos. A los pies de Elio, las termas de Antonino dominaban la Vía Apia, alzándose sobre su resplandeciente plaza como una isla elevada; un poco más allá, donde se bifurcaba la calzada, un grumo más oscuro indicaba el emplazamiento del Arco del Recuerdo, al que había aludido Cleopatra Minor. Allí, bajo la esquina más alejada de las termas, había estado la casa de Antinoo hasta que la tierra la había cubierto y millones de ladrillos se habían amontonado sobre ella. Elio trató de imaginarse las habitaciones sepultadas y llenas de tierra, y acabó preguntándose si, en su mojigata piedad, tras «borrar» aquel recuerdo del Efebo, el sucesor de Adriano no habría destruido también su tumba. ¿Cabía la posibilidad? Y ¿podía confiar en ella lo suficiente para relajarse, para olvidarse de una vez por todas de aquel angustioso apéndice de su investigación? Porque, de confirmarse —dijera lo que dijese la carta de Adriano—, ni él ni nadie podría dar con la famosa prueba de la existencia de una conspiración contra Roma.

La gente a la que había conocido esa noche (los Nilo Nosequé y los Loto Nosecuántos, egipcios de segunda y tercera generación que nunca habían estado en Egipto, pero observaban escrupulosamente las tradiciones) sostenía que Antinoo



Ben Pastor Conspiratio

estaba enterrado en la villa de Adriano en Tibur. ¿Habían estado allí? No, pero sus mayores sí, y habían visto el obelisco que señalaba el emplazamiento de la tumba. El sacerdote de la reluciente cabeza de huevo, que, una vez celebradas todas las ceremonias, había estado muy comunicativo durante la comida, se había mostrado en desacuerdo. Para él, como no podía ser de otro modo, los restos de Antinoo descansaban en Antinópolis. Sólo un anciano conocía la versión de Cleopatra Minor, porque años atrás le habían enseñado la tumba del Efebo cerca de Neápolis. Pero decir «cerca de Neápolis» era como no decir nada.

Hubo cánticos y plegarias, pero no preguntas al muerto ni embalsamamiento para la vida eterna. Sin embargo, por un momento, Elio estuvo tentado de pedir ayuda a no sabía quién. ¿Los dioses? ¿El Dios único? ¿La Mitra de sus hombres? ¿Osiris? No creía en ninguno de ellos. Sólo en el deber cívico de la práctica devota, de acuerdo con la costumbre romana, que para él era suficiente objeto de fe.

Pasado el arco, las tumbas se apretaban a ambos lados de la antigua calzada que surcaba el valle. Sóter había querido que lo enterraran en la cuarta milla, mientras que Filo había elegido su última morada en el Campo Vaticano. Su hermano no sabía nada sobre la correspondencia reciente del empresario textil, pero confirmó que Sóter y Sereno Dío habían sido amigos en Egipto antes de la Rebelión.

«Daría lo que fuera por saber si Sereno informó a Sóter de su hallazgo. Y, si lo hizo, ¿le cortaron el cuello a Sóter para impedir que me lo contara? ¿O porque conocía la antigua escritura y podía ayudarme a leer las inscripciones de las tumbas?» Esa noche, todo le parecía inconexo e irresoluble, una maraña imposible de desenredar. Si alzaba la vista, más confusión: las estrellas, salvo las más cercanas a la luna, apagadas por su halo como pábilos de vela, brillaban por millares. Elio sólo pudo reconocer el Cisne, que extendía sobre su cabeza unas alas interminables, y el Águila, inclinada como si reuniera fuerzas para lanzarse en picado; en sus espolones titilaba débilmente un racimo de luces, de las cuales una llevaba el nombre de Antinoo: la «nueva estrella» que, según los astutos sacerdotes egipcios habían dicho al escéptico Adriano, había aparecido a la muerte del Efebo.

De pronto, de algún lugar de la colina, detrás de la casa, llegaron a sus oídos la llamada y, después, los pasos regulares de la patrulla nocturna, sonidos familiares y tranquilizadores en la imponente inmensidad de la noche romana.

Miércoles 7 de agosto

(14 de Mesore)



Ben Pastor Conspiratio

Pase en mano, Elio volvió a la Biblioteca Ulpiana mucho antes de que abrieran las termas.

Hasta mediodía, no consiguió descubrir el largo informe del arquitecto que había restaurado el sepulcro republicano para su interino ocupante imperial, archivado entre escrituras de propiedad y recibos pagados personalmente por el divino Adriano. El documento había sido enviado a Antonino hacía ciento sesenta y seis años, al mes de la muerte de Adriano y a los ocho años de la desaparición del Efebo.

La descripción del monumento era precisa, incluso tediosa en sus detalles. Elio se saltó medidas y puntillosas observaciones sobre la anchura y el grosor de cornisas y losas de mármol, para centrarse en lo que le interesaba.

...El interior del monumento, Su Excelencia, había permanecido intacto desde su construcción, encargada por la hija de Cicerón hace doscientos años. Como hacía mucho tiempo que nadie penetraba en su interior para hacer ofrendas a los manes de Tidia, los administradores de la ciudad de Puteoli habían sellado la puerta para proteger la urna. Lo que planeo hacer, obedeciendo las órdenes que os inspiró vuestra piedad filial, es lo siguiente:

Dado que en la pared de la cámara hay un simple nicho, que contiene la mencionada urna, la retiraré y confiaré a los Padres de la Ciudad hasta el momento en que Su Excelencia decida el lugar al que debe ser trasladada.

Los únicos objetos que contiene la cámara son una estatua en bronce de Tulia, una mesa de libación, el altar y un asiento semicircular (los tres, de excelente mármol). A mi modo de ver, es un hecho tan lamentable como afortunado. Lamentable porque no puedo imaginar que las cenizas de vuestro padre reposen en un lugar tan desnudo —incluso mísero, para el gusto actual— e inadecuado a la dignidad de un emperador en la vida y la muerte. Y afortunado porque me permitirá —si así lo disponéis, y cuando lo dispongáis— decorarla como merece el difunto Príncipe de Roma.

Seguía una exhaustiva descripción de las mejoras previstas por el arquitecto para el interior, que Elio decidió hacer copiar por su posible utilidad futura, pero que no necesitaba por el momento. El penúltimo párrafo, sin embargo, era revelador y, al menos en cuanto a aquel punto de la investigación, concluyente:

...Así pues, en la cámara quedará un cuerpo, los restos mortales de un solo hombre. Y, dado lo excepcional del caso, para que la tumba imperial no esté rodeada de otras como si fuera una más, derribaré los sepulcros de los libertos de la familia, que han proliferado a su alrededor durante siglos. Se tomarán las medidas pertinentes para que aquellos que todavía contienen restos humanos



Ben Pastor Conspiratio

sean cerrados por sacerdotes, antes de sacar los ataúdes y trasladarlos a otro lugar conforme a la ley, la piedad y la tradición.

De este modo, el sepulcro de vuestro padre se alzaré en solitario en el centro de una zona verde en la que se plantarán laureles y robles, como corresponde, y será totalmente visible para todo aquel que pase junto a la propiedad de Cicerón camino de la ciudad de Puteoli.

Aquello parecía confirmar que Antinoo no yacía ni en la tumba provisional de su señor ni en sus inmediaciones, y le ahorra un viaje a Campania, pero también llevaba otro callejón sin salida en su búsqueda de la última morada del Efebo.

Jueves 8 de agosto

(15 de Mesore)

No era el primer soldado ciego que conocía. De todas las minusvalías posibles, la pérdida de la vista siempre le había parecido la más difícil de sobrellevar, porque obliga al hombre acostumbrado a valerse por sí mismo, moverse libremente y actuar según su voluntad, a depender de otra persona para algo tan simple como cruzar la calle. Y de Aviola Parato sabía que la ceguera no le había sobrevenido a causa de un accidente o en el campo de batalla. Se la habían ocasionado deliberadamente, tras la desgraciada campaña persa de Numeriano, hacía veinte años. Según le había contado Tralles, los persas habían aniquilado su unidad, ejecutado a los mandos que habían sobrevivido a la matanza y dejado ciegos a los oficiales jóvenes, condenándolos de ese modo a morir o —en el mejor de los casos— a buscar a tientas su doloroso e interminable camino de regreso entre indecibles penalidades. Desde ese punto de vista, Parato, incluso antes de que lo conociera, parecía llamado a encarnar a los ojos de Elio el estoicismo y la fortaleza de unos tiempos pretéritos. Quedaba ver qué vetas de amargura yacían, inevitablemente, bajo ellos.

El hombre real con el que se encontró Elio, sentado a la sombra de una parra a una mesa al aire libre, ante la bien provista taberna *A la Gloria de Nuestro Señor Aureliano*, cuadraba perfectamente con el tipo, salvo por la aparente falta de amargura. Sin más pelo que la barba de tres días popularizada en el ejército por los emperadores y un casco de pelo gris no más largo que los de la barba, era un hombre delgado y fibroso, de sólidas articulaciones y miembros largos y nervudos, que parecía tallado en madera vieja. Su alargado cráneo de septentrional era delicado y compacto a un tiempo, y las líneas horizontales que surcaban su frente parecían trazadas por la



Ben Pastor Conspiratio

reflexión más que por las preocupaciones, como acreditaba una boca firme sobre la que flotaba una sonrisa entre irónica y comprensiva. Detrás de él, en la parte posterior de la taberna, ondulantes hileras de vides cuajadas de racimos ocultaban casi por completo la rojiza tierra. Cobertizos encalados, vallas rectas, ausencia de maleza... Todo recordaba la familiar disciplina castrense.

Parato fue el primero en saludar y, cuando Elio le tendió la mano, se la apretó con fuerza y la retuvo en la suya unos instantes.

—No se imagina, lo que significa para mí que vuelvan a considerarme útil para Roma.

Elio no respondió. Esperaba una frase así. Un poco retórica, quizá. Pero, de pronto, recordó que al menos en dos ocasiones, en Armenia y en plena Rebelión, se había sentido un tanto utilizado por Roma y no muy conforme con la idea de no ser más que un pedazo de carne arrojado al enemigo, y las palabras de aquel soldado ciego lo llenaron de vergüenza.

—Su carta me llegó en un momento muy oportuno —optó por decir—, así que pensé que debíamos vernos.

La siguiente duda fue qué más convenía contarle. Que Elio supiera, Tralles sólo le había hablado de sus pesquisas sobre la muerte de Antinoo. No obstante, un hombre que había pertenecido a los servicios de inteligencia podía tener la costumbre de mantenerse informado sobre lo demás (la asistencia oficiosa de Elio a juicios contra los cristianos, su investigación sobre la muerte de Sereno Dío...) y sacar conclusiones de lo que oía.

—Me he tomado la libertad de elaborar una lista de lugares relacionados con el divino Adriano en Roma y sus alrededores que podría interesarle visitar —dijo el veterano buscando a tientas el rollo de pergamino que tenía sobre la mesa y tendiéndoselo a Elio. La lista incluía las distancias desde Roma y entre los lugares en cuestión, así como los caminos en los que se encontraban—. Lo habría hecho mucho mejor si hubiera podido visitar los sitios personalmente —se disculpó Parato—. Y quizá existan caminos más cortos que yo desconozco, por haber sido trazados en fecha reciente.

—No sé qué decir —respondió Elio meneando la cabeza—. Es una lista de las construcciones y propiedades del divino Adriano tan completa como la que yo he elaborado en varias semanas, y usted ha incluido algunos edificios que había pasado por alto.

—Es comprensible, teniendo en cuenta las fuentes de que disponemos. —Parato sonrió apretando los labios tímidamente—. No es mucho, pero comprendo que, si pretendo convencerlo de que puedo serle útil, tengo que sacarles todo el partido a mi



Ben Pastor Conspiratio

memoria y mi instinto de espía para obtener información. —Soplaba un poco de brisa, y Paratus inspiró con fuerza—. Me acuerdo de su unidad en la época de la Rebelión. Hicieron ustedes maravillas en el patio de Thoth en Hermópolis.

—Lo pagamos caro.

—Pero salvaron la situación. Esa acción nos causó envidia a todos, porque le granjeó la consideración de Su Divinidad. Creo que fue entonces cuando Ben Matías juró que lo mataría. Era usted el hombre a eliminar. En el cuartel general, estábamos un tanto preocupados. Por suerte, todo acabó bien.

—La suerte del panonio. —Elio no sabía que sus éxitos militares habían despertado la envidia de sus compañeros. De pronto, se preguntó si Tralles aún tenía celos de él y se había negado a ayudarlo por ese motivo—. ¿En qué parte de nuestra provincia nació usted? —le preguntó a Parato por simple curiosidad.

—En Brigetio.

—¿En el campamento militar?

—No, en la zona sur de la ciudad, junto al obrador de vidrio. Pero mi tío Breuco, cuyo nombre llevo, sí sirvió en la I Legión Adiutrix. ¿Ha estado en Brigetio últimamente?

—No. He oído que, tras los últimos incidentes en la frontera, la población ha disminuido y que algunas propiedades han quedado abandonadas.

—Yo también lo he oído, y me alegro de no poder verlo. —Parato posó las manos en la mesa con las palmas boca abajo y los pulgares tocándose—. Hablando de cosas más agradables, me enorgullece informarle de que empecé mi carrera en la patrulla nocturna de la V cohorte, en el segundo distrito, que en aquella época contaba con cuatro mil seiscientos casas de vecinos, veintisiete almacenes y ochenta y cinco termas. Me fue bien y ascendí a edil de la VI cohorte, en el distrito del Gran Foro, con todo lo que es importante en Roma concentrado en unos mil trescientos metros cuadrados, más cerca del triple de santuarios que mi anterior destino, casi tres mil quinientas casas de vecinos y ochenta y seis termas. En esos tiempos, nos elegían por ser altos y guapos, y sólo la guardia, con sus costosos uniformes, presumía más que nosotros en los desfiles. —Elio no pudo evitar sonreírse, porque también su padre y los maridos de sus hermanas estaban orgullosos de sus arreos militares hasta un punto que rayaba con la vanidad—. Me gustaba trabajar de noche —siguió diciendo Parato—, en la oscuridad de las calles. Quién me iba a decir que después de la campaña persa caminaría a oscuras el resto de mi vida... Pero así fue. Ahora, cuando no estoy de viaje, me ocupo de esta taberna, que marcha bien porque es el mejor sitio para hacer un alto entre Roma y Ad Quintanas. Y porque mi vino es excelente. Mi mujer vive en Minturno, con nuestros dos hijos, que trabajan allí. Han salido a ella y



Ben Pastor Conspiratio

son chicos serios, un poco insulsos, diría yo, aunque unos lince para hacer dinero con el obrador de tejas de su abuelo materno, que no ha parado de dar beneficios desde que se hicieron cargo de él. Su madre es una buena mujer, y sabe que necesito estar lejos de vez en cuando, por un tiempo. Ahora tiene nietos, así que no me echa mucho de menos, o eso dice ella. ¿Y usted?

En comparación, su vida parecía fácil de resumir. Elio se encogió de hombros, relajado a la fresca sombra de la parra.

—Pues, después de Egipto, serví en Armenia y luego estuve en Nicomedia hasta la primavera. Por lo demás, como cualquier hijo de soldado, toda mi vida ha estado marcada por acontecimientos militares. Cumplí los ocho el año en que los sármatas y los cuados invadieron Panonia, y lo recuerdo bien. Un año más tarde, nacieron mis hermanas gemelas, cuando Caro entró en Mesopotamia como vencedor y poco después lo encontraron muerto en su tienda. Teniendo yo diez años, mi padre se ausentó durante mucho tiempo, cuando, muerto Caro, el ejército de Numeriano se rebeló y más tarde eligió a Su Divinidad.

—¿Una copa de vino?

—No le diré que no.

Les trajeron vino fresco de la bodega. Aspirando la perfumada brisa que les llegaba del viñedo, Parato encorvó la espalda para llevarse la copa a los labios.

—Cuando nacieron sus hermanas, yo estaba con Numeriano en Persia. Tardé un año en volver, y al final oí los gritos de los hombres de su hermano, que vitoreaban a Diocleciano. Recordará que Siscia había estado en manos de los rebeldes; intentar cruzar la región era suicida.

Elio asintió, como si el hombre al que tenía delante pudiera verle mover la cabeza. En el ejército, siempre era lo mismo: medir el tiempo de acuerdo con las campañas, intercambiar noticias sobre ciudades fronterizas y campamentos, mantener el espíritu de cuerpo... Ningún civil comprendería nunca lo necesarios que eran esos prolegómenos para cualquier trato. Elio le dio un sorbo al fresco y afrutado caldo, y lo paladeó unos instantes antes de tragárselo. Seguro que Adriano, que también había sido soldado, concedía la misma importancia a aquel modo de ponerse al día. Y Antinoo, que nunca había ido a la guerra, ¿cómo contaba los años de su corta vida?

A continuación, Elio resumió los objetivos de su investigación en Italia, describiendo su búsqueda del lugar en que estaba enterrado Antinoo como un elemento más de su reconstrucción biográfica. Parato lo escuchaba con la espalda recta y la cabeza ligeramente echada hacia atrás, y de vez en cuando respondía murmurando un «sí».



Ben Pastor Conspiratio

—Como soldado de inteligencia —dijo al fin en voz alta— también a mí me fascina el misterio de la muerte del Efebo. Las pistas que descubrió usted en Egipto parecen prometedoras. Podría ayudarlo a reconstruir las circunstancias del accidente. ¿Buscó el atestado del suceso, exigido por la ley egipcia?

—Sí, pero inútilmente. La crecida dañó los archivos hace años. Sólo encontré la respuesta al atestado del gobernador del nomos, y en muy mal estado. Las líneas que podían contener información sobre el estado del cuerpo de Antinoo estaban borradas.

—Qué lástima... Merece la pena echar un vistazo en los Archivos del Estado, por si hubieran mandado una copia a Roma. De no ser así, nos la arreglaremos con lo que tenemos. La correspondencia privada de la clase senatorial de la época podría sernos muy útil, porque el divino Adriano tenía críticos en esos círculos. Pero no la encontrará en los archivos; no obstante, las cartas de presentación de Su Divinidad pueden abrirle las puertas de muchas colecciones privadas. Puedo elaborarle una lista de familias que todavía existen cuya correspondencia podría arrojar luz sobre esos viejos asuntos.

Aquella idea tenía que habersele ocurrido a él. Elio se habría abofeteado por semejante olvido, pero agradeció la sugerencia. ¿Por qué no había buscado un compañero de investigación desde el principio? Sentado frente al veterano, comprendió que le pesaba tener que guardar silencio sobre «lo demás»: las tres muertes, el miedo a que una antigua conspiración pudiera volver a perjudicar (¿o seguir perjudicando?) a Roma a menos que los detalles sobre la misma —ocultos en la tumba de Antinoo— fueran descubiertos...

—En cuanto al último lugar de descanso del Efebo —estaba diciendo Parato en un tono próximo a la disculpa—, me temo que físicamente no puedo ayudarlo a buscarlo, aunque no carezco totalmente de recursos. Tengo un joven criado que de vez en cuando me acompaña a alguna de las grandes bibliotecas para leerme textos. Si a usted no le importa gastar las suelas, yo puedo proporcionarle indicaciones. Como sin duda comprende, con todo esto sólo quiero convencerlo para que me permita volver a ser útil. No espero que me responda ahora, pero tenga la bondad de pensárselo y comunicarme su decisión.

—Así lo haré —respondió Elio vagamente pese a que ya la había tomado, y se puso en pie.

Parato lo imitó, buscando a tientas la mano que le ofrecía.

—Con eso me basta —murmuró el veterano, y ésa pudo haber sido su despedida; pero su fino instinto de espía le decía que habían quedado cosas por decir—. ¿Hay algo más que deba saber?



Ben Pastor Conspiratio

—Nada más.

Un mozo de cuadra coloradote y simplón trajo el caballo militar de Elio, que montó con agilidad («El crujido del cuero de la caballería», se dijo Parato con una media sonrisa), y, ajustando el paso del animal al del invidente, se dejó acompañar hasta el borde de la calzada de piedra.

Parato buscó con el pie la rechoncha columna que señalaba la duodécima milla y el arranque del sendero que llevaba a su taberna. Luego volvió a aspirar el aire hasta llenarse los pulmones.

—Parece una de esas tardes tan tranquilas como las de los frescos, ¿me equivoco? Las cercas de mimbre están cubiertas de enredaderas, pero no se mueve ni una hoja... Apuesto a que las cintas de colores que cuelgan de las estatuas de los jardines parecen almidonadas.

—Es verdad —dijo Elio.

—¿Bonito?

—Mucho.

—Cómo lo echo de menos... Mentiría si dijera lo contrario. ¿Sabe? Antes solía preguntarme dónde se meten los pájaros en días así. Ni se ve ni uno solo en el cielo, y las briznas de hierba están totalmente rectas, o sólo un poco dobladas. Le juro que, estando en campaña, veíamos tardes como ésta, y nos enamorábamos de esta tranquilidad y esta paz, hasta que la paz explotaba, y lo que quedaba luego se parecía a esos caóticos amasijos de cuerpos de los sepulcros de piedra, o en las columnas conmemorativas de Roma. ¿A usted también le pasaba?

—A veces.

El día en que Ben Matías lo había herido en Egipto era muy parecido a aquél. Elio recordaba el silencio, luego el caos, el silbido de la flecha y la sangre espumosa subiéndole por la garganta como un vómito dulzón.

Parato alzó el rostro cubierto de costurones hacia el cielo.

—He hecho guardias en las montañas de Commagene, sobre la línea de árboles, frente a la hilera de dioses de piedra que se alzan hacia el cielo. He pasado noches sentado junto a las cabezas caídas de esos gigantes, en el monte que el Gran Rey construyó para sí. Las estrellas asoman a tu derecha si estás frente a las estatuas y a tu izquierda si estás mirando hacia el valle, como era mi deber. Por la noche no se oye más que el viento y la inmensa respiración del cielo sobre tu cabeza; una tras otra, las figuras cobran forma en lo alto y luego empiezan a declinar, hasta que las ves como una carta clavada en el firmamento y, sin embargo, a punto de ser borrada por el día. Ése es el Cazador, con los perros corriendo a su lado, como saltando a la



Ben Pastor Conspiratio

inmensa tierra; el Reyezuelo, que anuncia la llegada del León; la Pequeña Cabra, encima, y el brillante ojo del Toro, rozando ya la tierra. Hay signos arriba y signos abajo. Para el «lector», son tan claros en la oscuridad como a la luz del día. Para los espíritus analfabetos, son incomprensibles, ininteligibles, carentes de sentido, son cantos y zumbidos de los insectos. ¿Qué piensa usted?

Elio pensaba en las constelaciones de los mosaicos de la barcaza de Adriano, auténtica «carta clavada en el firmamento». Ya no le cabía duda de que Parato le sería útil. Con un chasquido de la lengua, incitó al caballo a emprender el camino de regreso.

—Que también he hecho guardias nocturnas y escuchado al viento. Y que también yo sé «leer».

En su alojamiento lo esperaba una carta de Diocleciano enviada desde Salona el 12 de julio. La había entregado un correo esa mañana, poco después de que Elio saliera, y recibido, como toda su correspondencia, el jefe de su guardia personal.

—No la he soltado en ningún momento, señor —le aseguró el soldado.

Era la fórmula acordada, así que Elio no le prestó mayor atención. La impresión defectuosa del anillo imperial hacía pensar que lo habían aplicado dos veces sobre la oscura cera del sello, pero eso era bastante habitual. «Un guardaespaldas es un guardaespaldas», se dijo Elio y, tras asentir, se metió en su despacho para leer el mensaje.

Era la respuesta a la carta que había enviado desde Antinópolis el 28 de junio. Diocleciano lo animaba de forma general a proseguir sus pesquisas, sin olvidar sus habituales deberes de informar sobre los precios y el desarrollo de los juicios religiosos. Antes de la fórmula de despedida, añadía:

«En lo relativo a la investigación que has iniciado con mi permiso, procura aplicar todo tu celo, porque es mi voluntad que el bienestar del Estado sea salvaguardado a toda costa. Los delitos tanto públicos como privados son una abominación contra el orden romano, y debes usar tu autoridad como enviado del César para descubrir la verdad. Por lo demás, el veterano al que aludes, Aviola Parato, fue en nuestros primeros tiempos una de las mejores adquisiciones para nuestra causa. Durante la Rebelión, se distinguió pese a su impedimento. Lo recomiendo a tu atención, pues su experiencia no puede ser sino útil en tu persecución de los posibles enemigos, antiguos y nuevos, del mayor imperio sobre la tierra.»



Ben Pastor Conspiratio

De haber sabido aquello unas horas antes, la conversación en *A la Gloria de Nuestro Señor Aureliano* habría traspasado ampliamente los límites de los detalles históricos. Elio se felicitaba del aval del Emperador y se sentía dispuesto a perdonar a Tralles su inicial renuencia a ayudarlo. Tanto era así que ya había empezado a escribirle, cuando le anunciaron la llegada de Onofrio, «guía turístico de los elegidos».

Después de haber conocido a Parato, el apóstata le pareció un individuo insignificante. El desharrapado egipcio lucía sotabarba, en realidad una simple prolongación de las patillas que le enmarcaba la cara, y un anticuado mostacho que le colgaba a ambos lados de la boca. A juzgar por sus raídos andrajos, guiar a turistas no era un negocio muy rentable. Y, como le recordaba vagamente a un explorador que había llevado a su unidad en Armenia a lo que pudo haber sido una emboscada fatal, Elio lo miró con desconfianza desde un principio. No por peligroso; por repelente.

Onofrio apareció esgrimiendo cartas de presentación del sacerdote principal del Iseo Campense y de dos completos desconocidos que habían utilizado los servicios del guía a su entera satisfacción. En el despacho atestado de libros, el egipcio escuchó a su posible cliente con las manos entrelazadas y la cabeza gacha, queriendo tal vez parecer virtuoso, serio o ambas cosas. Como a sus espaldas la ventana estaba abierta a un cielo por el que navegaban grandes nubes, sólo se distinguía su silueta. Su voz, cuando al fin habló, tenía el suficiente soniquete meridional como para acabar de irritar a Elio.

—Tiene que empezar buscando el obelisco. Donde hay un obelisco hay una tumba.

Elio se levantó del escritorio y se situó ante la ventana para poder verle la cara.

—Eso es falso —le espetó—. También hay obeliscos en mitad de los hipódromos y las plazas.

—Sí, pero eso es en Roma, ¿sabe? En Egipto...

—En Egipto, también los hay delante de los templos.

—Bueno, tendrá que confiar en mí. Si encontramos el obelisco de Antinoo, habremos encontrado su tumba. Que en su caso, dada su condición divina, también podría ser un templo.

—Pues es un consuelo. Porque lo que sobra en Roma son obeliscos.

—Cierto. —Onofrio, resignado al parecer a que lo observaran, mantenía los ojos tozudamente clavados en el suelo—. Pero yo sé lo que son la mayoría de ellos, y de dónde proceden. Propongo que empecemos por los de Roma y, si no encontramos



Ben Pastor

Conspiratio

aquí lo que estamos buscando, miraremos fuera de la ciudad, especialmente en la villa imperial de Tibur, o en Preneste.

—Esperaba que, dada su profesión, sabría dónde están enterrados los amigos y seguidores de los Césares...

Tenaces lamparones, que los sucesivos lavados apenas habían conseguido atenuar, podían ser el motivo de que Onofrio mantuviera una mano apoyada sobre el pecho. El gesto le daba aspecto de tendero indignado, como los que solía ver Elio protestando de la honradez de sus precios.

—Nunca he oído hablar de un repertorio de las tumbas de los favoritos imperiales —dijo alzando la vista fugazmente—. Para empezar, tendría demasiadas entradas. Haría falta una enciclopedia. Y, por otra parte, muchos los derribaron cuando el recuerdo de sus señores fue oficialmente condenado por el Senado; el del infame Saotero de Cómodo, por ejemplo, o el del no menos disoluto Gordio de Heliogábalo. Yo mismo he visto a los soldados de Su Divinidad emprendiéndola con la piqueta contra el mausoleo de uno de los queridos de Carino, en el camino a Porto.

—¿Y?

—Pues que, como hay santuarios dedicados a él y abiertos en todas partes, yo diría que la tumba de Antinoo sigue en pie. ¿Dónde? Ésa es otra cuestión. Por eso digo que debería buscar el obelisco.

Puede que después de todo aquel zarrapastroso conociera su oficio, se dijo Elio y, menos irritado, se apartó de la ventana, a la que el egipcio volvió a acercarse.

—No sé qué esperaba antes de llegar a Roma, pero ahora tengo la sensación de que esto es como buscar una aguja en un pajar.

—¡Ja, ja! ¡Muy ocurrente! Sí, muy ocurrente, porque resulta que obelisco significa precisamente eso, «aguja». Pero lo que usted está buscando es una aguja en un costurero. Si me permite decirlo, mis conocimientos sobre la procedencia de la mayoría de los obeliscos de Roma puede hacer que la tarea le parezca menos ímproba.

—Le escucho.

Utilizando los dedos de la mano izquierda a modo de ábaco, Onofrio comenzó a enumerar obeliscos:

—Para empezar, podemos eliminar el del Circo Máximo, traído de Egipto por César Augusto, pues era el de su monumental reloj de sol. El del hipódromo del Vaticano vino de Alejandría en tiempos de Gayo. Domiciano erigió dos junto a la tumba de Augusto, y allí siguen. —La mano abierta se convirtió en puño—. ¿Lo ve? Ya nos hemos quitado unos cuantos. Domiciano llenó el Iseo Campense de obeliscos



Ben Pastor Conspiratio

de todos los tamaños, que todavía pueden verse allí. El que llaman «de la Luna», en los jardines de Salustio, fue grabado en Roma, copiando lo que pone en el del Circo Máximo.

—¿Y el del Capitolio?

—Sobre ése no estoy muy seguro, aunque creo que es muy, muy viejo. También está el obelisco de la naumaquia de Adriano, detrás de su mausoleo; pero no tiene ninguna inscripción, así que no nos sirve de nada. —Volviendo a cogerse las yemas de los dedos, Onofrio empezó a descartar a bulto—. Obeliscos pequeños los hay por todas partes, propiedades privadas y lugares públicos. Cómodo construyó tres réplicas para sustituir los que desaparecieron durante el gran incendio de su reinado.

—En los jardines de los Varios he visto uno mediano...

—¿Uno caído? Sí. Nunca lo incluyo en mis recorridos, porque está cubierto de hierbajos y hecho un asco.

Elio soltó un suspiro de impaciencia.

—Todo eso está muy bien, pero ¿sabes leer la antigua escritura egipcia?

—Mejor que nadie en Roma, señor. —Aunque el halo de luz le ocultaba sus facciones, Elio vio que Onofrio subrayaba su modestia con un encogimiento de hombros—. En todo lo relativo a las letras antiguas, había alguien a quien yo no era digno de atarle las sandalias. Pero ha muerto, así que soy su hombre.

—¿Se refiere a Lucino Sóter?

—Sí, aunque nosotros lo llamábamos Nebos. ¡Qué gran pérdida! Pero, después de todo, con su desaparición yo he salido ganando, conque, ¿qué puedo decir?

Notas de Elio Espartiano:

No habiendo tiempo que perder, inmediatamente después de nuestro primer encuentro, empecé el peregrinaje por los obeliscos romanos en compañía del tal Onofrio, y ya estoy en condiciones de decir que, tras muchas vueltas y revueltas, la casualidad me ha deparado un importante hallazgo. La proximidad y el calor del día nos indujeron a empezar nuestro recorrido aquí, en el Celio (hay dos obeliscos medianos en el patio interior de un palacio que ahora es propiedad del Estado, cerca del cuartel del servicio especial), y en consecuencia era natural que abandonáramos la Ciudad por la Puerta Asinaria y siguiéramos las murallas. Así que nos dirigimos a los jardines de los Varios y luego directamente al hipódromo, que es de considerable tamaño, incluso un



Ben Pastor

Conspiratio

poco más largo, diría yo, que el del Vaticano. No tiene espina y, si alguna vez la tuvo, debía de ser una estructura de madera, de la que no queda rastro.

Fuera del extremo curvo, se encuentra el obelisco que distinguí a lo lejos el día en que fui a ver el perro de Soler. Imposible saber por qué, si servía para señalar el centro del estadio, ahora yace en el suelo fuera de él. Puede que lo dejaran allí hacia el final del impío reinado de Heliogábalo y no llegaron a colocarlo.

Mientras Onofrio daba vueltas a su alrededor para ver si podía apartar las zarzas y ortigas que lo cubren, yo me senté en las gradas, entre las malas hierbas que han crecido en las junturas de las losas. Aquí tramaba inútilmente Heliogábalo la muerte de su primo Severo, y aquí vinieron los soldados a buscarlo a él y a la disoluta de su madre para rebanarles el pescuezo. Volviendo un poco la cabeza, podía ver la imponente cascada de ladrillos de la muralla de Aureliano, con que entroncan en extraños ángulos los antiguos acueductos, y la mitad del estadio. ¡Cómo me hablaba todo de la usura del tiempo! Probablemente, la ciudad de Roma nunca ha tenido tanta extensión, y sin embargo esas construcciones seccionadas y mutiladas, rellenas y cubiertas de ventanas y arcos condenados, hablan ya otro idioma. No pude calcular la antigüedad de los monumentos y fuentes que se alzan alrededor de la pista, pero, en cuanto a los jardines, están tan descuidados, tan invadidos por las malas hierbas... Dudo que sea porque el César no reside aquí. El divino Adriano apenas vivió en Roma durante su largo reinado, pero todo apunta a que las cosas funcionaban perfectamente durante sus ausencias, incluido el mantenimiento de los servicios y edificios públicos.

Aquí está el *spiritus loci*, me dije al ver una pequeña culebra que se acercaba reptando entre las grietas de las losas, como un hilillo de verdes gotas de agua. Sentado allí, contemplé la quietud de los arbustos y los descuidados setos, el silencio de las secas fuentes, la inmovilidad de las rechonchas nubes que pendían sobre los acueductos. Todo parecía quieto y armónico, como había dicho Parato, y como lo he percibido yo en otras ocasiones: en perfecto equilibrio durante unos instantes preciosos, aunque no especialmente significativos.

De pronto, Onofrio empezó a hacer ruidos, como los camellos cuando escupen. Me aseguró que había descubierto algo interesante en el obelisco; pero había demasiadas plantas enredadas a su alrededor para leerlo entero. Siempre llevo pedernal encima, de modo que me pareció una buena idea quemar los hierbajos y despejar el obelisco. Pero ni yo ni él (que, siendo de un país cálido, debería haberlo pensado) tuvimos en cuenta lo caluroso del día. El fuego, pequeño al principio, prendió en un puñado de hierbas secas, pero no tardó en extenderse a toda la maleza y adquirir unas proporciones preocupantes. Debido a la intensidad del sol, no podíamos ver las llamas, pero la columna de humo que ascendía hacia el cielo era incluso mayor que la del día de la quema de los libros del viejo ingeniero de Antinópolis. Me temo que



Ben Pastor

Conspiratio

actuamos como unos verdaderos inconscientes. Y de no haber sido por la brigada contra incendios de la II cohorte y el cercano arroyo en el que pudieron proveerse de agua, las cosas se habrían puesto muy feas.

Tuvieron que emplearse a fondo y durante un buen rato para sofocar las llamas, arrojando paletadas de tierra sobre las zonas en las que el agua no conseguía apagar los rastrojos. El jefe de la brigada estaba furioso —y la verdad es que no puedo culparlo—, así que tuve que pasar al contraataque, acusándolo a él y los suyos de poner en peligro la Ciudad por no mantener lugares tan solitarios limpios de broza, como ordena la ley desde los tiempos de Nerón. Discutimos a grito pelado, pero al final renunció a llevarme ante los tribunales. Habría sido un fastidio, sobre todo porque cumplo órdenes del mismo César. No obstante, no quise perder un momento, puesto que Onofrio (el muy granuja había puesto tierra de por medio en cuanto vio aparecer a la fuerza pública y no volvió hasta que se marcharon) juraba y perjuraba que había encontrado algo, listaba tan exaltado que se le fue la cabeza y dio gracias a Jesucristo por el descubrimiento.

¿Y de qué se trataba? Tras la bronca con el edil y rodeado todavía de acre humo, yo no estaba para sandeces. Onofrio —y, si me ha mentado, haré que lo apaleen— me mostró los pictogramas del obelisco roto en los que puede leerse «Antinoo». «¿Qué más dice?», le urgí yo, y él identificó algunas palabras sueltas, al parecer de una fórmula que celebra la vida del Efebo.

Aunque la tentación de cantar victoria era grande, comprendí que era poco probable: 1. Que el obelisco estuviera destinado a aquel sitio; 2. Que la tumba de Antinoo se encontrara en los alrededores; y 3. Que la inscripción se refiriera a la inhumación en lugar de ser una simple celebración.

Como el granito aún quemaba, Onofrio no pudo rascar las zarzas y raíces ennegrecidas lo suficiente para continuar su traducción. No obstante, conseguimos limpiar de tierra la cara superior, en la que según él se representa a Antinoo como a un Justo delante de un dios. Es de suponer que en las otras tres caras habrá escenas similares, pero a menos que enderecemos de nuevo el obelisco no sabré si éste es el primer avance decisivo en mis muchas semanas de viaje. Poco convencido de que Onofrio sea de fiar, he puesto a dos de mis hombres tras él, con órdenes de vigilarlo día y noche durante al menos dos semanas. Por otra parte, a la tardía hora en que escribo estas líneas, mis panonios vigilan ya discretamente el hipódromo de los Varios.

Viernes 9 de agosto, *Sol Indices*

(16 de Mesore)



Ben Pastor

Conspiratio

Al día siguiente, Elio comprendió que querer no siempre es poder. El comisario de la II cohorte se presentó a primera hora de la mañana y, cortés pero firme, le pidió sus papeles, las cartas imperiales de presentación y, en una palabra, que se identificara y explicara los motivos de su presencia en la Ciudad.

Debido al incidente del incendio, Elio adoptó una actitud conciliadora. Tras entregar los documentos que le solicitaban, se disculpó por no haber puesto al corriente de sus pesquisas a la cohorte e hizo saber al edil que en los próximos días enviaría una cuadrilla a los jardines de los Varios para desenterrar el obelisco y, a ser posible, volver a colocarlo en posición erecta.

El edil, una especie de bulldog bizco, sacudió la cabeza.

—Me temo que eso no es posible.

—¿Qué quiere decir?

—Que no tiene autorización para volver a entrar en esos jardines.

En realidad, entrar sin autorización en todas partes era lo que había estado haciendo desde que recibiera el encargo de Diocleciano, y no había hecho más que empezar. Elio procuró mantener la calma, consciente de que los encargados de la seguridad suelen ponerse tozudos con sus superiores a poco que les asista la ley.

—Como ha podido leer, el salvoconducto de Su Divinidad me permite circular libremente por cualquier propiedad del Estado.

—Lo he leído. Pero no he leído nada sobre provocar incendios.

—El incendio no se hubiera producido si el terreno no hubiera estado lleno de hierbajos y desperdicios.

—Mire, señor, el incumplimiento de una ley no anula la obligatoriedad de las demás.

Era un argumento irrefutable. Elio se tragó su orgullo y optó por una disculpa como mal menor.

—Fue una imprudencia por mi parte, y lo lamento.

Puede estar seguro de que no habrá más incidentes, de modo que le estaría muy agradecido si me concede permiso para que una cuadrilla trabaje en los jardines de los Varios.

—Por desgracia, eso no depende de mí, ¿sabe? —Devolviéndole los documentos con un lento y estudiado giro de muñeca, el edil frunció los labios como si fuera a escupir—. Ese tipo de permisos es de la estricta competencia del prefecto de la Ciudad. Tiene usted suerte, porque su oficina está en la calle de la Madre Tierra, junto a las termas de Trajano. En cuanto vuelva de viaje, su solicitud se tomará en



Ben Pastor Conspiratio

consideración, y luego no tendrá que esperar más que una o dos semanas para que le concedan el permiso.

—¿No hay un viceprefecto con el que pueda hablar?

—Lo hay, pero los permisos los concede únicamente el prefecto. Ahora está en Sardinia, pero suele volver antes del final de mes. —Elio echaba chispas. En cambio, el edil, si estaba disfrutando de la situación, lo disimulaba a la perfección. Dio media vuelta y encontró la salida sin necesidad de ayuda—. Hasta entonces —añadió en la puerta volviendo la cabeza con una sonrisa de oreja a oreja—, tenga la amabilidad de no utilizar su guardia personal para vigilar propiedades públicas durante la noche. Soldadas de caballería panonios, ¿verdad? Siempre me han caído bien los panonios, aunque algunos opinen que son un poco lentos.

De momento, no había nada que hacer. Cuando, a la hora convenida, se presentó Onofrio, Elio tuvo que conformarse con que lo arrastrara por la Ciudad de obelisco en obelisco, cuando ninguno de ellos era ni la mitad de interesante que el único que tenía prohibido. Para colmo, la versión del guía de la fatídica excursión por el Nilo era idéntica a la oficial, que Elio había oído en el templo de Antinoo. Nada nuevo. Sólo la desencantada visión de Onofrio de la controversia cristiana sobre la apostasía hacía soportable —en esos días de persecución oficial— el sudoroso peregrinaje por los monumentos egipcios y el ocasional lugar de culto cristiano. De la Isis del Mar a la Isis del callejón de los Patricios, de los relieves conmemorativos de sacerdotes del culto isíaco a la estilizada pirámide funeraria de Cayo Cestio y su más impresionante gemela de la Vía Cornelia, Onofrio no paró de vomitar información. Elio acabó de convencerse de que, en lo tocante a monumentos egipcios, Roma era un pajar y su comarca, un campo de pajares. Encontrar la tumba de Antinoo parecía una meta tan lejana como el día de su llegada a Egipto.

Esa tarde, Elio, que había regresado después de la puesta de sol, hora de cierre de los grandes establecimientos termales, siguió el consejo de Su Divinidad —«Ante la duda...»— y se pasó cerca de tres agradables horas en los baños de su alojamiento. Luego puso al día la correspondencia, escribiendo a Aviola Parato a su taberna, para confirmarle que utilizaría sus servicios.

Mañana del sábado 10 de agosto
(17 de Mesore)



Ben Pastor Conspiratio

De buena mañana, menos de dos horas después de que su correo partiera hacia la taberna de Parato, Elio recibió una nota de él. En esos momentos, el correo debía de estar llegando a la duodécima milla, así que era como para preguntarse si el clarividente veterano se había adelantado a los acontecimientos, respondiendo antes de que contactara con él. Pero la misiva —una sola línea escrita con la enrevesada letra del ciego— no se parecía en nada a una nota de agradecimiento. Por el contrario, produjo a Elio la angustiosa sensación de que, fuera lo que fuese lo que estaba persiguiendo —y sin duda era algo tan grande como escurridizo—, había golpeado de nuevo y fallado por muy poco.

La destrucción de la viña no necesitaba comentarios. Los facinerosos habían dado al traste con el trabajo de muchos años cortando las vides a ras de suelo, de modo que hicieran falta otros tantos para obtener vino de nuevo de aquella parcela.

Las sirvientas de Parato lloraban en la puerta de la taberna. Sus esclavos varones estaban en la otra punta de la viña, comprobando con los trabajadores si alguna vid estaba intacta o podía salvarse.

Parato, por su parte, no daba la menor muestra de ira o angustia. Dolores indescriptibles debían de haber habituado aquel rostro a no transparentar reacciones. No obstante, su voz dejaba traslucir un cambio que no se debía al miedo o el odio, sino más bien a la esperanza de que lo ocurrido permitiera clarificar ciertas cosas.

—Mire, tribuno, he servido a mi patria igual que usted. Más tiempo, si me permite decirlo, y sé reconocer una amenaza cuando se cumple en mi propia carne. —Sin dar tiempo a Elio para preguntar qué había ocurrido (habría sido una pregunta retórica, y ambos lo sabían), Parato añadió—: No puede ser una coincidencia que el jueves nos viéramos y el sábado no sólo me hayan hecho esto, sino que además hayan registrado mis papeles y mi correspondencia. No seré yo quien quite importancia a la Historia, pero no puedo creer de ningún modo que hayan destrozado mi casa y mi viña para impedirme ayudarle a reunir información para la biografía de un emperador. Tiene que haber «algo más», cuando, tras sorprender a alguien poniendo patas arriba mi despacho, soy golpeado e interrogado sobre la «carta de Adriano», como si yo guardara documentos de Estado. Sigo vivo porque todavía puedo defenderme y he arremetido contra él hasta hacerle huir, no sin que dejara atrás un dedo (lo sé porque mi bodeguero lo encontró después en el suelo); así que necesito saber qué ocurre. Y, puesto que antes de marcharme de Egipto, se rumoreaba que estaba usted sumamente interesado no en una, sino en dos muertes, creo que tengo derecho a saber lo necesario para defender lo que es mío.



Ben Pastor Conspiratio

Elio se preguntó si imaginarse los destrozos, o reconocerlos a tientas, sería tan doloroso como verlos. El olor de los racimos pisoteados y chamuscados, demasiado verdes para aprovecharlos, llegaba de la viña como una ola.

—Bueno... —murmuró Elio indeciso—. ¿Usted qué piensa?

—Con todos mis respetos, mi trabajo no es hacer conjeturas.

—Es... un asunto complicado.

—¿Sí? Lo que puedo decirle es que en este asunto veo un par de cosas extrañas: la existencia de una vieja carta imperial, codiciada por algún motivo que ignoro; su investigación en torno al divino Adriano, que parece inocente, salvo por esas muertes en Egipto, que investigaba usted al mismo tiempo... ¿Que cómo lo sé? Los policías hablan en Egipto como en todas partes, si no más. —Dando la espalda a la viña, Parato avanzó con las manos extendidas hacia la sombra de la parte posterior de la taberna—. ¿Qué se supone que debo pensar? La primera víctima era un librero anticuario; la segunda, su criado. Y, si dicen que el primero murió al caerse accidentalmente de una barca, está claro que al segundo lo asesinaron. Puede que haya más muertes que desconozco, puesto que dejé Egipto antes que usted.

Elio lo seguía, malhumorado y con ganas de maldecir.

—Continúe.

—Lléveme dentro, por favor, tenemos que hablar. —«Dentro» era un pequeño despacho en una esquina de la taberna, lleno de libros y de fácil acceso desde la sala principal—. Me los leen, porque la lectura es un hábito que no he querido perder —explicó Parato—. En cuanto a la puerta, nunca está cerrada. Me gusta oír lo que pasa en la taberna.

—Bueno, por esta vez la cerraremos.

Parato se quedó de pie ante su escritorio, que ocupaba la tercera parte del despacho, y esperó a que Elio acercara una silla y se sentara para hacerlo él.

—Al parecer —empezó a decir el veterano—, usted relacionó las dos muertes de Egipto. Así que puede ser que Sereno Dío tuviera que proporcionarle un documento, habida cuenta de que le vendía libros de Historia durante la Rebelión. ¿Era la carta esa que buscaban aquí? Tal vez, y tal vez el criado de Sereno era el intermediario. Pero ¿quién majaría por un trozo de papel? ¿Fue para impedir que llegara a sus manos? Y, en tal caso, ¿adonde ha ido a parar? Por lo que yo sé, puede que esté usted aquí para encontrarla.

—No —murmuró Elio, sin faltar a la verdad.

—Bien, pero puede que alguien piense lo contrario. O, en vista de lo ocurrido anoche, que usted la tenía y me la dio a mí, sabe Dios por qué. —Al otro lado de la



Ben Pastor Conspiratio

ventana, se oían las voces de unos parroquianos que preguntaban a los criados qué había ocurrido («¿En serio? ¿Cuándo?») «Hoy en día nadie está seguro») y los refunfuños de las respuestas—. Mire, tribuno, sólo hay dos razones para que alguien cometa un asesinato por un documento: su valor en dinero o en términos de poder. ¿Por qué iba alguien a destruir mi viña debido a la «carta de Adriano», después de tanto tiempo, y cuando debió de escribir miles? O es el mapa de un tesoro (todos recordamos la historia de Herodes Ático y el oro de Jerjes) o un juego de poder. Si todavía estuviera en el servicio secreto y no sonara fantástico, me atrevería a decir que este asunto huele a amenaza política.

Por primera vez desde su partida de Espalato, Elio se sintió cansado. Aquellos meses de investigación libre de preocupaciones, que había recibido como un espléndido regalo de la corte, se estaban convirtiendo en una carrera contra el tiempo, con la agravante de que no sabía el tiempo del que disponía. Pistas que al principio no parecían tener la menor relación con su tarea se revelaban piezas insustituibles de un rompecabezas mayor y más siniestro, con apuestas más altas y adversarios sin rostro.

Elio expuso el asunto con un puñado de frases, sin añadir nada sobre sus especulaciones. Parato lo escuchó sin interrumpirlo e, incluso finalizado el relato, siguió mostrándose circunspecto, como suelen hacer los policías para disimular sus sentimientos.

—Así que saben que está usted en Roma... —dijo al cabo de unos instantes, durante los que sus ojos, hundidos en sus cuencas, le parecieron a Elio dos fuentes lejanas que nunca volverían a dar agua o ser útiles para el viajero—. El asesinato de Sóter y el incendio provocado para destruir su biblioteca demuestran lo bien informados que estaban de su llegada. Particularmente, me alegro de que detrás de esto haya un asunto de poder en lugar de dinero. Pero eso me hace pensar que aquí corre tanto peligro como en Egipto, si no más. Y cambia mi papel respecto a usted considerablemente.

Elio respiró hondo un par de veces.

—Todavía puede echarse atrás.

—¿Después de recibir la confirmación de que acepta mis servicios? No, malinterpreta mis palabras. Lo que quiero decir es que antes sólo iba a ayudarle en su investigación. Ahora es imperativo que también cuide de usted. Es una forma de hablar, claro...

—No lo necesito —dijo Elio, pero la fatuidad de su afirmación lo indujo a modificar el sentido de la frase—. Lo que necesito es alguien a quien pueda usar como caja de resonancia.



Ben Pastor Conspiratio

—Pero no olvidemos que el peligro es real. No voy a preguntarle si tiene la carta ni dónde la tiene. Si no la tiene, puede que, paradójicamente, esté en mejor situación. Y, si la tiene, no me diga ni a mí ni a nadie dónde está o quién se la guarda. Si sus adversarios ignoran su contenido, eso es lo único que lo mantiene con vida. Si una sola persona, además de usted, conoce el contenido, aunque sea sólo en parte, puede que sencillamente esté esperando la ocasión de eliminarlo, para que la tumba del Efebo no sea descubierta jamás.

—¿Qué me dice del hombre al que sorprendió en este despacho?

Por supuesto, era imposible obtener una descripción. Parato suponía que era un meridional, de habla griega, probable pero no necesariamente un egipcio.

—Podría tratarse de un soldado que haya servido en Egipto durante bastante tiempo, como los de la patrulla fluvial. Es todo lo que puedo decir, y quizá sea especular demasiado. Acabábamos de descubrir los destrozos de la viña, y mi gente no prestaba atención a otra cosa. Como le he dicho, perdió el dedo anular, que lamentablemente no guardamos para examinarlo con más calma. Mi cocinero, que fue el primero en acudir a mi lado, dice que la piel era morena y la uña estaba gastada y sucia, pero no pudo darme más detalles para deducir a qué se dedica ese individuo. El rastro de sangre indica que cruzó la calzada, donde probablemente lo esperaba algún compinche; sus suelas dejaron trozos de hojas de vid en el suelo, así que parece lógico pensar que era uno de los que cortaron las vides. —Parato extendió la mano hacia los escasos objetos del escritorio, un tintero, una tablilla de cera y pergamino, como para asegurarse de que seguían en su sitio—. Tenemos perros y un guarda, pero todos siguieron durmiendo mientras se producían los hechos. Para ser exactos, les hicieron dormir. Averiguar quién adulteró el agua será el siguiente paso en la investigación.

—¿Tiene esperanzas?

—No. —Los comerciantes llegaban y se iban, no sólo en la taberna de Parato, sino en cualquier establecimiento de aquel concurrido tramo de la vía. A ellos había que añadir muleros, soldados y viajeros ociosos. Habitualmente, en ningún sitio se necesitaban medidas especiales de seguridad, aparte de perros y vigilantes. Según la estimación de Parato, dada la magnitud de los daños, habían participado al menos cuatro hombres, que, con las herramientas adecuadas, habrían tardado casi tres horas en rematar la faena—. No estoy tan furioso por las pérdidas como por haberme dejado sorprender. —Parato hablaba haciendo evidentes esfuerzos para dominar la ira, ahora que tenía que reconciliarse con su papel de víctima—. No suelo bajar la guardia. Eso es lo que más me avergüenza. Las advertencias tienen la virtud de volverme intolerante. La otra vez, ¿comentó con alguien que vendría a verme?

—No. Y vine solo, igual que hoy.



Ben Pastor Conspiratio

—Puede que eso también tengamos que cambiarlo, dependiendo de lo que descubramos. Dudo que yo sea el objetivo, excepto como posible colaborador suyo. La presa por definición sigue siendo usted. Dígame, ¿ya han intentado atacarlo?

—No que yo sepa, exactamente. Pero ha habido un par de incidentes...

—Ataques frustrados, no le quepa duda. Déme detalles.

Impaciente, Elio se los dio. Mientras hablaba de la emboscada en el Nilo y luego de los bandidos que atacaron a su grupo en el camino a Alejandría, las manos de Parato se cerraron hasta convertirse en puños cada vez más apretados. Siguieron más preguntas, y la tensión fue en aumento.

—Ese Onofrio... ¿Qué más sabe de él?

—No mucho. Sé, porque me lo contó él, que ha renegado tres veces, mediante sacrificio, incienso y certificado. Quería asegurarse de que se libraría del castigo, costara lo que costase.

—Más vale que haga averiguaciones sobre él. Los informadores fueron mi tabla de salvación en mi primera y segunda profesión, y algunos aún están en deuda conmigo.

—Hablando de deudas, me aseguraré de que le paguen una indemnización por los daños a su viña.

Los puños de Parato se abrieron ligeramente.

—Gracias, es muy amable de su parte. Ver los efectos de la violencia en un lugar, y en el medio de vida de alguien, es un buen recordatorio para un soldado. En su día, yo también pisoteé unos cuantos campos de cultivo, sin pararme a pensar un momento.



CAPÍTULO 9

Tarde del sábado 10 de agosto
(17 de Mesore)

Pese a la difícil situación en la que se veía, Aviola Parato no olvidó entregar a Elio una lista con un puñado de nombres, descendientes de familias patricias relacionadas con la Corte en tiempos de Adriano. Pero, como cabía esperar —añadió—, todos estaban de veraneo fuera de Roma. No obstante, Elio había dado por su cuenta con una persona más accesible: una viuda de la clase senatorial, que pasaba las vacaciones no muy lejos de Preneste. Esa mañana había enviado un propio a su villa con una carta de presentación en la que le solicitaba una entrevista.

A la hora novena, cuando Elio regresó de la asolada propiedad de Parato, Onofrio lo esperaba ante su puerta.

—Sus guardias no me han dejado entrar —refunfuñó el egipcio—. Y, como aquí no hay toldo ni corre una chispa de aire, me estaba derritiendo.

—¿Por qué no te has sentado a la sombra de aquellos árboles, o de aquellos otros?

El guía miró en las dos direcciones que le indicaba Elio, a derecha e izquierda de la casa.

—No. No me gustan los cuarteles, y aquello otro... ¡un burdel del ejército!

—Bueno, ¿qué quieres?

—Me dijeron que viniera todas las mañanas... y me preguntaba si me pagarán cuando usted no esté o decida no utilizar mis servicios.

—Te pagarán.

Onofrio se dio un golpecito en el lado izquierdo del pecho en señal de agradecimiento.



Ben Pastor Conspiratio

—Entonces, tenemos lo del obelisco. No estoy seguro de poder traducir lo que pone en él, ni aunque consigamos quitarle toda la porquería que lo cubre.

—¿Y por qué no?

—Si las inscripciones se hicieron por orden del divino Adriano (es sólo una suposición, ¿eh?), puede que las grabaran en Roma. Eso suele significar una chapuza. Por ahí hay montones de inscripciones falsas que de escritura egipcia no tienen más que el aspecto. Los canteros se limitan a copiar una figura aquí y otra allí, pero eso es como juntar letras al azar y esperar que formen palabras.

—Todavía no sabemos lo suficiente sobre el obelisco para decir quién lo grabó, o cuándo. ¿Qué te pasa, tienes miedo?

—Sólo de usted. Si no consigue lo que quiere, sea lo que sea. Las autoridades ya han intervenido... No quiero problemas.

Podía ser la verdad, viniendo de un gusano que había abjurado de sus credos de todos los modos posibles. O podía ser otro caso de súbito acoquinamiento, parecido al de Tralles.

—¿Y el sepulcro de Lucino Sóter? —le preguntó Elio invitándolo con un gesto a entrar y subir con él a su despacho—. ¿Está escrito en jeroglíficos egipcios?

—No he visto ese monumento.

—No importa, tengo otro trabajo para ti. Tengo entendido que en la villa imperial de Tibur hay diversas estatuas y objetos egipcios. Me acompañarás a verlos.

—¿Mañana?

—Cuando sea, ya te lo diré. —Por la ventana, mezclado con las voces de las termas y el trajín vespertino de la calle, se colaba el estridente y bucólico canto de las cigarras. Elio cogió la cantimplora, se sirvió agua con vinagre (la bebida del ejército) y llenó otra copa para Onofrio—. Dijiste que Sóter era una autoridad en temas egipcios. ¿Llegaste a conocerlo?

Onofrio se bebió la copa de un trago.

—Tuve ese honor. Cuando el resto de la comunidad me las hizo pasar canutas por cambiar de religión, él se preocupó de que recibiera una cesta por el Año Nuevo egipcio. Incluso dejó que me ocupara de parte de su correspondencia cuando su secretario, Filo, viajó a Alejandría por la muerte de un familiar. —Ajeno, o indiferente, al creciente interés de Elio, Onofrio no paraba de moverse, como si le cansara estar de pie; pero Elio no le ofreció asiento—. No es que haya mucha demanda para ese tipo de información, pero, tratándose de la escritura antigua, había que acudir a él. La nuestra es una comunidad pequeña, y ahora tienen que recurrir a mí incluso los que antes no me daban ni los buenos días.



Ben Pastor Conspiratio

—Sóter y yo teníamos conocidos comunes en Antinópolis.

—La mayoría de sus amigos eran de Heptanomia. Yo mismo soy de Arsinoites.

Elio bebió un largo trago.

—Entonces, conocería a Sereno Dío, el proveedor del ejército.

—Ya lo creo. Recibía montones de cartas tuyas. En el tiempo que le hice de secretario, debí de archivar una docena. Cuando Dio se ahogó, Sóter dejó de asistir a los actos de la comunidad. Hasta su amante, ese al que llaman Cleopatra Minor, tenía que ir a visitarlo a domicilio. Veremos cómo se las arregla ahora la comunidad sin su ayuda.

—Hummm... ¿Podría haberle pegado fuego alguien de la comunidad?

Por unos instantes, Onofrio dejó de menearse. Pero no parecía ni sorprendido por la pregunta, tan ajena al asunto para el que lo habían contratado, ni incómodo.

—Si su testamento beneficiaba a la comunidad, puede apostar a que sí. Los sacerdotes, sean de Isis o de Cristo, también pueden sucumbir a la tentación de adelantar la fecha de cobro.

Todo parecía demasiado claro, como si las piezas empezaran a encajar con excesiva facilidad. Elio, impaciente por saber lo que los informadores de Parato averiguaban sobre aquel rencoroso hombrecillo, se preguntó si le estaba endosando un montón de habladurías o una ingeniosa invención.

—¿Vengo mañana por la mañana?

—No, pasado mañana.

Al día siguiente, hacia mediodía, como habían acordado al despedirse, Aviola Parato se mudaría al antiguo cuartel de la unidad extranjera, donde siempre había unas cuantas habitaciones libres para oficiales retirados o de paso. La proximidad simplificaría sus contactos y proporcionaría al veterano la protección de unos gruesos muros.

Aún era de día, cuando el correo de Elio regresó de la quinta de la señora Carminia Repentina, mujer de carácter a juzgar por el modo en que lo urgía a visitarla («Aquí me aburro como una ostra») y que elegía el día en su lugar («A principios de la semana que viene, el martes a más tardar, y no olvide avisarme antes»). La noticia no podía ser más esperanzadora: Repentina, que tenía derecho al tratamiento de *clarissima femina*, estaba emparentada a través de su difunto marido con Marcio Turbo, amigo del divino Adriano y famoso escritor.



Ben Pastor Conspiratio

Domingo 11 de agosto, víspera de los Idus
(18 de Mesore)

Para aprovechar el tiempo hasta mediodía, Elio fue a informarse sobre el anunciado regreso de Sardinia del prefecto de la ciudad. El viento del oeste empujaba masas de veloces nubes sobre la Ciudad, sin refrescar el aire, removiéndolo en el valle donde en otros tiempos se extendía el lago circular de Nerón y ahora se alzaba el anfiteatro flaviano. Mientras Elio se acercaba a caballo, el tamaño y la altura del edificio, rodeado por una estrecha franja oscura bajo el sol estival, lo empequeñecían todo. Y, sin embargo, a su alrededor todo era colosal: terrazas, rampas y los cuarenta metros de broncea desnudez de la que había sido estatua de Nerón y ahora lo era del Sol. Seguramente, también en tiempos del divino Adriano los vendedores de flores y guiraldas apostados en las arcadas del anfiteatro parecían relucientes hormigas bajo un montículo hábilmente vaciado. En Roma, la gente parecía pequeña. El caballo de Elio dio un brinco cuando el viento lo azotó con una fina rociada de agua de la Fuente del Sudor, y pidió beber de la pila de mármol.

En la oficina del prefecto de la Ciudad, en la calle de la Madre Tierra, decían que, si el tiempo lo permitía, el magistrado estaría de vuelta entre el último día de agosto y el segundo de septiembre. Entre tanto, en las dependencias de la viceprefectura se celebraba un juicio contra dos prominentes diáconos cristianos. Al oír el rumor de voces procedente de la sala, Elio decidió asistir. Sin embargo, ya fuera por el calor, ya por la machacona reiteración del procedimiento —en el que cada pregunta previsible obtenía su previsible respuesta, pues ninguna de las dos partes tenía la menor intención de cambiar de opinión—, no tardó en tener un dolor de cabeza que alcanzó su punto culminante con la no menos predecible sentencia del magistrado: decapitación inmediata en el «lugar habitual». En aquel caso, el lugar habitual era el cruce de la cuarta milla de la Vía Labicana, el desvío que había tomado Elio días antes para ir a la perrera y dejado atrás la víspera, cuando iba camino de la taberna de Parato: un lugar donde las silenciosas hileras de moreras rechonchas y desiguales cipreses se recortaban sobre un horizonte sin color. Al preguntarle el tribunal si deseaba seguir desempeñando su papel de observador oficial, respondió afirmativamente, diciéndose que sólo lo hacía por si el paseo a caballo le despejaba la cabeza. Los familiares y amigos de los condenados, a los que no se había permitido entrar en la sala, esperaban ante la prefectura. A Elio no dejaba de sorprenderlo que, frente a la exaltación egipcia, en Roma «aquellos asuntos parecieran rutinarios, y ni el juez ni los reos mostraran el menor apasionamiento. Admirablemente serenos, los diáconos asintieron en respuesta a los saludos de la pequeña multitud, invitaron a la gente a seguirlos, y no hubo más reacción. Poco después, la comitiva se puso en



Ben Pastor Conspiratio

camino por la Vía Labicana. Elio cabalgaba bastante por delante del grupo, sin más compañía que su dolor de cabeza. Cuando estaba acercándose al arco de Isis, unas palomas que emprendieron el vuelo desde la cornisa atrajeron su mirada hacia la benévola diosa, que, recortada contra las raudas nubes, inclinaba su aguamanil en un delicado, eterno gesto de religiosa solicitud.

Tras la ejecución, mientras hacía tiempo junto al cruce, Elio reconoció a Aviola Parato en el viajero que se aproximaba a lomos de una robusta yegua conducida por un criado a pie y seguida por un muchacho con una mula de carga.

—Huele a sangre —oyó decir al veterano—. Una ejecución, ¿verdad? ¿Ya estamos en la cuarta milla?

—Aquí estamos.

—¿Es Elio Espartiano? ¿Es usted? No esperaba encontrarlo aquí.

Elio le explicó brevemente el motivo de su presencia allí. Tras enviar delante a los criados para poder hablar, los dos hombres continuaron juntos hacia Roma, dejando atrás a sucesivos grupos de familiares de los diáconos que regresaban a pie de la ejecución. El viento había aflojado y, como consecuencia, las nubes y el aire se habían adensado, pero el dolor de cabeza de Elio empezaba a desaparecer.

—¿Cómo ha sido? —le preguntó Parato.

Elio tragó una bocanada de aire caliente antes de responder.

—Como todas las ejecuciones. Rápida. Me ha llamado la atención que, antes del golpe, sus correligionarios hayan desplegado pañuelos frente a ellos, para que se empaparan de sangre.

—¡Ah, sí! Luego los cortan en tiras y cuadraditos, y los conservan como reliquias. Cuando servía en la quinta cohorte, ya existía un comercio floreciente.

—Parece un tanto idólatra en gente que afirma tener un dios sin rostro.

Parato sonrió.

—Todos necesitamos imágenes, en el amor y en el odio. Si no las tenemos delante, tendemos a sustituirlas por otras, o inventárnoslas, como el divino Adriano, que, según dicen, al final de su vida veía complots en todas partes. No hay peor enemigo que el enemigo sin rostro.

—No puedo estar más de acuerdo.

—Míreme a mí: después de tantos años de oscuridad, sigo necesitando imaginar las caras de la gente que me rodea. La de mi mujer, las de mis hijos... Ahora son hombres, y sólo puedo imaginar las caras de adulto de los niños que fueron. También me he hecho una idea mental de la suya, pero como nunca la he visto y nunca la veré,



Ben Pastor Conspiratio

se basa inevitablemente en las caras de gente a la que conocí antes de perder la vista. —Habían caminado menos de media milla desde el cruce, pero ya se divisaba una de las puertas de la villa de los Dos Laureles, que parecía una herrumbrosa tela de araña en la distancia. A todo lo largo del camino, manchas y regueros de sangre sobre las losas de roca volcánica de la calzada indicaban que los cadáveres de los diáconos habían sido arrastrados por allí para su inhumación—. El tiempo transcurre y lo cambia todo. Lo que me lleva a preguntarme qué importancia puede tener hoy algo que data de la época de Adriano. ¡Ha pasado más de siglo y medio! El imperio es diferente, la misma idea que tenemos de nosotros como ciudadanos romanos está a años luz de la que se tenía entonces... ¿Cree usted realmente que un peligro puede subsistir tanto tiempo?

Eso era lo que Elio se preguntaba desde el principio. Cuando estaban llegando a la villa, contempló las lápidas de la Guardia Imperial, apretujadas en un trozo de tierra, al otro lado del camino. Casi estaban lo bastante cerca para distinguir los familiares apodos panonios de los germanos, mucho más abundantes.

—La carta del emperador no lo especifica, pero tres muertes a causa de una vieja amenaza política son demasiadas muertes.

—Cuatro, a no ser que considere la de Filo como un accidente.

—Cierto. Cuando estaba en Egipto, empecé a investigar las amenazas que pesaron sobre el poder de Adriano. Hubo conspiraciones contra él, después de todo.

—Pero todas fueron descubiertas a tiempo y sofocadas, desde las maquinaciones de su cuñado, que lo calumniaba ante Trajano cuando éste ni siquiera había sido nombrado emperador, hasta los diversos complots que nunca salieron a la luz. Pero usted es historiador, qué voy a contarle yo...

Elio miraba las tumbas de los soldados. Cuidado con tanto esmero como todos los cementerios del ejército, aquél estaba envejeciendo mejor que los gloriosos jardines imperiales que tenía enfrente. En un campo en barbecho contiguo al cementerio, los verdugos estaban enterrando a los ajusticiados bajo un sol implacable.

—Me vienen a la mente Palma y Celso —dijo Elio—. Y Neratio Prisco. Pero sólo eran unos ambiciosos, y no pretendían socavar al Estado. Dejemos a un lado las historias sobre la viuda de Trajano haciendo que un actor lo sustituyera tras la cortina de su lecho de muerte y nombrara a Adriano su sucesor. Según todo lo que he leído, las presuntas enemistades de cónsules, juristas, generales y parásitos imperiales eran poco relevantes. Ninguno de ellos tenía auténtico poder.

—Al final del reinado de Adriano, hubo una revuelta...

—¿Se refiere a la Guerra de los Judíos? Sí. Pero ya sabemos cómo acabó eso.



Ben Pastor Conspiratio

—No obstante, representaba una amenaza contra el imperio, a juzgar por cómo se extendió. Y hace menos de ocho años ambos contribuimos a sofocar la sublevación egipcia...

—La Rebelión no tenía nada que ver con los judíos.

Invisibles mirlos silbaban en el frondoso jardín de la villa imperial. Parato volvió la cabeza en esa dirección, e, instintivamente, Elio lo imitó.

—Yo no los excluiría tan rápidamente. ¿Qué me dice de Ben Matías?

Para Elio, era un recordatorio irritante.

—Si está implicado, es demasiado listo para dejarse atrapar en su propio juego. Lamento haberlo buscado, porque desde entonces tengo la sensación de que están jugando conmigo. En Egipto, sospeché de él de inmediato, e incluso consideré la posibilidad de hacer que lo encerraran preventivamente. Ahora ya no estoy tan seguro; paradójicamente, hasta pienso que podría serme útil. En cualquier caso, está tan bien relacionado que investigándolo sólo conseguiríamos que trasladara sus actividades a uno de sus lugartenientes. Tiene amigos y socios en todas partes.

—Y correligionarios, no lo olvide. —Parato le acarició el cuello a su paciente yegua —. Me considero un hombre tolerante, pero déjeme decirle algo: hoy declaramos a los cristianos enemigos del Estado, cuando no son más que judíos de segunda mano. Pero los cristianos se hicieron notar estúpidamente desde un principio por sus absurdos hábitos antisociales, y lo pagaron con sus vidas, mientras que los judíos se guardaron de pisar la raya y siguieron teniendo las manos libres para tramar sus intrigas. Pero el hecho de que paguen sus impuestos y oficialmente no creen problemas no significa que no estén preparando una de sus venganzas. Ésos nunca olvidan, ¿sabe?

—Sí. Ben Matías también tiene una vieja cuenta pendiente con nuestro ejército.

—Y con usted. No confíe en él, Espartiano. Intentará contactar con usted, ya lo verá. Le escribirá, o vendrá a Roma «por negocios» y se hará el encontradizo. Ambos sabemos lo sucio que jugó durante la Rebelión. La gente recuerda los nombres de Aquileo o Domicio Domiciano, pero tiende a olvidar los de sus consejeros. Yo lo sé, porque pertenecía al estado mayor de Domiciano cuando se sublevó. Uno era el hermano de Ben Matías y el otro, un exaltado venido directamente de Judea para traer armas y sembrar cizaña.

A Elio se le había pasado el dolor de cabeza, y la animación de la Vía Labicana, que aumentaba conforme se acercaban a las puertas de la Ciudad, casi le resultaba agradable. De las tabernas y puestos ambulantes, abarrotados a esas horas, llegaba un delicioso aroma a pescado asado. Parato tenía razón. El desprecio de Adriano por los judíos había quedado patente en sus medidas restrictivas y sus duras campañas



Ben Pastor Conspiratio

militares. Ben Matías no había ocultado que estaba al tanto de la presencia de Elio en Egipto por mandato del emperador. Pero ¿sabía algo más? ¿Qué más? Sus matones lo mantenían informado, y estaban en todas partes. Judíos y egipcios eran difíciles de diferenciar, pese a la ancestral enemistad que había caracterizado su pasado común.

—Sí —murmuró Elio—, los únicos pueblos lo bastante antiguos para haber constituido una amenaza contra Roma que se me ocurren son los judíos y los partos. Desde el divino Adriano, unos trece emperadores han combatido a los partos y sus gobernantes persas.

Parato asintió.

—De sobra lo sé. Los partos son una posibilidad a considerar.

—Pero Adriano nunca luchó contra ellos...

—No. Luchó contra los judíos.

—En fin, Dios nos libre de otra Guerra Judía, y de los partos de Armenia. ¿Y si paráramos para tomar un bocado?

Mientras almorzaban en El Burro Asado, el nublado se transformó en lluvia. Al otro lado de la ancha puerta, los mozos de cuadra se apresuraban a poner a cubierto caballos y mulas, y los viandantes se refugiaban en los umbrales o echaban a correr. Parato comía despacio, llevándose los alimentos a la boca con cuidado. Elio, que escuchaba el repiqueteo de la lluvia sobre su cabeza, el agua deslizándose entre las tejas y el borboteo de los canalones, guardó silencio hasta que el cliente de la mesa de al lado —un militar— pagó y se marchó.

—Lo que me preocupa —dijo al fin— es que en este asunto hay implicada mucha gente, se trate de quien se trate y dondequiera que esté su cerebro. Y siempre consiguen llevarme la suficiente delantera para impedir que la información llegue hasta mí.

—Parte de la información, no toda.

—Sí, pero la que me llega, me llega por casualidad. Las historias de Theo sobre el almacén, el obelisco roto, aquí en Roma, si es que al final es auténtico... Fueron descubrimientos imprevistos y, en cualquier caso, insuficientes para permitirme llegar a alguna conclusión por el momento.

Parato se llevó un trozo de pan a la boca y lo masticó concienzudamente mientras buscaba a tientas la copa de vino junto al plato.



Ben Pastor

Conspiratio

—Lo que significa que tendremos que ponernos de nuevo a buscar la tumba del Efebo, que es la clave de todo.

Cuando abandonaron la taberna, el aguacero había pasado. La lluvia caía débil y mansamente, y los acompañó hasta la colina Celia. Para sorpresa de Elio, por la inclinación de la cuesta, Parato era capaz de decir la distancia que quedaba hasta el cuartel.

—Ya no estamos lejos —comentó en determinado momento—. Puedo oler los membrillos de los jardines de los Varios. Y los burdeles del ejército, también. Huele a mujer.

—Yo no huelo nada.

—Ni falta que le hace. Usted tiene ojos. —Parato alzó el rostro hacia la lluvia y sonrió—. Cuando no puedes ver, incluso acabas adquiriendo la costumbre de imaginarte en un sitio con tanta fuerza que sientes que estás allí. La oscuridad anula la realidad que te rodea, así que la mente es libre para ver como antes lo hacían los ojos. De ese modo veo aún las noches de Commagene, de la primera a la última estrella, o los juegos de luces y sombras de los acueductos sobre esta calzada los días soleados. Creo que deberíamos imaginar la noche durante la que murió Antinoo, y partir de ahí. Pregúntese qué momento de la noche era. A qué altura del río ocurrió. ¿Había alguna razón para que ocurriera precisamente allí? Da igual el aspecto que tenga ahora ese sitio, porque el culto al Efebo probablemente lo ha hecho un sitio turístico. Seguro que ahora venden allí recuerdos y cosas así. ¿Cómo era hace casi dos siglos?

Al llegar a casa de Elio, entraron para secarse y cambiarse, puesto que no corría prisa que Parato ocupara su habitación en el cuartel del servicio especial.

—Bueno —dijo Elio secándose el pelo con una toalla—, es la antigua frontera entre Heptanomia y la Tebaida, que ahora patrulla el ejército en busca de anacoretas cristianos. La Vía Adriana todavía no existía...

—La Vía Adriana... Sí, recuerdo que va directamente hasta la costa y allí da la vuelta pasando por la montaña de Pórfido, en la que están las canteras, para acabar al sur de Abidos. ¿Ha estado allí?

—La he recorrido bajando hasta el final, o remontando el río, depende de cómo se mire. Hasta la primera catarata, la isla de Marfil y su destacamento militar. Población: hombres, dieciséis; cocodrilos, por lo menos trescientos. —Con la ayuda de su criado, Parato se estaba poniendo ropa seca. Sus antebrazos y sus piernas mostraban las cicatrices que las guerras habían dejado en su cuerpo. Elio recordó que Anubina había estudiado las suyas con ojos de costurera, críticos con el trabajo del cirujano, y le había dicho que no volviera con más. Ahora podía mirar los callos de su



Ben Pastor

Conspiratio

marido granjero, que no le habían costado más que un día removiendo la tierra—. En cuanto al sitio en que Antinoo cayó al agua —siguió diciendo—, he leído todo lo que he encontrado al respecto y he estado allí, pero no tiene nada de especial desde el punto de vista geográfico. En esa época, en la margen derecha debían de haber al menos cabañas de pescadores y amarraderos para sus barcas. Ese tramo del río se encuentra entre las ruinas de un lugar llamado Herwer y los muros de adobe de un santuario dedicado a Bes. Ahora todo es Antinópolis. Al otro lado del río, por lo que he podido reconstruir, bancos de arena, paredes rocosas y más ruinas.

—¿Algo importante desde el punto de vista histórico o religioso?

—Nada en tiempos de Antinoo, que yo sepa. Pero, por supuesto, en la orilla izquierda, no muy lejos de allí, se alza Hermópolis, con el santuario y el patio de Thoth. Los lugareños dicen que el antiguo nombre de ese sitio era Khnumu, que significa «ocho», en alusión a los ocho grandes dioses de Egipto. Se supone que es allí donde el Cosmos surgió del Caos.

Ahora Parato, ya totalmente vestido, se estaba atando los cordones de las botas, una operación que Elio también podía hacer a oscuras, tras largos años de dianas antes del amanecer.

—¡Ah, sí! Es el sitio donde se cumple el Ma'at, la justicia, el orden cósmico, el bien. Es muy significativo que el favorito del emperador muriera allí, ¿no le parece? ¿No dice eso mucho sobre la importancia del lugar?

—Sólo si uno cree en esas cosas. En tal caso, podría considerarse un lugar de generación...

—O regeneración. —Parato dio unas palmadas, que resonaron sonoramente en las paredes de la habitación—. ¡Siga, siga por ahí! —El ciego pedía respuestas como un exigente maestro—. Un lugar en el que el orden surge del caos, en el que el mundo empieza, o vuelve a empezar. ¿Lo creía Adriano? ¿Y los que viajaban con él? ¿Y el Efebo? Pudo haber significado mucho para él, si acabó con su propia vida, y para el divino Adriano, si tuvo algo que ver con lo que ocurrió. Si quiere resolver el enigma, Espartiano, tiene que familiarizarse con el escenario, los actores, la trama y el *deus ex machina*.

Cuando abandonaron la casa, apenas lloviznaba. Las golondrinas entraban y salían de los goteantes aleros y el sol empezaba a arrojar rayos incendiarios sobre lejanos tejados. Detrás del templo del divino Claudio, onondas nubes deslizaban sus cárdenos vientres sobre el horizonte. Los colores destacaban como manchurriones. Elio respetó el deseo de Parato de no ir de su mano hasta el cuartel y se limitó a seguir hablando, para proporcionarle un punto de referencia.



Ben Pastor Conspiratio

—Debo reconocer que tiendo a excluir al emperador de la lista de sospechosos. Consideremos el otro incidente que ocurrió durante el viaje, el episodio del que habla Pancraccio en su poema: la cacería del león. Después de todo, en esa ocasión el león atacó al caballo de Antinoo. Si deseaba que se produjera un accidente, al emperador le bastaba con no hacer nada.

—Bueno, es que en un primer momento no hizo nada.

—Pero luego mató al león y salvó a Antinoo.

Parato debía de haber notado la repentina desigualdad del empedrado, porque buscó el codo de Elio y se apoyó en él ligeramente.

—Bien. Pero entonces, ¿hizo eso que el Efebo sintiera que le debía la vida al emperador?

—Todo el mundo está en esa situación, en cierto modo.

—Nadie de esa corte habla. —Parato sacó los pies de un charco con un gesto de irritación—. ¿Fue así? ¿Significaba eso que Adriano era dueño de esa vida y podía hacer con ella lo que quisiera, incluso ponerle fin, en caso necesario?

Sorprendido por las palabras del ciego, Elio se metió en el siguiente charco sin ni siquiera enterarse.

—¿O bien que, habiéndose salvado por tan poco, era como si Antinoo viviera de prestado y, en cierto modo, como si ya estuviera muerto? En consecuencia, podía sacrificarse voluntariamente a los dioses inferiores, o al Destino, o a lo que fuera, para beneficiar al emperador.

—Exacto. Recuerde a Alcestes, dando su vida por Admeto. O a Orfeo, intentando rescatar a Eurídice. O a Deméter, buscando a su hija en los infiernos, o a Isis, resucitando a su marido. Nuestro imaginario colectivo está lleno de mitos parecidos.

Era un tema fascinante. A Elio le habría gustado que la cada vez más cercana entrada del cuartel retrocediera, para no tener que interrumpir la conversación.

—Sí, y los suelos de la barca imperial, también. Pero ¿qué significan? ¿Por qué iba a buscar el emperador una especie de renacimiento? Nadie puede resucitar si todavía no ha muerto. El divino Adriano aún vivió otros ocho años.

—Sí. Uno por cada uno de los ocho grandes dioses de Egipto. —Parato se detuvo, y Elio con él—. Intentemos razonar, si a eso se le puede llamar razonar, como quienes creen en el horóscopo. ¿Habría vivido tanto el emperador si el Efebo no se hubiera sacrificado por él? Hasta Dión Casio sugiere... —Parato desechó la idea con un gesto de la mano—. No, no. Eso no es más que absurda charlatanería esotérica; nunca podremos penetrar en la mente de hombres muertos hace tanto tiempo hasta el punto de comprender sus creencias más íntimas. ¿Estamos cerca del cuartel?



Ben Pastor Conspiratio

—Muy cerca, pero no lo bastante para que nos oigan.

—Bien. Rápido, volvamos a los móviles que no requieren forzar la imaginación. Envidia, celos, despecho, rencor, venganza... Ésos son los desencadenantes de la mayoría de los suicidios y los asesinatos.

—¿Y la hipótesis del accidente?

—Un accidente es justo eso. ¿Qué se puede añadir? Después de todo, cuando se trataba de muertes naturales, tampoco puede decirse que el emperador hiciera grandes extraordinarios para honrar al difunto. Un funeral de Estado y un templo, como los que se suele dedicar a las mujeres de la familia, y para de contar. Incluso tras la muerte del heredero que había elegido, no recuerdo que se fundaran ciudades, se construyeran santuarios o se dotaran órdenes religiosas. Vamos. —Tirando del brazo de Elio con suavidad, Parato reanudó la marcha—. Estoy impaciente por intentar burlar la prohibición de desenterrar el obelisco.

En la entrada del cuartel, tuvieron que esperar a que la guardia llamara al oficial de servicio. La tarde había refrescado considerablemente y en la colina se respiraba un aire limpio y húmedo muy agradable.

—Antes de que me vaya —dijo Elio—, quiero que sepa que mañana iré con Onofrio a la Villa Tiburtina. Ya iba siendo hora de que la visitara. Por cierto, ¿ha averiguado algo sobre él?

Parato se encogió de hombros.

—No mucho, pero lo suficiente. Onofrio es un pelagatos. Nadie lo aprecia, ni los egipcios ni los cristianos. Sólo se puede confiar en él en la medida en que se le puede echar. Es cierto que trabajó como secretario de Sóter, pero eso fue el año pasado. Si está a sueldo de alguien, aparte de usted, se delatará empezando a gastar dinero.

Jueves 15 de agosto
(22 de Mesore)

Notas de Elio Espartiano:

Por fin he venido a la gran villa. El muro de la propiedad, paralelo a la calzada que un poco más adelante entra en Tibur, fue pensado para estar totalmente custodiado. He leído que llegaron a guardarlo hasta mil soldados,



Ben Pastor

Conspiratio

aunque ahora las garitas y puestos de vigilancia están vacíos, salvo los que flanquean la monumental entrada.

El día era casi perfecto, con sol y un cielo en el que las nubes se sucedían rápidamente debido al fuerte viento. He llegado aquí como a una isla largamente buscada, aunque no acabo de entender por qué me siento así. No puedo decir que este sitio me resulte familiar, puesto que nunca he estado en él, y las descripciones de los autores, empezando por la del propio Adriano, que concisa pero exhaustivamente se refiere a la construcción y función de la villa, apenas me habían preparado para el ordenado caos de esta residencia. No sintiéndome totalmente seguro de mi capacidad para hacerle justicia por escrito, pedí a Onofrio (al que di permiso para examinar las inscripciones egipcias con la condición de que no me estorbara) que fuera a los archivos de Tibur y obtuviera una copia del plano de la villa.

El conjunto, constituido por cientos de salas, patios y espacios diversos, está articulado en tres ejes, de tal modo que el visitante se encuentra cambiando de dirección casi sin darse cuenta al seguir una columnata que de pronto se abre a un largo patio interior, perpendicular a la columnata a través de una sucesión de pequeños salones o estanques de mármol. Uno tiene la sensación de ser súbitamente desviado de su camino original, o de encontrarse en un laberinto, aunque no existe un centro objetivo en ningún sitio. Es una constelación de palacios, termas y edificios auxiliares distribuidos en varias plantas, donde los jardines en terraza se alternan con valles artificiales, de tal modo que a veces el cielo sólo es visible en forma de cuadrados o estrechas franjas.

Estatuas de Antinoo por doquier; uno se siente vigilado por él continua pero benévolamente. Bajo el sol de mediodía, el aroma de los bojés y los mirtos, que crecen desordenadamente, se te sube a la cabeza, especialmente alrededor del teatro. También abundan los sicómoros, los cipreses y las palmeras enanas; las adelfas han formado un auténtico bosque. Lo que fueran montículos cubiertos de césped ahora son calveros con reducidas manchas de maleza. Algunos viejos rosales todavía resisten a lo largo de los paseos, y alrededor de los santuarios más pequeños se ven tiestos vacíos, que seguramente contenían anémonas, como en los Jardines de Adonis.

Según me han dicho, los perros que campan por sus respetos en toda la villa descienden de las muchas jaurías que el divino Adriano criaba en la propiedad. Son un hermoso ejército de esbeltos animales de orejas cortas, cabeza alargada y cola enroscada, la mayoría blancos y negros, que los lugareños llaman «*gyptii*», corrupción, creo yo, del original «*aegyptii*».

La mayoría de los muebles fueron retirados hace mucho tiempo de los elegantes salones y dormitorios; parte de ellos permanecen guardados en almacenes de Tibur bajo llave y candado, y custodiados por los representantes de Su Divinidad en dicho lugar. Otras piezas, incluidas diversas esculturas, fueron llevadas a la villa de Preneste (que espero visitar en breve) y algunas, según documentos que todavía se conservan aquí, trasladadas a la Ciudad *in*



Ben Pastor Conspiratio

Palatio por algunos de los príncipes que sucedieron al divino Adriano, especialmente Cómodo, Caracalla y Heliogábalo.

El superintendente vive en la ciudad, al parecer, en una pequeña propiedad situada en lo alto de la colina, no muy lejos de la villa que llaman Quintiliolo, frente a las cascadas de Anio. Estaba informado de mi llegada, de modo que se presentó con bastante prontitud, para ser un civil. Cuando le expliqué los motivos de mi visita y mi intención de quedarme varios días, se apresuró a ofrecerme alojamiento en su casa y, al darle las gracias pero declinar su invitación, fue tan atrevido como para insistir añadiendo que tiene cuatro hijas. Como si los militares de cierto rango no estuvieran acostumbrados a las atenciones de los padres con hijas casaderas. No obstante, me chocó que lo intentara, porque es algo más propio de las provincias.

Al final, para no ofenderlo (tendré que pedirle favores muy pronto, así que es mejor contemporar), accedí a cenar en su casa al menos un par de veces durante mi estancia, reservándome el derecho a elegir las noches, pues habrá ocasiones en que prefiera no interrumpir mis indagaciones para cambiarme e ir hasta su casa. Con todo, puede que las chicas sean guapas. Al parecer, las ha educado él, y su madre, una belleza en sus tiempos, es «una sabina de pura cepa». ¡Como aquellas a las que Rómulo y sus hombres convencieron para que se dejaran raptar!

Los salones de ceremonias de la villa están prácticamente vacíos, pues en su día no sólo se retiraron los muebles, sino también las colgaduras, los tapices y, en algunos casos, incluso las puertas. Por el aspecto de algunos suelos, deduzco que debían de estar cubiertos con alfombras, que igualmente han desaparecido. Los techos son tan altos que los pasos resuenan y producen ecos que rebotan de muro en muro. El polvo se acumula en hornacinas que antaño debieron de contener libros. Accesorios como las lámparas continúan en su sitio y, según todas las apariencias, funcionan. Lo comprobaré esta noche. La mayoría de las ventanas están intactas, y los pocos cristales rotos han sido cuidadosamente sustituidos por trozos de pergamino.

Me han informado de que las cañerías siguen funcionando, aunque sólo se utilizan un par de veces al año, en verano, para dar un repaso completo a todas las fuentes, y en invierno, para asegurarse de que no hayan reventado en algún punto del complejo sistema de conducciones subterráneas. Grifos y caños se cuentan por centenares, y hay dos grandes baños termales. Todas las piscinas, salvo las exteriores de mayor tamaño, permanecen vacías y aceptablemente limpias, aunque debe de ser muy trabajoso retirar las hojas, pequeñas ramas y tierra que rápidamente se acumulan en ellas. Por el contrario, las grandes piscinas descubiertas se encuentran llenas de agua de lluvia y en un estado lamentable, que me llevó a apercibir al superintendente. Tengo la intención de obligarlo a abrir todas las llaves para permitir que el agua circule por la villa, aunque a principios de junio ya se efectuó dicha operación. El agua estancada en las piscinas exteriores despide mal olor, debido al



Ben Pastor

Conspiratio

depósito vegetal del fondo y a las algas y diversas plantas que las cubren. Son el caldo de cultivo ideal para los mosquitos y los caballitos del diablo, pero también he visto ranas y tortugas de agua zambulléndose o deslizándose perezosamente por la verdosa superficie.

Especialmente deplorable es la situación de la parte más hermosa de la villa, al menos a mis ojos y en este momento de mi investigación. Me refiero al área conocida como Canope, un angosto valle artificial cubierto de arbustos y flores, en cuyo centro hay un largo estanque (el superintendente la llama un «euripo», pero el término es erróneo, puesto que dichos depósitos de agua disponen de compuertas maniobrables que crean un flujo y un reflujo, como en la corriente natural del mismo nombre. Esto es más bien un «Nilo» —véase la descripción de Plinio el Joven—, y no entiendo cómo alguien puede confundirlos). Todo el valle reproduce un paisaje nilótico tan fielmente que al contemplarlo por primera vez me quedé estupefacto, como si de repente me hubieran transportado de nuevo a Alejandría, o como si no me hubiera marchado nunca de allí. Como decía, el estado del Canope es lamentable, un hecho tanto más escandaloso cuanto que es a todas luces el monumento de la villa destinado por el divino Adriano a honrar a Antinoo. Gigantescas estatuas del Efebo, copias perfectas de la que vi en el templo de Antinópolis, rodean el amplio pabellón en forma de concha situado en la cabecera del estanque, al pie de la colina. En otro lugar describiré los espléndidos interiores y la maravillosa arquitectura del pabellón; antes tengo que explicar por qué en su día este Nilo debió de parecerse mucho al original.

Aunque algunas de las estatuas ornamentales habían caído de sus pedestales al cenagoso estanque, no tardé en conseguir «leerlo» geográficamente y deducir que los grotescos silenos, enormemente parecidos a Bes, que se encuentran a la derecha del espectador representan la antigua población de Besa, cercana al lugar donde Antinoo encontró la muerte. Frente a esas figuras, se alza una estatua de Hermes, para representar Hermópolis, en la orilla opuesta a Besa; más abajo, un cocodrilo que escupe agua por las fauces señala la localización de Cocodrilópolis, bajo la que un Apolo de mármol simboliza la ciudad de Apolinópolis Magna, y así sucesivamente. Cerca de los silenos, figuras funerarias de doncellas cargadas con cestas sostenían en otros tiempos un frágil y elegante entablamiento, pensado quizá para soportar una parra. Ahora apenas queda nada de él, debido al brutal derribo de las estatuas.

Estaba tan colérico e insistí tanto en conocer los motivos de semejante atrocidad que el superintendente me prometió traerme a un viejo siervo que afirma haber estado presente cuando se cometió. Tengo intención de hablar con él mañana. Entre tanto, cuando le pregunté directamente por qué no ha vuelto a colocar las estatuas, el superintendente me respondió que la retirada se llevó a cabo en cumplimiento de una orden imperial. «¿De qué César?», quise saber. No me sorprendió oír el nombre del monstruo de Heliogábalo. Investigaré en Roma la existencia de esa supuesta orden, que debe de conservarse en algún archivo.



Ben Pastor Conspiratio

Provisto de un detallado plano de la villa, Elio se dispuso a pasar la primera noche en ella. El superintendente trató de disuadirlo, sobre todo porque tendría que aportar el mínimo necesario para acondicionar un dormitorio apropiado, pero fue en vano. En cuanto a Onofrio, no quiso ni oír hablar de quedarse y sacó a relucir una historia —que, por supuesto, aseguró no creer en absoluto— sobre los demonios que se ocultaban en la villa desde que «la viuda y sus hijos fueron martirizados aquí por Adriano César».

—¿Qué estupidez es ésa? —le preguntó Elio levantando los ojos del plano.

—No es ninguna estupidez. Los Hechos dicen concretamente que la mujer era hermana de Eugenio, funcionario municipal de Tibur cuando Telesforo era papa. La ahogaron y mataron a sus siete hijos aquí, frente al templo de Hércules. Y conste que no soy cristiano, pero no pienso pasar la noche en un sitio en el que hay demonios.

Elio se echó a reír.

—¡Sandeces! ¡El templo de Hércules está en Tibur, no aquí!

—Eso da igual. ¿Recuerda que cuando veníamos hacia aquí le señalé un sitio al borde del camino que se llama Septem Fratres? ¿Recuerda que no quería mirar? Pues ahí es donde los enterraron. Toda la zona está maldita.

—¿Sí? Pues yo me quedo.

Las sombras habían empezado a alargarse al pie de los cipreses y los sicómoros, cuando le llevaron una cama, sábanas y otros enseres al antiguo dormitorio de los oficiales de la guardia. El superintendente en persona regresó para traerle la cena y un manajo con las llaves de los pocos edificios que habitualmente permanecían cerrados. Insistió en dejarle a unos criados («Sólo hay unos cuantos esclavos en los límites de la propiedad, a una milla de distancia; no lo oirían llamar») y alzó las manos al cielo cuando Elio le preguntó: «¿Y para qué iba a llamar?» Le abrieron las llaves del agua de las letrinas y los baños del final del pasillo, al que daban diez habitaciones sin puertas y con tres alcobas cada una. Elio eligió la décima e hizo que los criados le trajeran un candelabro de la cercana residencia para sentarse a estudiar el plano. Luego lo dejaron solo, y pudo al fin trabajar y pensar.

Bien entrada la noche, convencido de tener el trazado general de la villa bien memorizado, cogió el manajo de llaves y se puso en camino hacia la atalaya del extremo occidental. La luz de la luna y el brillo de las estrellas resultaban insuficientes en aquel laberinto de edificios a oscuras, y una lámpara de mano apenas habría servido de ayuda. Pero el comienzo era fácil: un giro a la izquierda al salir de la habitación y, luego, en línea recta hasta el final del dormitorio de oficiales, que



Ben Pastor Conspiratio

daba a un patio empedrado. Una vez allí, los altos muros de la residencia y la multitud de tejados lo sumieron en la primera incertidumbre; a un lado, una negrura más densa debía de indicar uno de los patios con fuente, probablemente el más estrecho, al que daban las puertas de la biblioteca. Era mejor dirigirse al pórtico de la residencia y seguir la oscura galería de columnas de su costado occidental. Confiado, Elio torció a la derecha al llegar a la esquina y continuó por una de las fachadas menores hasta encontrar la entrada, y un tercer patio ajardinado. Allí cometió el error de bajar un pequeño tramo de escaleras, que lo llevó al interior del anillo de muros de la residencia de la isla, una villa en miniatura en el centro de un estanque redondo en cuya oscuridad sus pasos producían sordos ecos. El nivel del agua era bajo, pero el estanque relucía como un cinturón de metal. A su derecha se extendía una perspectiva de espacios en la semioscuridad de los rayos de luna que penetraban por las ventanas y que, filtrándose por los emparrados, cuadriculaban el suelo. Elio fue de habitación en habitación hasta desembocar en un inmenso jardín de descuidados arbustos e inmóviles estanques. A sus oídos llegaban las zambullidas de las ranas y los débiles ruidos de los animales que compartían su soledad. Reconoció el salón de banquetes rodeado de arcos por la cruz blanca, negra y roja del suelo de mármol. Luego, de nuevo en el exterior, durante unos instantes, a lo largo de otra galería de arcos, hasta llegar al vestíbulo principal, con sus hornacinas y sus relucientes estatuas de muchachas, que parecían observarlo soñolientas desde los umbrales de sus habitaciones. Y otra vez fuera. Los perros aullaban en lejanas granjas y, al menor soplo de viento, se oía rumor de hojas y chirridos de puertas. Cientos de habitaciones vacías, como en una ciudad desierta o un campamento abandonado... Si el fantasma de Antinoo no habitaba aquel lugar, era poco probable que los espíritus de los cristianos lo hicieran jamás.

Elio dejó atrás las cúpulas de las enormes termas y ascendió con más convicción por el pequeño Egipto del Canope hasta llegar al terreno elevado. Adelfas, mirtos y apretados y gruesos lirios obstruían el pie de la rampa de la atalaya occidental, cerrada con llave. Allí, como si lo hiciera adrede, el viento le apagó la lámpara, y Elio tuvo que probar las llaves a tientas, una tras otra, hasta encontrar la adecuada. Sobre su cabeza, como en su sueño, la torre ocultaba las estrellas y parecía inclinarse hacia él. Elio se apresuró a entrar, buscó las escaleras en la oscuridad y subió, y subió, hasta una puerta que daba al exterior, donde una columnata redonda sostenía la azotea, donde la noche estrellada se abalanzó sobre él desde una inmensidad tal que casi lo arrojó al suelo.

Viernes 16 de agosto
(23 de Mesore)



Ben Pastor

Conspiratio

Continuación de las notas de Elio Espartiano:

Cada vez me convengo más de que esta enorme villa no es sólo un palacio de descanso. Si sobrevive a los robos y saqueos los historiadores y demás expertos de los siglos venideros se plantearán la misma cuestión que me ha acosado desde que franqueé sus puertas. ¿Por qué tiene este intrincado diseño? ¿Por qué, si persigo —y me persigue— un escurridizo adversario importa que yo vea el vínculo que tiene esta villa con su plan y con Adriano. ¿El duelo de Adriano se convirtió en piedra para que fuera duradero? ¿Ocurrió lo mimo con el complot? El viejo esclavo es un nonagenario. No le queda un solo diente, pero, como tiene las encías tan duras como el pico de una tortuga, habla con bastante claridad pese a todo. En cambio, su pelo, de un blanco amarillento y muy corto, es sorprendentemente espeso. Aunque los años le han encorvado el cuerpo, parece fuerte y lúcido. Tras una larga vida como *servus villicus*, le han dejado descansar en una pequeña casita situada en los límites de esta inmensa propiedad, en la meseta de detrás de la torre del observatorio. Como muchos ancianos, admite no recordar lo que cenó la noche anterior, pero conserva frescos en la memoria pormenores de sucesos que ocurrieron sesenta, setenta y ochenta años atrás. Si alguien conoce dónde se halla la tumba de Antinoo, es él.

Según su versión, los destrozos en el Canope se produjeron durante una visita de Heliogábalo a la villa, antes de que los pretorianos eliminaran al tirano, un mes de marzo de hace ochenta y dos años. El esclavo, que se llama Opiliano, tenía entonces unos doce y era aprendiz de jardinero. Como tal, se ocupaba de trasplantar las flores que ya no cabían en sus macetas y barrer los senderos de la sección suroccidental de la villa, que es donde se encuentra el Canope.

Aparentemente, se trata de la misma visita imperial durante la que Heliogábalo se mofó de los esclavos ordenándoles recoger media tonelada de telarañas. «Ese día —cuenta Opiliano— algunos nos herniamos, y uno que intentaba coger una telaraña del techo del Salón del Trono se cayó de la escalera, se rompió el cuello y murió.» No perderé el tiempo consignando los muchos disparates que aquel demente discurrió durante su ocioso reinado, tanto más cuanto que, según he oído, mi amigo Elio Lampridio, jurista del ejército en Nicomedia, está escribiendo una biografía sobre él. No envidio su suerte, antes agradezco a la mía que me haya librado de escribir sobre ese monstruo.

En cuanto al asunto que nos interesa, dice Opiliano que Heliogábalo apareció con una comitiva de cientos de individuos, en su mayoría mimos y bufones, que durante dos días con sus noches convirtieron la villa en escenario y víctima de su libertinaje. Por ciertas alusiones, deduzco (a no ser queme



Ben Pastor

Conspiratio

ciegue mi antipatía por el tirano) que la tierna edad de Opiliano lo convirtió en objeto de las innominables atenciones del auriga Gordio; sólo la intervención de la madre diciendo que el niño tenía una infección en los genitales lo libró del pervertido, ahuyentándolo de su camastro.

«Aun así, formaban una tropa pintoresca —continuó Opiliano—, de modo que yo estaba fascinado. Todo lo que hacían o comían, todas las cosas de las que hablaban eran asombrosas para mí. Su Excelencia debe comprender que por entonces la villa había estado prácticamente deshabitada desde los tiempos de Antonino Caracalla, o sea, hacía más de una década, y que en mis pocos años no había visto cruzar la entrada a visitantes de categoría.» Ésta es la parte realmente interesante, que convierte los recuerdos del esclavo en un testimonio inestimable (tengo que recomendárselo a Lampridio antes de que pase a mejor vida, porque es una mina de información detallada, al menos sobre ese episodio). A la pregunta de si conocía el motivo de la visita de Heliogábalo, respondió sin titubear: «Quería ver el sitio en el que estaba enterrado el favorito del divino Adriano.» De pronto, la inspiración que me había impulsado a visitar Tibur se revelaba como un formidable acierto. Antes de que explique cómo a la postre resultó ser una información no tan directa — digámoslo así— como yo esperaba, voy a reproducir al pie de la letra la conversación que tuvo lugar entre nosotros:

Elio: ¿Quieres decir que el bendito Antinoo está enterrado en los terrenos de la villa?

Opiliano: ¡Pues claro! En Tibur, lo sabe todo el mundo. e. ¿Podrías indicarme el lugar exacto? o. Bueno, eso depende. Depende de a qué tumba se refiera su excelencia.

E. ¿Es que hay más de una?

O. ¡Pues claro! La primera estaba justo allí (Nota: nos encontrábamos al pie del estanque y mirando hacia el pabellón; el esclavo señalaba un punto a la derecha, en el que una de las doncellas portadoras de cestas, copia de las atenienses, que seguía en pie, sostenía un trozo de entablamento. Como ya dije, originalmente todas esas estatuas, junto con las que se parecen a Bes, formaban un frontón porticado en la orilla occidental del estanque). Ahí, detrás de las estatuas, había una aguja (Opiliano se refería a un obelisco). Todavía puede ver la base. Indicaba el sitio en el que yacía el Efebo.

Me apresuré a acercarme al lugar que me indicaba. Ciertamente, allí había una base de pórfido cuya cara superior mostraba signos de haber sostenido un fuste cuadrado sujeto con cemento y un alma de hierro. Providencialmente, o por simple meticulosidad militar, en su momento había tomado notas sobre la textura del obelisco de los jardines de los Varios. Cuál no sería mi sorpresa al comprobar que la descripción se correspondía punto por punto con las características de la base de Tibur. No obstante, por mor de la precisión



Ben Pastor

Conspiratio

histórica, pregunté a Opiliano si la retirada del obelisco había sido ordenada por Heliogábalo.

«¿La retirada? ¡Menuda retirada! Todo ocurrió durante un banquete. De pronto, se pusieron a correr y nadar en el estanque. Se habían quitado la ropa y habían arrojado al agua las sandalias, que parecían barcos de juguete navegando alrededor de la mesa del convite, colocada en el pabellón. El emperador se había vestido de mujer (aquí omito los detalles obscenos de su atuendo; Lampridio puede incluirlos en su biografía, si lo considera oportuno). Iba brincando de aquí para allá y gritando que era Isis y estaba buscando el falo (no es ése el término que utilizó Opiliano) de su difunto esposo Osiris. Mi madre, que en paz descansa, era egipcia, así que yo sabía ya entonces lo que quería decir el emperador. También sabía que el bendito Antinoo se había transformado en Osiris tras ahogarse en el Nilo, así que supuse que Heliogábalo quería abrir la tumba del Efebo para Dios sabe qué. Puedo asegurarle que a esas alturas el superintendente (en esa época era Ingenuo Regaliano, nombrado por Clodio tras la muerte de Cómodo) se tiraba de los pelos. Como ya sabe, también Cómodo estuvo buscando el cuerpo de Antinoo en su día, y no lo encontró en el sepulcro de Egipto.» Le respondí que, efectivamente, lo sabía, sin añadir que, puesto que también yo había fracasado en la misma búsqueda, podía confirmar que el cuerpo del Efebo no se encontraba allí.

Opiliano estaba en vena. Parecía estar describiendo escenas que hubiera presenciado hacía tan sólo unas horas, con detalles tan precisos que no me cabe la menor duda de que sus recuerdos de aquel día tan lejano son exactos.

Parece ser que el beodo Heliogábalo ordenó a los esclavos traerle al jardinero y sus ayudantes. Cuando éstos se presentaron a toda prisa, les ordenó que empezaran a cavar alrededor del obelisco, diciendo que tales monumentos señalan siempre el lugar donde fue enterrado un dios o un hombre importante. También le dijo a Gordio que, si moría, prometía erigirle uno en su tumba, idea que no pareció entusiasmar al auriga. Entre tanto, Opiliano y los demás seguían cavando, pero no tardaron en topar con la dificultad de retirar unas losas dispuestas en forma de estrella alrededor de la base del obelisco. Cuando el decepcionado Heliogábalo consideró que ya se habían deslomado bastante, era evidente que en aquel sitio no había tumba alguna. A continuación, les ordenaron proveerse de cuerdas y derribar el obelisco, porque posiblemente la «urna con las cenizas de Antinoo» (ésas fueron las palabras de Opiliano; ignoro si fue eso lo que dijo Heliogábalo) estaba encajada en la base del fuste. «Así que tiramos y tiramos, con todos aquellos malditos enanos y apestosos acróbatas danzando a nuestro alrededor, hasta que al fin el obelisco se vino abajo, derribando de paso los silenos, y se partió en dos, aquí, más o menos aquí. En la base del fuste no había ni cavidad ni urna. Heliogábalo montó en cólera, no por los destrozos, sino por no haber encontrado el falo de Osiris, y nos mandó atar cuerdas a las demás estatuas y arrastrarlas hasta el estanque, en castigo por "mentirle al César", según sus



Ben Pastor

Conspiratio

propias palabras. Fue una pena tener que destrozar aquel hermoso jardín, en el que había aprendido a cuidar mis flores y arbustos favoritos, pero era lo que nos habían ordenado. Fueron al suelo innumerables estatuas, en un lado y después en el otro, entre gritos de júbilo cada vez que una de ellas caía de cabeza al agua con un ruidoso ¡plaf! Pero para entonces Heliogábalo ya se había cansado de aquel pasatiempo, y se retiró con un compinche al interior del pabellón, donde no podíamos saber lo que estaban haciendo, aunque sus risas y sus gritos nos daban a todos suficiente idea. En determinado momento, mi señor me tapó los oídos con las manos y se me llevó de allí.» Yo no había parado de tomar apresuradas notas, y ya estaba a punto de excluir otra posible localización de los restos del Efebo, cuando recordé que Opiliano había sugerido la existencia de una segunda tumba dentro de los límites de la propiedad, y le pregunté al respecto. «Efectivamente —respondió sin dudar— Es el panteón redondo, en lo alto de la colina de la Gruta de Hades, junto al laurel. Fue construido sobre una cripta funeraria de la época de la primera villa.» Imaginé que se refería a la quinta de la familia política de Adriano, que es anterior a la gran villa y constituye uno de sus núcleos. «Pero debo decir a su excelencia que, después del estrupalucio de la visita imperial, los jardineros tuvimos que trabajar a destajo. Nos prohibieron recolocar las estatuas, pero el obelisco había desaparecido y había que arreglar y replantar los parterres. Parecía buena idea colocar hierba doncella alrededor de la base de pórvido, justo ahí donde está usted ahora. Como ve, volvimos a poner las losas en forma de estrella, y yo diría que hicimos un buen trabajo. —En ese momento, aunque estábamos completamente solos, el anciano bajó la voz—. Pero, mientras lo hacíamos, la pala del jardinero chocó contra algo blanco, una losa cuadrada de unos dos palmos de lado. Seguimos sacando tierra, hasta que vimos que había otras cinco, formando con la primera una especie de urna, aunque nunca habían estado cimentadas entre sí. En su interior, nada de nada, aunque supusimos que era allí dentro donde el divino Adriano había hecho depositar las cenizas del Efebo. De no ser porque Heliogábalo se había cansado de buscar, habríamos descubierto la urna el día de su visita. Pero quién la vació, y cuándo, eso no lo sabe nadie.» Convencido como estaba hasta ahora de que Antinoo había sido momificado, la revelación de Opiliano es un golpe por partida doble. Primero, porque parece claro que el Canope fue un lugar de enterramiento, aunque ya no lo sea; segundo, porque podría estar buscando una urna lo bastante pequeña como para caber en una caja de unos palmos de lado, en lugar de un ataúd del tamaño habitual. Comprendiendo que el anciano estaba cansado, lo dejé ir. Entre tanto, había aparecido Onofrio, dispuesto a guiarme en un recorrido hermenéutico por las inscripciones de las estatuas egipcias y monumentos de mayor tamaño que siguen en pie. Tengo intención de elaborar (y depositar en los Archivos del Estado) una lista de las estatuas y relieves que todavía pueblan la villa: son multitud, y conviene censarlos antes de que ocurra alguna otra desgracia.



Ben Pastor Conspiratio

Por la tarde, más contrariedades. Onofrio dictaminó que las inscripciones egipcias repartidas por la villa eran anteriores a Adriano en más de un siglo, lo que las convertía en irrelevantes para la investigación. El ya malhumorado Elio acabó de perder la paciencia al descubrir destrozos mal reparados en otra zona del Canope.

Opiliano, con el que debía encontrarse junto al panteón circular, lo esperaba sentado a la sombra del laurel.

—No —dijo meneando la cabeza con filosofía—, esos destrozos no tienen nada que ver con Heliogábalo. Son mucho más recientes, de hará unos treinta años. Lo hizo la reina prisionera cuando nadie la veía, mientras Aureliano César estaba ocupado luchando contra los bárbaros.

—Te refieres a Zenobia.

—La misma. Una real hembra, por cierto, aunque las mujeres no deberían gobernar. Y una verdadera arpía, que no paraba de darnos órdenes, como si le perteneciéramos a ella. Y yo ya era un hombre mayor, con mi propia casa de la que ocuparme. Créame, excelencia, fue una vergüenza que la dejaran aquí para que se moviera a su antojo e hiciera y deshiciera como en su propia casa. Para impedir que lo destrozara todo sudamos la gota gorda.

Desde donde se encontraba Elio, sólo se veía el descuidado borde oriental del valle del Canope, de modo que desvió la mirada.

—¿Destrozarlo todo? ¿Y por qué iba a hacer eso?

—¿No se lo conté? —Opiliano se rascó la cabeza—. Bueno, supongo que se me olvidó. Lo que quedaba de la espaldera de mármol de la aguja, lo echó abajo ella. Estaba buscando lo mismo que Heliogábalo, la tumba del Efebo. Como sé que su excelencia no es de sangre azul, sino soldado, puedo decírselo: los nobles están todos locos. Demasiados matrimonios entre ellos. Por la noche, si no la vigilábamos, la reina se ponía a cavar. Le puedo enseñar los sitios donde lo hizo ella misma cuando le impedíamos que pagara a gente para hacerlo.

—Eso no tiene sentido. ¿Qué más le daba a una reina extranjera dónde estuviera enterrado el Efebo?

—Eso es lo que yo digo, Excelencia. En esa época, mi hijo era el jardinero jefe, el último que hubo, por cierto, porque el puesto dejó de existir tras la muerte de Aureliano, y todo fue cuesta abajo desde entonces. Bueno, pues mi hijo, que se llamaba Opiliano como yo, se había ganado la confianza de la reina, que le dijo que compraría su libertad si la ayudaba a encontrar la tumba del Efebo.

—¿Y bien?



Ben Pastor

Conspiratio

—Pues, lo primero, que mi hijo estaba contento con su suerte y no tenía ningún interés en convertirse en un liberto mendigo, en unos tiempos en los que escaseaba el trabajo, y no es que ahora abunde. Y lo segundo: no estaba dispuesto a destrozarse parterres y cavar en monumentos del Estado por nadie, y menos por una mujer. Le contestó que no, que estaba a las órdenes del emperador y demás. Así que Zenobia se puso a cavar por su cuenta por las noches, especialmente hacia el final de su vida. Era un motivo de bromas entre nosotros.

Elio recordó lo que le había dicho Ben Matías sobre Zenobia: que había estado prisionera en Tibur durante años y que debía visitar «la tumba de la pobrecilla». Dejando a un lado lo de la visita, ¿qué interés podía tener una reina oriental, y una enemiga de Roma, en la tumba de Antinoo? Judíos, partos, los aliados persas de Zenobia... Todo aquello parecía tener un vago sentido.

—¿Encontró algo? —preguntó Elio.

—Nada de nada. Nosotros la vigilábamos y nos aseguramos de que no hiciera demasiados destrozos. Consiguió entrar en este panteón, pero la sorprendimos con las manos en la masa y clavamos la puerta. El día en que murió, todos respiramos aliviados. Sus hijos nunca volvieron a visitarla, y creo que aún viven, si no los han liquidado en estos años. El mío murió hace uno, y nunca dejó de preocuparle que vinieran a cavar en los jardines.

Sábado 17 de agosto (24 de Mesore)

Continuación de las notas de Elio Espartiano:

Aquí lo llaman *heroon*, como los griegos. Es un edificio de mármol en forma de cesta redonda y rodeado de columnas, que suman veintidós. Tantas, creo, como años tenía Antinoo en el momento de su muerte, el doble de los que pasó junto a su amigo y señor. La puerta, cuya llave desapareció hace mucho tiempo, no se puede abrir, por el barro que se ha ido acumulando bajo ella. De hecho, todo el monumento parece haberse ido hundiendo en la tierra poco a poco con el transcurso de los años. Los clavos que colocó el hijo de Opiliano para impedir la entrada de Zenobia están oxidados, y he podido sacarlos sin demasiado esfuerzo en el día de hoy, festividad de Portuno, dios de las llaves y las puertas. Mirando por una de las nueve ventanas saeteras, he visto un sarcófago en el interior, por lo que deduzco que el cuerpo de Antinoo reposó en él al menos durante algún tiempo, a no ser, claro está, que el monumento sea un cenotafio, como el de Egipto.



Ben Pastor

Conspiratio

Viendo que era inútil intentar abrir la puerta, conseguí la ayuda del biznieto de Opiliano, un niño de ocho años que podía introducirse por uno de los ventanucos y decirme lo que había dentro. Tenía pocas esperanzas de que pudiera abrir la puerta desde el interior y permitirme entrar, pero el chico, muy despierto, consiguió hacerlo, dado que el picaporte funcionaba bien. Es asombroso, considerando las lluvias, las heladas y la herrumbre de tantos años.

No pude por menos que preguntarme cuánto hacía que la luz no penetraba en aquella cámara funeraria. Nidos de ratas y hojas secas rodeaban un sarcófago de pórfido de lo más corriente, que —decidido a cumplir con mi misión y pese a los gruñidos de Opiliano— ordené abrir a los esclavos. Toda una proeza, dado el tamaño de la tapa y la falta de espacio para maniobrar. Dentro (no sabría decir si como esperaba o no) encontramos una de esas vasijas de alabastro que en Egipto llaman canopes. Recordé que Theo me había dicho que, tras la muerte de Antinoo, Adriano viajó al sur, a Tolemais y Tebas, llevando consigo el corazón del Efebo en una «jarra cuya tapadera tenía la forma de la cabeza humana de Imseti, que está bajo la protección de Isis». Este canope tiene, efectivamente, una tapa en forma de cabeza humana. Si se trata del único contenido para el que estaba pensada la tumba, o si el cuerpo —ya fuera en forma de cenizas o de momia— estuvo allí en tiempos, sigue siendo un misterio para mí.

Dentro de este recipiente traslúcido y sellado, me dije, estuvo el antaño palpitante corazón de alguien tan amado... El supersticioso Onofrio me explicó temblando que los antiguos caracteres del canope decían, si había que creerlos, lo siguiente: «Antinoo el Justo.» En la parte posterior de la jarra: [Mu], tres líneas onduladas; [khebs], un disco solar junto a una pierna humana y lo que parece un arado. Onofrio dice que hay que traducirlo como «robo de agua» o «ladrón de agua», lo que me recordó el sueño de Dión, en el que el Efebo sacaba agua del Nilo con un cazo, y al sacerdote explicándome que en Egipto rezar a Antinoo protege contra los ladrones de agua. ¿Es de alguna utilidad para mi investigación? De ninguna. Mi único consuelo fue que la jarra medía menos de un palmo de altura, por lo que podría haber sido el contenido de la urna de mármol de debajo del obelisco del Canope. Entonces, ¿hay una momia? ¿La hubo alguna vez? Con enorme pesar, hice que volvieran a colocar el canope en su sarcófago sin abrirlo.

Finalizada esta tarea, aunque no había nubes que ocultaran el sol, la luz empezó a escasear. Antes de que comprendiera que se trataba de un eclipse, los esclavos pusieron pies en polvorosa como el hatajo de supersticiosos que son, sin atender a explicaciones ni amenazas. Me dejaron solo con al *heroon*, junto al que permanecí para poner en evidencia su estupidez y su credulidad, hasta que el disco del sol quedó totalmente oculto y las estrellas volvieron a titilar en el lívido gris del cielo. Mas, pese a todo, la coincidencia me impresionó, de tal modo que, en el frío sobrenatural del fenómeno, no pude evitar preguntarme, si no qué auguraba, sí al menos qué significaba.



Ben Pastor

Conspiratio

CAPÍTULO 10

Lunes 19 de agosto
(26 de Mesore)

Borrador de una carta de Elio Espartiano a Su Divinidad:

Hoy, las idas y venidas en compañía de Onofrio me han llevado a los jardines de la madre de Nerón, en el Campo Vaticano, y a los vecinos jardines de Domicia. Ya habíamos peinado la mitad de la Ciudad en busca de oscuros monumentos egipcios cuando, en el anfiteatro acuático conocido como *naumachia Hadriani*, mi prolijo guía —incansable proveedor de banalidades— ha insistido en que allí fue ejecutado en tiempos de Nerón un patriarca cristiano llamado Cefas, que en hebreo significa «piedra» (de ahí que los suyos lo conozcan como Pedro). Eso, observé, está en desacuerdo con la tradición que sitúa su tumba, *teste* Tácito, no muy lejos de aquí, junto al hipódromo construido por Gayo Calígula. Por cierto que la humilde tumba de Pedro está a la vista, como testimonio de la ecuánime política seguida por todos los Césares tras los sucesos posteriores al Gran Incendio.

Aprovechando encantado la ocasión de continuar solo, volví sobre mis pasos por la Vía Triunfal (los jardines de las damas imperiales han envejecido, pero conservan elegantes vestigios de setos podados en forma de animales). En el cruce con la Cornelia, que pasa por delante del mausoleo de Adriano, volví a admirar la pirámide que tanto me impresionó cuando llegué a la Ciudad. No obstante, ahora ya he visto varias de mayor tamaño (incluida la de Cestio, al otro lado de la ciudad) y muchas diminutas —el pueblo se refiere a todas ellas como *metae*, aunque apenas se parecen a las metas de un estadio— pues se encuentran en todas partes.

En ese momento, Onofrio me dio alcance y empezó a contarme historias sobre juicios contra los cristianos en los que habían ocurrido todo tipo de milagros, desde rayos que fulminaban a jueces hasta anillos de fuego que



Ben Pastor

Conspiratio

protegían la virtud de una acusada. Incluso me aseguró que los azotes no dejaban marcas en la piel de los mártires, que los leones se negaban a atacarles en el circo, etcétera. Cuando le pregunté cómo es que ninguno de ellos ha sobrevivido a la cuchilla del verdugo, enmudeció de golpe, ya fuera porque no tenía respuesta, ya porque temía que pensara que todavía es cristiano. Librarme de sus necedades y del bochorno de la Ciudad durante unos días será un placer.

Martes 20 de agosto
(27 de Mesore)

Carminia Repentina era «Mínula» para su difunto marido Tusco, elegido cónsul junto a aquel Annio Anulino —hoy procónsul de África— bajo cuyo mandato se celebraran tantos juicios contra los cristianos. Elio, que había sobrevivido a dos interminables cenas con las hijas del superintendente de Tibur, llegó a su propiedad un día en que el viento parecía haberse escondido bajo la alfombra del mundo.

Los esclavos baldeaban los suelos del pórtico, y la calina invadía el jardín. A través de aquel vapor caluroso, como una ninfa avejentada, Repentina se acercó a recibirlo y, acto seguido, pedirle nuevas de Roma. Elio, que se esperaba la pregunta, se había puesto al día sobre los cotilleos de la ciudad lo mejor que había podido, de modo que dejó caer unos pocos nombres en los sitios apropiados y compensó su ignorancia del resto regalando a su anfitriona un libro de poemas.

—¡Vaya! —exclamó la anciana—. ¡Sammónico el Joven! ¿Cómo sabe que me gustan los poemas filosóficos?

—No lo sabía, pero lo acaban de publicar, y pensé que aún no lo tendría.

No hubo manera de entrar en materia antes de ver el árbol genealógico de la familia, la máscara funeraria de Tusco, una docena de bustos de antepasados y los muchos diplomas honoríficos que colgaban de tablillas en los pasillos. Elio aceptó la lección de historia con flema y con la mira puesta en la prometida biblioteca, pero también con sincero interés por las opiniones de una patricia de la vieja escuela.

—Las grandes familias han desaparecido casi por completo —explicó Repentina en un aristocrático y fino susurro sobre el rápido batir de su abanico—. Pronto no quedará ninguno de nosotros, y entonces Roma comprenderá la terrible pérdida que ha sufrido. ¡Como que nunca ha habido tantos ojos azules en los cargos públicos! Cuando era joven, podías ir a una fiesta y no ver un solo par...



Ben Pastor Conspiratio

—Es un hecho digno de consideración —respondió Elio reprimiendo una sonrisa—. Me pregunto cuál sería la situación en cuanto al color de ojos en tiempos del divino Adriano.

—Bueno, verás, no me gusta presumir, pero ya entonces la familia de mi difunto marido estaba muy vinculada con la casa imperial. Por parte de la madre, que era de la familia de los Anicios, tan antigua como las colinas de Roma y gloriosa desde hace siglos. Nuestro antepasado en cuestión es aquel Marcio Turbo que sofocó la rebelión de Mauritania y fue prefecto de la Guardia tras desempeñar un importante papel en Dacia y Panonia. Es su correspondencia la que usted quiere consultar. El hijo de Marcio, Lucio, viajó con el emperador. —Una vez en el comedor de verano, atravesado por los rayos de sol que penetraban por ventanas estratégicamente abiertas, Repentina se sentó en un sillón de anea e invitó a Elio a imitarla—. Era un gran montañero (todos los hombres de la familia del difunto cónsul tienen unas piernas hermosas y fuertes) y acompañó a Adriano a la cima del monte Etna y en la subida al monte Casio, donde casi los fulmina un rayo mientras celebraban un sacrificio. Quien sí murió fue el sacerdote, que también era de la familia, aunque sólo por matrimonio, y no pienso detenerme en el asunto. Pero a Lucio sólo se le chamuscó el pelo. —Una pila de rizos entrecanos, anticuada por no decir anacrónica, daba al rostro de Repentina una extraña apariencia de máscara teatral, aunque la adustez de las facciones, que trataban en vano de paliar unos lunares cuidadosamente retocados, revelaba a la formidable guardiana de las virtudes ancestrales. «Mínula» era un apelativo de una dulzura que se compadecía mal con una mujer que, a todas luces, a cualquier hombre, incluido el difunto cónsul, le habría costado manejar. Con un simple movimiento del índice, la anciana hizo venir a un esclavo, al que ordenó abrir la biblioteca—. Como ve, estaba preparada para su visita.

—No sabe cómo se lo agradezco. —Elio tuvo que avenirse a probar la fruta cultivada en la villa y comerse una pieza de cada, aunque no veía el momento de examinar los anaqueles—. ¿También viajó Lucio a Egipto con el emperador? —consiguió preguntar.

Repentina lo miró fijamente, tal vez mientras decidía si se dignaba contestarle.

—Sí —acabó diciendo con uno de sus susurros—. Era un malcriado, uno de aquellos chicos dorados llenos de rizos. Parece ser que después su padre tuvo que echar mano de la vara y de tres chicas griegas de las más caras para enderezarlo. Ya sabe que los chicos de Adriano siempre tenían rizos. Bueno, pues Lucio se fue con él y se hizo amigo de los demás.

—¿Los demás?



Ben Pastor Conspiratio

—Sí, los otros, los compañeros de Antinoo. Eran un ejército y hacían lo que suelen hacer los muchachos: cazar, montar a caballo, celebrar fiestas y también estudiar un poco, porque a Adriano le gustaba que sus chicos tuvieran un mínimo de cultura. Siempre había al menos ocho o nueve a su alrededor, según se cuenta en la familia. Los nueve ídolos, los llamaban, o, mejor dicho, los llamaba Pancracio, que era un chismoso. Es un milagro que no le cortaran la cabeza, por charlatán y poetastro, como hicieron con otros por mucho menos en esa época.

Elio consideró prudente no mostrarse excesivamente interesado y cogió una ciruela.

—No he leído nada de eso en Pancracio...

—Lo que me sorprende es que se moleste en leerlo. Hoy casi nadie lo hace. En cualquier caso, no está en sus poemas, sino en su correspondencia con el secretario imperial, Suetonio. Suetonio también se carteaba con Marcio Turbo, a quien le preocupaba que su hijo Lucio frecuentara la pandilla del emperador. De las ciruelas me ocupo yo misma... Confío en que notará la diferencia.

—Las del mercado no tienen ni comparación, señora. ¿Era Antinoo uno de los nueve?

—Si hemos de creer a Suetonio, era el décimo ídolo, y el más importante. ¿Sabe que los injertos de mis ciruelos fueron traídos de la isla de Trinacria por el difunto cónsul? Un auténtico Cincinnato. Los historiadores deberían pelearse por escribir su biografía. Por supuesto, yo preferiría que lo hiciera un romano.

Elio captó la indirecta y comentó que conocía al menos a un par de colegas nacidos en la Ciudad que estarían encantados de aceptar el reto.

—¿Se conserva alguna carta de Suetonio a Marcio Turbo por casualidad?

—El difunto cónsul hizo copiar varias, y sí, están justo aquí. Pero no podrá verlas a menos que se quede hasta el final de la semana.

—Se lo agradezco, señora.

—Pero ¿acepta?

—Acepto encantado —se apresuró a responder Elio.

Significaba salirse de su programa cuatro días, pero no era fácil obtener acceso a correspondencia privada de aquella naturaleza y, además —pese a las ciruelas y la galería de retratos—, Elio comprendía lo aburrido que debía de ser el verano en el campo para una viuda pasados los primeros días.

—¿Podría explicarme el sentido de las murmuraciones de Pancracio?

Repentina se levantó del sillón.



Ben Pastor

Conspiratio

—Venga —dijo invitándolo a seguirla con un ademán enérgico—. Parece ser que, poco antes de que la comitiva imperial abandonara Arabia y se dirigiera a Egipto, Adriano y Antinoo tuvieron una acalorada discusión. Pudo deberse al hecho de que Adriano se hubiera llevado a Lucio a las montañas (¿no era lógico, siendo Lucio un buen montañero?), o a que Antinoo se hubiera cortado el pelo y se estuviera dejando crecer la barba. Las cartas a Marcio consideran ambas posibilidades. La biblioteca está por aquí. Tenga cuidado, no vaya a tropezar... ¡Uy, no se imagina lo que, según parece, ocurrió durante esos viajes! Gritos, portazos, rabietas... Peor que en una peluquería antes de una boda. Además, los chicos empezaron a tomar partido, al menos los que estaban en el séquito imperial durante esa parte del viaje.

—¿Cuántos eran?

—Pues... no lo recuerdo. Tendrá que comprobar si se dice en las cartas. Sé que entre ellos estaban Lucio, el joven Modesto, Alcibíades y por supuesto Antinoo, pero podrían ser más. —La biblioteca, que también era salón de lectura, estaba bien iluminada y no tenía una mota de polvo. De uno de los estantes inferiores, Repentina cogió un índice encuadernado y lo puso en las expectantes manos de Elio—. La situación se hizo tan intolerable que la emperatriz pidió que la dejaran en tierra con sus amigas y sus damas de compañía. Al final, hasta Adriano estaba hartado, de modo que aprovechó la oportunidad de la cacería del león para escapar de la barca.

Tener el índice en las manos puso a prueba la fuerza de voluntad de Elio, que no obstante lo mantuvo educadamente cerrado.

—Creía que el emperador llevó a Antinoo con él...

—Según Marcio Turbo, no. Dice que Lucio tenía que ir, pero que él, que después de todo era su padre, consiguió convencerlo para que se quedara en la barca con el pretexto de que le dolía un hombro. —Con ojo crítico, la anciana deslizó el dedo índice por el borde de la estantería más cercana—. Puede que Adriano quisiera estar solo (le encantaba cazar, ¿sabe?), porque no insistió en que alguien sustituyera a Lucio.

—Entonces, ¿por qué fue Antinoo?

—Por decisión propia. Es un episodio tan grotesco como insignificante, que Flegón, Suetonio y otros cronistas contemporáneos ni siquiera mencionan. Pero está contado con bastante detalle en una de las cartas.

Repentina inclinó levemente la cabeza y lo dejó solo.

Las referencias cruzadas del índice, salpicado de rúbricas de colores, facilitaban mucho la búsqueda. Las cartas estaban clasificadas por idioma —latín o griego—, tema y autor: Emilio Papo, Atiano, Avidio Casio... Ante sus ojos desfilaban nombres que sólo conocía por los libros de Historia. Cuando alzó hacia la luz una página de la



Ben Pastor

Conspiratio

mitad de un libro, el reluciente polen del jardín, que penetraba por la ventana abierta, danzó a su alrededor, y Elio supo antes de examinar el documento que había encontrado lo que estaba buscando.

Estaba en una carta de Marcio Turbo a Suetonio Tranquilo, «antiguo secretario de la correspondencia imperial». Elio sabía que el gran historiador había sido apartado de la Corte por una supuesta indiscreción, pero sólo la fecha de la epístola, escrita unos días después de la muerte de Adriano, explicaba la audacia del tono.

... ¿Recuentas, Tranquilo, lo que escribe Cicerón respecto al coraje, que según él es un hábito del alma? Al Efebo se le metió en la cabeza que no dejarían atrás y, en cuanto consiguió un guía y animales de carga, siguió al emperador. ¡El muy insensato! ¿No había oído, como el resto de la comitiva imperial, los rumores sobre aquel león que aterrorizaba a la comarca? ¿Acaso se creía superior al animal, o un lancero de élite? Aunque entonces se dijo (y el plebeyo Flegón relató el episodio con su habitual pomposidad) que Adriano y Antinoo habían ido a cazar juntos, no fue así. Adriano ni siquiera sabía que el Efebo se encontraba cerca. Suponía, como más tarde me dijo, que seguía en la barca, o en alguno de los muchos sitios en los que pararon durante el viaje.

Pero el incorregible muchacho ya había hecho lo mismo en Trinacria y en Siria: negándose a quedarse solo, se había perdido en las montañas (a medio camino de la cima del Etna, todavía existe un santuario que conmemora la afortunada casualidad de que la expedición de búsqueda lo encontrara con vida, después de que el emperador regresara al campamento, tras contemplar el arco iris al amanecer) y más tarde había estado a punto de que lo fulminara un rayo mientras su señor estaba con mi Lucio en lo alto del monte Casio. Esta vez Antinoo se adentró imprudentemente en el territorio en el que el león permanecía al acecho. El animal descabalgó a su guía y lo devoró ante sus ojos; los esclavos y los animales de carga de la caravana huyeron despavoridos, y el Efebo se quedó solo frente al león, armado con una jabalina más apta para cazar ciervos que para enfrentarse a una fiera.

Fue un milagro que Adriano, que había guiado a su propia partida hasta las proximidades de la guarida del león, creyendo que los esclavos y animales que huían eran desconocidos que escapaban del animal, decidiera seguir adelante. Cuál no sería su sorpresa cuando encontró a Antinoo, cuyo caballo, cubierto de zarpazos, yacía moribundo, frente al león, que se disponía a dar el salto fatal. Al príncipe le bastó un instante para lanzar una certera flecha al corazón de la fiera, pero imagina lo que habría podido ocurrir si hubiera vacilado o (lo que era más probable) sencillamente hubiera llegado un poco más tarde. Mi Lucio, a salvo conmigo en la barca, se evitó no sólo el peligroso incidente, sino las duras recriminaciones que acto seguido debieron de intercambiar los amantes.

Vuelves a preguntarme si tengo información fiable sobre la muerte de Antinoo, pero ya te dije en persona todo lo que sé. Afirmas que «mientras



Ben Pastor

Conspiratio

estaba en Egipto, fue abordado por oscuros conspiradores que — aprovechando su momentáneo despecho— intentaron captarlo para su causa». Ignoro cuáles son tus fuentes, porque nunca he oído esos rumores. ¿Le has preguntado a Cesernio Quinctiano? Lo que sí sé es que el emperador erigió un obelisco en memoria de Antinoo en su villa de Tibur, con la intención de trasladarlo junto con el cuerpo momificado a Roma, pero no vivió lo suficiente para hacerlo.

Bañado por la luz del sol, Elio contempló las brillantes motas que danzaban a su alrededor. Aquélla era la primera confirmación indirecta de que existía una conspiración, y de que se había infiltrado incluso entre el séquito imperial durante el viaje a Egipto. Ahora no importaba tanto descubrir quiénes eran los conspiradores y cuáles sus motivos como saber que podía darlo por sentado. ¿Había seguido Suetonio el consejo de preguntar a Cesernio, destinatario de las últimas órdenes de Adriano?

En lo relativo a la tumba de Antinoo, la última frase de la carta era ambigua. Podía significar tanto que el cuerpo había sido trasladado a Roma sin el obelisco como que ni uno ni otro habían llegado a la Ciudad. No obstante, había algo claro: la momificación se había llevado a cabo, como sostenían Theo y sus amigos. Si Onofrio era capaz de descifrar alguna localización (el lugar exacto, el distrito, la ciudad, cualquier cosa serviría) en el obelisco de los jardines de los Varios, puede que estuvieran a punto de dar el penúltimo paso para encontrar la tumba.

Cuando un criado le anunció la cena, a la viuda Repentina Elio sólo le dijo que había encontrado la correspondencia de gran utilidad, y sobradas pruebas de la importancia de la familia. En realidad, la colección contenía poco más que chismes cortesanos de importancia accesorio, y sus alrededor de cien cartas apenas requerían otro día de lectura. Pero Elio estaba más que dispuesto a pagar con conversación su importante descubrimiento y, tras mencionar los nombres de Julio Capitolino y del honorable Vulcacio Galicano como posibles biógrafos de Tusco, se extendió en detalles sobre la corte de Nicomedia, la Rebelión y la producción frutícola de Egipto.

—De cerca —dijo la anciana ante una bandeja de faisán criado en la villa, mientras Elio se preguntaba si se callaría alguna vez—, me recuerda usted a un retrato del joven Agripa, un tanto ceñudo, pero agradable. Las canas le dan un aire distinguido, aunque esos ojos azules... En fin, son los que tiene. Y es una suerte que le guste charlar, porque... bueno, digamos que es como tener *urbem in rure*, aunque gracias al difunto cónsul lo cierto es que aquí no faltan las comodidades de la ciudad. No obstante, en una residencia campestre, una visita es un regalo que no se puede rechazar. De hecho, no sé si dejarle salir mientras esté aquí, porque no comprendo



Ben Pastor

Conspiratio

para qué quiere ir a las viejas propiedades imperiales de Sublaqueo y Preneste, que están medio abandonadas y en las que los criados llevan años robando. En ninguna de las dos se conserva la biblioteca. Pero quizá sea bueno que de vez en cuando aparezca por allí un enviado del César. Como militar, sabrá usar el tono adecuado y poner coto a los desmanes de los vecinos, acostumbrados a sacar cañerías desde las villas imperiales hasta sus propiedades (los libertos y los advenedizos hacen cosas así, siempre las han hecho y siempre las harán), cortar madera en las arboledas del Estado y coger fruta de los huertos. Lo he visto con mis propios ojos, y puede creerme si le digo que grité, hasta que los culpables pararon y se dieron a la fuga, aunque sólo era una mujer dando voces desde un palanquín. También se han llevado bancos de los parques palaciegos para colocarlos en sus miserables patios, y cosas por el estilo. El difunto cónsul opinaba que es el mal ejemplo de algunos príncipes, cuyo nombre es mejor callar (usted sabe a quiénes me refiero, mi querido Espartiano), y su manía de confraternizar con esclavos y libertos, a los que dejaban administrar esos sitios, lo que nos ha llevado a este estado de cosas. ¡Ojos azules por doquier! Es una auténtica invasión de nuestra administración pública... Seguramente estoy calentándole la cabeza, pero si es lo que hace falta para que no olvide informar a nuestro Señor Diocleciano, lo doy por bien empleado. *Repetita iuvant*, es mi lema.

Repentina seguía incitando a los esclavos a llenar el plato de Elio y no paraba de hablar. Ante una pregunta del militar, guardó silencio el tiempo imprescindible para dejar que aquellas pocas palabras pasaran la barrera de las suyas y luego enarcó las cejas.

—¿Que si creo que la tumba de Antinoo se encuentra en Roma? Por supuesto que sí. Marcio Turbo tenía la costumbre de pasear con su hijo frente a ella, para recordarle lo que significa ser un favorito. ¿Que en qué lugar de Roma? No tengo ni idea. Pero puedo decirle cómo llegar al panteón de los Marcios.

El jueves, tras recibir una nota de Parato, Elio necesitó toda su buena educación para mantener la promesa de quedarse. El veterano le comunicaba que, a través de sus viejos conocidos de la patrulla nocturna y la brigada contra incendios, había obtenido permiso para «desenterrar, limpiar y reparar» el obelisco de los jardines de los Varios. La recolocación en su pedestal a expensas de Elio también era posible, si se llegaba a un acuerdo, etcétera. Elio se quedó mordiendo el freno en la villa hasta el sábado, cuando, aprovechando el primero de los tres días de celebración del *Mundus Patet*, huyó a Roma con la promesa de convencer a Galicano para que se convirtiera en el panegirista del difunto cónsul.

Sábado 24 de agosto



Ben Pastor

Conspiratio

(primero de los seis días intercalares egipcios, o *epagomenai*)

A media tarde, cuando llegó al cuartel del servicio especial, un cielo verde pálido se desplegaba sobre su cabeza esperando a las estrellas. Elio había visto lino teñido de ese color, ocultando puertas egipcias u ondulando en perezosas colgaduras. El severo edificio militar, lleno de ecos de pasos y órdenes vociferadas, ganaba con la levedad y la delicadeza de aquel fondo. «Si estos tres días los muertos salen de la fuente sagrada que llaman *mundus* y recorren la tierra —pensó Elio—, debe de encantarles la belleza viva de este cielo incomparable.» Los pocos días que Parato había pasado en su pequeña y pulcra habitación le habían bastado para «asentar sus reales», como él mismo dijo, con la ayuda de su esclavo lector y la información que recibía de fuera. Fiel a su pasado como agente, aconsejó a Elio prudencia respecto a los rumores de una conspiración, pero la noticia le produjo el mismo efecto que a él.

—De joven, soportaba las emociones mucho mejor —confesó el ciego—. Casi parece más de lo que podemos manejar, ahora que también estamos a punto de descifrar el obelisco. No me atrevo a preguntarle si ha descubierto algo más.

—En resumen, una nueva versión de la muerte de Antinoo, mucho menos idealista que las demás. Despecho y celos entre favoritos, miedo a que lo sustituyeran... Pero, teniendo en cuenta que Marcio Turbo era el resentido padre de uno de los «chicos de oro», no conviene dar a su relato un crédito excesivo. En las villas imperiales de Preneste y Sublaqueo no encontré nada útil, aunque, en la primera, el mosaico del Nilo del santuario de Fortuna es similar a los que vi en Antinópolis, si bien la orden sacerdotal consagrada al Efebo ha desaparecido. También hay una tradición familiar que casi confirma la localización en la Ciudad de la tumba de Antinoo, sin especificar el lugar exacto. Presumiblemente, extramuros, junto a alguna de las calzadas consulares. Lo menos creíble es una habladuría de la que se hace eco Suetonio, según la cual Antinoo sería hijo de Plinio el Joven, que lo habría concebido cuando era procónsul en Bitinia.

—¡Qué estupidez!

—Es más o menos lo que le dije a mi anfitriona. Ella es menos escéptica, dado que en tiempos de Trajano Suetonio era amigo íntimo de Plinio y se rumoreaba que el procónsul, que rondaba los cincuenta y no había tenido hijos de sus esposas, mantenía relaciones con una joven del país, nacida libre. Pero, en tal caso, resulta inverosímil que el Efebo acabara en un prostíbulo masculino de Baias. En cuanto a la conspiración, en la biblioteca de Repentina consulté las biografías del divino Adriano en busca de alguna frase que la confirmara, pero lo único que encontré fue esa referencia de la carta privada de Suetonio. Aun así, estoy entusiasmado.



Ben Pastor Conspiratio

—Suetonio no siempre es fiel a la verdad —le recordó Parato—. Le agradezco que me enviara un relato de su estancia en Tibur; no habiendo estado nunca en la gran villa, escuché su lectura con enorme interés. Sin embargo, pasar una noche allí solo fue una imprudencia, la verdad. Cualquiera podría haberlo seguido y haber aprovechado la oportunidad para eliminarlo.

Elio se sentía demasiado optimista para preocuparse.

—Desafío a cualquier asesino a orientarse en ese laberinto, sobre todo de noche. Además, tenía a mis hombres apostados en las entradas. Espere a que le explique una teoría que construí durante mi visita a la villa y pulí en la biblioteca de Repentina. Pero ¿qué me cuenta usted? ¿Tiene noticias de su propiedad?

—Alguna. Uno de mis hijos se vendrá de Minturno para llevar la taberna en mi ausencia, y hemos empezado a trabajar de nuevo en la viña. Mi otro hijo se quedará con su madre, por si acaso. Bastantes preocupaciones le he dado a mi mujer en todos estos años; no quiero que le pase nada. —Parato volvió la cabeza hacia la ventana, por la que penetraban las voces de los suboficiales que dirigían la instrucción, y se quedó abstraído unos instantes—. ¿No echa de menos la vida de cuartel?

—No,—Yo sí. Estar aquí me sienta bien. Por cierto, en su ausencia también me he tomado la libertad de contratar a una cuadrilla de obreros, que están listos para empezar con el obelisco mañana mismo, si da su aprobación. La segunda cohorte pondrá a un par de hombres a vigilar los trabajos, pero fondo no nos vendrá mal. El único problema es ese gusano de Onofrio, que dice estar esperando a un grupo de comerciantes de Alejandría para una visita guiada y aparece cuando quiere. Le hice jurar que se presentaría en su puerta todas las mañanas a primera hora.

—Estupendo, gracias.

Parato cruzó a tientas el pequeño cuarto en dirección a la ventana y las órdenes militares que resonaban en el exterior.

—No tan estupendo. La cohorte no permitirá que su guardia personal nos acompañe. Yo en su lugar pediría que al menos dejen que sus hombres permanezcan en las inmediaciones.

—Lo pensaré.

Pero Elio no pensaba dar muestras de preocupación cuando las amenazas físicas contra él eran objetivamente cosa del pasado.

Todo empezaba a encajar, al fin. Abandonó el cuartel muy animado y bajó la calle hasta su alojamiento, donde leyó el correo y luego decidió concederse un rato de relax en los baños, antes de que cerraran. Dado el carácter funerario de la festividad, la mayoría de la gente se mantenía alejada de los lugares públicos, de modo que Elio



Ben Pastor Conspiratio

eligió las termas de Trajano, con la intención de darse una vuelta por las librerías del callejón de los Zapateros más tarde.

Luego no sería capaz de explicarlo. Estaba intentando alcanzar un libro del mostrador de la abarrotada librería, cuando oyó un golpe seco, no, más que un golpe una especie de ¡chop!, como el ruido de las ranas al zambullirse en los estanques de Tibur, el ¡chiss! de un cuerpo al penetrar en otro que no ofrece resistencia, y no habría sido más que una sensación medio recordada, si no hubiera visto el relumbrante arco de sangre y las salpicaduras en las espaldas y los rostros que lo rodeaban. Y, al mismo tiempo, el dolor, como un latigazo en la clavícula, aunque su atención seguía puesta en el arco de sangre, y en el pez de acero que lo había trazado en el aire. A su alrededor, confusión, cuerpos empujándose, su instintiva necesidad de aferrar la mano que sostenía el arma e inmovilizarla. En la turbamulta, una cara sorprendida recortándose sobre el hombro de alguien, unos labios articulando algo así como «Tiene un cuchillo», y de nuevo aquel golpe lancinante, la reluciente lluvia de gotas, aquella humedad siniestra bajo el brazo, hacia la que se llevó la mano para tocarla antes de volver a estirarla hacia el pez de acero. El gesto esparció la sangre en el aire, pero Elio no consiguió asir la mano del otro, mientras a su alrededor la gente se fundía y luego flotaba hasta dispersarse. En ningún momento dejó de ser plenamente consciente de la tienda, las heridas, los chorros de sangre, el hombre de su guardia, la embestida. La oscuridad duró sólo unos instantes, en los que sin embargo cupieron ruidos de pequeños animales y chapoteos en agua poco profunda, la lentitud de la mano de Anubina poniéndole el plato delante y el brillo de la jarra de cobre en un rincón... El soldado estaba gritando, apretándole un puñado de tela contra la clavícula y el cuello. A partir de ese momento, Elio conservó toda la lucidez, aunque no recordaba nada entre el apuñalamiento y el instante en que el cirujano de la Armada hizo una mueca y gruñó: «¡Mierda!»

Lunes 26 de agosto (tercer día intercalar)

Una fina línea, más estrecha que una cinta, separaba el sueño profundo de un extraño estado de suspensión, durante el que Elio percibía gente que iba y venía, rumor de voces... Sentía un dolor sordo y pesado, pero, sobre todo, la angustia de no poder intervenir, como si unas paredes de tela lo mantuvieran separado de los demás, tumbado boca arriba, inerte. Parecía increíble que unos tejidos tan tenues



Ben Pastor

Conspiratio

bastaran para inmovilizarlo. A veces, flotaban sobre él, como una trémula, iridiscente maraña de plantas acuáticas que ondulara en la corriente, mientras él yacía en el fondo, semiconsciente y sin fuerzas. Elio pasó horas en ese estado de febril fluctuación, hundiéndose y volviendo a emerger. Bien entrada la segunda mañana, la sed y la incomodidad, la irritación ante las voces que multiplicaban las preguntas y las explicaciones a su alrededor, lo devolvieron a la realidad comunicándole un soplo de energía.

—Yo sé lo que pasó, estaba allí. —Elio hizo salir a todo el mundo excepto a Parato, que había permanecido de pie junto a la cama al menos durante las tres últimas horas—. ¡Y usted siéntese, por Dios!

—Al guardia de la entrada le cortaron el cuello —dijo el veterano—. Eso no creo que lo sepa. Y lo mismo le habría ocurrido a usted si la aglomeración no hubiera impedido que le atacaran por la espalda. Aun así, es un milagro que no le rebanaran el cuello. —La expresión del antiguo agente, mezcla de cólera e impotencia, dejaba patente hasta qué punto le pesaba su invalidez—. El jefe de su guardia personal me describió la escena. Cuánto eché de menos la vista... No habría permitido que mataran al sicario, porque ahora nunca sabremos quién era, ni quién lo envió. Pero el tumulto hizo acudir a los guardias de las termas, que acabaron con él.

Malhumorado, Elio se tocó los vendajes, tiesos debido a la sangre seca y al medicamento que le habían aplicado en las heridas.

—¿Llevaba algo que permitiera identificarlo?

—Le diré lo que no llevaba. Le faltaba un dedo de la mano izquierda. Podemos dar por supuesto que formaba parte de la banda que destrozó mi propiedad, pero nada más. —La frustración parecía haber encorvado al alto y descarnado veterano, y Elio, que ya tenía que lamentar la muerte de su guardaespaldas, se sintió doblemente culpable por su imprudencia—. Dé gracias a que el cuartel general de la flota de Miseno está cerca —siguió diciendo Parato con los codos apoyados en la mesa—. El cirujano opina que el asesino podría ser un marinero, por los callos de las manos. También dice que la hemorragia de las heridas del cuello era tan abundante que creyó que no podría salvarlo. Esto otro lo sé por experiencia: pasarán varios días antes de que pueda hacer nada, ni respecto al obelisco ni a ninguna otra cosa.

—No —murmuró Elio intentando alzar la cabeza; pero el dolor lo obligó a desistir—. No. Quiero a Onofrio en los jardines de los Varios, con la cohorte, mi guardia personal o quien sea de inmediato. Y quiero el texto traducido y transcrito hoy mismo.

—Eso también va a ser imposible. Onofrio no aparece. Contrariamente a lo que me dijo, no esperaba a ningún grupo de comerciantes alejandrinos. Dos de sus hombres fueron a buscarlo ayer por la mañana y descubrieron que había abandonado la



Ben Pastor Conspiratio

ciudad con sus andrajos y la última paga. La policía lo busca en relación con el ataque contra usted.

—No se habría atrevido a algo así.

—No, pero tal vez lo identificó ante sus cómplices, antes de poner tierra de por medio.

Elio sentía que sus fuerzas se disgregaban rápidamente, como si fuera de arena y el agua resbalara sobre él y borrara su forma, cuando más desesperadamente necesitaba mantenerse entero.

—Debí ordenar a mis hombres que siguieran vigilándolo pasadas las dos primeras semanas —murmuró, aunque quizá sólo para sí mismo—. Esto no habría pasado.

Por suerte, le subió de nuevo la fiebre, que lo retiró de la circulación otras veinticuatro horas, el tiempo suficiente para apaciguar su ira. En la habitación, volvieron a oírse frases susurradas, y las frías manos del cirujano siguieron explorándolo, palpándolo y haciéndole daño. «¿Dónde está la carta? —le pareció que le preguntaban—. ¿Dónde?» Sin embargo, en la habitación, azul como la casa de Anubina, pero convertida en un espacio sin contornos, en el que se perdía, no había nadie más que él.

A última hora de la mañana del tercer día, estaba lo bastante consciente como para maldecir su forzada inmovilidad y escuchar a Parato, que intentaba centrar la conversación en la información de que disponían.

—Hágame caso, Espartiano. Considerémoslo un trabajo preparatorio para la lectura del obelisco; tras la traición de Onofrio, puede que incluso la sustituya. Si su estancia en la villa de Adriano lo ayudó a formular una hipótesis interesante, oigámosla y veamos adonde nos conduce.

Reclinado en las almohadas, Elio clavó los ojos en el techo.

—Después de todo, no puedo hacer otra cosa, ¡maldita sea! —gruñó y, volviéndose hacia el esclavo que esperaba en la puerta, le ordenó que trajera el plano de la villa y lo extendiera sobre la mesa, frente a Parato—. Mi teoría tiene menos que ver con la causa de la muerte de Antinoo que con el momento en que se produjo, creo yo. Se me ocurrió en la villa, pero, tras meditarlo con calma en la biblioteca de Repentina, me reafirmé en la idea de que el aparente caos de edificios tiene un sentido, después de todo.

—¿Un sentido?

—No sé... Al menos, un significado.



Ben Pastor Conspiratio

—Bueno, la opinión general es que al final el emperador se volvió loco. —Parato extendió la mano hacia el plano y recorrió los bordes con la punta de los dedos—. Hay quien dice que la villa no está acabada, mientras que para otros simplemente representa sus cambios de humor.

Elio se recostó en las almohadas y, con un gesto irritado, se protegió los ojos del sol que penetraba por la ventana.

—Y su pasión viajera.

—Dicen que rayaba en la obsesión.

—Pero fue fruto de la necesidad. No recuerdo a ningún historiador que opinara que el divino Adriano viajaba sólo por placer.

—Para algunos, hasta gobernar es un placer.

Parato esbozó una de sus indefinibles sonrisas, irónica pero sin acritud, un gesto con el que parecía admitir, incluso ante sí mismo, que lo habían utilizado en un gran juego, pero que no le importaba. De espaldas a la resplandeciente ventana, Elio observaba aquella sonrisa diciéndose que los hombres tan imperturbables como su padre eran los únicos que nunca desarrollaban esa ironía; cumplían sus años de servicio, se licenciaban y seguían pensando que la milicia era, sencillamente, la mejor forma de conocer mundo. Si antes no te mataban.

—No puedo demostrar que la villa es mucho más que un museo de réplicas de lugares visitados en todo el mundo, Parato. Estudiosos más competentes que yo parecen pensar que lo es. Lo sorprendente es que un examen atento del plano muestra que al menos parte de la propiedad fue ordenada para representar el Cielo.

La sonrisa de Parato cambió imperceptiblemente.

—No está hablando en serio...

—Ya lo creo que sí. Si pone las manos sobre el plano, notará que he agujereado las siluetas de los edificios con una aguja por detrás, para que pueda seguirlos con las yemas de los dedos.

El escepticismo fue borrándose del rostro del veterano a medida que recorría el plano con el índice y el corazón.

—Siga hablando.

—Al principio, como los diferentes segmentos del complejo fueron construidos en diferentes épocas, cometí el error de intentar comprenderlos por separado. La Residencia y sus áreas de servicio, el Canope y la zona egipcia, los así llamados Campos Elíseos... —Elio había descubierto que, si cerraba los ojos para protegerlos del resplandor del sol, notaba menos la fiebre y podía pensar con más claridad. En Egipto, aunque la herida era mucho más grave, le había pasado igual, y se había



Ben Pastor

Conspiratio

jurado que si sobrevivía se buscaría una mujer y sentaría la cabeza. Lo que había encontrado había sido a Anubina, su habitación azul a modo de hogar y una guerra detrás de otra. Con la boca seca debido a la pérdida de sangre, extendió la mano para coger la cantimplora, que tenía junto a la cama—. Luego, empecé a percibir que el conjunto definitivo, o casi definitivo, creaba una estructura unitaria. —La mezcla de agua y vinagre estaba a la temperatura justa para refrescarle la lengua; mientras la saboreaba, Elio observó las manos de Parato, que se deslizaban por el mapa tan a tientas como él durante su exploración nocturna de la villa, a lo largo de corredores y pórticos que le ocultaban la claridad de las estrellas—. Sabemos que el divino Adriano era un astrónomo aficionado. En la barca imperial de Antinópolis, vi un mosaico que representa la zona que ocupa Orion en el cielo, pero no comprendí lo que significaba hasta que caí en la cuenta de que también en la villa, gracias a los muros de conexión, los estanques o los terraplenes, los edificios se combinan para formar un conjunto de ocho constelaciones.

—Siga, siga...

Elio lo miró.

—Ahora mismo tiene los dedos sobre el área de la Residencia. Salones de recepción, bibliotecas, dependencias oficiales y semioficiales, que deberían «leerse» atendiendo a su perímetro común y se corresponderían con Orion, con sus estrellas principales representadas por el Triclinio, el Patio Exterior, el Dormitorio de Oficiales y la Residencia de la Isla. Deslice los dedos un poco más arriba y encontrará el Salón de Audiencias, que sería la Liebre. A la derecha de Orion, la constelación que los astrónomos llaman Unicornio está representada por el gran pórtico del paseo y, junto a él, los dos perros que acompañan a Orion, el Gran Perro con Sirio, que coincidiría con el vestíbulo de entrada al interior de la villa, y el Pequeño, Proción, representado por la torre del observatorio.

—¿Y esta línea recta?

Elio bebió ávidamente antes de responder.

—Eso es el sendero del jardín que lleva desde el vestíbulo hasta el pabellón del Nilo. Representa la línea que va de Sirio a la estrella llamada, no por casualidad, Canope, en honor del héroe del mismo nombre. La Quilla de la nave Argos se correspondería con el muro de la terraza de la Academia. Si se fija, hay un pórtico cuádruple que ocuparía el mismo lugar que el mástil en forma de cruz sobre la Quilla.

—Y Argos es la constelación que Manilo relacionaba con la muerte por ahogamiento. —Los dedos de Parato se deslizaban delicadamente por el plano perforado—. Si es como dice, es asombroso.



Ben Pastor Conspiratio

—Asombroso, sí. Y, si no es así, si no es intencionado, es una coincidencia milagrosa.

—¿No murió ahogado el legendario navegante Canope?

—Hay quien dice que no sólo se ahogó frente a las costas de Egipto, sino que también dio su nombre a la ciudad del Delta cercana a Alejandría y, como es sabido, a la estrella meridional por la que se guía cualquiera que viaje por tierra o por mar. Cualquiera marino puede confirmarlo, o cualquiera que como nosotros haya servido en una región lo bastante al sur como para ver Canope. —Hablar empezaba a cansarlo, y su impaciencia luchaba contra un lánguido deseo de dormir o al menos reposar—. Esa rata de Onofrio me explicó que para los egipcios también es la estrella de los muertos y que representa a Horus sobre el Horizonte.

—Y Horus es el hijo de Osiris...

—Sí. Y, por supuesto, en Egipto Orion se identifica con Osiris.

Los dedos de Parato seguían buscando y recorriendo el plano, en su intento de comprender el diseño que tenía delante.

—Y a Sirio los egipcios lo llaman Sothis, la estrella del Nilo de Isis, identificada con Anubis, que vela por los muertos. Así que este agujero de aquí...

—¿El panteón circular? —Elio apuró la cantimplora—. Se corresponde con la Paloma, que vuela por delante de la Nave.

—Pero en su plano falta una estrella importante: la que lleva el nombre de Antinoo.

—Las memorias del emperador niegan que apareciera a la muerte del Efebo. De hecho, hacía años que la había observado por primera vez. En la villa, Antinoo está representada por el Canope.

—Aun así, para mí es como si todo estuviera del revés. —De pronto, Parato le dio la vuelta al plano—. Claro, ahora lo comprendo: este mapa no está orientado hacia la estrella del Norte, sino hacia la del Sur, dirección de la que, para los egipcios, proceden tanto la vida como la muerte.

—Y eso no es todo. Junto a los bordes de la hoja, también encontrará las constelaciones de Eridano y la Serpiente Marina. Son los dos arroyos que bordean el espalón sobre el que se construyó la villa.

La llegada del cirujano interrumpió la conversación. Parato se ofreció a abandonar el cuarto, pero Elio, reacio a admitir que estaba cansado, respondió que no era necesario, porque sería un momento, puesto que, en definitiva, se sentía mucho mejor. Aureolado por la luz de la ventana, como una aparición, el médico se mostró



Ben Pastor Conspiratio

muy poco interesado en la opinión de su paciente, al que replicó en tono inapelable que, se sintiera como se sintiese, se quedaría en la cama hasta que le dijeran.

—¿Sabe lo que pienso? —dijo Parato animadamente cuando volvieron a dejarlos solos—. Que mandando un regimiento de élite desaprovechó su talento, Espartiano. El análisis, la construcción de teorías, la deducción... Para un soldado con cabeza, hay cosas mejores que hacer en este mundo.

Si al decir esas palabras Parato hubiera sonreído, Elio no se habría sentido tan apurado. Aunque se negara a admitirlo, la larga conversación había consumido todas sus energías, y ahora hasta el mismo apuro lo fatigaba.

—Ni siquiera estoy seguro de que esas hipótesis tengan alguna importancia en relación con mi tarea original. Todavía no sé cómo ni por qué murió el Efebo, por no hablar del sitio en el que está enterrado. Sólo que la villa parece reflejar la configuración más significativa que puede observarse a finales de octubre en las regiones meridionales, en la época en que se ahogó Antinoo. Significara lo que significase para el divino Adriano, hizo que ese instante en el tiempo fuera perpetuado en piedra, para vivir en él y caminar por él como por una vía procesional.

—O para la expiación y el perdón. Quién sabe.

—Tal vez.

—Entonces, ¿por qué no lo había advertido nadie hasta ahora?

—Porque su arquitecto no dejó ninguna clave. ¡Dios, cuánta luz hay en esta habitación! Y porque nadie tenía ningún motivo para averiguar el significado de un capricho imperial. Sobre todo, porque el divino Adriano no deseaba que su interpretación de su «casa del dolor» fuera obvia para todo el mundo. De hecho, más bien debía ser entendida como una «casa de la vida», relacionada con el aprendizaje espiritual y los ritos de momificación, tal como lo entienden los egipcios.

—Lo que nos remite una vez más al Canope como lugar de enterramiento.

—Y bien pudo serlo, pero no durante mucho tiempo, como descubrió Heliogábalo poniéndolo todo patas arriba.

Correr la cortina sirvió para atenuar la luz, pero no para aliviar el malestar de Elio. Lo cierto era que la fiebre y el dolor le estaban aumentando de nuevo. Si Parato advirtió que le costaba continuar por el tono de su voz, tuvo la delicadeza de ocultarlo. Sin embargo, con la excusa de regresar a su alojamiento para «informarse del paradero de Onofrio con sus confidentes», se despidió al cabo de unos instantes.

Fue un detalle que Elio supo apreciar. Beber apenas sirvió para aliviarle la sed, y mover la cabeza a derecha e izquierda hizo que la habitación, saturada del olor a



Ben Pastor Conspiratio

medicamentos, se balanceara como el camarote de un barco, de modo que se tapó los ojos con el antebrazo y permaneció inmóvil. Inmóvil como aquella noche en la inmensa y solitaria villa, bajo un cielo tan intensamente negro y tachonado de estrellas que su embeleso se transformó en desasosiego y, luego, en miedo. La oscuridad que lo envolvía —en otros tiempos, sin duda espléndidamente iluminada, hasta altas horas de la noche— y la que envolvía la montaña de Tibur se conjuraron para hacer que se sintiera pequeño y perdido. No insignificante, no, pero sí diminuto en comparación con las grandes vidas y con la grandeza, con la tragedia de la Vida misma.

Elio Espartiano pasó durmiendo el resto del día. Esa noche, cuando dejaron una lámpara y el correo junto a su cama, tuvo que reconocer que todavía estaba demasiado débil para examinar los acostumbrados catálogos de los libreros y las facturas de los copistas. Sólo una breve nota en papiro logró atraer su atención; tras mirarla indeciso unos instantes, acabó extendiendo la mano hacia el fajo de correspondencia para cogerla. Bastó ese simple movimiento para que una punzada le atravesara el hombro, e incluso romper el sello le produjo dolor.

Era un milagro que aquella nota, dirigida a su nombre a la oficina del prefecto de la Ciudad, hubiera llegado a sus manos. Carecía de encabezamiento elegante y la letra, menuda e insegura, era la de un principiante, que sin embargo se había esmerado en la ortografía.

Anubina a Espartiano, con muchos saludos. Para empezar, rezo para que estés bien cada mañana y cada noche. Mi hija Thaesis y mi hijo Saborión me piden que te dé las gracias por los regalos que les hiciste y quieren que sepas que te recuerdan en sus oraciones. El muy sagrado Nilo ha alcanzado dieciséis codos en su crecida y la vendimia empezará pronto, pues estamos en la misma época del año en que llegaste a este nomos por primera vez. Deseándote la benevolencia de todos los dioses, escrita de su puño y letra en el distrito de Filadelfia, metrópoli de Antinópolis, 15 de Epifi [10 de julio].

Ningún susurro cariñoso oído en los últimos ocho años, ninguna muestra de amor físico dada o recibida en todo ese tiempo, le habían conmovido tanto como las palabras «la misma época del año en que llegaste a este nomos por primera vez», encerrada entre ingenuas fórmulas de saludo y despedida. ¡Qué sencillas podían ser las cosas, y cuánto las complicaba él a veces! ¿Por qué había temido tanto la vuelta a casa, si al mismo tiempo la anhelaba? Aunque, incluso mientras lo hacía lo achacó a



Ben Pastor Conspiratio

la fiebre, el caso es que Elio empezó a llorar por la carta de Anubina y por lo que realmente significaba para ambos. Contestar tampoco tenía sentido. La noche llegó y se fue, y lo mismo el dolor, y la fiebre. Lo que no se fue —ni tenía remedio, como no lo había tenido nunca— fue la tristeza, insoportable una vez más, por haber dejado a Anubina atrás.

Viernes 30 de agosto

(1 de Thoth, Año Nuevo egipcio)

El primer día que salió de casa después del incidente, una mañana en que los gorriones anunciaban lluvia alborozados, Elio se dio de bruces con Baruch Ben Matías frente al Catastro.

—¡Espartiano! Pero ¡qué casualidad! Acabo de poner el pie en Roma y, ¡zas, aquí estás tú! ¡El mundo es más pequeño que un corral de gallinas! —Baruch se había cortado el pelo y arreglado la barba, y tenía todo el aspecto del curtido viajero que se mueve entre extraños como pez en el agua—. ¿Es tu color de septentrional, o es que estás un poco pocho?

Era la vieja rechifla de costumbre. Por más que buscó un retintín sospechoso en la voz del judío, Elio sólo encontró la ambigua ficción de amistad, tan difícil de creer. No faltaba el habitual séquito de jóvenes matones, afanados en confundirse con la población en las dos puntas de la Cuesta Sagrada.

—Creía que pensabas venir en otoño...

—Los planes cambian.

—Déjame adivinar qué te trae por Roma: ¿son negocios o negocios?

—Has dado en el blanco. Negocios, al menos dos: un acuerdo con la casa de la vida del Iseo Campense, que me hará rico, y una boda. Se casa mi hija, ¿sabes? Seguro que la recuerdas: la que hace las mismas galletas que hacía tu madre.

—Enhorabuena. —Como Elio echó a andar hacia la parte posterior del edificio del Catastro, Ben Matías lo acompañó hasta allí—. Y ¿cómo has dejado Egipto?

—Como lo dejo siempre. Como una puta escasa de clientes y sobrada de deudas. Los precios siguen subiendo y los juicios contra los cristianos se suceden a buen ritmo. Pero ya que los dos seguimos vivos, ¿por qué no vamos a tomar algo fresco?

—No, gracias.



Ben Pastor Conspiratio

Bajo el gran plano de mármol de la Ciudad, fijado a la fachada posterior para su consulta pública, Elio empezó a tomar notas, mientras el judío lo miraba con expresión sardónica.

—Creo que te interesará saber que no han matado a nadie más en el círculo que investigabas, el de los comerciantes maricas y sus acólitos.

—¿De veras? Es un alivio.

—Pero hay dos malas noticias: tu camarada de la guerra, Gavio Tralles, murió accidentalmente mientras cabalgaba a orillas del Nilo. Nosotros no tuvimos nada que ver, por si estabas pensando en eso, aunque sea remotamente. Y se oyen rumores sobre una epidemia provocada por la crecida. Cuando embarqué, estaba empezando a morir gente río arriba, así que no es que tenga demasiada prisa por volver.

Elio lo miró.

—Gavio y yo nos conocíamos desde hacía mucho tiempo. Siento oír eso.

—Ya lo suponía.

—En cuanto a la epidemia, tú no vives cerca del río...

—No. Pero en Hermópolis ya se habían producido algunas muertes entre las tripulaciones de las barcas. Envié a mi familia a las montañas del Arsinoites, donde el viento del desierto no deja bicho viviente.

—¿Y Antinópolis? ¿Algún caso en el barrio de Filadelfiae?

Ahuyentados por la llegada de los dos hombres, los gorriones habían alzado el vuelo, pero ahora habían vuelto para disputarse las migajas de los cercanos puestos del mercado.

—No —respondió Ben Matías—. Pero nunca he corrido riesgos a los que no pudiera hacer frente, así que aquí estoy con mi pequeña. Se casa con un judío de la ciudad.

—Veo que estás ampliando horizontes, Baruch.

El judío adoptó una expresión satisfecha.

—Así es, y en más de un sentido. Pero no soy el único que viaja. En Alejandría supe que el *Pietas Augustorum Nostrorum* zarparía unos días después que mi barco, y Theo, el mercader de especias, pensaba embarcarse en él. No, no lo conozco personalmente, pero tengo entendido que tú sí.

—Eso no es asunto tuyo.

—Desde luego. Simplemente es que pareces tener mala suerte con tus conocidos; o, más bien, la mala suerte la tienen ellos en cuanto te conocen. ¿Qué me dices de ti?



Ben Pastor Conspiratio

—le preguntó Ben Matías señalando con el pulgar el intrincado plano de Roma—. ¿Te has metido a delineante, o es que aún te persiguen? —Qué insolencia la de aquel hombre... Elio sintió que la sangre se le subía a la cabeza, y el cuello y el hombro volvían a dolerle. Era tan evidente que tenía que contenerse para no responder con ira que Ben Matías soltó una carcajada—. Entonces, es que aún te persiguen. Aunque eso tampoco es asunto mío... ¿Y el Carnicero? ¿Todavía sigues estudiando la vida de ese cerdo? Déjame hablarte de nuestra revuelta durante su reinado...

Esa tarde, con un viento que traía las nubes en volandas desde las montañas del oeste, el cuerpo de Onofrio apareció en el río, junto al muelle de mármol que se extendía a los pies del Aventino. Llevaba muerto varios días, al menos seis o siete, pero era imposible saber con exactitud cuándo había sido arrojado al agua. Y se trataba de un asesinato, porque lo habían apuñalado por la espalda varias veces. Parato se enteró por sus antiguos compañeros de la V cohorte, que acudieron al escenario del crimen.

—Lo han identificado gracias a que en el muelle trabajan varios egipcios, que lo han reconocido por la barba y la ropa. Y es una suerte que estuvieran trabajando, porque hoy celebran su Año Nuevo.

—No sé qué pensar. —Tras perder el día en el Catastro, aunque en los archivos había encontrado pruebas de que Heliogábalo había prohibido reparar el Canope, Elio estaba demasiado sorprendido para sacar conclusiones—. Esto es totalmente inesperado.

—¿Inesperado? —Por el contrario, el martirizado rostro de Parato mostraba la frialdad del espía—. Ya le dije que se delataría él mismo empezando a gastar. No sé lo que le pagarían por vender su piel, Espartiano, pero desde luego no llegó a disfrutarlo.

Estaban delante del cuartel del servicio especial, azotados por un viento que traía gotas de lluvia lejana. El sol poniente acuchillaba las nubes lo justo para arrojar un deslumbrante chorro de luz dorada sobre los tejados de templos y santuarios, pero no tardaría en ocultarse por completo. La idea de que aquel miserable y chorreante cadáver hubiera contaminado las piedras de algún templo repugnaba a Elio. Así pues, la Muerte había dado al fin alcance violentamente a aquel hombre, que había intentado evitarla a toda costa. En la colina, barrida por el viento, hacía casi frío, extraño primer anuncio del otoño.

—Eso me recuerda que Baruch Ben Matías acaba de llegar a Roma —dijo Elio sin justificar el cambio de tema.



Ben Pastor Conspiratio

Parato meneó la cabeza. Enmarcado por la puerta en la penumbra del ocaso, parecía el busto de un soldado más que un hombre de carne y hueso.

—No, Espartiano. Ben Matías lleva una semana en Roma.



CAPÍTULO 11

Sábado 31 de agosto, víspera de las calendas de septiembre
(2 de Thoth)

Notas de Elio Espartiano:

Estoy en un callejón sin salida. Todos los pasos que he dado hasta ahora no han servido más que para llevarme a un punto en el que perfectamente podría haber estado al principio. Antinoo, o bien se mató (voluntaria o accidentalmente) o lo asesinaron. Y, del mismo modo que, según dicen, Isis erigió un santuario en cada uno de los sitios en que encontró un miembro de Osiris, el divino Adriano construyó un monumento funerario en recuerdo del Efebo en todos los lugares a los que viajó. Hasta ahora he estado en cuatro: dos en Egipto (a la orilla del Nilo y en el santuario de Antinópolis) y dos en Tibur (el Canope y el mausoleo circular). Otros supuestos emplazamientos, como el monumento de Cicerón en Puteoli, son pura leyenda. La última morada de Antinoo sigue resistiéndose a mis pesquisas, aunque estoy casi convencido de que se encuentra en alguno de los miles de monumentos extramuros de Roma. Mi búsqueda parece condenada al fracaso.

Mis pesquisas en los Archivos del Estado y en el Catastro no me han revelado nada sobre la construcción o el registro de la tumba. Las fuentes, desde Suetonio hasta Mario Máximo, pasando por Dión Casio y el propio Adriano, guardan silencio al respecto.

Cesernio Quinctiano, cónsul durante el último año del emperador, a quien iba destinada la carta que está en el origen de mi investigación, parece haberse volatilizado de la Historia. Apenas sabemos nada de su vida, no se conserva ninguna carta de su autoría y su familia se extinguió hace mucho tiempo. Me intriga que Marcio Turbo aconsejara a Suetonio que preguntara a Quinctiano sobre una posible conspiración, pero no tengo nada para seguir esa pista.



Ben Pastor Conspiratio

El hecho de que tanto la barca imperial como el plano de la villa de Tibur representen determinadas constelaciones tampoco me dice gran cosa, salvo que el momento de la muerte de Antinoo fue previsto por su Señor —que elaboraba meticulosamente su propio horóscopo cada mes de enero— o conmemorado tras producirse. Aviola Parato me aconseja centrarme en la tumba del Efebo, y tiene razón. Pero, contando al miembro de mi guardia, ahora ya son seis los cadáveres que han quedado en el camino. Y, si yo no soy uno de ellos, se lo debo únicamente a la suerte.

Hoy pienso volver al mausoleo del divino Adriano y echar otro vistazo a los sepulcros diseminados por los jardines de Agripina y Domicia, así como en los cercanos jardines de Nerón (el cementerio egipcio de esa área complica las cosas, pues abundan las esfinges y los obeliscos). Mañana inspeccionaré el tramo suburbano de la Vía Tiburtina, que lleva a la gran villa del emperador, y pasado mañana, otra vez la Vía Labicana, junto a la que encontré el obelisco de Antinoo. Sin Onofrio y con fíen Matías inesperadamente en la Ciudad, las perspectivas no son demasiado halagüeñas. Su Divinidad podría no tardar en cansarse de concederme tiempo para llevar a cabo una investigación, mientras que me oye informarle de otros asuntos. Además, me preocupan Anubina y sus hijos en un Egipto asolado por la peste.

Al otro lado del puente que llevaba el primer nombre del divino Adriano —y el del propio Espartiano—, todo eran propiedades del Estado. El terreno en pendiente que constituyera en tiempos la quinta suburbana de la madre de Nerón lindaba con los jardines heredados por la esposa de Domiciano. Los antiguos parques de recreo habían tenido diversos usos a lo largo de los años: el hipódromo construido por Calígula, abandonado desde hacía mucho tiempo, establos, rediles y cementerios privados. Río abajo, el puente de Nerón, que salvaba la corriente en la curva en que la Vía Triunfal se dirigía hacia el norte, había perdido parte del pretil y estaba cerrado mediante una barrera de maderos. En medio del hipódromo, el rosa grisáceo del alto obelisco egipcio destacaba en el verde de bosquecillos e hileras de árboles que habían crecido caóticamente, y se recortaba sobre las colinas del Vaticano, cubiertas de pinos y arbustos amarillentos por el calor. Pero al pie del puente de Elio Adriano, una amplia plaza de piedra de Tibur frenaba el desordenado crecimiento de los jardines alrededor del gigantesco mausoleo. De planta cuadrada, como una fortaleza, soportaba una ancha torre de mármol rica en estatuas y coronada por un carro triunfal dorado.

Elio había recorrido aquella zona a menudo, tomando la Vía Cornelia hasta el cruce con la Vía Triunfal y siguiendo los serpenteantes senderos que diseccionaban el cementerio, que había ido creciendo al amparo del hipódromo, aprovechando su propio muro. Allí yacían cristianos (incluido el patriarca Pedro) y fieles de Isis. Una



Ben Pastor

Conspiratio

pequeña esfinge con cabeza humana señalaba la tumba de una muchacha, un pequeño obelisco inclinado y desprovisto de inscripciones honraba la memoria de Dios sabía quién... Nombres torpemente grabados en la piedra o en ladrillos revelaban el origen del muerto: Soknopaios, Nilo, Ammón. No era extraño que toda aquella área se conociera como «Egipto», pues el tema se repetía en la innominada pirámide del cruce, en el friso de palmeras y aguamaniles de una cercana torre funeraria de piedra travertina y sobre todo en aquel imponente fuste rosa y gris, que según Onofrio procedía de Alejandría.

Elio se sentó a la sombra de una acacia preguntándose por primera vez si no se habría equivocado al seguir la pista egipcia. Antinoo era griego y Adriano, un enamorado de la cultura griega. Además, ¿no podía estar el Efebo enterrado en Bitinia, donde su madre —quienesquiera que fuesen su madre y su padre— seguía viviendo en esa época?

«Uno se deja arrastrar, condicionar por las pistas —se dijo Elio—. ¿Y si la verdad está en un sitio totalmente distinto y no he hecho más que construir teorías sobre la base de supuestos erróneos desde un principio?»

Al este del mausoleo de Adriano, un rumor de voces y sonidos se alzaba del paso elevado del «nuevo» muelle de mármol, que penetraba en la corriente como una gran lengua de vigas y cemento. Elio podía imaginarse la escena río abajo, en el otro muelle, donde Onofrio había surgido del agua ante los asombrados ojos de los canteros. Dos de sus hombres montaban guardia al pie del puente, pues —a las insistentes peticiones de Parato— habían decidido no volver a perderlo de vista.

Pero esa medida de seguridad también era ilusoria, como había demostrado el ataque en la librería.

Elio abandonó el barrio del Vaticano por la vía que discurría paralela a la orilla derecha del río y llevaba a los jardines de César, desde los que regresaría a la Ciudad cruzando el puente que el leal Agripa había construido en la época de Augusto.

A la mañana siguiente, salió a caballo por la Puerta Tiburtina y, tras pasar junto al Campo de Verano y cruzar el río Anio, llegó hasta las inmediaciones del lugar llamado Ad Septem Fratres, que tan nervioso había puesto a Onofrio. Era una zona de graveras y propiedades aisladas, con cementerios y oratorios cristianos (condenados y sellados por el Estado) excavados en las laderas de las colinas. En algunas áreas pantanosas, los insectos oscurecían el aire, incluso al borde del camino. Dos ricos sepulcros atrajeron la atención de Elio por su pasado esplendor y su ruinoso presente. El primero recordaba a un libertino de la casa de Adriano nacido en Hermópolis Magna, estaba señalado por una esfinge con cabeza de perro y se había quedado sin techo, mientras que el segundo había perdido parte del frontón y estaba cubierto por una cortina de hiedra, tras la que sólo podía leerse un nombre mutilado:



Ben Pastor

Conspiratio

ant... También había un pedestal, pero, de la estatua que debía de haber sostenido, sólo quedaban las huellas de los pies de bronce. Como todas las tardes, a la vuelta pasó por el cuartel para ver a Parato y darle novedades. Le esperaba la noticia de que Onofrio había sido visto vivo por última vez por un vecino el sábado por la tarde, mientras se dirigía al Iseo Campense.

—Es el sitio en el que se darían cita unos mercaderes de Alejandría —comentó el veterano—, así que no podemos sacar muchas conclusiones de eso.

—No importa —repuso Elio, dispuesto a aferrarse a cualquier esperanza e irritado por la cautela de Parata—. ¿Ha mandado a alguien al Iseo a preguntar por él?

—Así es. Mis informantes han podido confirmar que no consiguió llegar allí.

—Pero ¿hubo mercaderes egipcios visitando el santuario?

—Como siempre. Si es como en mis tiempos, el complejo es un sitio para encontrarse y hacer negocios. Seguro que sigue lleno de prostitutas. Los mercaderes egipcios han convertido el Iseo en su hogar romano.

—¿Sabemos si Baruch Ben Matías era uno de ellos?

Parato meneó la cabeza de un modo que indicaba tanto asentimiento como incredulidad.

—Sí, pero él no es de Alejandría.

—¡Maldita sea, Parato, se embarcó allí!

—Se necesitan pruebas, Espartiano. De momento, todo lo que podemos decir es que alguien sorprendió a Onofrio mientras se dirigía al santuario. Probablemente ocurrió en un callejón o en un zaguán, porque de lo contrario alguien habría informado del hecho. Ni siquiera sabemos si lo apuñalaron por la espalda allí mismo o bien intentó escapar y lo mataron mientras huía. —De nuevo, aquel condescendiente cabeceo de paciente profesor—. Comprendo que le tiene relacionar su muerte con todas las demás, e incluso con el ataque contra usted. Pero, si las cosas son como pensamos, incluso si son como pensamos, y ese Onofrio lo vendió a quienquiera que fuese, puede que llamara la atención sobre sí mismo empezando a gastar dinero. Actualmente, la pobreza y la desesperación no son realidades exclusivamente egipcias. Si Ben Matías está detrás de algo de esto, volverá a delatarse. Actuando contra usted, si tiene ocasión, o contra mí, o contra el comerciante en especias del que tan hábilmente le habló. Pero no olvide que mi viña fue destruida mucho antes de que él llegara.

—Bueno, eso me consuela —dijo Elio dirigiéndose a la puerta—. ¡Ah, lo olvidaba! —exclamó volviéndose de pronto—. El prefecto de la Ciudad ha vuelto. Ya estaba al corriente del incendio en el estadio de los Varios, y me ha echado un buen rapapolvo.



Ben Pastor Conspiratio

Dice que estoy utilizando el nombre del emperador para violar la ley, y quiere que le informe antes de cometer cualquier otro «allanamiento», como él los llama.

Lunes 2 de septiembre

(4 de Thoth)

Esa mañana, Elio pasó por los jardines de los Varios, por desalentador que fuera enfrentarse a los incomprensibles caracteres del obelisco. Luego, cabalgando a lo largo de la esbelta arquería del acueducto, llegó a la Vía Labicana, para volver a examinar las primeras millas suburbanas, hasta el desvío a la perrera. Existía la remota posibilidad de que Antinoo hubiera sido enterrado en los terrenos de la propiedad imperial de Los Dos Laureles, así que negoció con su guarda una visita guiada por el inmenso parque. Los mausoleos de sílex y mármol blanco, el más reciente de los cuales databa del reinado de Aureliano, habían sido construidos sin el menor orden a lo largo y ancho de la extensión de prados y arboledas. Algunos se remontaban a la época del divino Adriano y tres de ellos, en forma de pequeñas pirámides elevadas sobre zócalos cuadrados, tenían inscripciones grabadas en la blanda piedra y desgastadas por la lluvia.

—La verdad, excelencia, no sé por qué lo busca aquí... —le dijo el perplejo guarda mientras lo acompañaba a la salida—. Mi mujer y toda su familia son de esa provincia, y pueden decirle que el bendito Antinoo está enterrado en Egipto.

El círculo se estaba cerrando. Elio volvió a su alojamiento en la colina Celia sin ganas de ver a nadie, Parato incluido. Dio permiso a su guardia personal y, durante dos días, se encerró en casa, sin ánimos para leer, escribir ni contestar cartas. No salió ni siquiera el día de los Grandes Juegos, que toda la Ciudad celebró asistiendo a procesiones y carreras de caballos. Se quedó en los baños de la planta baja, donde la luz y los ruidos del exterior llegaban amortiguados por las angostas ventanas y los gruesos muros, sentado al borde de la pequeña piscina con los pies en el agua. Si cerraba los ojos, notaba el dolor de la herida y veía Egipto. La meseta de Antinoo y la Vía Adriana, barrida por el viento y jalonada de tumbas de soldados. Los árboles que daban sombra a la casa azul de Anubina. Los cocodrilos tomando el sol con las fauces abiertas, listos para arrojarse a la lenta y legamosa corriente en busca de alimento. Entre aquel sitio y el resto del mundo yacían enterrados Antinoo y la advertencia sobre un peligro para Roma.

Al tercer día, sin comunicárselo a nadie, salió por la Puerta de Ostia.



Ben Pastor Conspiratio

Jueves 5 de septiembre, nonas
(7 de Thoth)

El *Pietas Augustorum Nostrorum* había amarrado frente a los almacenes de sal hacía tan sólo unos minutos. La voluminosa nave se balanceaba en el agua sucia del muelle de Trajano bajo una corona de gaviotas. Los pasajeros seguían a bordo, y las mercancías ni siquiera habían empezado a emerger de la bodega. Elio encontró al capitán al pie de la pasarela y, tras intercambiar con él unas palabras, lo siguió a bordo.

Envuelto en una resplandeciente túnica bordada, Theo, que lo había visto primero, lo saludó con un gesto amanerado. Concluida la preceptiva oración de acción de gracias, que el eficiente capitán despachó rápidamente, los dos hombres se reunieron en cubierta.

—¡Qué día tan radiante para llegar! —exclamó el risueño Theo con la mirada en la bulliciosa actividad del muelle—. ¡Hemos tenido una travesía fantástica, buen tiempo todo el viaje! Me alegro de verlo, lo encuentro muy bien. ¿Ha venido a esperar a alguien?

—A usted.

—Vaya, me siento halagado. No sabía que estuviera enterado de mi llegada. Chicos, mi equipaje está en la parte de arriba, tratadlo con cuidado. Sí, ahí... En cualquier caso, como pensaba buscarlo en Roma, Thermuthis me pidió que lo saludara de su parte. ¡Oh, sí! Sí, la epidemia ha llegado a Antinópolis. En parte, ésa es la razón de que esté aquí. Estamos en manos de los dioses.

Elio asintió distraído.

—¿Se han tomado medidas contra la enfermedad?

—Llamarlas medidas puede que sea excesivo, porque no tienen nada de oficial. Cualquiera con dos dedos de frente lleva al menos dos semanas en las tierras altas.

—Comprendo. ¿Sabe algo sobre la bordadora de la Puerta Sur?

—¿La que trabajaba en el burdel de Thermuthis? —Theo se llenó los pulmones de aire salobre, parpadeando al sol—. El día que me fui, me entregó los dos pares de túnicas que le había encargado. ¿Bonita, verdad? Es una de ellas. Luego cerró la tienda. Probablemente se fue al interior. —Elio no podía desear una noticia mejor en esos momentos—. Pero usted no ha venido hasta aquí para preguntarme por una bordadora... —añadió Theo sonriendo.



Ben Pastor Conspiratio

—Luego hablaremos —se limitó a responder Elio—. Se habrá enterado de la muerte de Sóter...

El jovial rostro del comerciante adoptó una expresión compungida.

—Pobre hombre... Sí, me he enterado. Como he dicho antes, estamos en manos de los dioses. De hecho, como sé que a él le habría gustado que lo hiciera, ya que he venido, pienso ocuparme de su chico.

—¿Cleopatra Minor? Se ha ido a Nápoles. Y no creo que sea su tipo.

—¿No? ¿Y cómo lo sabe?

Elio no pensaba añadir nada. Si Theo sacó alguna conclusión de su silencio, prefirió callársela. Tras su equipaje, los marineros habían empezado a sacar fardos y tarros de especias de la bodega, y el desconfiado comerciante se acercó para supervisar la operación.

—Hablando de chicos, ¿ya ha encontrado la tumba?

—No. Y no tengo demasiadas esperanzas, ahora que he perdido al hombre que iba a traducirme las inscripciones del obelisco de Antinoo.

—Ya. ¿Ha averiguado algo más sobre el desgraciado viaje egipcio?

La sola mención de Marcio Turbo bastó para sulfurar al comerciante de especias.

—¡Menuda sandez! Eso es totalmente falso. Antinoo nunca habría desobedecido una orden del emperador. Es una invención de Turbo. Nunca pudo aceptar que su hijo Lucio no se convirtiera en el favorito que esperaba que fuera. ¿Por qué cree que los demás parásitos llevaron sus hijos adolescentes a la barca? Su incapacidad para comprender la relación del emperador con Antinoo condenó sus planes al fracaso desde el principio. La mitad habían sido efebos de Trajano; y, en cuanto a Suetonio, veía suciedad en todo. No se fíe de esas cartas de cortesanos despechados. La regla de oro en aquella casa imperial, como en la actual, era el decoro. Antinoo no habría sido calificado de «amado» por la emperatriz si su comportamiento hubiera sido inconveniente u ofensivo para ella por su indecencia o abierta exteriorización de su intimidad física con su esposo.

Elio encontraba curioso aquel inesperado estallido de cólera.

—Pero los textos...

—¡Al diablo con los textos! Todos se basan en lo mismo, en hablaturías. ¡Muchachos, tendréis que tener más cuidado con mis cosas! Mire, ¿realmente cree que Adriano encontró a Antinoo durante sus viajes por simple casualidad?

—Bueno, está la historia de ese burdel masculino de...



Ben Pastor Conspiratio

—¡Memeces! El Efebo había sido seleccionado desde su nacimiento, los horóscopos lo señalaban inequívocamente. Antinoo sabía desde el principio cuál iba a ser su papel al lado del emperador y que lo que pondría fin a su corta vida no sería la simple mala suerte, sino la culminación de una serie de acontecimientos decididos mucho antes, y en los que participó con los ojos bien abiertos.

—¿Por ejemplo?

—¿Cómo quiere que lo sepa? ¡El destino, las estrellas! Es una historia mucho más hermosa que la que cuentan esos calumniadores envidiosos, aunque puedo haberme equivocado sobre lo del pelo largo en el momento de su muerte. Pero, espere un momento... ¿Quiere decir que ha encontrado el obelisco de Antinoo, y su tumba no está allí?

Tras dos días de hacérsela a sí mismo, Elio estaba harto de la pregunta.

—Es una larga historia. La respuesta corta es sí.

—Al menos, espero que sea pequeño...

—¿El obelisco? Está partido, pero parece mucho más pequeño que los que se erigen en los estadios. ¿Por qué?

—Pues porque los obeliscos funerarios suelen ser pequeños. Normalmente, hay uno a cada lado de la entrada de la tumba, y llevan inscritos el nombre y los títulos del difunto en una sola cara.

—No quiero ni pensar en que exista un gemelo del que ya tengo. Es pequeño y tiene inscripciones en al menos tres caras. La cuarta permanece enterrada.

—Pero ¿se pueden leer? —Theo vigilaba a los marineros que descargaban sus mercancías, amonestándolos de vez en cuando—. Porque, si sólo se trata de leer, yo puedo hacerlo.

Elio se quedó de una pieza. Recordaba que le habían descrito a Theo como a un hombre «muy leído en lo relativo a los clásicos y la religión», pero el ofrecimiento, hecho con la mayor naturalidad, lo había cogido totalmente desprevenido.

—¿Puede descifrar la antigua escritura? —consiguió preguntar al fin.

—En eso, Sereno Dío y yo éramos prácticamente los últimos de una especie en extinción.

Por firme que fuera su intención de salvaguardar al comerciante del peligro —por humanidad, agradecimiento por sus pasados consejos o sencillamente porque era hermano de Thermuthis—, pasaba a un segundo plano ante la renovada esperanza de descifrar el epitafio de Antinoo.



Ben Pastor Conspiratio

—Las inscripciones del obelisco parecen estar en buenas condiciones —se apresuró a decir—. Y el motivo de que haya venido a buscarlo aquí... Al grano. Digamos que, antes de que me vaya, le explicaré dónde instalarse por el momento.

Theo alzó las manos con asombro.

—¿Qué quiere decir? Ya tengo un alojamiento escogido y pagado cerca del Iseo Campense.

—Ahí es precisamente adonde no va a ir. Confíe en mí, y si no, recuerde cómo terminó Sóter y pregúntese si los negocios son más importantes que la vida. Sí, hay peligro. Haré que limpien el obelisco y le entreguen copias de las inscripciones. No le diga a nadie, ni aquí ni por el camino, dónde se alojará. Coja lo mínimo necesario, olvídense de los criados y espere noticias mías.

Theo parecía haber perdido de golpe la alegría por haber llegado sano y salvo. Saltaba a la vista que se había olvidado de la hermosura del día y de las bronceadas espaldas de los marineros, y escuchaba las instrucciones de Elio abatido y cabizbajo, como un colegial cogido en falta.

—Le he sugerido que no viniera directamente a la Ciudad. El sitio que he elegido no está lejos del camino, pero es lo bastante discreto. El Nudo de Isis, en Puilia Saxa, cerca de Ostia, pero hacia el interior. Prefiero que Ben Matías no sepa dónde se aloja Theo, al menos hasta que traduzca las inscripciones.

Parato se mostró totalmente de acuerdo.

—Si cada vez que pasamos unos días sin vernos se presenta con noticias tan sensacionales, deberíamos vernos una sola vez a la semana. —Aunque en el dormitorio de los oficiales hacía calor, el veterano tenía la ventana cerrada, tal vez para que el sonido de las voces de mando no le hiciera sentir nostalgia—. Ya sé que es por la tarde, pero, como no creo que encontremos mejor momento, ¿queda suficiente luz para reunir a la brigada?

—Sí, hay un poco de calima, pero nos daría tiempo a ir a los jardines de los Varios.

A la tercera hora, vigilados por policías de la II cohorte, que se protegían del sol haciéndose pantalla con la mano, una brigada de carpinteros, dirigida por los ingenieros de la escolta de Elio, inició los trabajos junto al estadio de los Varios. Azadas y palas arrancaban las briznas de hierba tierna que habían brotado entre la broza medio quemada semanas antes, mientras, a unos diez pasos, Aviola Parato esperaba sentado en un banco de piedra, a la escasa sombra que proporcionaban unas adelfas, y Elio se limitaba al papel de observador el tiempo justo para no



Ben Pastor Conspiratio

estorbar a los que cavaban. Aunque la sequía y el fuego habían endurecido la tierra a su alrededor, los tres trozos del obelisco no tardaron en quedar totalmente al descubierto y limpios de tierra. Colocado en una plataforma de madera, el fuste parecía medir ahora casi diez metros de largo; de granito rosa, tenía las cuatro caras totalmente cubiertas de apretadas inscripciones en dos columnas paralelas. Una vez baldeado y frotado, un par de estenógrafos del ejército inició la laboriosa tarea de reproducir los pictogramas.

«Ese grupo de signos, o aquel otro —pensaba Elio—, podría representar el nombre de Antinoo, o el del emperador; títulos, alabanzas, detalles biográficos, plegarias... Pero si el emplazamiento de la tumba no aparece mencionado, se acabó lo que se daba. Si hasta el obelisco guarda el secreto, el Efebo estará siempre a salvo de las manos de los hombres. ¿Y Roma? ¿Qué sería más seguro para Roma, que encontrara la tumba o que no la encontrara? Sólo puedo decir que me muero de ganas de saberlo.» Los gregarios vencejos trazaban ruidosos círculos sobre su cabeza y las sombras empezaban a alargarse. El ángulo de la luz facilitaba el trabajo de los copistas, pues resaltaba las líneas y las figuras, pero en los irregulares extremos de los tres fragmentos los pictogramas eran difíciles de identificar, de modo que la cosa iba despacio. El sol se puso antes de que los estenógrafos hubieran completado la mitad de la tarea. Parato se ofreció a pasar allí la noche, pero Elio no quiso ni oír hablar del asunto. Todo el mundo abandonó el lugar, salvo dos soldados de la cohorte y un piquete de la guardia personal de Elio. Durante el día, los ediles habían mantenido alejados a los curiosos. Ahora la patrulla nocturna ocupó su lugar, y Elio no pudo evitar preguntarse qué pensaría el viajero ocasional al ver hombres armados custodiando un estadio abandonado extramuros de la Ciudad.

Como tantas veces durante sus campañas, extendió una manta del ejército en el suelo e hizo su turno de guardia como los demás. El resto del tiempo lo pasó sentado, contando las estrellas.

Viernes 6 de septiembre
(8 de Thoth)

La copia se completó hacia el mediodía del viernes. Sólo entonces, con los rollos de precioso material en la mano, Elio se sintió lo bastante relajado como para informar a Parato de que se iba a casa para dormir unas horas.

—Estaba tan nervioso que no he pegado ojo en toda la noche —le explicó al veterano—. Hágame el favor de quedarse hasta que cubran el hoyo y acerque el



Ben Pastor Conspiratio

obelisco al muro. El cielo se está cubriendo; puede que no tarde en llover. En cualquier caso, no es aconsejable intentar unir las partes del obelisco sin ayuda experta, ni antes de que sepamos si las inscripciones han sido copiadas correctamente.

Con la cabeza descubierta bajo la solana que suele preceder a las tormentas de verano, Parato esbozó una de sus plácidas sonrisas.

—Le agradezco que confíe en la capacidad de este ciego para imponerse. Por supuesto, me quedaré y me aseguraré de que ninguno de nosotros se presenta a llamar a la puerta de su dormitorio.

Theo se había tomado el consejo de Elio tan a pecho que apenas había salido de la habitación que le había buscado. No obstante, al llegar el militar, bajó las escaleras y se reunió con él en el vestíbulo, donde sólo los acompañaba un gato atigrado. Durante la última hora había estado cayendo una lluvia sorprendentemente fina, y el olor a hierba y flores húmedas entraba a raudales por la ventana que daba al jardín.

—Aquí hay mucho que leer —comentó el comerciante al ver los rollos de la copia—. Pero no todo es relevante ahora mismo, si lo que le urge es encontrar la tumba. Además, estas inscripciones no fueron hechas por egipcios. Déme una hora para buscar indicaciones geográficas en el texto y luego venga a ver qué he encontrado.

Elio no tenía intención de marcharse. Entró en la habitación contigua y empezó a pasearse, pero al cabo de un rato, con el relajante repiqueteo de la lluvia, el triclinio arrimado a una de las paredes acabó resultándole irresistible. Dormía como un tronco, con el gato enroscado entre sus brazos, cuando Theo entró para darle la traducción.

—Sí, sí, ya está —le dijo mascando unas hojitas de menta cuando consiguió despertarlo—. Además, ha venido a verlo uno de esos hombretones de su guardia. ¿Le quitan los ojos de encima alguna vez?

Elio había estado solo muchas veces, pese a la estrecha convivencia de la vida militar. Siempre había sabido aprovechar las oportunidades para alejarse de los demás y pasar a solas el tiempo que pudiera. Para ordenar sus pensamientos o —como él decía— «para ventilar mis diferencias conmigo mismo». Aunque separarse del grupo implicaba aumentar el riesgo, le había sido de gran ayuda durante la



Ben Pastor

Conspiratio

campana armenia, para reflexionar y tomar decisiones. Estar solo le había salido a cuenta muchas veces.

Esa tarde, mientras cabalgaba por el campo tras despedirse de Theo, tenía la sensación de estar separado de todos, a la deriva y sin la posibilidad inmediata de obtener ayuda. La estructura que había construido durante las últimas semanas (no, durante los últimos meses, desde que había vuelto a poner el pie en el cruel Egipto) se había derrumbado bajo sus pies, no poco a poco, sino de golpe. Y sin la esperanza de que una red de seguridad amortiguara su caída. Su error, como una luz insoportable proyectada sobre una habitación que creía tener en orden, mostraba no sólo polvo disperso, o pequeñas imperfecciones; la habitación misma se había venido abajo y, por el momento, nada de lo que contenía parecía salvable.

También era significativo que percibiera las cosas de ese modo en una encrucijada, un lugar simbólico como pocos. Su propia situación parecía un reflejo de aquel cruce de caminos sin letreros que partía en cuatro direcciones distintas, cada una tan atrayente o poco atrayente como las demás. En la realidad exterior, estaba ante uno de esos caminos secundarios, bien trazado pero sin pavimentar, de tierra blanca tan apisonada que parecía cemento. Sólo la lluvia o un vendaval probarían que no lo era, y por el momento el cielo se extendía sobre su cabeza implacablemente despejado. A lo lejos, las tumbas jalonaban el camino, que sin duda llevaba a algún pueblo, donde vivía gente a la que quizá llegaría a conocer o quizá no, ajena a lo que su error significaba y, por tanto, indiferente a éste. Y al propio Elio.

Detrás, el mismo camino... Pero no, no era el mismo, porque la encrucijada le ponía fin y lo convertía en otro. Más tumbas, granjas y, a lo lejos, la proliferación de propiedades y casas que rodeaban los muros de Roma como un cinturón. Hasta la populosa Roma se le antojaba un símbolo de su soledad.

A los lados... La verdad es que apenas podía obligarse a prestar atención. En dirección al mar, invisible salvo por la mayor profundidad del cielo sobre él, una línea baja de árboles y matorrales, un santuario al borde del camino, medio oculto tras la vegetación, como una minúscula verruga sobre la tierra. Por la zona de las montañas, los regueros de antiguos ríos de lava se extendían como los dedos de unas garras, suavizadas por las viñas que los cubrían. También allí vivía gente, cada cual en su sitio, con la mitad de su duro u ocioso día a las espaldas. Elio Espartiano, tan escrupuloso con sus notas y tan orgulloso de su memoria, había malinterpretado totalmente a la gente y las cosas. Era como si se hubiera arrancado él mismo del mundo y la Historia. Si no se hubiera sentido tan amargamente atrapado en el sitio en el que se encontraba, habría dicho que tenía la sensación de caer, caer... Por un instante, comprendió a Antinoo en el momento de saltar desde la borda de la barca imperial, antes de que su cuerpo chocara contra la traicionera corriente. Sintiendo el peligro mortal vagamente ante sí, pero ya totalmente separado de los vivos. «Tienes



Ben Pastor

Conspiratio

que hacer algo —le urgía su mente—. Enseguida, algo.» Pero seguía allí, con sus inútiles notas y su inútil memoria, entre la borda y la nada, exactamente igual que Antinoo, que sin embargo, a diferencia de él, «había comprendido».

En su encuentro del atardecer, al percibir el estado de ánimo de Elio, Parato mostró la preocupación de un amigo. Lo que no podía ver lo detectaba seguramente en su respiración agitada, en el leve ruido de sus movimientos nerviosos, en el roce de la tela contra el cuero o la tela contra la tela...

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—No.

Elio no podía exponerle la situación tal cual. Todavía no. Hasta entonces, ambos se habían esforzado al máximo, luchando contra sus respectivas cegueras. Pero ahora Elio había recuperado la vista, y envidiaba el oscuro mundo de luz recordada de Parato.

—Sólo puedo decirle que todo lo que tenemos es una frase incompleta.

—¿Favorable o desfavorable?

—Juzgue usted mismo. «... Antinoo el Justo, que yace aquí, entre los muros del jardín del gran señor de Roma.» Pero no dice que el sitio en el que se alzaba el obelisco estuviera dentro de la Ciudad.

—Ya. La tumba podría estar en cualquier sitio...

Elio leyó decepción en el rostro surcado de costurones del veterano, como si su habitual serenidad hubiera recibido un golpe que en esos momentos no podía o no quería encajar.

—A no ser que interpretemos los «muros del jardín» como una alusión a la Villa Tiburtina. Y, si de algo estoy seguro, es de que no sé dónde buscarlo en ese laberinto de edificios.

—Entonces, ¿es el final del camino? ¿Abandona? —Elio respiró hondo. Inmóvil en el umbral, miró la oscuridad de la habitación, que la mortecina luz del atardecer apenas conseguía atenuar. En el aposento de un ciego las lámparas eran un artículo de lujo, pero en esos momentos a Elio aquella lobreguez le resultaba insoportable. Puso una excusa para marcharse y dio media vuelta—. ¿Abandona, Espartiano? —La voz de Parato lo siguió por el pasillo abovedado del cuartel—. Si lo hace, no podrá volverse atrás.



Ben Pastor

Conspiratio

Elio esperó hasta llegar a lo alto de la escalera que llevaba al vestíbulo antes de responder.

—¡Sí, abandono! —dijo casi gritando, y sus palabras resonaron en el pasillo como una orden dirigida a sí mismo.

Notas de Elio Espartiano:

Dicen que la noche es buena consejera. Pero una noche teñida por la ira puede no aconsejar tan sabiamente. Volví a mi alojamiento sin intentar siquiera dominar mis emociones. Seguía rumiando el texto del epitafio traducido por Theo, tratando de sacarle más jugo. No podía ni comer ni dormir, así que salí al balcón y me senté. Me dije que, puesto que había reunido información más que suficiente para escribir la biografía del emperador, podía limitarme a enumerar todas las posibles causas de la muerte del Efebo, y todas las tumbas y cenotafios conocidos o legendarios. Historiadores más competentes que yo han sido aún más vagos. Me costaba aceptar que también había fracasado en la otra búsqueda, pero descubrir conspiraciones (y aquí hay una) y asesinatos (directamente relacionados con ella) no es la tarea del historiador. También me dije que sólo era un soldado que se había metido donde no lo llamaban, como tantas otras veces.

Pero seguí hurgando en mi memoria como un perro en la tierra, levantando polvo y topando una y otra vez con la traducción de Theo. Me había tendido el trozo de papiro, me había acompañado hasta la puerta mascando hojas de menta, se había quedado mirando al joven soldado de mi guardia... Luego, recordé que entre ese momento y el instante en que me llevé aparte al soldado para escuchar su informe, Theo dijo otro par de cosas. En concreto, que el obelisco del Efebo era una obra muy tardía, que lo habían grabado en Italia y que, en la tradición tardía, el signo que equivalía a «señor» era idéntico al pictograma de «señora» y podía significar tanto lo uno como lo otro.

¿Cómo puedes haber equivocado el camino tantas veces y cometido tantos errores, Elio Espartiano?

El Destino mismo te puso la respuesta ante los ojos, al empujar tu barco al norte de la Ciudad y obligarte a llegar a Roma por la Vía Aureliana. ¡Lo primero que contemplaste desde la colina la tarde de tu llegada era lo que deberías haber reconocido de inmediato! Los muros del jardín, no del gran señor, sino de la gran señora de Roma. Los jardines contiguos al Campo Vaticano, que llevan los nombres de las damas imperiales, y, en concreto, los de la emperatriz Domicia, cuyo mismo nombre contiene la raíz de dominio.



Ben Pastor

Conspiratio

Ahora todo encaja: los versos que Cleopatra Minor leyó en el burdel masculino, según los cuales Antinoo «ya sólo es sombra y polvo / no muy lejos, donde Adriano voló a la inmortalidad / montado en el carro de Helios». ¿Por qué no pensé en eso? El carro del sol, que representa el nombre y el papel del emperador, apunta desde lo alto del mausoleo a ese vuelo hacia la eternidad. ¿Y no llaman «Egipto» a toda el área del Vaticano? Puede que el guarda de Los Dos Laureles quisiera decir eso, cuando me hizo la misma objeción. La tumba de Antinoo —la *memoria Antinoi*—, si todavía existe, está cerca de allí. Y no va a ser la hora lo que me impida salir de casa ahora mismo para comprobarlo.

Sábado 7 de septiembre
(9 de Thoth)

El prefecto de la Ciudad, con marcas del almohadón en la cara y a medio vestir, murmuró en la puerta de su dormitorio:

—Más vale que esto sea importante, tribuno.

Era más diplomático que el «¿Quién coño pregunta por mí a estas horas?» que le había gritado un momento antes a su secretario.

Al oír la petición de Elio, pareció dudar brevemente entre el bufido y el bostezo, pero al final se limitó a decir:

—Haga lo que le dé la gana. Lo hará de todas formas... Yo me vuelvo a la cama.

Al otro lado de los muros de la Ciudad, la rampa del puente de Adriano relucía sobre el profundo y mohoso lecho del río. El borboteo del agua en los pilares y el lejano canto de los ruiseñores en los jardines imperiales —una complicada serie de trinos y gorjeos prolongados y repetidos— fueron los sonidos que llegaron a los oídos de Elio y el puñado de hombres de su guardia cuando se detuvieron ante el puente. En el otro extremo, en las últimas horas de la noche, una luminiscencia semejante al fuego de San Telmo se elevaba del inmenso mausoleo, junto al que se alzaban, igual de blancas, las dos tumbas anónimas, tantas veces vistas: la torre funeraria, copia en miniatura del sepulcro imperial, y la pirámide de mármol, en la encrucijada inmediata al ruinoso puente de Nerón. Había que decidir cuál abrían antes, y Elio eligió la pirámide por su perfecta alineación con la Vía Cornelia,



Ben Pastor Conspiratio

construida por Adriano para unir su mausoleo con el Campo Vaticano. En una noche tan clara como aquélla, podía trazarse una línea ideal desde el vértice superior de la pirámide, de casi treinta metros de altura, hasta el carro dorado, que, todavía más alto, parecía perdido entre las estrellas.

La pirámide no tenía puertas, pero a media altura de la cara sur, que daba a la calzada, se veía lo que parecía una profunda ventana, que probablemente había servido como salida de los obreros una vez condenada la entrada a ras de suelo. Los hombres de Elio apoyaron una escalera contra la pared de mármol para que uno de ellos pudiera alcanzar la abertura. Una vez arriba, éste no tardó en confirmar que se trataba de una puerta cuadrada, del tamaño de uno de los bloques exteriores de mármol y cerrada por un postigo de bronce. Pasó más de una hora antes de que pudiera forzar la cerradura, momento en que el impaciente Elio ocupó su lugar en lo alto de la escalera. Al acercar su pequeña lámpara al vano, la llama, agitada por la corriente de aire frío y húmedo procedente del interior, vaciló hasta casi apagarse. Asomándose dentro, Elio vio una galería que aparentemente descendía hacia el centro de la pirámide, lo bastante ancha para que un hombre se arrastrara por su interior, a no ser, claro está, que se estrechara aún más en su extremo inferior. Deslizarse por ella cabeza abajo podía significar quedarse atascado en un túnel sin salida o romperse la crisma contra el suelo del interior, cuya dureza y profundidad ignoraba. Elio optó por descender con la lámpara apagada, una cuerda atada a la cintura y los pies por delante, para tener los brazos libres por si sus hombros se veían obligados a izarlo.

La pendiente era acusada. Aunque, una vez pasado el revestimiento de mármol, el cemento retardaba ligeramente la caída, Elio se deslizó más deprisa de lo que esperaba. Para colmo, el túnel se estrechaba hacia el centro de la pirámide y resultaba francamente incómodo. Sin embargo, en ningún momento se quedó tan atascado como para no seguir avanzando y, al final, cayó al vacío y, afortunadamente, aterrizó enseguida, aunque el suelo de piedra no hizo nada por amortiguar el golpe. Debido al ángulo del túnel, la oscuridad era absoluta. Elio, ileso, se puso en pie y buscó el pedernal en la bolsa que llevaba colgando del cinturón. El olor a humedad que había percibido al asomarse al túnel debía de deberse a la filtración del agua a través del revestimiento exterior de mármol, porque allí abajo el aire era fresco y seco, matizado, en todo caso, por un débil y antiguo aroma a bálsamo y perfume.

Al volver a encender la lámpara, Elio comprobó que se encontraba, efectivamente, en el interior de una cámara mortuoria, de unos seis metros por cuatro y techo abovedado. Dos de sus paredes estaban cubiertas de imaginería egipcia pintada con vivos colores, mientras que las otras dos eran totalmente blancas, salvo por los perfiles rojos de frescos inacabados y el vago marco de la puerta condenada. En el centro de la cámara, reposando directamente en el suelo a falta de sarcófago de



Ben Pastor Conspiratio

pedra, había un ataúd de madera o cartón dorados con la forma aproximada de un cuerpo humano, no muy distinto al que había visto en el templo de Antinoo. La ausencia de regalos funerarios hacía pensar en un traslado precipitado, quizá furtivo, con un anciano enfermo de muerte presenciando aquel último acto piadoso. La tapa marrón rojiza del ataúd danzaba a la luz de la vacilante lámpara. Allí estaban las imágenes en pan de oro de Anubis con orejas de perro sosteniendo una vasija encima de un cadáver, de Ma'at alzando en la mano la pluma de la justicia y el orden cósmico, el signo de Horus sobre el Horizonte... Encima y debajo, resplandecientes hileras de lotos y lirios, y a la altura del pecho, una estrecha franja de dorados caracteres griegos, que formaban las palabras de adiós «*Antinoe, eupsychi*».

Elio esperó a recobrar el aliento antes de continuar. Haciendo oídos sordos a las débiles voces que lo llamaban desde arriba, se situó junto a la cabeza del ataúd, en la que una ventanilla permitía distinguir la máscara funeraria del muerto. De exquisita factura, mostraba a un joven de unos veinte años, con una corona de hojas de oro en la cabeza. Un rostro recién afeitado, más pálido en la zona de la barba y de una belleza varonil, con los ojos grises y una expresión tranquila, que ni la sorpresa ni el dolor parecían haber alterado; una cara seria y pensativa —quiso pensar Elio, hondamente conmovido— que había esperado hasta ese momento para intercambiar una mirada con él.

Puede que aquello fuera un sacrílego, o contrario a los deseos del divino Adriano, pero Elio no podía detenerse a pensarlo. Sus dedos empezaron a manosear los sellos de la tapa, que pese a su nerviosismo cedió con relativa facilidad. Bajo ella, un complicado vendaje de tiras de lino entrecruzadas y teñidas con púrpura formaba un envoltorio de varias capas que recordaba un artesonado, con cada hueco cuadrado adornado con un botón de oro en el centro. A los pies de la momia, por un instante tan breve que luego creyó haberlo imaginado, Elio vio una hermosa y perfumada guirnalda de lotos y rosas cuidadosamente entrelazados, que se ajó y ennegreció de inmediato. Sobre el pecho del difunto, colocado en ángulo, descansaba un cilindro de madera como los utilizados para guardar cartas o documentos.

Las llamadas habían cesado. En el silencio que había vuelto a apoderarse de aquella cámara sellada y suspendida sobre el suelo, sólo se oía un tenue susurro, como de aire que buscaba el túnel y se deslizaba por él. De cuclillas contra una de las paredes blancas, con la lámpara en el suelo, Elio abrió el cilindro y sacó el primero de los dos documentos enrollados que contenía.

Ante sus ojos aparecieron las gráciles letras, tan semejantes a las que con idéntica emoción había leído en Egipto, pero deformadas por la vejez, la enfermedad o un gran dolor físico.



Ben Pastor Conspiratio

Yo, Publio Elio Adriano, sintiendo la proximidad de la muerte y deseando asegurarme de la presencia de nuestro Antinoo junto a mi tumba, he depositado su cuerpo precipitada y secretamente en este lugar sin los regalos funerarios que deseaba hacerle. En el documento adjunto, confío a la eternidad que con su acto salvó la vida del César y de Roma, él, que era la mansedumbre en persona y nunca me dio motivos de reproche. Él, que es nuestro y no sólo mío, pues pertenece a la Ciudad. En el mismo documento, trazo también para la posteridad la secuencia de acontecimientos provocados por el oculto y ancestral enemigo de Roma al que he dado en llamar con el nombre colectivo de Ladrón de Agua. Tal es la denominación que entre los griegos recibe la clepsidra, y en consecuencia el Tiempo mismo, devorador de todos los imperios de la tierra...

Las palabras se atropellaban y confundían ante los ojos de Elio. El «Ladrón de Agua», oculto y sin embargo a la vista, a través de la memoria y el ritual, como el plano de la villa, como aquel sepulcro, tan anónimo como visible: una pista desde el comienzo de su investigación, ante la que había estado ciego y sordo. Incluso ahora, sus oídos, como adormecidos al principio por el absoluto silencio que lo rodeaba, volvieron a percibir aquel susurro, aquella nueva corriente de aire, pero no le prestaron atención...

... durante más de doscientos años la conspiración ha atentado contra la expansión y el bienestar del mayor imperio que ha conocido el hombre. Sus objetivos, supuestamente basados en una ideología antirromana, pero inspirados tan sólo por la codicia más voraz, unieron a una heterogénea y dividida muchedumbre de enemigos del Estado. Descabezar el imperio, derribar su magnífica estructura...

El trapo que súbitamente lo amordazó tenía la fuerza de un torno. Al instante, incluso antes de la sorpresa, una reacción animal hizo que intentara encorvarse. Pero, obligado a doblar el cuerpo hacia atrás por una rodilla clavada en la espina dorsal y una llave al cuello, Elio casi estaba esperando que se lo partieran con un giro seco o se lo rebanaran con un cuchillo. Sin embargo, el trapo seguía apretando, cortándole la respiración poco a poco. La lámpara, derribada o pisada, se apagó y, como una antesala de la muerte, la cámara se sumió en la oscuridad. Elio trató de levantar a su agresor, pero la presión alrededor de su cuello creció hasta hacerle perder el conocimiento. Las fuerzas se le escaparon del cuerpo como agua. Elio sintió vagamente que se derrumbaba sobre un costado, y como si fuera otro quien se debatía como un becerro maniatado, con el corazón y los pulmones ardiendo. Su atacante cayó sobre él con todo su peso, y Elio volvió en sí el tiempo suficiente para



Ben Pastor Conspiratio

comprender que estaba tumbado boca arriba cuan largo era, con la cabeza inmovilizada contra el suelo, y que lo estaban asfixiando. Luego volvió a perder el conocimiento. «Agua, agua, estoy bajo el agua, como en el río con el fango y las garzas, como mi perro ahogado, como todos los que se han ahogado y se ahogaron sin remedio. Dejaré que el becerro maniatado se agite y luche, se contorsione mientras yo me hundo. En el fondo hay arena.» Pero no se hundiría en el fondo. No después de todo aquello, ¡ahora no, todavía no! Un ramalazo de dolor lo arrojó de nuevo a la conciencia de que estaba vivo, pugnando por liberarse, agitándose e intentando respirar, furioso ante la proximidad de la muerte. El aire penetró en sus pulmones lo suficiente para que se lo tragara con una bocanada ansiosa. «Me estoy hundiendo, me estoy hundiendo... Si no, cogería el cuchillo que llevo en la bota y se lo clavaría con tanta fuerza como pudiera...» El espasmo muscular al estirar el brazo hacia el cuchillo le arrancó un grito. A no ser que el agua se hubiera cerrado sobre él hacía rato y ya estuviera muerto.

Río arriba, en la curva donde los árboles de los jardines imperiales se apretujaban junto a la orilla, una franja rojiza destacaba en el cielo oriental como una herida.

Ver la cara de Ben Matías cuando salió del túnel lo sorprendió menos de lo que podía imaginar.

—No podía ser otro —murmuró jadeando.

Encaramado en la escalera, el judío se encogió de hombros y le tendió la mano para ayudarlo a salir. Abajo, los rostros de los hombres de su guardia, que estaban aflojando la cuerda y colocando otra escalera para que bajara, parecían pálidos y angustiados.

—Es que huelo un romano en apuros a cien leguas —rezongó Ben Matías—. Pasaba por aquí, de regreso de mi propiedad, y no pude resistirme al oír bulla. ¿Está muerto?

—No, pero le he pegado una buena puñalada y lo he dejado atado como a un becerro ahí abajo.

Avergonzado al ver alzarse el sol sobre un monumento doblemente profanado, Elio estaba impaciente por bajar y poner los pies en el suelo.

—Siendo ciego, no creo que le asuste la oscuridad —observó el judío.

Una vez abajo, Elio pidió una cantimplora, bebió un trago y usó el resto del agua con vinagre para lavarse la cara. Tras la lucha, lo normal habría sido que le doliera algo, pero no era así; la alegría de haber vencido hacía que se sintiera cansado pero



Ben Pastor Conspiratio

también lo insensibilizaba. Tardó en preguntarse qué hacía allí Ben Matías, cruzado de brazos de espaldas al mausoleo de Adriano, en pleno sabbat.

Mirándolo regocijado, el judío se adelantó a la pregunta.

—No te hagas ilusiones, Espartiano. Yo no guardo el sabbat, que el Todopoderoso me perdone y vele por mí a pesar de todo. Y, de guardarlo, no me lo habría saltado precisamente por ti. Te aseguro que pasaba por el Campo Vaticano, y la única razón de que tus guardias comedores de cerdo me hayan dejado acercarme son la escalera y los rollos de cuerda que llevo en la mula. Cuando he sabido que quien estaba dentro de la tumba eras tú, me ha parecido demasiado cómico. Mi cuerda, mi escalera... Tengo que dirigir el salvamento, me he dicho. Y encima en sabbat. Ya sé que no es asunto mío, pero ¿cómo se han agriado tanto las relaciones entre Parato y tú?

Elio miraba a los dos hombres de su guardia que estaban subiendo por las escaleras para arrestar al veterano y acto seguido llevar a cabo la difícil tarea de sacarlo fuera.

—Tienes razón —murmuró.

—¿En qué?

—En que no es asunto tuyo.

Antes de mediodía, una unidad de pretorianos se puso en camino hacia *A la Gloria de Nuestro Señor Aureliano*, donde procedió a la detención del hijo y los criados de Parato. También se extendieron órdenes para hacer lo propio con la familia del veterano en Minturno. Con las puertas de Roma cerradas para impedir la huida de posibles cómplices, e iniciados los primeros interrogatorios en la prefectura de la Ciudad, realmente no había nadie con quien Elio deseara hablar a excepción del hombre que había intentado matarlo.

Parato estaba sentado en un banco, tras las rejas del calabozo del cuartel del servicio especial. No mostraba signos de dolor por la herida de cuchillo bajo el vendaje del costado. Por el contrario, seguía haciendo gala de su característica imperturbabilidad y conservaba aquel gesto de los labios, que parecían a punto de esbozar una sonrisa irónica pero serena.

—Vaya. El alegre crujido y el dulce olor del cuero militar. Ya suponía que no podría resistirse a venir, Espartiano.

—Sí, y yo imaginaba que lo supondría.



Ben Pastor

Conspiratio

Sin cambiar de posición, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en la pared, Parato dejó que la sonrisa danzara en sus labios.

—Entonces, estamos iguales.

—En absoluto. He ganado yo.

—¡Ah, ahí es donde se equivoca! En absoluto. Y, si espera averiguar algo a través de mí, comete su mayor error hasta la fecha.

La escasa luz que penetraba por las saeteras del calabozo no permitía adivinar que fuera hacia una tarde radiante. «En esto también hay mucho más de lo que parece», pensó Elio, que, tras haber leído lo que Adriano había confiado a la tumba del Efebo, encontraba difícil jactarse.

—Puede que usted no hable, pero los suyos lo harán.

—¿Los míos? Ellos no saben nada. —La imperturbabilidad de Parato no dejaba entrever si percibía la inseguridad de Elio—. ¿Cómo cree que funciona una organización así? Ninguna célula, ningún individuo sabe más de lo que necesita para actuar cuando se le ordena, y sólo cuando se le ordena. No averiguará nada. Y eso es un consuelo más que suficiente para mí.

»El Estado se mueve a tientas en la oscuridad, siempre lo ha hecho. Torpe y arrogante, confunde las saeteras del muro con la cegadora realidad exterior. Ni siquiera sabe su nombre colectivo, cree que todos los enemigos y todos los incidentes son aislados y no tienen relación entre sí.

Y, pensó el propio Elio, que veía poco más que una fisura, y estaba deslumbrado.

Parato le leyó el pensamiento.

—La oscuridad crece en su interior al cabo de un rato —dijo sonriendo con suficiencia—. ¿Ha pensado alguna vez que la ignorancia es preferible al terror? Conténtese con su pequeña victoria, Elio Espartiano, y no pretenda preguntarme nada.

—No lo haré. Aunque sus razones personales ya me las dio usted mismo.

—¿Se las di?

—«En el mundo, hay cosas mejores que hacer para un soldado con cabeza», me dijo un día. Y que el poder le interesaba más que el dinero. Para un veterano con pensión y demasiado talento para lo que le ha tocado en suerte, era la oportunidad de servir de un modo espectacular, sin importar a quién sirviera. Sonría todo lo que quiera, Parato. Intrigar, mandar... La Historia está llena de hombres como usted, demasiado cínicos para el idealismo, pero en venta. Es verdad, no tengo ni idea de quién es su amo, dentro o fuera de Roma. Lo que nos sobra son enemigos. Siempre



Ben Pastor Conspiratio

ha sido así. Pero el hecho de que al final se delatara usted mismo me da esperanzas para el futuro.

La impavidez de Parato no había cambiado apreciablemente, aunque había pequeños signos de tensión muscular que incluso en aquella semioscuridad alertaron a Elio sobre el esfuerzo que le costaba mantenerla.

—No olvide que casi lo maté, de modo que debí de mostrar mi juego menos de lo que dice. Pero se muere por contarlo, estoy seguro.

Un carcelero echó un vistazo desde lo alto de la escalera.

—Si ha terminado...

—No, no he terminado.

La indiferencia de Parato, conseguida tras larga práctica en ocultar su auténtica personalidad, se reflejaba en su cara cada vez más.

—Bien, entonces, oigámoslo. Veamos si sus indicios resisten la crítica.

Qué simplista era hablar de indicios... Elio se tomó su tiempo, pensando en el oráculo del que se había burlado, cuando decía la verdad: que Antinoo había muerto como Sereno; en las historias que contaban en Trinacria y en el viejo librito, según el cual el Efebo había encontrado la muerte como Patroclo. Parato hablaba de indicios, pero en aquella historia todo estaba tan minuciosamente ordenado de antemano como el inescrutable veredicto del propio Ma'at, leve y terrible como una pluma.

—¿Indicios? —dijo al fin—. Aquí están. Mi primera duda surgió cuando pasamos por primera vez frente a la entrada de la quinta cohorte en dirección a este cuartel. Por el camino, me pidió que paráramos en varios sitios, pero no me preguntó por su antiguo y querido destino. Lo que me hizo pensar que, contra lo que usted decía, quizá había estado recientemente en la zona, y preguntarme por qué me había mentido.

—Muy débil. No es una pista. La nostalgia no es tan omnívora.

—Sobre todo cuando no está justificada. —En su incomodidad, a Elio le costaba estarse quieto, así que empezó a pasearse lentamente frente a las celdas vacías—. Es cierto que entonces me pareció una duda insignificante, sin importancia. Luego vino la curiosa «duplicación» del sello de la carta en que Su Divinidad me lo recomendaba. Sin duda, usted hizo que la interceptaran, la leyeran, aprobaran su contenido y volvieran a sellarla. Además, cuando elaboró la lista de los patricios que poseían importantes colecciones epistolares, dio la casualidad de que todos estaban fuera de la ciudad. Es verano, pensé. Pero el nombre de Repentina, que debería haber encabezado la lista, ni siquiera figuraba en ella. Y con motivo, porque Marcio Turbo,



Ben Pastor Conspiratio

antepasado del difunto cónsul, formaba parte de la conspiración. Tuvo la suerte de que el divino Adriano lo descubriera demasiado tarde para dictar órdenes contra él.

Parato esbozó una mueca de desdén que afeaba su noble rostro.

—Pruebas circunstanciales. Los sellos se desprenden y los ricos se van de vacaciones.

Cada tronera arrojaba sobre el suelo una estrecha franja de luz que lo dividía ante sus pies. Elio se tomaba su tiempo entre ellas.

—Y apuesto a que fue usted quien ideó el sistema de señales para saber cuándo llegaba incluso antes de que entrara en Roma.

—Pero no puede probarlo. ¡Ja! No puede probar nada.

—Aún no he acabado. También tenemos la coincidencia de su salida de Egipto tras la muerte de Dio y su liberto, y el hecho de que en su ausencia no hubiera más muertes ni incendios en ese círculo. Sin embargo, empezaron a producirse en Italia poco después de su llegada. Debió de darse mucha prisa en ir de Ancio a Roma, para dirigir el asesinato de Sóter como sólo alguien que ha servido en la patrulla nocturna y está familiarizado con los incendios provocados podía hacerlo. Luego, volvió a la duodécima milla de la Vía Labicana, donde consiguió que me encontrara con usted bajo el emparrado de su taberna. —Deteniéndose en la franja de luz que arrojaba una saetera, Elio se dejó seducir por la claridad—. Lo admito, destrozarse su propia viña fue una jugada maestra, por no hablar de la amputación del dedo de su cómplice. En cambio, el ataque contra mí... No sé si su intención era matarme; usted no parece fallar cuando decide hacer algo. Como probablemente comprendía que yo nunca compartiría con usted la carta del emperador, tenía que seguirme hasta que descubriera el otro documento, e incluso ayudarme a encontrarlo. Y, por supuesto, tenemos la oportuna muerte de Onofrio, un día antes del previsto para que tradujera las inscripciones.

Desde su posición a la luz del sol, los barrotes que lo separaban del preso parecían rojizos y borrosos, cuando la desdeñosa voz de Parato resonó en la penumbra.

—Mediocre trabajo de detective.

—Es que sólo soy un aficionado. —Aunque le tentaba quedarse en la luz, Elio volvió la cabeza y miró a Parato—. Para entonces, me había llegado el turno de guiar los acontecimientos. Por eso le di El Nudo de Isis como dirección de Theo, cuando lo había llevado a otro sitio. Creyendo que estaba durmiendo en mi casa, usted se quedó a supervisar el traslado del obelisco, mientras yo en realidad le llevaba el texto egipcio al comerciante. Fue allí donde uno de mis hombres, que estaba vigilando El Nudo, me informó de que unos rufianes se habían presentado en la taberna



Ben Pastor Conspiratio

preguntando por Theo. Sólo usted tenía esa dirección, así que sólo podían ser sus hombres.

—Astuto, pero marginal.

—Lo tomaré como un cumplido. Luego usted pensó una de estas dos cosas: o bien supuso que Theo no me había hecho caso y se había alojado en otro sitio, o bien comprendió que yo lo había descubierto. En ambos casos, tenía que seguir jugando la partida, porque ahora era sumamente probable que yo fuera a la tumba. Cosa que hice. Y, de no haber tenido una prisa tan irracional, habría ordenado a mis hombres que no le dejaran pasar, en caso de que se presentara. Pero, dadas las circunstancias, no tenían ningún motivo para sospechar de usted, puesto que hasta entonces habíamos trabajado unidos. Ése fue mi error. Al no responder a las repetidas llamadas de mis hombres, le di la excusa perfecta para hacer que lo descolgaran por el túnel. Después de todo, a usted la noche y la oscuridad no le afectaban. Si hubiera conseguido acabar conmigo, habría dicho que me había asfixiado por la falta de aire, o partido el cuello, o lo que se le hubiera ocurrido.

—Pero no lo conseguí, y aquí me tiene.

—Eso, desde luego. —Elio hizo un gesto al carcelero, que no se había movido de lo alto de la escalera—. Sólo me pregunto si fue usted quien hizo que mataran a Tralles.

Parato se echó a reír, y no podía haber sonido más estremecedor que aquella risa sin alegría, sin humor.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Ese idiota nos era útil. Ya ve, Elio Espartiano, «amigo del César»: la ventaja está en llevar al enemigo a un punto en que tema a todo el mundo, siempre, sin saber en ningún momento en quién confiar. Al cabo de un tiempo, no necesitas hacer mucho más para que la torre se venga abajo.

Continuación de la carta del divino Adriano hallada en la tumba de Antinoo:

...Descabezar el imperio, derribar su magnífica estructura, ha sido su objetivo desde el comienzo del reinado de los césares. Los príncipes que me precedieron se lanzaron a la guerra sin comprender que las gentes y las ciudades que se nos oponían sólo eran peones de otro poder, y que quienes se escondían tras incursiones y acciones criminales tan extendidas y diversas como para ocultar su matriz común no eran reyes ni señores, sino fanáticos movidos por la inmisericordia mercantil.

Aprendí a desconfiar de quienes regresaban de combatir en el extranjero, fuera Egipto, Partía, Persia o Armenia, especialmente si habían estado



Ben Pastor

Conspiratio

prisioneros durante algún tiempo. Y eso porque, conquistados mediante la tortura o el halago, se habían convertido en secuaces del gran enemigo. Hasta tal punto que, como detalla el documento anexo, ocasionalmente su mano armada penetró en la cámara misma del César, para acabar siempre que pudo con aquellos príncipes empeñados en expandir o salvaguardar Roma. No es de extrañar que, en el momento de escribir estas líneas, gracias a las purgas políticas y las medidas militares secretas que me he visto obligado a tomar durante mi reinado, el peligro parezca haber disminuido. Los historiadores se sorprenderán de la crueldad de mis últimos años, pero yo sé perfectamente qué acciones debo acometer para proteger al Estado. En consecuencia, sólo puedo confiar estos documentos a la tumba, pues prefiero que nada que pueda incitar a otros contra Roma se haga público.

Fue durante el funesto viaje egipcio cuando la conspiración llegó incluso hasta la barca imperial en la que viajábamos. Todavía me estremece escribir los nombres de Septicio Claro, de Gentiano —que sirvió a mis órdenes en la guerra contra los partos y fue cónsul durante mi reinado—, de Mettío Modesto e incluso de Marcio Turbo, individuos, todos ellos, que, como descubrí demasiado tarde, habían alimentado directa o indirectamente a la bestia. Otro príncipe estaba condenado a la aniquilación, y los conspiradores habrían triunfado de no haberse interpuesto nuestro Antinoo entre la muerte y su amigo. Ahora mora con los dioses, y llorándolo siempre, rezo para que su sacrificio no haya sido en vano.

Recién llegado con el cuerpo del Amado de mi villa tiburtina —en cuyos edificios ha quedado plasmado el mes de octubre como en las mismas estrellas—, escribo la presente en Roma, mientras me dispongo a partir hacia Baias, de donde no espero volver. El noveno día de mayo, festividad de Lemuria, dedicada a los que han muerto prematuramente, en el triste vigésimo segundo año de mi reinado.



Ben Pastor
Conspiratio

TERCERA PARTE

INFORME FINAL



Ben Pastor Conspiratio

CAPÍTULO 12

Miércoles 18 de septiembre
(20 de Thoth)

Ben Matías viajaba en el mismo barco en que Elio había abandonado Italia. El *Felicitas Annonae*, a las órdenes de su capitán y propietario, Expósito, regresaba a Alejandría con una carga de vidrio germano destinada a Trinacria y lentejas de la Campania como lastre.

—Sea por lo que sea —dijo el judío acercándose a Elio en cubierta—, están deteniendo a gente en toda Italia. ¿Lo has oído? —Ya estaban a la vista de la costa oriental de la isla, en la que el *Felicitas* permanecería tres días con sus noches. Elio miró a Ben Matías, pero no respondió. De hecho, había estado tratando de evitarlo, pero el judío no era hombre que se desanimara así como así—. Te lo digo sólo para que no creas que te estoy siguiendo. Me habría quedado más tiempo en Roma, pero, a los judíos, las detenciones en masa suelen ponernos nerviosos. Se rumorea que Aviola Parato está en chirona por algo más que intentar liquidarte. Además, no entiendo sus motivos, a menos que también estuviera tras los asesinatos de Egipto.

Elio bajó los ojos hacia la trenza esmeralda que ceñía el costado del barco, entre cuya espuma giraban las primeras hojas y ramitas procedentes de la isla. Provisto de órdenes imperiales para que los magistrados de la provincia incoaran juicios y procedieran a detenciones, sabía perfectamente el trabajo que lo esperaba en Egipto.

—Te recuerdo que, cuando te pregunté por él, me lo recomendaste: «Un hombre tranquilo, paga sus deudas...»

—¿Qué culpa tengo yo de que todo el mundo hable bien de él? Y pensar que te eché una mano cuando los bandidos te sorprendieron al sur de Heracleópolis, pese a que habías rechazado mi compañía... —La expresión de Elio debía de hablar por sí



Ben Pastor Conspiratio

sola, porque Ben Matías frunció el ceño con fingida indignación—. ¡Pensaste que quienes te atacaban eran mis hombres! ¿No te había dicho que si quería mandarte al otro barrio lo haría mirándote a los ojos?

«Entonces, quienes nos asaltaron camino de Alejandría y casi acaban conmigo a orillas del Nilo eran gente de Parato... ¿Quién más, qué más hay implicado en esto?» El viento etesio hinchaba la vela, que restallaba sobre sus cabezas. Mar adentro, los peces saltaban en alegres bandadas azules, como hojas de cuchillo alzándose y abatiéndose juntas sobre una ondulante tela. Elio los contemplaba aspirando el acre aire salobre.

—¿Recuerdas el día en que nos encontramos junto al Catastro, Baruch? De pronto, justo cuando me iba, empezaste a hablar de las revueltas judías...

—Es un tema del que suelo hablar.

—Dijiste que, una y otra vez, este o aquel conspirador se acercaba a vuestros caudillos para proponerles que unierais fuerzas, pero que ellos siempre los rechazaban...

—No por falta de ganas, te lo aseguro. Pero nuestra lucha es sólo nuestra. Si me lo hubieras preguntado, te lo habría dicho hace tiempo. A lo largo de los siglos, han acudido a nosotros generales partos y armenios, e incluso el ocasional romano codicioso. ¿Por qué, significa algo? No veo la relación con Parato. —Ben Matías apoyó la espalda en la borda y alzó los ojos hacia la vela, ribeteada de rojo y adornada con un enorme cuerno de la abundancia—. Ya sabes lo que siento por Roma y los romanos, pero apuesto a que piensas que la ejecución es demasiado poco para lo que se merece.

—Es un veterano, y la tendrá. Y además, será limpia.

En Catania, algunos pasajeros desembarcaron definitivamente. Ben Matías tenía asuntos que resolver en la sinagoga local, pero estaba entre los que más tarde volverían a bordo. Al ver que Elio abandonaba el muelle a caballo, le gritó:

—Si pierdes el barco, ¿puedo quedarme con tu litera?

Catania, Sicilia, domingo 22 de septiembre
(24 de Thoth)

Las palabras de Ben Matías resultaron proféticas, porque al tercer día, bajo la vigilante mirada de Expósito, todos los pasajeros y mercancías con destino a Egipto



Ben Pastor

Conspiratio

estaban a bordo, excepto Elio Espartiano. Fiel a su lema de no esperar a nadie, el capitán del *Felicitas* ordenó subir la pasarela puntualmente; pero, cuando el ancla ya estaba izada, la policía del puerto hizo acto de presencia y detuvo la maniobra alegando que «el enviado del César estaba a punto de llegar por la carretera militar». Rojo de indignación, Expósito reprimió un juramento, pero sólo porque no convenía maldecir a bordo, y menos a punto de zarpar. Así que se limitó a pasearse por cubierta con las manos entrelazadas a la espalda, mirando constantemente hacia tierra con cara de pocos amigos.

La llegada de Elio requirió volver a bajar la pasarela, operación que el capitán del barco —el taciturno Expósito— dirigió en enfurruñado silencio.

Ben Matías presenció la subida a bordo de hombre, caballo y perro.

—¡Esto es el acabóse! —exclamó—. ¿No irás a decirme que has ido al interior de la isla para comprar ese espantajo?

Elio se encogió de hombros.

—No, lo compré a la venida.

—Debe de ser el bicho más feo que ha pisado la tierra.

—Se llama *Sirio*. Y me mordió antes de que lo comprara.

—¡Y seguro que el edicto que prohíbe la posesión y venta de perros para el circo fue cosa tuya! —Ben Matías se quitó al chuchito de encima de las piernas desnudas, bailoteando en la cubierta—. A los criadores de Heptanomia, los tienes la mar de contentos, Espartiano.

—Y a uno que yo me sé en la Vía Labicana, también. Además, las leyes se hacen en la corte. Que pidan cuentas a los consejeros del emperador.

Informe final de Elio Espartiano al Emperador, en cinco partes:

1. Al fin ha llegado el momento, *domine*, de resumir lo que he tenido el privilegio de descubrir en relación con la vasta conspiración que desde los días de Julio César ha permanecido al acecho para perjudicar al Estado romano. Mi información procede del relato del divino Adriano hallado en la tumba del bendito Antinoo y de interrogatorios y registros llevados a cabo en Roma y otros lugares.

Todo empezó en Egipto hará unos trescientos años, como una forma de resistencia contra la intervención de Roma, cuando la reina Cleopatra decidió aliarse con el divino Julio; de hecho, su desaparición, tanto como la del



Ben Pastor Conspiratio

dictador, fue en buena medida obra de la conspiración. Al principio, su naturaleza no era política, al menos no en sentido estricto. En un primer momento, predominaron los intereses comerciales, especialmente en lo relativo al tráfico de especias, pero también de cobre, oro, estaño y, en general, todos aquellos recursos que constituyen la riqueza de una nación.

Comerciantes de estados que participaban desde hacía tiempo en el intercambio de esos bienes de primera necesidad, temiendo el creciente poder de Roma en el Mediterráneo y en Asia, no tardan en comprender —gracias al ascenso al poder de Julio— que la Ciudad tendía cada vez más a ser gobernada por un solo hombre. Quienes se conjuraron contra el dictador no carecían de amigos entre esos comerciantes: las riquezas de Craso y su muerte en Partía tienen su origen, respectivamente, en su temprano éxito y posterior fracaso en sus tratos con ellos. La vinculación de César con Egipto amenazó la supremacía del grupo. Agitar a los patricios que deseaban mantener el poder en sus manos con la excusa de salvar la República fue un medio para obtener un fin: la eliminación de César. Tras los idus de marzo, los enemigos de Roma suspiran aliviados, viendo en la subsiguiente confusión posibles signos de desintegración política (y, en consecuencia, económica). Pero poco después Marco Antonio estableció una nueva y más peligrosa alianza con Cleopatra, y también él se convirtió en un peligro, hasta la definitiva derrota que le infligió César Augusto, restaurador del Estado.

Durante su juicioso reinado, la conspiración pareció inactiva, pero sólo estaba aletargada. De hecho, uno tras otro, todos los herederos al trono desaparecieron prematuramente, víctimas de súbitas fiebres o accidentes. Tampoco Agripa, el hombre fuerte que podría haber sucedido a Augusto, regresó de su última campaña. Posteriormente, la mano de los enemigos puede reconocerse en intrigas y asesinatos de gobernantes enérgicos que amenazan sus intereses mediante la expansión militar o las alianzas. Entre las nobles víctimas hay que contar a Claudio y Tito. Tras la desaparición de la dinastía Flavia, la conspiración pareció desvanecerse de nuevo, pero simplemente se aletargó una vez más, sumando pequeñas victorias cada vez que la firmeza del Estado en el Sur y en el Este parecía flaquear.

Antinópolis, provincia de Heptanomia, Egipto, 8 de Phaophi
(Lunes 7 de octubre, nonas)

Cuando llegó Elio, la casa de alquiler junto al mercado estaba lista. Como todos sus hombres a excepción de tres lo habían precedido, todos los pisos del edificio habían sido requisados por motivos de seguridad y los tenderetes del otro lado de la calle, retirados para permitir una vista despejada de la plaza del mercado.



Ben Pastor

Conspiratio

Seguir el Nilo en dirección sur había sido para Elio una forma de ejercitar la memoria reciente. No obstante, siempre que se retiraba la crecida, las orillas habían sufrido cambios: islotes que desaparecían o surgían, meandros cegados por los papiros y las plantas de las marismas que habían quedado limpios, aldeas que se disolvían en el agua o sobrevivían, aunque cubiertas de porquería e inundadas de barro. Un penetrante hedor a putrefacción ascendía de la ancha y fértil franja de tierra de las márgenes, por las que había que moverse sobre tablones o dar largos rodeos. El Nilo, que casi había vuelto a su cauce, pero seguiría teniendo la anchura de un lago hasta la tercera semana de septiembre, había sobrepasado diques y llenado canales, que las cuadrillas de trabajadores forzosos recorrían y reparaban penosamente. Probablemente eran esas muchedumbres de conscriptos las que llevaban la enfermedad de una región a otra, y agricultores como el marido de Anubina, los más expuestos al contagio.

Aquello no era exactamente volver a casa, pero entrar en su habitación y ver esconderse debajo de la cama a un pequeño y traslúcido escorpión le hizo sentir que, por muchas cosas que cambiaran, algunas siempre seguirían igual. Elio sujetó a *Sirio*, se arrodilló para coger al animalejo con un trapo y, sin hacerle daño, lo arrojó fuera.

Por la tarde, lo que le sorprendió fue encontrar al juez tísico de Turris Parva no sólo vivo, sino además instalado en la sede del *epistrategos* de Heptanomia, Rabino Saxa.

—¡Legado! —exclamó al verlo—. ¡Es un honor y un placer! Bueno, estoy mejor... Sé que es raro, pero cada vez que hay una epidemia parece que yo me recupero. Como seguramente sabe, los juicios contra los cristianos han quedado en suspenso, tanto en el ejército como entre los civiles. —El magistrado recibió las órdenes selladas con una inclinación de cabeza—. Ahora tenemos peces más gordos que pescar. Dicen que detrás de esto está Partía, pero quién sabe. Partía no puede estar detrás de todo lo que le pasa al Imperio.

—¿Recibió la lista de Alejandría?

—¡Sí, sí! Sé que tuvo usted mucho que ver en su elaboración. Mi sincera enhorabuena. Nombres de los que nunca habría sospechado: funcionarios municipales, oficiales del ejército, hombres de negocios... Que Aviola Parato fuera un conspirador, legado... ¡Qué escándalo! Porque, ¿en quién vamos a confiar, si ni los veteranos son leales? Es una purga en toda regla. Traición, por supuesto. Todos acusados de traición. Muchos, ya saben lo que les espera. La ejecución. Otros se escapan de la red, porque están demasiado bien relacionados en el mundo del comercio y el dinero extranjero y, sobre todo, porque no sabemos con exactitud cómo encajan en la estructura. —Cuando Elio le mostró los nombres de algunos invitados a la fiesta de Dión, que le había proporcionado Harpocracio durante su anterior estancia, el juez asintió con júbilo—. ¡Uno de ellos ya está en prisión!



Ben Pastor Conspiratio

Elio no era tan optimista. Desde luego, algunos informadores de Parato habían hablado. Se conocían los nombres de diversos colaboradores y se había confiscado documentación en la casa del veterano en Minturno y en la cámara de comercio de Ancio. Pero lo fundamental, los contactos entre los miembros, sus cargos... parecía inasible, en buena medida, un caso de intromisión extranjera en la toma de decisiones, un laborioso trabajo insectil de zapa a través del nombramiento de unos magistrados, la remoción de otros y la compra de unos terceros. Ocasionalmente, la conspiración recurría al asesinato, al regicidio, en la mayoría de los casos. Por mucho que los nombres conocidos escandalizaran al juez, de la investigación no había surgido el de ningún líder o potentado extranjero, y éstos eran los que interesaba descubrir. Por suerte, ya no era cosa suya.

—El partido de Maximiano en la corte ve en todo esto la mano de los cristianos — dijo el juez mirándolo con ojos brillantes de interés—. ¿Qué opina usted?

Elio meneó la cabeza.

—Es difícil decir cuánto tiene que ver con esto la religión, y hasta qué punto un clero hambriento de poder podría estar persiguiendo sus propios intereses a través de la estructura de una sociedad secreta.

—Se dice que Licinio y el hijo de Constancio... Pero divago, legado, divago. Qué intrínquilis tan inquietante... —murmuró el juez mientras lo acompañaba a la puerta.

«Sí», se dijo Elio recordando el día en que había estado hablando con Tralles y de pronto tuvo la sensación de que, alrededor del puesto de mando, el campamento del ejército, la ciudad y lo que había más allá parecía una incomprensible espiral que crecía constantemente en torno a la ineptitud de las palabras y los asuntos de los hombres. Sí. ¿Y Licinio, Maxencio, e incluso el joven Constantino, tan ambicioso como ávida de oficiales jóvenes era Helena, su madre? Ahora eso ya no era asunto suyo.

—¿Qué es lo último que se sabe sobre la epidemia? —le preguntó al juez antes de salir.

—A la ciudad propiamente dicha no le ha afectado mucho, pero en los barrios obreros de las afueras ha golpeado con fuerza. Ya no estamos en cuarentena; es lo mejor que puedo decir.

En las cercanías del anfiteatro, donde tenía la tienda Anubina, el calor y un viento desagradablemente húmedo hacían que la ropa se pegara a la piel. En la calle, apenas se veía a nadie. El taller continuaba cerrado, pero los comerciantes de la zona le dijeron a Elio que dos tercios de los negocios de la ciudad habían vuelto a abrir,



Ben Pastor Conspiratio

aunque muchos dueños seguían sin aparecer, seguramente por precaución, «a no ser que hayan muerto».

Al otro lado de la puerta sur, el barrio de Filadelfiae ofrecía su habitual aspecto somnoliento, aunque alguien había colgado una guirnalda de la puerta de la vieja capilla del divino Trajano y su hermana. Bajo la acacia, la casa azul de Anubina no mostraba signos de vida, y los golpes de nudillos de Elio no obtuvieron respuesta. Arrastrando los pies descalzos, una de sus jóvenes aprendizas salió a la puerta de la casa de al lado para ver quién era. Cuidaba de la casa, dijo la chica, pero no tenía la menor idea de cuándo volvería su jefa; de hecho, lo único que sabía era que tenía que estar al tanto.

—Creo que se estaba haciendo una casa nueva. ¿Podría estar allí?

—No, porque todavía no está acabada.

—¿Quién puede saber dónde está?

La chica, deslumbrada por el sol, guiñó los ojos y se encogió de hombros.

A continuación, Elio fue a casa de Tralles para dar sus condolencias a la viuda de su antiguo compañero de armas. Era una rubia regordeta que se había sobrepuesto al dolor con la alegría por el inminente nacimiento de su nieto. La mujer le agradeció el detalle mientras su hija, que parecía tener unos trece años y estar totalmente exhausta, trataba de disimular la barriga, sentada en un rincón.

Y así terminó el primer día de Elio tras su regreso a Antinópolis. La luna creciente intentaba mostrarse en un cielo que continuaba siendo luminoso cuando Elio cabalgaba de regreso al mercado. Una vez allí, preguntó a un librero por Harpocracio, que al parecer acababa de regresar de un viaje a Pelusio y estaba añadiendo un ala a su villa. Theo seguía en Roma, decepcionado —supuso Elio— tras comprobar que, efectivamente, Cleopatra Minor no era su tipo. Los tenderetes estaban cerrando, y Elio recordó a las mujeres que caminaban entre ellos en junio, enseñando las pantorrillas bajo sus sedosas faldas, mientras el viento cargado de arena dejaba caer su reluciente lluvia...

Informe final (continuación):

2. El reinado del divino Trujano trae consigo el descubrimiento accidental (gracias a una detención afortunada durante la campaña contra los partos) de una célula de la conspiración. De la delicada investigación, se hace cargo el sobrino del emperador, el futuro César Adriano, que decide ocultar su trabajo de



Ben Pastor

Conspiratio

espionaje en las provincias bajo la capa de una vida entregada a los placeres y la bebida (véase Mario Máximo). A la muerte de Trujano, Adriano hereda un imperio más extenso y rico, pero también más amenazado que nunca. Ese es el motivo de que casi todo su reinado transcurre entre continuos viajes y se caracterice por la vigilancia a todos los niveles. Pero los enemigos del Estado también se infiltran en la estructura de poder de la Ciudad. La Historia recuerda (sin mencionar su pertenencia a la conspiración) a Quieto y Nigrino, por citar sólo dos nombres. La Gran Revuelta Judía, tan peligrosa y sangrienta, es un fenómeno independiente, pero se produce en un momento extremadamente crítico para Roma. El emperador acabará sofocándola con la mayor severidad, pero, en medio de sus éxitos contra la conspiración en Asia, llegan noticias de un recrudecimiento de la actividad que amenaza las rutas comerciales de Berenice y Mios Hormos en Egipto. En consecuencia, el décimo cuarto año de su reinado, pese a los insistentes rumores de posibles atentados contra su persona, el emperador se pone en camino hacia esa provincia. Lo acompañan la emperatriz y diversos miembros de la Corte, incluido Antinoo. Las medidas de seguridad son estrictas, aunque los servicios de inteligencia son conscientes de que la infiltración en el ejército e incluso en la Guardia Imperial es una posibilidad. Los incidentes (véase Dión Casio) salpican el viaje desde su inicio.

Cuando comienza la fatídica excursión por el Nilo, casi se tiene la certeza de que se producirá un atentado en algún punto del recorrido. El relato del divino Adriano no deja lugar a dudas al respecto. Particularmente peligrosos parecen los antiguos lugares de Herwer y Besa. Cuando la barca imperial se acerca a la zona, las damas y los miembros más ancianos o débiles del distinguido séquito se han quedado en Cinópolis. Antinoo, invitado igualmente a permanecer en tierra, consigue convencer al divino Adriano para que le permita acompañarlo a fuerza de insistir. En ese momento de su vida, el Efebo —como prueban los retratos— se ha convertido en un joven alto y bien proporcionado. Tal como aparece representado en el arco triunfal de Adriano, se ha dejado crecer las patillas y la barba. ¿Simple emulación de su Amigo y Señor, como pretende Dión Casio? Creo que Antinoo tiene otro objetivo en mente.

Resulta sorprendente que ninguna fuente mencione la ropa que vestía Antinoo la noche en que encontró su fin. Es cierto que Mario Máximo escribe que «sus restos fueron envueltos en seda púrpura», pero tal afirmación ha sido desdeñada como una crítica a las excesivas consideraciones de Adriano para con su favorito, al permitir que su cuerpo fuera amortajado en una tela destinada a los reyes. En realidad, Antinoo llevaba puesta la ropa del propio emperador, que, cansado del viaje y febril, se había retirado temprano. Luego, siguiendo la costumbre de Adriano, dio un paseo por cubierta, precisamente cuando la barca hacia el trayecto entre Herwer y Besa. Mi hipótesis es que, en algún momento del viaje egipcio, el Efebo es abordado por los conspiradores, como prueba su insistencia en acompañar a Adriano. Tal vez por el mismo Marcio Turbo, que por supuesto más tarde, en su respuesta a Suetonio, negará tener conocimiento de la existencia de una conspiración.



Ben Pastor Conspiratio

Aprovechando la cercanía del favorito al emperador, y quizá también sus celos al ver al joven Lucio lanzado al camino de Adriano, los conspiradores tratan de convencer a Antinoo para que se una a ellos, confiados en su juventud y relativa inexperiencia y prometiéndole Dios sabe qué. ¿Poder? ¿Dinero? Sea como fuere, el Efebo comprende que Adriano está en peligro de muerte. No puede pretender acusar a hombres importantes, pero sí intentar proteger a su Señor. ¿Se ve a sí mismo como predestinado a hacerlo? ¿Desempeñan algún papel los horóscopos y las cartas astrales? Puede que nunca lo sepamos.

Antinópolis, 9 de Phaophi

(Martes 8 de octubre)

Thermuthis se sujetó la trenza de pelo rojo en lo alto de la cabeza. Siempre se levantaba tarde. La luz de la mañana entraba a raudales por la ventana de su habitación, a cuyo través se veía un lateral del templo de Heqet y la hilera de soleadas fachadas del otro lado de la calle. Dormía sola y ahora rara vez recibía a hombres. A Elio lo había invitado durante su anterior estancia en Egipto, por los viejos tiempos. El mismo motivo por el que le permitía visitarla en sus habitaciones privadas del burdel.

—Sí, sé que se fue —dijo Thermuthis.

—Pero ¿adonde?

—A Ombi, en la Vía Adriana.

—¿Está bien?

Thermuthis, sentada a su mesa de tocador, volvió la cabeza. Sus ojos lo buscaron y después volvieron lentamente a posarse en los artículos de tocador que tenía ante sí. La mujer introdujo los dedos en un pequeño tarro panzudo y se aplicó una crema blanca en la cara, extendiéndola con las yemas de los dedos de abajo arriba, hacia los pómulos y las sienes.

—Nunca te había visto así, Elio. —Lo siguiente fue masajearse el cuello con meticulosos semicírculos—. ¿Esto va en serio?

—Por amor de Dios, Thermuthis, necesito saber si está bien.

—No puedo creerme que estés enamorado... Además, su familia se contagió poco después de que abandonaran la ciudad. Se fueron al interior, como tanta gente, pero la epidemia ya hacía estragos entre los que huían. Cuando una de mis chicas, que se marchó por su cuenta, se la encontró al este de Ombi, su hijo había muerto. —



Ben Pastor Conspiratio

Thermuthis buscó en un cajón, sacó distraídamente unos pendientes, volvió a dejarlos y acabó eligiendo una cadenilla de oro—. Dijo que Anubina tenía al niño en brazos y no dejaba que los enterradores se lo llevaran, y que intentó arrojarse a la fosa común cuando empezaron a cubrirla de tierra. —Al ver que Elio se sentaba en la cama deshecha y se cogía la cabeza con las manos, optó por no pedirle que le abrochara la gargantilla—. Sé lo duro que es, Elio... Lo siento.

—¿Y la niña?

—Lo último que sé es que Anubina y ella estaban muy enfermas, y que el marido también había muerto.

—Tienes que decirme dónde está, debo ir allí.

Thermuthis se volvió con viveza sobre el taburete de patas de león.

—¿Sabías que también perdió al otro?

—¿Al otro?

—Cuando viniste en junio, estaba esperando su tercer hijo, y lo perdió. Creo que fue porque al volver a verte se puso enferma.

—¡No me dijo nada!

—Nunca lo haría. Empezó a sangrar aquí, estando de visita. Le estaba enseñando a escribir; ya sabes lo inteligente y ambiciosa que ha sido siempre. No pudimos ayudarle, aunque el médico que trabaja para mí acudió de inmediato. A su hija también la tuvo aquí. Su madre desapareció después de venderla y tú estabas lejos, de modo que no tenía a nadie más a quien recurrir. Un parto duro, ocho meses después de que te fueras. —La cadenilla de oro relució en las manos de Thermuthis cuando la dejó caer sobre su regazo—. Yo creo que ha muerto, Elio. No vayas a buscarla, te ahorrarás un mal trago.

Informe final (continuación):

3. Cito literalmente el relato que del terrible drama hace el propio Emperador:

«Los enemigos de Roma, encabezados en esos momentos por Artemidoro, comerciante y gimnasiarca de Hermópolis, habiendo planeado originalmente asesinar al César durante las ceremonias que debían celebrarse en la ciudad a la mañana siguiente, vieron una inesperada oportunidad al distinguir en cubierta a quien tomaron por el César en persona, vuelto hacia el río. Disfrazados de marineros, empujaron súbitamente a Antinoo por la espalda y lo



Ben Pastor Conspiratio

hirieron caer al agua. Eso en sí mismo no habría bastado para acabar con su vida, pues era un nadador extraordinario; pero los asesinos saltaron con él y se turnaron para mantenerlo bajo el agua hasta que exhaló su último aliento. Para entonces, pese a la oscuridad, habían comprendido su error y la gravedad del mismo. De modo que, tras acabar con Antinoo, empezaron a gritar "¡Hombre al agua!", como es costumbre en los barcos. Parecía como, si tras presenciar el accidente (o suicidio, como las malas lenguas empezaron a insinuar de inmediato), se hubieran apresurado a saltar al agua en un vano intento de salvar a la víctima. Los gritos despertaron al César...» Etcétera.

Los historiadores confirman que el cuerpo de Antinoo permaneció milagrosamente intacto en el Nilo durante dos días, tras los cuales la violenta corriente aflojó y desgarró las ropas púrpura que vestía. Finalmente, fue hallado en uno de los bosquecillos de papiro de la orilla del río, donde el divino Adriano ordenó que su Patroclo fuera vestido después de la momificación, como muestra de gratitud por su sacrificio. No obstante, pasaron días antes de que el emperador comprendiera la verdadera naturaleza del supuesto accidente, y tardó aún más en identificar a los conspiradores entre sus compañeros de viaje. De algunos, como Marcio Turbo, sospechó hasta el final de su vida, cuando al fin obtuvo pruebas contra él y lo acusó de traición, cargo que Antonino Pío, el sucesor que había elegido, en su bondad y deseo de proteger el Senado, que tanto peligraba últimamente, se apresuró a anular.

De hecho, en los años finales de su reinado, habiendo comprendido la naturaleza tentacular de la conspiración, el divino Adriano ordenó proscripciones y ejecuciones que golpearon uno tras otro a todos los conspiradores romanos que sus agentes fueron capaces de desenmascarar. Incluso individuos con nombres tan gloriosos hasta entonces como Serviano fueron encontrados culpables y llevados ante la justicia (Mario Máximo). Su incertidumbre sobre la extensión de la conspiración en Italia y fuera de ella, indujo a Cesar a no hacerla pública; de ahí la acusación de insólita crueldad vertida contra el anciano y enfermo emperador por tantos historiadores. Qué duda cabe que, hacia el final de sus días, su larga y nunca definitivamente ganada batalla contra los enemigos de Roma consiguió que se sintiera bajo sitio constantemente. Una enfermedad que se agravaba por momentos acabó debilitándolo hasta el punto de que Antonino Pío lo obligó —contra su voluntad, pero por su bien— a retirarse a Baias, de donde ya no regresó.

Antes, no obstante, se aseguró de que el cuerpo de Antinoo, que siempre había conservado junto a él (primero, en el templo que lleva su nombre, mientras el emperador estaba en Egipto, y más tarde, en la Villa Tiburtina), fuera trasladado a la anónima pirámide situada en el cruce de las vías Cornelia y Triunfal, estando ya muy avanzada la construcción de su propio mausoleo en los jardines de Domicia. Interpreto la decisión de no inscribir el nombre de Antinoo en su tumba, no como un intento de ocultar la identidad del amado, porque se avergonzara de su relación con él, sino como una prueba de que en su lecho de muerte el divino Adriano seguía sospechando la existencia de la



Ben Pastor

Conspiratio

conspiración y temiendo sus posibles intentos de profanar el último lugar de descanso del Efebo. Es por eso, Señor, por lo que os ruego observéis ese deseo de secreto y guardéis silencio sobre el emplazamiento de la tumba.

Ombi, subdivisión de Heracleides,
10 de Phaophi (Miércoles 9 de octubre)

La aldea de Ombi estaba atestada de gente que había huido de la infectada ribera del Nilo, para acabar llevando allí la enfermedad. Como no había viviendas suficientes para alojar a todos los refugiados, en el árido y ventoso descampado donde se encontraba la única fuente había surgido un poblado de tiendas de campaña y endeble chabolas. A este lado del campamento, el hedor a muerto anunciaba, mucho antes de que uno llegara, el sitio en el que las víctimas de la epidemia, amortajadas en sacos de lino, se alineaban a la espera de su rápida inhumación. Más acá, surcos que parecían cicatrices sobre la superficie de la arena indicaban las fosas comunes. La Vía Adriana, recta como una flecha que apuntara al este, discurría paralela a ellas, jalonada de mojones tallados con esmero y barrida por velos de pálido légamo.

Nadie sabía nada sobre nadie, y ni el elegante uniforme ni la oferta de dinero podían remediar eso. Sólo le dijeron que la epidemia había acabado, pero que muchos supervivientes, demasiado débiles, seguían muriendo. Y allí no había ni niñas ni mujeres jóvenes. Sólo viejos febriles. La aldea propiamente dicha, un puñado de casas de techos planos en una elevación de terreno prácticamente pelada, la ocupaban quienes podían pagar. Elio dejó el caballo con el hombre de su guardia que lo acompañaba y se acercó solo al villorrio.

Como tantas veces estando en campaña, hasta ese momento había conseguido apartar de su mente cualquier pensamiento sin relación con el inmediato presente, el próximo paso, la nueva dirección a tomar, aislándola en un vacío carente de esperanzas. Ahora, sin embargo, estaba demasiado cerca de la verdad como para no ser consciente de cuánto le importaba. El duro reto del historiador... Mientras avanzaba hundiendo las botas en la blanda y crujiente arena, imaginaba la agonía de Adriano durante aquellas interminables horas de búsqueda, y comprendía de qué poco le había servido la gente que tenía a su alrededor. Desde los umbrales de las puertas, rostros consumidos se volvían hacia él, mientras los enfermos y convalecientes permanecían en cuclillas o caminaban arrastrando los pies.

—¿De dónde vienes, soldado?



Ben Pastor Conspiratio

—De Antinópolis —respondió Elio sin detenerse ni volverse siquiera hacia el hombre que lo había interpelado.

—Si conoces a Hierax, primer concejal, dile que su mujer acaba de morir.

—No lo conozco.

Las primeras tres casas, abarrotadas de mujeres y niños, habían sido tomadas por granjeros pudientes que vivían río arriba, lejos de la ciudad. La cuarta estaba llena de hatos de ropa. En las dos siguientes, poco más que chozas, unos hombres jugaban a los dados sentados en camastros. Elevada sobre el terreno circundante, la aldea estaba expuesta al viento del norte; ráfagas abrasadoras encajonadas entre las casas creaban remolinos que levantaban la arena y la dejaban caer.

A mano derecha, dos hombres salieron de una casa llevando un cadáver envuelto en una estrecha mortaja de lino; caminaban hacia el viento con la cabeza agachada, y cada uno de sus pasos levantaba una pequeña polvareda de légamo.

—¿Hombre o mujer? —les preguntó Elio evitando acercarse.

—Mujer.

—¿De quién es la casa?

El primer hombre, de ojos rasgados y barba rala, no lo sabía. El otro murmuró:

—De Anubina la costurera.

Elio dejó de respirar. Por un instante, experimentó un extraño desdoblamiento: extendía la mano hacia el cuerpo que tenía ante sí y, al mismo tiempo, corría hacia la casa para mirar dentro. Pero estaba petrificado, medio vuelto hacia el sitio del que acababa de salir la muerte. Insoportable como una boca a punto de gritar, la puerta, abierta de par en par, mostraba la oscuridad del interior, hacia la que tendría que avanzar le gustara o no. De pronto, como una pálida y vacilante llama, Anubina apareció en la penumbra del umbral, con la cabeza afeitada en señal de duelo.

Ella lo vio antes, y empezó a desplomarse. Como la imagen de un sueño, velada por la niebla, el polvo o las lágrimas, se derrumbó lentamente sobre las rodillas y dobló el cuerpo como un pájaro, en el instante en que él sujetaba para evitar que cayera.

Elio habló con la boca en su demacrada mejilla.

—Anubina, ¿la niña...?

—Mi madre... No podía dejarla abandonada, Elio. Thaeis está bien.



Ben Pastor

Conspiratio

Informe final (continuación):

4. Por supuesto, como sé desde que leí la carta que me proporcionó Sereno Dío, el divino Adriano había depositado un informe sobre la conspiración y sus victorias en la lucha contra ella en el interior de la tumba. Debía ser un memorial para la posteridad, puesto que también había dado órdenes de aniquilar a los conspiradores. Por desgracia, fueron interceptadas y nunca llegaron a manos de Quinctiano. Por lo que he podido reconstruir, el correo del ejército fue asesinado entre Baias y Roma. A continuación, dado que en esos momentos el jefe de la conspiración —el Ladrón de Agua, como lo llamaba el emperador— residía en Egipto, la carta fue enviada a dicha provincia. A mi modo de ver, el puerto de entrada más probable es drene, de donde parte la ruta de las caravanas entre Ammoneo y Hermópolis, pasando por el lago Moeris. En cuanto a cómo perdieron la carta los conspiradores, sólo puedo hacer conjeturas; era julio, época en que las tormentas de arena —como la que en su día se tragó el gran ejército del Cambises— azotan el desierto occidental. En cualquier caso, es posible que intuyeran que se habían dictado órdenes contra ellos, pero, al no iniciarse ninguna persecución, debieron de suponer que lo peor había pasado. No sólo se recuperaron, sino que crecieron en influencia durante el suave reinado de Antonino. Probablemente, su sucesor Marco Aurelio vio su muerte acelerada por los conspiradores mediante la introducción de cobertores infectados por la peste en su residencia de Vindobona. En cuanto a su indigno hijo Cómodo, llegó incluso a colaborar con los conspiradores, y buscó inútilmente los restos de Antinoos en el templo de Egipto, para asegurarse de que dentro del ataúd no había referencias a las circunstancias de su muerte. Debo señalar que, en esos momentos, los conspiradores, siempre renovados y siempre poderosos, ignoraban la existencia del informe en la tumba del Efebo, de lo contrario habrían destruido todos los posibles enterramientos para asegurarse de la desaparición del documento.

Después de Cómodo, parece indudable que otros Césares fueron eliminados por los conspiradores: yo sostengo que entre ellos estaban Pértinax (que cometió la imprudencia de no reemplazar a los satélites de Cómodo tras la muerte del tirano y de no ejecutar a Falco después de que éste amenazara su reinado); Severo (asesinado por Máximo, cuyo hijo sospecho que fue miembro de la conspiración); Filippo (a no ser que realmente muriera en combate) y su hijo; el glorioso Aureliano, llamado Espada En Mano, cuyo asesino, el tracio Mucapor, figuraba en la lista de conspiradores recién encontrada en Roma... En otras palabras, cualquier príncipe que pareciera amenazar con reconstruir la grandeza del imperio (tarea que vos, habéis culminado al fin para nuestra gran ventura) acabó siendo víctima de atentados y en muchos casos pereció a resultas de alguno de ellos. Los últimos aspirantes a usurpadores, cuya base no en vano se encontraba en Egipto, fueron aquellos Aquileo y Domicio Domiciano eliminados en los primeros años de vuestro reinado.



Ben Pastor Conspiratio

¿Y quién militó en las filas de Aquileo y Domicio al comienzo de la Rebelión? Aviola Parato, al servicio de la conspiración desde sus tiempos en Persia, cuando, tras dejarlo ciego, le dieron la posibilidad de seguir vivo si regresaba para socavar el Estado romano. Su cambio de lealtad durante la Rebelión, el abandono de sus antiguos aliados y la adhesión a vuestras filas, sólo fue una estratagema para infiltrarse cerca de la estructura de poder, en su calidad de oficial de inteligencia. Dada la vigilancia de vuestro reinado, sólo podía convertirse en uno de esos agentes que permanecen durmientes hasta que se abre un resquicio de debilidad en el gobierno. Así fue en los tiempos de Augusto, Vespasiano, Trujano y, en parte al menos, del propio Adriano.

21 de Phaophi

(Domingo 20 de octubre)

Baruch Ben Matías pretendía no haber oído nada sobre las detenciones en Heptanomia y el resto del imperio. El judío y Elio se encontraron casualmente en la tienda de Theo, donde el primero estaba discutiendo la relación precio-calidad de las raíces de jengibre, cuando el segundo entró con su perro para preguntar si el comerciante había regresado.

—No —respondió Ben Matías blandiendo la leñosa raíz para mantener alejado al can—. ¿Por qué iba a venir a ocuparse del negocio si con los precios que cobra puede pasarse meses en el extranjero? No te molestes en preguntarles a los dependientes; no saben qué color tiene la mostaza de calidad, y mucho menos dónde está Roma. Me encontré con el muy bandido poco antes de marcharme, más feliz como él solo y diciendo que pensaba quedarse allí todo el invierno. Me sorprendió verlo salir de una casita junto a la Puerta de Ostia, porque me lo imaginaba alojándose en algún sitio caro.

«Así que se quedó en casa del hermano de Filo incluso cuando pasó el peligro...» , se dijo Elio. Aquella casita al otro lado de las murallas era el sitio donde había comprendido la urgente necesidad de depositar la carta de Adriano en un lugar seguro y lejos de él durante su estancia en Roma. Archivarla en la Biblioteca Ulpiana dos días después había sido fácil; ahora estaba a buen recaudo, invisible y fuera del alcance de todo el mundo durante al menos unos años, en uno de los cajones que esperaban el traslado a las termas de Su Divinidad.

—Bueno, no importa —respondió Elio—. Sólo quería saludar.

—El que sí ha vuelto es Harpocracio. ¡Quieto, perro, esto no se come! —Ben Matías había elegido dos grandes raíces de jengibre, que metió en un cesto y pagó—. Los



Ben Pastor

Conspiratio

precios no están mal, lo que pasa es que me gusta fastidiar a los tenderos. Pues sí, Harpocracio ha vuelto y te está buscando. Está encantado de saber que los asesinos de Sereno Dío van a comparecer ante la justicia. Ya sé que no es asunto mío, pero ¿cómo conseguiste...? —El judío se interrumpió y se echó a reír—. No, no te lo voy a preguntar. Sé lo que me responderías. Y, además, me da igual. La justicia romana no es mi tema favorito.

Elio le devolvió la sonrisa y se agachó a acariciar al perro.

—La justicia romana es lo que hay, Baruch. Tú ya tuviste oportunidad de comprobarlo. Y la paz romana es lo que hay.

—En eso estás muy equivocado, Espartiano. —Ya en la puerta, Ben Matías se apartó para dejarle pasar—. Por favor, tú y tu perro primero... ¡No, no, insisto! Puede que a tus romanizadas orejas les suene raro, pero el mundo es más grande que Roma. Y también más viejo. Pero, como tú dirías, eso no es asunto mío, ¿verdad?

Informe final (continuación):

5. El descubrimiento por parte de Sereno Dío de la carta de puño y letra de Adriano en la que ordena aniquilar la conspiración y menciona el informe escondido en la tumba de Antinoo, lo cambió todo. De pronto, el trabajo de zapa de trescientos años —quizá más— quedaba expuesto a la luz. Imprudentemente, en la fiesta que dio en su casa, Sereno Dío reveló pistas sobre su hallazgo. Al instante se convirtió en un hombre marcado. Pero quienes lo empujaron al agua desde su barca (como antes habían hecho con Antinoo) no encontraron la carta de Adriano al registrarlo. Entonces le tocó el turno a su liberto Pammychios, momento en el que yo entré en escena. Como sabes, *domine*, no puedo decir que al principio fuera consciente de todo eso; mi único objetivo era investigar la muerte de Antinoo. Sin embargo, una vez leí la carta de Sereno Dío, el cambio de dirección en mis pesquisas se correspondió en el bando enemigo (que me estaba vigilando ya entonces, por ser legado del César) con un cambio de planes. De pronto, como Sóter y Filo, me convertí en alguien que eliminar con la esperanza de obtener la carta del emperador. Cuando comprendieron que la había puesto a buen recaudo, escondiéndola o poniéndola en manos de una persona de confianza —como en realidad había hecho—, la tarea de los conspiradores volvió a cambiar. Tendrían que seguir mis pasos, amenazándome pero evitando que sufriera daños, hasta que los condujera a la tumba de Antinoo. Con la ayuda involuntaria de mi antiguo compañero Gavio Tralles, pusieron en mi camino nada menos que al propio Parato, un veterano y héroe de guerra aparentemente irreprochable. Decir que me dejé engañar por su reputación no me disculpa. Pero todo hablaba en su



Ben Pastor

Conspiratio

favor, y así empezó nuestra colaboración, aunque fue necesaria la destrucción de su viña (una estratagema sumamente astuta) para convencerme de que lo perseguían los mismos enemigos del Estado. Creía que me proporcionaba una ayuda útil, cuando en realidad era yo quien lo mantenía al corriente de mi búsqueda de la tumba del Efebo y el documento oculto en ella.

Una vez hallada la tumba y obtenido el documento, Parato sólo tendría que eliminarme para apropiárselo y destruirlo. Vuestro conocimiento de la existencia de la carta a través de nuestra correspondencia habría sido insuficiente sin el conocimiento de su contenido completo, y la conspiración podría haber proseguido su oculta y perniciosa vida.

Ahora, al fin podemos respirar tranquilos. El Ladrón de Agua —el Tiempo— vuelve a estar del lado de Roma, y Roma, a la cabeza del mundo.

25 de Phaophi (jueves 24 de octubre) de 304.

Ciento setenta y cuatro aniversario de la muerte de Antinoo

Harpocracio lo acompañó por la nueva ala, entre cuencos de pintura, escaleras y muebles cubiertos de telas.

—Lo cierto, legado, es que no la voy a decorar. Vendo la casa. Durante todos estos meses he intentado vivir en ella, pero ya no puedo soportar la idea de que todas sus cosas siguen aquí mientras que él se ha ido para siempre. —Y como Elio se sentía incómodo porque no acababa de creérselo, y probablemente se le notaba, Harpocracio agitó nerviosamente una mano—. Tengo que sacármelo de la cabeza, comprarme algo, irme de vacaciones...

Su voz había vuelto a adquirir aquel tono insípido, estridente y amanerado, que era tanto una protección como un hábito cultural. Elio estaba afectado por su dolor, tanto como el día en que lo conoció, y, como el día en que lo conoció, se esforzó en no mostrarlo. O eso creía él.

—Ha sido usted muy bueno —decía en esos momentos el amante, el «amiguito» de Dio, como lo llamaba Tralles—. Teniendo en cuenta cómo son los soldados, y en esta provincia hemos aprendido a saber cómo son, usted ha demostrado ser un soldado muy poco usual. Me hace concebir esperanzas en el futuro.

Lo mismo de siempre, pensó Elio. La gente tomaba su carácter, que le había dado Dios, por un rasgo profesional, como todo lo suyo. No encajaba en el molde que los demás esperaban, así que debía de ser un soldado inusual. Porque era un soldado, y no se podía pensar en él fuera de ese contexto. Mientras pasaba de habitación en



Ben Pastor Conspiratio

habitación, envuelto en el penetrante olor de la pintura fresca, deseó que hubiera un modo de dar una mano de pintura a las ideas preconcebidas que los demás tenían de él, o de cualquiera. Una habitación es una habitación, y un hombre, un hombre. Pero a soldados y emperadores, homosexuales, asesinos y putas, se les veía exclusivamente por lo que hacían, o parecía que hacían. El trabajo del historiador consistía precisamente en eso: en ceñirse a los hechos. Hacía mucho tiempo, Adriano se había salido ampliamente del molde en todas las facetas de su vida, y sus biógrafos se habían mostrado incapaces de aceptar su proteica, escurridiza personalidad. Sólo habían sabido describirlo mediante paradojas y oposiciones, perdido en la convulsa realidad de una accidentada vida imperial. En cuanto al Efebo, fuera lo que fuese y quien fuese en vida, con su muerte había conseguido ser lo que todo el mundo quería. Hasta tal punto que al final importaba poco lo que el individuo real había sido. Todo era una cuestión de interpretación.

Y lo mismo ocurría con la Historia. Tal vez no tuviera objeto ir más allá de los rumores y el historiador quedara relegado al papel del mayordomo, con un ojo en el resquicio de la puerta y el oído atento. Entre él y el Pasado, entre él y la Verdad, siempre se interponía una puerta.

—¿Volverá a Roma después de esto? —le estaba preguntando Harpocracio.

—No.

—¿A Nicomedia?

—Probablemente. Tengo que acabar la biografía, y varias cosas por empezar.

—¿Y después?

Después, quién sabe. No tenía la menor idea, ni planes al respecto. Esperaría. También Anubina necesitaba tiempo para curarse de su dolor, antes de decidir si se unía a él con su hija. No había aceptado ningún arreglo, no se había ido a vivir con él, no había querido nada salvo un medio de transporte para volver a su casita azul del barrio de Filadelfiae. Elio sabía que seguía queriéndolo desde el mismo día en que se había sentado a su mesa y ella le había dado de comer. Las cosas eran así de simples y claras cuando uno no se empeñaba en complicarlas. «Dame tiempo —le había dicho ella—, no puedo pensar en la felicidad hasta que me desprenda del dolor.»— Entonces, ¿está satisfecho con su investigación? —le preguntó Harpocracio abriendo una puerta y saliendo al jardín.

—No.

—¿Por qué? Si además ha conseguido que volvamos a sentirnos seguros...

—Digamos que es la maldición del historiador.

—Desde aquí hay una vista preciosa. Venga.



Ben Pastor Conspiratio

Mientras avanzaba hacia el mirador, donde lo esperaba su anfitrión, Elio pensó que haber pasado de la sombra al sol (la Muerte, el Más Allá) escapando de habitaciones y pasillos reformados, recién pintados y vistos sólo a medias, era una extraña metáfora de su trabajo. Porque, al contrario de lo que a los biógrafos les gustaría pensar, la Historia termina con la vida de sus protagonistas. El resto, de uno u otro modo, siempre es opinión y leyenda.

Harpocracio se apoyó en la balaustrada. Sobre su cabeza, los ricitos parecían una escarola dorada.

—¿No puede estar satisfecho y simplemente disfrutar de esta maravillosa vista?

—Pregúntemelo dentro de diez años.

—¿Por qué? ¡Nosotros somos romanos! Dentro de diez años la vista seguirá siendo la misma.



Ben Pastor
Conspiratio

EPÍLOGO

Poco después de la abdicación de Diocleciano en 305, Licinio asesinó a la esposa y la hija del emperador, y Maxencio y Constantino usurparon el trono por separado y lucharon por él con ejércitos romanos en el puente de Milvia, donde el hijo de Helena obtuvo una sangrienta victoria. Su primer acto oficial en Roma fue visitar solo los grandes baños de Diocleciano y posesionarse —de entre el lote de cajones procedentes de la Biblioteca Ulpiana— de los documentos archivados bajo la rúbrica del divino Adriano.

FIN



Ben Pastor Conspiratio

AGRADECIMIENTOS

Como la mayoría de los escritores estoy en deuda con muchas personas, demasiadas para darles las gracias una por una. Debido al amor por la Antigüedad que supieron despertar en mí, quiero expresar mi gratitud a todos los estudiosos de renombre internacional. Tuve la suerte de contar entre mis profesores en la Università degli Studi la Sapienza de Roma, especialmente a Achille Adriani, Giovanni Becatti, Fernandino Castagnoli, Margherite Guarducci, Máximo Pallotino y Romolo Augusto Staccioli. *Gratias vobis ago.* Gracias también a mi agente literario, Piergiogio Nicolazzini y al equipo de St. Martin's Press. También tengo una deuda de afecto con Hadrian, Margherite, Federico, Yukio y el Niño.

Ben Pastor
Conspiratio



* * *

Título original: The Water Thief

Primera edición: noviembre 2007

© Ben Pastor, 2004

© Editorial Seix Barral, S. A., 2007

© Traducción: José Antonio Soriano, 2007

ISBN: 978-84-322-3167-4

Depósito legal: B. 47.577 - 2007

09-07-2011

LTC - Joseiera

